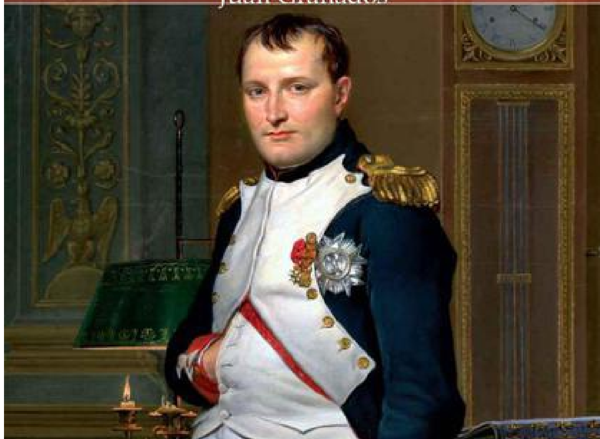
BREVE HISTORIA de...

NAPOLEÓN

Juan Granados



Descubra la historia de un genio de la guerra, sol de su pueblo y déspota de Europa, la apasionante vida del constructor de la contemporaneidad. La biografía imprescindible del hombre más brillante y contradictorio de su época

nowtilus saber

Breve historia de Napoléon

Breve historia de Napoléon

Juan Granados



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Napoleón
Autor: © Juan Granados
Director de la colección: José Luis ibáñez Salas

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

ISBN edición impresa: 978-84-9967-465-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-466-7
ISBN edición digital: 978-84-9967-467-4
Fecha de edición: Febrero 2013

Maquetación: www.taskforsome.com

No pido amor ni fidelidad eternos, únicamente… la verdad, una franqueza ilimitada. El día que me digas «te amo menos» será el último día de mi amor o el último de mi vida.

Napoleón a Josefina

Cronología

Prólogo

Un historiador no es un anticuario, ni un coleccionista, ni un curioso. El historiador busca explicaciones, experimenta con el comportamiento del ser humano, quiere ante todo «la verdad». Analiza todas las piezas en que la descompone y luego intenta, con todos los medios de expresión, reconstruirla de manera coherente y –lo más difícil– divulgarla, hacerla comprensible a todos. Por eso, al historiador le agrada encontrar al narrador, al buen narrador de historia –y de historias– que es Juan Granados.

Estoy seguro de que si me hubieran puesto delante una biografía de Napoleón escrita por algún colega universitario bendecido por la oportunidad de publicar, la hubiera leído en diagonal, buscando los puntos calientes del debate historiográfico, interesado por la opinión de mi sesudo y afortunado compañero en cada uno de ellos. Pero cuando Juan Granados me puso ante su Napoleón, no pude dejar de leer, atraído por su capacidad para narrar, mientras me iba dando cuenta de la deformación que mi profesión de historiador me había producido a lo largo de los años. Lo que estaba leyendo era un discurso coherente, narrado con intensidad, objetivo y nada escoliado –ni tirios, ni troyanos–, en definitiva, una propuesta de entender la vida de Napoleón desde todos los «yo» posibles en la vida de un hombre. Y presentado con una fuerza narrativa propia de

quien se ha enfrentado a los retos de la novela y también a la historia académica. Pues ambas facetas reúne Juan Granados: autor de varios libros y artículos científicos y de una *Breve historia de los Borbones* (Nowtilus, 2010), pero también de novelas tan importantes como *Sartine y el caballero del punto fijo* (Edhasa, 2003) o *Sartine y la guerra de los guaraníes* (Edhasa, 2010), absolutamente recomendables.

Granados ha sometido a Napoleón a una visión dialéctica a la manera de Pierre Bordieu, según la cual el personaje es el producto de una tensión –ya en su infancia y juventud– entre posiciones «en contra» y «a favor», de las que, por su condición, ha de sacar provecho indistintamente. Napoleón desea la independencia de su patria chica, pero es Francia la que le ofrece un destino –a él y a su familia–; se apasiona con la revolución, pero es militar y debe reprimir los excesos; puede estar próximo a Robespierre, pero no cae con los tiranos, de los que se aparta cuando conviene. Hay que empujarle para que dé el golpe de Estado contra la legalidad republicana, pero luego sabe poner ese «en contra» a favor y hacerse nombrar primer cónsul y luego, cónsul vitalicio y luego, emperador. ¿Contra todo lo que había pensado? No. A favor de lo que para él siempre era nuevo. El «contra» ya era sólo pasado en el que parecía tener todo a favor.

A partir de ahí, Granados se hace aún más narrador, pues

lo que viene es un río desbordado que entierra sueños, destruye vidas y pone al personaje ante el espejo: toda obra humana es efímera o por decirlo en palabras del gran Calderón: «¿Por qué queréis que sueñe grandezas que ha de destruir el tiempo?». Ahora, el escritor le exige a Napoleón la verdad. Y Napoleón habla más que nunca, pues necesita justificarse… ante la historia. Todos le han traicionado. Sus ideas no han sido comprendidas. Debía haber jubilado a sus mariscales: son demasiado viejos para entender algo tan joven como la revolución. Pues, al fin, cuando se ve impelido a salir de Elba y gozar de sus últimos cien días «revolucionarios», lo que añora es aquella vieja tensión entre su pasado de restaurador del respeto a su familia «noble» italiana, mantenido hasta el fin por su madre –y por ese «olor de Córcega», feliz hallazgo literario de Granados–, y la visión clara de un futuro que ya no será nunca lo que fue, pues él ha roto todos los puentes entre la vieja y la nueva sociedad. Él, que quería llegar a la India, nunca pensó, sin embargo, en una «Europa napoleónica», que es la que ahora, cuando todo había acabado, le pedía cuentas.

Todas estas emociones se las producirá a usted –co-mo a mí– este narrador ya curtido, que tiene en su zurrón libros de historia, novelas y novelas históricas, y que sigue en la brecha de unir pasado y presente sin tópicos y «presentismos», pues en definitiva, lo que necesitamos –y

le exigimos– es la verdad por delante y una bella manera de contarla.

José Luis Gómez Urdáñez Catedrático de Historia. Universidad de La Rioja

Introducción

¿Por qué otra biografía de Napoleón? Esta es tal vez la primera pregunta que podría plantearse el lector de esta obra. Independientemente del hecho de que para cualquier historiador que ame su oficio repensar la figura del corso universal es un verdadero privilegio y casi ejercicio obligado, bien es cierto que los presupuestos editoriales que han permitido que este proyecto vea la luz son bastante más concretos.

Así, podríamos comenzar exponiendo aquí ciertas convicciones que nos han llevado a afrontar la obra que lees. A menudo la historiografía sobre Napoleón Bonaparte, con ser amplia y valiosísima, ha pecado de cierta linealidad al centrarse fundamentalmente en los hechos puramente políticos, permitiendo sólo espacios residuales para otros aspectos que pudiendo parecer meramente anecdóticos son muy del gusto del público lector e informan excelentemente de toda una época. Dentro de esta concepción divulgativa, nuestra historia de Napoleón no quiere olvidarse, por ejemplo, de su complejísima historia clínica, de sus juicios sobre la historia y sus contemporáneos y tampoco de sus secretos de alcoba.

De este modo, congraciar la divulgación rigurosa con el rescate del anecdotario olvidado de Napoleón, que en

muchos casos duerme bajo el polvo que acumulan las crónicas decimonónicas, en desuso por la historiografía desde hace lustros, ha sido nuestra principal preocupación a la hora de planificar una obra de estas características. Por esta razón, hemos ido imbricando en cada capítulo lo público y lo privado, los hechos relevantes y la historia menuda. El conjunto de dos realidades a veces sorprendentemente diferentes, en la búsqueda de ciertas claves que nos sirviesen para explicar, por ejemplo, los secretos del ascenso de la estrella de un humilde oficial de provincias, su concepción del Estado francés y el nuevo orden que dictó para Europa, que en parte no pequeña aún pervive, junto a sus curiosas historias de alcoba, cortejando a damas de extracción e intereses tan divergentes como Désirée Clary, Josefina de Beauharnais, María Walewska, la inaccesible madame Récamier o la emperatriz María Luisa, o los detalles con pinceladas trágicas de sus últimos años en Santa Elena, donde murió, para unos, de puro agotamiento o envenenado con el cruel arsénico para otros.

Hemos querido también acercarnos a facetas muy significativas del carácter de un emperador que nunca dejó de ser del todo aquel «pequeño corso» atrabiliario, incapaz en el fondo de saber vestirse correctamente para la ocasión de su propia coronación, donde, según Stendhal, se dice que lucía «un manto perteneciente a la dinastía de los Valois, una corona de laurel, el cetro de Carlomagno y las

sandalias de un revolucionario»; el aliño indumentario de un provinciano, naturalmente. No hemos querido que faltase en este ensayo histórico sobre Bonaparte el análisis de su faceta de visionario, de hombre de Estado, capaz de dictar un código civil que aún resulta ser la base de todos los que le siguieron después, o imaginar setenta años antes las unificaciones de Alemania e Italia, cuando nadie más que él en Europa era capaz de suponer algo así. Tampoco la de hombre pragmático, hijo de la Revolución y, a la vez, consciente de sus excesos y hasta cursilerías, como aquello de la «Diosa Razón» o los estrafalarios nombres otorgados a los meses del nuevo calendario; de ahí aquella célebre conclusión, ejemplo evidente de su fino utilitarismo político, al establecer el concordato con el papa de Roma: «Una nación debe tener una religión, y esta religión debe hallarse bajo el control del Gobierno». Afirmaciones como estas fueron, seguramente, las que inclinarían un siglo después aquella célebre opinión de André Malraux en su *Les chênes qu'on abat* tantas veces reproducida: «Tenía la necesidad de transformar la confusión en orden, como todos los hombres de la Historia que no son personajes de opereta».

En suma, hemos querido dibujar un retrato que se acerque en todo lo posible a la fidelidad de los hechos protagonizados por aquel hombre que, en palabras de Victor Hugo en su discurso a la Academia Francesa de

1841:

> Fue una estrella para su pueblo y acabó convirtiéndose en su sol. No es de extrañar que la gente se dejara deslumbrar por él. A todos aquellos que se le enfrentaron, quizá no les resultara tan fácil defender su propio castillo frente a ese conquistador irresistible… Tenemos que comprender, por un lado, el entusiasmo y, por otro, la resistencia, porque ambos extremos fueron legítimos.

Y, con todo, siempre nos quedaremos cortos; al fin, ya dejó dicho Goethe, «la historia de Napoleón produce una sensación semejante a la del Apocalipsis de San Juan. Todos sentimos como si debiese haber en ella algo más; pero no sabemos el qué».

Juan Granados

El joven Bonaparte

¿A qué huele Córcega?

Uno de los primeros mitos sobre Napoleón es aquel que considera al «pequeño cabo» un arribista provinciano con fortuna. Nada más alejado de la realidad. Napoleón Bonaparte nació en el seno de una poderosa familia corsa de florido pasado, que nada tenía que ver con la procedencia algo rústica que deseaban achacarle despectivamente sus detractores. En realidad, su padre, Carlo Buonaparte –luego Bonaparte, cuando necesitó parecer algo más francés de lo que era–, procedía de un linaje inscrito en el libro de oro de Bolonia y tenido por casa patricia en Florencia. Por si cupiese alguna duda, la misma etimología italiana de su apellido significa literalmente 'buen partido', no porque sus herederos gozasen de amplia fortuna, que a menudo también, sino porque el apelativo 'buen partido' servía desde el siglo XII para identificar a los hombres del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, llamados «gibelinos», en permanente batalla con los «güelfos», fieles al papado. Ambas facciones protagonizaron en suelo italiano aquella

singular disputa entre los dos poderes universales que pugnaban por el *Dominium Mundi*.

Así, un Hugo, antecesor de todos los Buonaparte, aparece mencionado en 1122 combatiendo junto al duque de Suabia, Federico el Tuerto, para hacerse con la Toscana. A resultas de aquellas victorias, un sobrino suyo adoptó por primera vez el apellido, estableciéndose como miembro del consejo que gobernaba Florencia. Cuando los gibelinos perdieron el poder en la ciudad, los Buonaparte se exiliaron a la villa genovesa de Sarzana. Parece que su asiento en la costa ligur resultó bastante más estable, pues el linaje no llega a Córcega hasta que, en pleno siglo XVI, Francesco Buonaparte recala en la isla formando parte de la expedición genovesa destinada a colonizarla. Desde entonces, los Buonaparte, especializados en la abogacía, medraron convenientemente en diversas poblaciones corsas como Talavo y Bocognano a la sombra del poder local, del que siempre formaron parte, manteniendo su propio clan o *pieve* corso.



Carlo Bonaparte o Buonaparte (1746-1785), padre de Napoleón. A pesar de haber vivido tan sólo treinta y nueve años, logró sentar las bases de la prosperidad de una dilatada familia. Optó por el bando francés y de este modo propició la carrera de Napoleón en el ejército, becado por Luis XVI.

De este modo, Carlo Bonaparte, padre de Napoleón, será un miembro muy apreciado de la comunidad corsa cuya discreta fortuna le permitiría cursar estudios en Pisa y Roma. Carlo, al que el panegirista de Napoleón, y su contemporáneo, monsieur de Morbins, describe como «buena persona, de elocuencia viva y natural y de muy

buena comprensión», era un patriota, íntimo amigo de Pasquale Paoli, líder indiscutible de la resistencia corsa frente a la dominación genovesa. Juntos lucharían contra los usurpadores de la libertad de los corsos, contribuyendo a expulsar a los genoveses de la isla. Ya por entonces acompañaba a Carlo en sus cabalgadas la valiente Letizia Ramolino, su esposa, descendiente de los condes de Collalto e hija del gobernador militar de Ajaccio. Descrita como una mujer devota, muy frágil y de pequeña talla, apenas metro cincuenta de estatura, Letizia llegó a ser considerada una de las más valientes y gallardas damas de su tiempo. La joven pareja, tras su boda en 1764, se instaló en la capital, ocupando la mansión familiar de los Buonaparte en la vía Malerba.

Cuando Carlo Buonaparte quiso conocer a Pasquale Paoli en su fortaleza de Corte, tenía tan sólo veinte años, frente a los cuarenta y uno de su admirado mentor. La edad no fue distancia para ellos; Paoli, tan patriota como revolucionario, empeñado en dotar a su pueblo de una constitución, enseguida le otorgó su confianza al joven Buonaparte, encomendándole la difícil misión de interceder ante el papa a favor de la independencia de Córcega. Carlo demostró bien pronto su capacidad diplomática, obteniendo de Roma el compromiso de no implicarse a favor de los genoveses. Parecía que los independentistas habían triunfado; Paoli pudo proclamar la

constitución y comenzar su presidencia gobernando con mesura y sentido común, iniciando una ambiciosa política de construcción de caminos, eliminando el bandolerismo y llegando a fundar una modesta universidad. Pero los genoveses actuaron con astucia y, viendo todo perdido, firmaron en Versalles la venta de la isla a la Francia de Luis XV. Así, a partir del 15 de mayo de 1768, Córcega fue oficialmente francesa, mientras Pasquale Paoli y sus patriotas se preparaban para una nueva resistencia al grito de «libertad o muerte».



Letizia Ramolino (1750-1836), esposa de Carlo Bonaparte y madre de Napoleón. A pesar de su aparente fragilidad, supo mantener a su amplia familia unida frente a toda contingencia. Óleo fechado en 1713, obra de Robert Lefèvre (1755-1830). Museo Napoleónico de Roma.

Luis XV tardó bien poco en reclamar sus derechos. En agosto de 1768 una poderosa escuadra francesa desembarcó un ejército de diez mil soldados en Bastia, en el extremo de la isla opuesto a Ajaccio. Sin dudarlo un instante, Carlo Buonaparte, acompañado nuevamente de la animosa Letizia, marchó a las agrestes montañas del interior de la isla para reunirse con su admirado líder Paoli. Las tropas de la resistencia no se podían comparar ni en número ni en equipamiento a las francesas, pero contaban con el dominio de la difícil orografía corsa y aplicando la guerra de desgaste consiguieron derrotar al contingente francés mandado por el general Bernard-Louis Chauvelin, haciendo además quinientos prisioneros.

De poco sirvió aquel heroico esfuerzo, Francia no estaba dispuesta a abandonar la presa y regresó al año siguiente con un ejército de veintidós mil hombres, al mando del experto y eficaz conde de Vaux. Carlo y Letizia, con su primer hijo Giuseppe a cuestas, se vieron obligados a dirigirse a los refugios del monte Rotondo, el más alto de la isla, para unirse a la batalla. Nuevamente lucharon los corsos con valor, pero esta vez el enemigo era demasiado numeroso, de tal modo que el 9 de mayo los patriotas fueron definitivamente derrotados en la batalla de Ponte Nuovo. El conde de Vaux actuó con mucha sagacidad al permitir exiliarse a Inglaterra a Paoli, en tanto ofrecía la amnistía a todos aquellos corsos que marchasen

pacíficamente a sus casas. Carlo Buonaparte, como uno de los principales lugartenientes de Paoli, vivió su personal tormenta interior, debatiéndose entre su deseo de seguir a Pasquale Paoli en el exilio y la certeza de que a su familia le iría mejor permaneciendo en su patria. Optó por lo último, no sin antes despedir afablemente a su mentor en el puerto de Bastia, donde este se embarcaría en un buque de guerra inglés junto a otros trescientos cuarenta corsos que preferían el exilio antes que el dominio francés.



Pasquale Paoli (Morosaglia, 1725-Londres, 1807), líder incontestado de la insurgencia corsa, aún hoy venerado por sus compatriotas. Para Napoleón fue siempre un espejo en el que reflejarse, aunque paradójicamente el enfrentamiento de ambas familias condujo a los Bonaparte al exilio marsellés. Retrato de Richard Cosway.

Carlo Buonaparte y Letizia Ramolino regresaron a Ajaccio. El tiempo confirmaría que la elección había sido acertada. Por entonces, Letizia estaba ya embarazada de su segundo hijo; la pareja había tenido otros dos antes de Giuseppe, pero los habían perdido y, mientras Carlo se integraba muy rápidamente en la nueva Administración francesa, como asesor legal del juez del distrito de Ajaccio, la madre de Napoleón regresó a la vida tranquila de la capital y a sus rutinas religiosas. Un 15 de agosto de 1769, día de la Asunción de María, decidió acudir, como tantas veces, a misa en la catedral. Allí mismo sintió las primeras señales de parto. Con la ayuda de su cuñada Geltruda Paravicini pudo dar los pocos pasos que la separaban de su villa, pero le resultó imposible ya subir a la primera planta. Napoleón nació aquel mismo día sobre una alfombra del vestíbulo de los Buonaparte. El que sería emperador de los franceses vio la luz en Córcega, como súbdito del rey de Francia casi por casualidad; tan sólo unos meses antes no habría sido francés. Incluso si su padre se hubiese decidido a seguir los pasos de su líder natural, Paoli, el que llegaría a ser martillo de Inglaterra bien hubiese podido nacer en Londres. Significativamente, sus padres quisieron llamarle Napoleón, nombre de uno de los tíos de Letizia que había combatido a los franceses y acababa de fallecer. Luego vendrían seis hijos más: Luciano, Jerónimo, Luis, Carolina, Elisa y Paulina. Los

Buonaparte habían conformado una gran familia que había que mantener, así que no resulta extraño que Carlo Buonaparte hiciese todo cuanto estaba en su mano para hacer olvidar su pasado, abrazando el bando francés. En esto ayudó mucho la belleza natural de Letizia Ramolino, que, al igual que había ocurrido antes con el mismo Paoli, el cual adoraba jugar a los naipes con ella, gozaba de la admiración del septuagenario general Louis Charles Rene, conde de Marbeuf y virtual gobernador de la isla, quien según Stendhal «le hacía la corte al estilo italiano».

La amistad con Marbeuf resultó muy útil a la familia. Gracias a su influencia, Carlo Buonaparte, ya Bonaparte, fue reconocido como noble, cosa que ya era, y en 1779 fue llamado a París como diputado por Córcega, confirmando así su plena integración en la Administración francesa. Es más, fue el propio Marbeuf, a través de su sobrino el arzobispo de Lyon, responsable de otorgar las subvenciones reales, quien consiguió que dos de los hijos de Carlo Bonaparte fuesen becados para estudiar en el continente, disfrutando de las ayudas que el rey concedía a la nobleza empobrecida. José, en razón de su carácter pausado y retraído, fue destinado al seminario de Autum a fin de iniciar la carrera religiosa y Napoleón, luchador y animoso desde la primera infancia, a la escuela militar de Brienne para comenzar su temprana formación como oficial del ejército. Napoleón se hacía definitivamente

francés, sí, pero nunca olvidaría el olor de Córcega, su patria. Córcega, nos dice el literato e historiador francés Max Gallo, olía a mar, a la fragancia de los pinos, a lentisco, a madroño y a mirto, también a vendetta, orgullo y revolución, Paoli y su ejemplo permanecerían por siempre en su memoria, no menos que los textos de Plutarco, a quien Paoli citaba cada vez que le venía al paso.



Cuenta la tradición que Letizia Bonaparte regresaba de oír misa en la catedral de Santa María de la Asunción en Ajaccio, como cada domingo, cuando le asaltaron los dolores del parto. Napoleón nacería sobre una alfombra del vestíbulo de la casa de sus padres.

Brienne: Plutarco y las matemáticas

La academia de Brienne, situada en la región de

Champaña, era tenida por una de las mejores instituciones de formación militar de Francia. Fundada tan sólo dos años antes de la llegada de Napoleón en 1779, la academia real estaba administrada por los franciscanos, antiguos propietarios del colegio, bajo la dirección del fraile Louis Berton, tan hosco como pomposo. La vida allí era austera y la disciplina muy estricta. La cincuentena de alumnos se agrupaba en sobrias habitaciones de diez ocupantes, que se levantaban a las seis de la mañana y se echaban a dormir a las diez de la noche tras una febril actividad. Durante aquellas largas jornadas, el joven corso fue instruido en todo aquello que de cerca o de lejos tenía, a ojos de los frailes, relevancia e interés para un futuro oficial del ejército del rey: latín, historia, geografía, matemáticas y física por la mañana, y esgrima, baile, gimnasia, música, alemán y algo de inglés por la tarde. En medio había tiempo para el dibujo y el estudio de las técnicas de fortificación; también, obviamente, para la asistencia a misa y algún medido período de asueto.



Recreación popular de una imagen del joven Bonaparte en la academia militar de Brienne. Allí fue objeto de las burlas de sus compañeros por su origen corso y por ser considerado un pobre becario. Nada de esto le arredraba; ya en la niñez, Napoleón era todo determinación y consciencia de su propia valía, como refleja el texto de una carta dirigida a su padre desde Brienne el 6 de abril de 1783: «¡Padre mío, si vos, o mis protectores, no me dais medios de sostenerme más honorablemente, llamadme cerca de vos, estoy cansado de exhibirme en la indigencia y de ver sonreír por ello a alumnos insolentes, quienes no tienen más que su fortuna sobre mí, ya que no hay uno que no esté a cien picas por debajo de los nobles sentimientos que me animan!». (A continuación, la reproducción de la carta citada).

« Brienne, 6 avril 1783.

- Mon père, si vous, ou mes protecteurs ne me donnent pas des moyens de me soutenir plus honorablement, rappelez-moi près de vous, je suis las d'afficher l'indigence et d'en voir sourire d'insolents écoliers, qui n'ont que leur fortune au-dessus de moi, car il n'en est pas un qui ne soit à cent piques au-dessous des nobles sentiments qui m'animent !

« Eh ! quoi, Monsieur, votre fils serait continuellement le plastron de quelques nobles paltoquets, qui, fiers des plaisirs qu'ils se donnent, insultent en souriant aux privations que j'éprouve ! Non, mon père, non, si la fortune se refuse absolument à l'amélioration de mon sort, arrachez-moi de Brienne : donnez-moi, s'il le faut, un état mécanique ; que je voie des égaux autour de moi, je saurai bientôt être leur supérieur ; à ces offres jugez de mon désespoir ; mais, je le répète, j'aime mieux être le premier d'une fabrique que l'artiste dédaigné d'une académie.

Cette lettre, veuillez le croire, n'est pas dictée par le vain désir de me livrer à des amusements dispendieux, je n'en suis pas du tout épris. J'éprouve seulement le besoin de montrer les moyens que j'ai de me les procurer comme mes camarades.»

Carta que continúa en parecidos términos: «¡Eh! ¡Que, Señor, vuestro hijo sería continuamente el peto de algunos nobles patanes, quienes, orgullosos de los placeres que se dan, insultan sonriendo las privaciones que padezco! No, mi padre, no, si la fortuna se rehúsa absolutamente a la mejoría de mi suerte, arrancadme de Brienne: dadme, si hace falta, un estado mecánico; que yo vea iguales alrededor de mí, sabré pronto ser su superior; por estos ofrecimientos juzgad de mi desesperación; mas, lo repito, prefiero ser el primero de una fábrica que el artista desdeñado de una academia. Esta carta, creedlo, no está dictada por el vano deseo de librarme a diversiones dispendiosas, en nada estoy prendado de ellas. Siento solamente la necesidad de mostrar los medios que tengo de procurármelos como mis camaradas».

Las primeras noticias sobre el carácter del futuro

emperador de Francia proceden de esta etapa de formación en Brienne. Se le tenía por un muchacho disciplinado y cumplidor, serio y en ocasiones taciturno, pero de ningún modo desagradable o asocial. Napoleón, que contaba tan sólo nueve años, se encontró muy pronto con la realidad del mundo. Aunque provenía de la clase acomodada corsa, en Brienne era un pensionado del Estado en medio de alumnos procedentes de la alta sociedad del continente. Hablaba francés con un profundo acento italiano, de manera que cuando se presentaba por su nombre sonaba algo así como *Napoilloné,* motivo por el cual sus compañeros comenzaron a conocerle por el sobrenombre de *la paille au nez* ('la paja en la nariz'). No lo tenía desde luego fácil, pero conociendo al personaje, se puede comprender que se sobrepusiera a todo. Tanto le gustaba el estudio de la ingeniería de fortificaciones que muy pronto se hizo con el respeto de sus camaradas, a los que ordenaba atacar o defender los parapetos que ideaba durante los tiempos de recreo. Con menos de diez años comenzó a mandar con el estilo seco y parco en palabras que le caracterizaría de por vida. Ya entonces, todos le seguían, aunque continuaba siendo como una isla, casi inaccesible a los demás.

Existen bastantes registros de aquella época que reflejan cómo se iba formando en el joven Napoleón una personalidad dominante y magnética. En cierta ocasión, un profesor le castigó a usar orejas de burro y cenar

arrodillado junto a la puerta del refectorio. Un castigo usual en la academia por el que todos habían pasado sin una mala queja. Pero cuando el maestro observó que el muchacho no se arrodillaba, insistió: «De rodillas, señor». En ese instante, Napoleón enrojeció de ira, golpeó el suelo con los pies y exclamó: «¡Tomaré mi cena de pie, no arrodillado, en mi familia nos arrodillamos sólo ante Dios!». Lo normal en estos casos sería que tal insolencia fuese castigada con una pena aún más severa, pero no ocurrió nada de eso; muy al contrario, intervino Berton, el director, y el castigo le fue levantado.

Paralelamente, el propio Napoleón descubriría con posterioridad cómo alguno de sus mecanismos mentales, el universo de sus concepciones, se fue fraguando en esta etapa. Por ejemplo, en lo que respecta a sus creencias religiosas. No fue un completo ateo, casi nadie lo era en su mundo, pero guardaba serias prevenciones respecto a la religión católica. Sus primeras dudas aparecieron cuando escuchaba un sermón del domingo en la capilla de Brienne. En un determinado momento, el oficiante aseguró que grandes hombres de la Antigüedad como Catón o Julio César ardían con toda seguridad en el infierno, algo que objetivamente no podía comprender, que «los hombres más virtuosos de la Antigüedad [ardieran] en la llamas eternas porque no habían practicado una religión de la cual nada sabían». Desde entonces decidió que la religión en general

y el catolicismo en particular no podían tomarse muy en serio, aunque haría buen uso de sus estructuras en el futuro, siempre según su conveniencia y los imperativos de sus necesidades políticas.

En el orden académico, destacó en matemáticas, geografía e historia. En eso fue el mejor de su promoción; sin embargo nunca pudo con la ortografía y el latín. Los idiomas en general se le daban mal. De hecho, cuenta el erudito caballero francés del siglo XIX Emil de Saint-Hilaire en su *Historia popular, pintoresca y anecdótica de Napoleón* que cuando su profesor de alemán, un tal Bauer, fue informado de que el pequeño corso estaba examinándose para promocionar a la escuela militar de Saint-Cyr, exclamó:

> –Pero, ¿acaso sabe algo?
>
> –¡Cómo! Señor –le respondieron–, ¿no sabéis que de todos los alumnos de la escuela él es el más adelantado en matemáticas?
>
> –Decid cuanto os parezca –repuso el maestro de alemán–, pero vuestro Napoleón Bonaparte nunca será más que un bruto.

Lo cierto es que las matemáticas y la poliorcética, por una parte, y la historia por la otra eran su verdadera pasión.

En los ratos libres corría a la biblioteca para leer a sus autores favoritos. Lo suyo eran las historias sobre héroes y hombres singulares, por eso sus preferidos eran Corneille, la epopeya en verso de Ossian del irlandés James McPherson y, naturalmente, Plutarco. Conceptos como el honor, el deber y el patriotismo eran los pilares en los que deseaba sostener su ánimo, descartada ya la religión.

Como resultado a una trayectoria más que prometedora, un inspector del rey, el caballero de Kéralio, de visita en Brienne en 1783, informó positivamente para el ingreso de Napoleón Bonaparte en la escuela militar de Saint-Cyr:

> M. de Napoleón, nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769. Es de buena complexión y excelente salud, obediente, pundonoroso y reconocido para con sus superiores; de muy regular conducta. Siempre se ha hecho notable por su aplicación a las matemáticas; está bastante instruido en geografía e historia: en el latín y los ejercicios de ornato no sobresale y tan sólo ha cursado la cuarta clase. Será un excelente marino.
>
> Merece pasar a la escuela de París.

En efecto, Napoleón pensó durante mucho tiempo ser marino; al fin, en ese momento Inglaterra y Francia

dirimían sus disputas en la mar, donde los almirantes Suffren y De Grasse habían obtenido sonadas victorias. Pero tras una visita de sus padres a Brienne cambió de parecer y decidió hacerse artillero. Parece que fue su madre, la bella Letizia, quien lo convenció de lo innecesario de juntar el mar a los muchos peligros que ofrecía el enemigo.

Pese al informe favorable del caballero de Kéralio, Napoleón no ingresó en Saint-Cyr hasta octubre de 1784, dejando de este modo libre su plaza en Brienne para que fuese ocupada por su hermano Luciano.

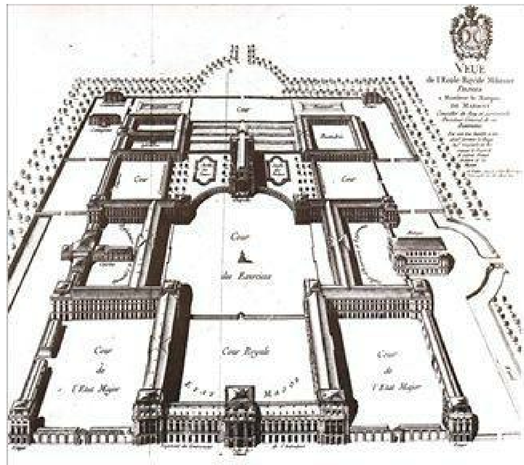
Saint-Cyr. «Como el granito abrasado por un volcán»

La academia militar, obra del célebre arquitecto real Ange-Jacques Gabriel, había sido inaugurada tan sólo trece años antes de la llegada del célebre cadete corso. Es fama el asombro que sufrió Napoleón ante aquella magnificencia, propia de un tiempo que estaba alcanzando su rápido final. El edificio, con su fachada dominada por ocho columnas corintias, la airosa cúpula cuadrangular, el frontón con relieves alegóricos; todo allí hablaba de lujo y privilegio. También en el interior: las aulas estaban orladas con la dorada flor de lis como motivo, los dormitorios

disponían de calefacción, las cortinas de lienzo de Alençon, las mesas bien servidas a la hora de almorzar, con no menos de tres postres como remate de cada comida, servidos por ceremoniosos criados. A su llegada en 1784, en el mismo dintel de la *École*, Bonaparte fue bien consciente, si no lo era ya, de que pisaba terreno destinado a la élite de Francia. Junto a los muchachos becados como él, se sentaban los vástagos de la alta nobleza del país. Sus apellidos hablaban por sí mismos: el duque de Fleury, Laval-Montmorency, el príncipe de Rohan Guémenée, primo del mismo rey…, muchachos que, como cabía suponer, apenas se dignaban mirar al becado corso, un pobretón, vástago de una tierra conquistada.

Poco importa todo eso al joven Bonaparte. Taci-turno y perseverante, a menudo se le ve paseando con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, refugiado en sí mismo, pero desafiante ante cualquier leve ofensa. Era un muchacho escurrido y corto de estatura, pero jamás perdió una pelea en la academia, su fuerza le venía de muy adentro, singularmente del respeto por sus orígenes y la veneración que sentía por Pasquale Paoli. Sobre esa consciencia de amor a la propia dignidad, narra Max Gallo una sabrosa anécdota. Los cadetes debían confesarse obligatoriamente una vez al mes. El cura encargado de atenderle en una de esas ocasiones, cometió el error de definir a los corsos como «bandidos arrogantes». Esto era mucho más de lo

que Napoleón podía soportarle a nadie. «No he venido aquí para hablar de Córcega –exclamó indignado, para añadir–: y la misión de un sacerdote no es reprenderme sobre ese punto». Acto seguido rompió de un puñetazo la rejilla que le separaba del confesor y la emprendió a golpes con él. Podría ser pobre y estar allí gracias a una pensión del rey, pero era muy consciente de que cada quien es dueño de cambiar su destino. En este sentido, resulta significativo saber que el primer libro que adquirió a su llegada a París en compañía del padre Breton fue *L'Histoire de Gil Blas de Santillane,* novela picaresca obra de Alain-René Lesage, la historia, como se sabe, del encumbramiento del hijo de un mozo de cuadras a favorito del rey de España.



Proyecto inicial elaborado por el singular arquitecto real Ange-Jacques Gabriel para la École Militaire (1751), Biblioteca Nacional de Francia. La magnificencia del último barroco acogía a los hijos de la élite de Francia para incorporarlos a la oficialidad de sus ejércitos.

1785 es el año del prematuro fallecimiento de su padre, Carlo Bonaparte, aquejado de un terrible cáncer de estómago. Ocurrió en febrero, en la localidad de Montpellier, donde había acudido en busca de nuevos remedios curativos, pues la dieta a base de la ingesta de peras que le había recetado uno de los médicos del rey no había causado, obviamente, ningún efecto. Carlo Bonaparte tenía tan sólo treinta y nueve años de edad. En la academia habían querido que el cadete Napoleón se retirase a rezar y

a llorar tan grave pérdida en la soledad de la enfermería, como se hacía habitualmente en situaciones similares, pero el joven Bonaparte lo rechazó, se negó a abandonar sus obligaciones por el dolor. Y, no obstante, sufrió mucho la pérdida de un padre al que amaba y admiraba. Era muy consciente de que Letizia, su madre, quedaba en difícil situación teniendo que alimentar a sus cuatro hijos pequeños con una exigua pensión de mil quinientas libras. Los otros cuatro podrían seguir viviendo becados en sus correspondientes escuelas. Pero Napoleón, como cabeza de familia que ahora se consideraba, tenía prisa por cobrar su sueldo de oficial; debía volver al trabajo. «Mi dolor me lo ordena», había dicho.

En lo académico, Bonaparte estaba decidido a quemar etapas y hacerse oficial en tan sólo un año, cuando la mayoría de sus compañeros empleaba dos o incluso más en graduarse. Para Domairon, su profesor de letras, el joven Napoleón, contenido en lo externo, poseía las cualidades de un espíritu indómito. En sus propias palabras: «Es granito abrasado por un volcán». Como se le había informado que ese año no habría plazas para la marina, optó por la artillería, al fin la élite del ejército francés. Para poder alcanzar el grado de subteniente de esa arma, debía pasar duros exámenes, por ejemplo dominando en su integridad los cuatro gruesos volúmenes del *Tratado de matemáticas* del profesor Bezout, del que le examinó nada

menos que Pierre-Simon Laplace, eminente miembro de la Academia de las Ciencias y desarrollador, como se sabe, de célebres sistemas matemáticos. El caso es que el joven corso consiguió superar los exámenes obteniendo el puesto cuarenta y dos de los cincuenta y ocho graduados de aquel curso, una hazaña notable si se tiene en cuenta que la mayoría de aquellos jóvenes habían invertido dos años en su preparación. De este modo, logra convertirse en oficial, subteniente de artillería, con tan sólo dieciséis años y quince días de edad.

Eligió como primer destino una plaza del sur, Valence, para estar más cerca de Córcega y de su madre. Allí recibió sus primeras charreteras en enero de 1786. Compaginaba la vida militar con las lecturas que le interesaban, plagadas de republicanismo romano, siempre en torno a la idea de liberar algún día su querida isla. Tácito, Montaigne, Montesquieu, Rousseau… Y no tardará en analizar la *República* de Platón, las *Instituciones* de Justiniano o la historia de Federico II de Prusia. La política ya le llamaba más que cualquier otra cosa, salvando el estudio del arte de la guerra, en obras como el *Essai général de tactique* del conde de Guibert, de cuyas teorías bélicas (adquirir la superioridad en un punto, atacar en ese lugar señalado con todas las fuerzas disponibles, utilizando la sorpresa y la rapidez de movimientos) haría amplio uso Bonaparte en el futuro. Eran libros que iba adquiriendo en la librería de

Pierre Marc Aurel, frente al café Cercle, muy cerca de su humilde alojamiento de entonces. A través de las lecturas, fue madurando ideas y convicciones. Francia, desde luego, precisaba cambios, tal vez una monarquía constitucional que gobernase en provecho del pueblo. En cuanto a Córcega, seguía pensando en que debería liberarse de la opresión francesa. Entre tanto y cuando puede, visita a su querida madre en Ajaccio, procurando en lo posible paliar las apreturas económicas de su familia. Pero en junio de 1788 se vio obligado a acudir a un nuevo destino, lejos de su familia, en la guarnición de Auxonne (Borgoña), poco más que un pantanal, fuente de mil enfermedades. Allí se encontrará Napoleón frente a frente con la Revolución. En febrero de 1789, Emmanuel Sieyès, un ex sacerdote de Fréjus publica un panfleto, *¿Que es el Tercer Estado?,* que conmueve a un país entero. Todo en la vida de Napoleón iba a cambiar.

La particular revolución de Bonaparte

Cuenta Alexandre des Mazis, el principal camarada de nuestro protagonista en la insalubre Auxonne, que ya por entonces el joven Napoleón despreciaba la religión por

entenderla como un infundado sistema de creencias; y puede que más aún la monarquía, tal y como estaba concebida en la Europa de fin de siglo: «Los reyes disfrutan de una autoridad usurpada en los doce reinos de Europa –le decía, para añadir–: hay pocos reyes que no hayan merecido ser destronados». ¿Quiere esto decir que Bonaparte era un revolucionario de asonada? En absoluto, se sentía orgulloso de ser un oficial del ejército, aunque fuese del francés y no del corso como le hubiese gustado en esta época, pues valoraba sobre cualquier otra cosa el orden y, por tanto, la jerarquía. Como Goethe, prefería la injusticia al desorden. En su opinión, «nada se gobierna sin disciplina», aunque considerase que «los prejuicios, los hábitos y la religión son débiles barreras», y vivía en el convencimiento de que los tronos se desplomarían «cuando los pueblos se digan un día al contemplarse: nosotros también somos hombres». Cuando llegase la Constitución de 1791, Napoleón estaría más que dispuesto a abrazarla con fervor, convencido de que los aires de libertad beneficiarían tanto al pueblo llano de Francia como a sus compatriotas corsos.

Es 1789, y un oficial del ejército no se puede desvincular de ello. En Borgoña, Napoleón cumple sus obligaciones sin pestañear, pacifica movimientos campesinos sin tener que disparar un tiro, pura determinación marca del personaje. Pero su revolución no

es por el momento la francesa, la contempla desde fuera, como un mero observador, su deseo es regresar a Córcega y hacer algo útil por su patria opresa. No era extraño entonces que un oficial francés disfrutase de seis meses de permiso, repartidos a lo largo del año. Bonaparte los aprovecha todos para regresar siempre que puede a su amada isla, el contexto revolucionario le hacía abrigar esperanzas de redención. Así, reside en Córcega desde septiembre de 1789 a enero de 1791, de octubre de 1791 a abril de 1792, de octubre de ese mismo año a junio del siguiente. Procurando que no se le viese mucho por su condición de militar, apoyó durante ese período a los amotinados de Ajaccio, hasta que no pudo ocultar más sus filias y se vio obligado a regresar a París, donde, curiosamente, fue ascendido a capitán.

Es en este contexto de idas y venidas a Córcega, siempre en la duda de qué hacer, en el que Napoleón protagonizará su primer, extraño y paradójico hecho de armas. En enero de 1793 el ejército revolucionario francés cuenta sus acciones militares por victorias, conquista Bélgica, Saboya y Niza. El próximo paso es la anexión de Cerdeña, por entonces perteneciente a la Casa de Saboya. Para ello se refuerza a las tropas francesas con voluntarios corsos. Napoleón se apasiona con el proyecto. Haciendo valer sus orígenes, consigue ser nombrado teniente coronel en funciones de los voluntarios corsos, tomando el mando de

la artillería de la expedición, poca cosa a decir verdad, pues estaba compuesta por dos cañones y un mortero, que fueron estibados en la corbeta *Fauvette*.

Como cabía esperar, la desconfianza entre franceses y corsos es mutua desde el inicio de la campaña. Razones había para ello, pues el mando de los voluntarios corsos se otorga a un miembro señalado del clan de los Paoli, un primo de Pasquale llamado Colonna Cesari. Por indicación expresa del líder de la revuelta corsa, Cesari partió con la idea firme de hacer fracasar la expedición, manteniendo a Napoleón absolutamente al margen de la conspiración; al fin, a estas alturas, era considerado por todos el miembro más destacado del clan de los Bonaparte, familia a la que se veía como filofrancesa, cuando no directamente traidora a la causa, al aceptar que sus vástagos fuesen becados por el rey de Francia. Y, por si no fuese esto suficiente, mantenía una sincera amistad con el conde de Marbeuf, por no hablar de las actividades de Luciano Bonaparte, que con tan sólo dieciocho años formaba parte del club jacobino de Tolón.

Así que, mientras nuestro joven oficial se había tomado, como todo en su vida, muy en serio la expedición, Cesari estaba decidido a hacerla fracasar desde el principio. Aunque desembarcaron con éxito en la estratégica isla de San Stefano y Napoleón consiguió emplazar correctamente la artillería, Cesari se rindió sorpresivamente a las primeras de cambio, obligando a un rabioso Napoleón a

reembarcarse abandonando la artillería. Esto no fue lo peor: a su regreso a su amada patria, comprobó cómo, tras una formal acusación de traición a Francia, enunciada por Luciano Bonaparte contra Pasquale Paoli en Tolón, el clan de los Paoli había declarado una verdadera *vendetta* contra su familia. Dolorosamente, Córcega había dejado de ser una opción para el futuro emperador de los franceses. Así se lo quiso explicar a su querida madre en un breve mensaje de advertencia: «Prepárese para huir, este país no es para nosotros». De este modo, Letizia Bonaparte tuvo el tiempo justo de abandonar su casa en compañía de los cuatro hermanos pequeños de Napoleón antes de que fuese devastada por los independentistas corsos. La familia, protegida por José y Napoleón, se refugia primero en Calvi, más tarde en Tolón y finalmente en Marsella, convirtiéndose en tristes refugiados amparados con una ridícula pensión por el Estado francés que sólo poseían entonces la ropa que llevaban puesta.

Cuando Napoleón encontró a Désirée

La familia Bonaparte desembarcó en Tolón el 14 de junio de 1793. En Francia se avecinaba el gobierno de «los doce hombres justos», el Comité de Salud Pública, liderado por un visionario convencido de la bondad

intrínseca del ser humano: Maximilien Robespierre. Luciano cambió su nombre por el de Bruto Bonaparte, en tanto los meses comenzaban a designarse por el nombre de las estaciones y los trabajos agrarios, y el terror se adueñaba del país.



Retrato del general Jean-François Carteaux, primer jefe de Napoleón en los acontecimientos del sur de Francia. Tan bonancible como inútil, estuvo a punto de conducir varias veces a sus tropas al desastre. La permanencia de Napoleón a su lado, consiguió impedirlo.

Entre tanto, tras poner a salvo a su familia en Marsella, Napoleón regresó a su regimiento, en Pontet, cerca de Aviñón, para ponerse a las órdenes del general Jean-François Carteaux, un buen hombre, siempre cortés con el joven capitán, que había sido pintor de la corte de Luis XVI. Carteaux lo ignoraba todo sobre el arte de la guerra, cosa que Napoleón llevaba con resignación y cierta sorna, pues la única orden que su general le daba, fuese cual fuese el contexto, era irremediablemente: «Ataque en columna de a tres».

Mientras Napoleón trataba por todos los medios de explicarle a Carteaux que no se podía atacar la flota británica del almirante lord Hood, fondeada a varias millas de la costa, empleando culebrinas de pequeño calibre, a la familia Bonaparte no le iba del todo mal en Marsella. Su madre, Letizia, era ahora la amante de un creso comerciante de sedas marsellés apellidado Clary. Al tiempo, el hermano mayor, José Bonaparte, contrajo matrimonio con Marie-Julie, de veintidós años, hija del comerciante, que un día sería reina de España, al acompañar a su marido en el destino que para ellos depararía Napoleón. Por su parte, el capitán Bonaparte se enamoró intensamente de la segunda hija de Clary, Bernardine Eugénie Désirée, de tan sólo dieciséis años de edad. Pero el padre de la hermosa dama debió pensar entonces que con un Bonaparte en la familia era suficiente. Napoleón era un

hombre sin posibles y, lo que era peor, sin muchos visos de obtenerlos en un futuro más o menos próximo. La negativa fue rotunda. Tiempo después, Napoleón reflejaría toda aquella tribulación, su anhelo en pos del amor idealizado, en una novelita de tono rosa de final trágico que quiso llamar *Clisson et Eugénie,* en la cual, un exitoso militar amante de la música ejerce de Pigmalión con la dulce y obediente Eugénie (Désirée), hasta que el hastío agosta su amor y obliga a Clisson a buscar la muerte en el combate. Con el andar del tiempo, veremos cómo Désirée Clary se convertirá en el año 1798 en la esposa del mariscal de Napoleón Jean-Baptiste Bernadotte y en reina de Suecia, al ser proclamado su marido monarca de ese país el 5 de febrero de 1818 con el nombre de Carlos XIV.





Imagen de madurez, fechada en 1822, de Désirée Clary (1777-1860), ya como reina de Suecia. Hija de un rico comerciante de sedas de Marsella, pasa por ser el primer amor conocido de Bonaparte, aunque él finalmente la rechazó. Debajo, su esposo Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844), mariscal de Napoleón y rey de Suecia y Noruega con el nombre de Carlos XIV. Retratado por François Gérard en 1811.

Se ha escrito mucho sobre Napoleón y el concepto que tenía de las damas. Sin lugar a duda disfrutaba de su compañía, pero su mundo era esencialmente masculino. La mujer debía permanecer en casa y lo más lejos posible de los asuntos considerados «serios»: «Las mujeres –decía– están en la base de todas las intrigas y es necesario mantenerlas en el hogar, lejos de la política. Corresponde prohibirles que aparezcan en público, excepto con falda y velo negros, o con el *mezzaro,* como en Génova y Venecia». Se sabe que, en lo formal, gustaba de las damas de manos y pies pequeños, tiernas y femeninas. Désirée cumplía todos estos requisitos. El mismo Napoleón

reconocía que no era una dama especialmente agraciada, pero, como melómano confeso, comparaba su voz con «la de un ruiseñor o una pieza de Paesiello, que agrada únicamente a las personas sensibles». Si a eso unimos la admiración que sentía por sus «blancas manos» y su carácter discreto y tímido, se puede comprender que Désirée Clary representaba el verdadero arquetipo femenino del joven capitán. No obstante, Napoleón siempre consideró aquello como una simple ensoñación de juventud. En sus periódicas visitas a París buscaba la compañía de mujeres de la «Revolución» cultas y sofisticadas: la actriz *mademoiselle* Constant, de la Comedia Francesa, *mademoiselle* de Chastenay, Thérésa Tallien, que con su belleza y dotes de seducción había impelido a su futuro marido Jean Lambert Tallien a enfrentarse a Robespierre para salvarla de la guillotina, precipitando de paso la caída del tirano... Al fin, y aunque Désirée continuaba enviándole dulces cartas de amor, Napoleón decidió dar por zanjado aquel asunto: «Dulce Eugénie –le dijo por carta– eres joven, tus sentimientos se debilitarán y después flaquearán; más tarde advertirás que has cambiado. Así es el dominio del tiempo […] no acepto la promesa de amor eterno que me ofreces en tu última carta, pero la sustituyo por una promesa de franqueza inviolable». Es decir, una elegante despedida al uso, no muy original. Tras aquellas edulcoradas palabras se escondía una

realidad bien diferente. A través de su amiga Thérésa Tallien había conocido a una mujer que le fascinaba, y a la cual entonces en la sociedad parisina se la conocía como Rosa de Beauharnais. Su nombre completo descubrirá, naturalmente, a quién nos referimos: María Josefina Rosa Tascher de la Pagerie, vizcondesa de Beauharnais.



Ilustraciones de época de la novela *Clisson et Eugénie* en la que Bonaparte, seguramente en un intento de explicarse a sí mismo, dio rienda suelta a sus vivencias amatorias.

De este modo, encontramos en Marsella a Napoleón como un humilde capitán arruinado que a sus veinticuatro años aparenta haber finiquitado su ascenso público. Pero todo es susceptible de cambiar, y muy rápidamente.

EL HOMBRE ANTE SU DESTINO: EL SITIO DE

Tolón

Ya que Napoleón no encuentra ninguna otra cosa a la que servir, sirve a la Revolución, aunque detesta la guerra civil en la que se ve envuelto y el terror que despliegan los iluminados que siguen la conducta en extremo cruel de Maximilien Robespierre. En un ejercicio de verdadera honestidad consigo mismo, y aprovechando su convalecencia de unas fiebres terciarias de las que se fue a recuperar a la pequeña localidad de Beaucaire, trató de poner en claro sus pensamientos redactando un pequeño libelo al que quiso llamar precisamente *Le souper de Beaucaire,* en alusión al asunto: un largo diálogo entre un oficial militar, el propio Napoleón, naturalmente, y un hombre de negocios de Marsella. La habilidad de estadista de Napoleón se ve también en las pequeñas cosas; así, aunque el oficial francés defiende con vehemencia el gobierno de Robespierre y a Carteaux, su representante, demuestra también cierta simpatía por los sublevados contra la Convención, concluyendo que pierden el tiempo persistiendo en su rebeldía, pues aun concediendo que las cosas deben cambiar hacia la paz y la concordia entre los franceses, esos cambios han de hacerse por la fuerza de la ley y no por la rebelión armada.



Curiosa recreación, obra de Jérémie Benoît, del asunto central que refleja el exitoso libelo *Le souper de Beaucaire,* mandado imprimir por Napoleón en un intento de fomentar la paz entre jacobinos y girondinos. La publicación obtuvo el *placet* de los comisarios de Robespierre, circunstancia que le elevó al grado de jefe de batallón y comandante de la artillería que debía asediar la ciudad de Tolón.

La Convención, o más bien su representante en Marsella, un comisario corso como Napoleón, antiguo abogado apellidado Salicetti, poco ducho en sutilezas, entendió que el libelo mandado imprimir por Bonaparte les beneficiaba. Como además era amigo de la familia y compañero de José Bonaparte en la logia masónica Paz y Sinceridad de Marsella, propuso inmediatamente el ascenso del capitán de artillería a jefe de batallón, señalando que se le debía destinar al sitio de la ciudad fortificada de Tolón, que había enarbolado el pabellón blanco de los monárquicos y estaba

apoyada por tropas fundamentalmente inglesas, aunque también piamontesas y españolas. Dieciocho mil hombres en total, reforzados por la escuadra británica de lord Hood. Lyon había hecho lo mismo y, en realidad, toda la Francia meridional se había convertido en un polvorín para la Revolución.

De este modo, Napoleón, que permanecía asqueado con toda aquella sangre fratricida y había solicitado ya su traslado al Ejército del Rin, se encontró sorpresivamente en Tolón, junto al inefable Carteaux, como comandante de la artillería, para ver de enmendar todo aquello. En tanto Carteaux se dedicaba a dar órdenes más bien absurdas y a atusarse sus largos mostachos negros, Napoleón Bonaparte se ocupó día y noche en el asedio. Conocía bien Tolón y sabía que el mejor lugar para emplazar la artillería que había podido recabar, traída de la ciudadela de Antibes, de Mónaco y hasta del lejano Montpellier, era la punta de la Eguillette, un promontorio que miraba al mar, justo sobre la flota británica de lord Hood. Y aunque esta comenzó a sufrir serios desperfectos, Carteaux seguía sin comprender cuál era la verdadera función de la artillería en un asedio, empeñado en sus ataques «en columna de a tres». Por suerte, el 17 de noviembre de 1793, Carteux fue relevado en el mando por un militar de verdad, Jacques Coquille Dugommier, que simpatizó inmediatamente con el esforzado comandante de artillería. No le costó mucho al

corso convencer a su general de que para obtener el éxito no podrían atacar la ciudad sin deshacerse antes de la flota enemiga. Con el fin de emplazar las piezas en la posición necesaria, deberían primero tomar un fuerte inglés, Fort Mulgrave, al que los franceses habían dado en llamar «El pequeño Gibraltar». Lo atacaron un 17 de diciembre, comenzando por una batalla artillera entre los cañones de Napoleón y las veinte piezas que defendían el fuerte. Por entonces ya le gustaba al futuro emperador de Francia rodearse de personal de confianza. En el sitio del «pequeño Gibraltar» brillaba con luz propia un valiente sargento de origen borgoñón, Andoche Junot, conocido por su carácter imperturbable, su amor por el servicio de las armas y la buena calidad de su letra a la hora de redactar las órdenes. Se cuenta que en este mismo sitio de Tolón, una granada enemiga cayó cerca de la batería donde se hallaba Napoleón dictándole unas órdenes. Como la nota que estaba escribiendo se llenó del polvo de la explosión, se le oyó decir: «No necesitaré secar la tinta con arena». Agradablemente sorprendido por este gesto de arrojo, Napoleón nombró allí mismo asistente de campo al que sería con el andar del tiempo duque de Abrantes y gobernador de Portugal.

El ataque a Fort Mulgrave en medio de una lluvia inmisericorde fue realmente cruento. El animoso Dugommier, al mando de cinco mil hombres de a pie,

fracasó varias veces frente al denso fuego enemigo. Le llegó el turno a Napoleón, que mandaba a los dos mil hombres de la reserva. Fueron recibidos de igual manera, el caballo que montaba Bonaparte se desplomó muerto, pero su jinete continuó a pie con pasmosa tranquilidad, como él mismo aseguraba: «Si ha llegado la hora, carece de sentido preocuparse». Él y sus hombres consiguieron encaramarse a la empalizada y entablar el cuerpo a cuerpo con ingleses y piamonteses. El fuerte cayó finalmente a las tres de la mañana. Napoleón había resultado herido de cierta gravedad en una rodilla por una pica enemiga y, aunque el cirujano llegó a pensar en amputarle la pierna para evitar la gangrena, finalmente no fue necesario. Sin embargo la marca que había dejado en su extremidad la profunda herida le acompañaría para siempre. Por la mañana, esto siempre ocurre, los comisarios del gobierno, Salicetti entre ellos, tomaron posesión de la plaza a sable desenvainado y pomposamente montados a caballo.



El general Jacques Coquille Dugommier (1738-1794), comandante principal en el asedio de Tolón, fue el primer jefe de entidad que tuvo Bonaparte. Sus buenos informes propiciarían el ascenso de Napoleón al generalato.

Al día siguiente, los ingleses emprendieron la retirada de Tolón tal y como Napoleón había previsto, embarcándose en la flota de lord Hood, que incendió el arsenal y se dio a la vela al abrigo de la noche. Las represalias tomadas contra la población por el Comité de Salud Pública fueron terribles. Los comisarios del gobierno, entre los que estaba el célebre Paul Barras, que llegaría a formar parte del Directorio y a mantener una intensa relación con Napoleón, tras haberle presentado a la que sería la emperatriz Josefina, se aplicaron con verdadero celo en la tarea de organizar la represión de los sediciosos. El día 20 de diciembre, los comisarios mandaron fusilar a doscientos militares de la guarnición de Tolón y dos días

más tarde a otros doscientos civiles, entre hombres y mujeres. Sobre aquellos terribles sucesos escribió el esquinado Joseph Fouché, entonces ya alto funcionario del gobierno, a un miembro del Comité de Salud Pública: «Hay un solo modo de celebrar esta victoria; esta noche doscientos trece insurgentes cayeron bajo nuestro rayo. Adieu, amigo mío, lágrimas de alegría inundan mi alma». Y más adelante: «estamos derramando mucha sangre impura, pero lo hacemos por la humanidad y el deber». Por su parte, Jacques Dugommier y un maltrecho Napoleón hacían cuanto podían por detener aquel baño de sangre. El joven corso llegó a introducir a una familia entera, los Chabrillan, en cajas de munición que despachó a Hyéres, salvándoles así la vida.

La imagen pública de Napoleón salió muy reforzada de aquel hecho de armas. El propio Jacques Dugommier escribió al ministro de la guerra: «No tengo palabras para describir el mérito de Bonaparte: gran capacidad técnica, igual grado de inteligencia y enorme gallardía; ahí tienen un mal boceto de ese oficial de peculiares cualidades».

De este modo, el 22 de diciembre de 1793 Napoleón Bonaparte, por consejo de los comisarios Salicetti, Barras y Augustin Robespierre, hermano menor de Maximilien, de mucho mejor carácter y disposición que este, fue ascendido a general de brigada. Cuatro meses atrás era un simple capitán y tenía veinticuatro años. No obstante, su

estrella no había comenzado a brillar de forma definitiva y para siempre, pues la Convención nombraba muchos generales y con la misma facilidad los destituía. Napoleón aún habría de soportar tiempos de honda incertidumbre.

El general Bonaparte al servicio de la Revolución

Napoleón en entredicho

Un joven militar, recientemente ascendido a general por deseo de los hermanos Robespierre, no podía pensar que su futuro estaba ya resuelto. La Revolución caminaba entonces desbocada y nadie podía asegurar lo que ocurriría al día siguiente. El cruento período conocido como «El Terror» (septiembre de 1793-julio de 1794) había llegado a su eclosión: tan sólo en los dos últimos meses del gobierno hegemónico del Comité de Salud Pública mil trescientas personas fueron conducidas a la guillotina, la inmensa mayoría sin juicio alguno, ni asomo de aplicación de cierta legalidad. Como aseguraba el dicho popular: «las cabezas caían de los tejados». Aquella locura no podía durar mucho más, la mayoría de los miembros de la Convención Nacional vivían aterrorizados ante la más que plausible certeza de que cualquier veleidad de Robespierre o su *ad latere,* el combativo Louis Antoine Saint-Just, daría con su cabeza en un cesto más pronto que tarde.



Maximilien Robespierre (Arrás, 6 de mayo de 1758-París, 28 de julio de 1794), apodado «el incorruptible», se convirtió en el árbitro de los designios de Francia durante el período del Terror, cuyos excesos defendía con elocuencia: «Bajo el régimen constitucional es suficiente con proteger a los individuos de los abusos del poder público; bajo el régimen revolucionario, el propio poder público está obligado a defenderse contra todas las facciones que le ataquen. El gobierno revolucionario debe a los buenos ciudadanos toda la protección nacional; a los enemigos del pueblo no les debe sino la muerte».

Finalmente, el 9 de termidor del año II (27 de julio de 1794), cuando Saint-Just se disponía a regalar uno de sus incendiarios discursos al Comité de Salud Pública, fue interrumpido por la indignación del diputado Jean Lambert Tallien, furioso por el encausamiento de su esposa. Su

gesto infundió fuerzas a los demás para enfrentarse a los radicales; al día siguiente, Robespierre y Saint-Just serían conducidos frente a la misma guillotina que tanto había trabajado bajo sus órdenes directas. Así que, paradójicamente, mientras la mayoría de los franceses tomaban aire y se pasaban la mano por el cuello para comprobar que este aún continuaba ocupando su lugar, Napoleón Bonaparte iniciaba un período de penurias y humillaciones personales al considerársele altamente sospechoso de haber mantenido una cercana amistad con los hermanos Robespierre.



Las armas de los radicales (1819), caricatura del inglés George Cruikshank. Para Maximilien Robespierre, el cruento período del Terror «no es más que la justicia rápida, severa, inflexible». En realidad, un buen ejemplo de lo que luego se dio en llamar «terrorismo de Estado».

Por si la situación no se presentase suficientemente difícil, corrieron bulos sobre la posibilidad de que el general Bonaparte estuviese gestionando, durante un breve viaje a Génova, la salida del oro francés al extranjero. El

propio comisario Salicetti, amigo de Napoleón, como se recordará, envió una carta al Comité de Salud Pública informando de la conducta sospechosa del corso. Como resultado, el 10 de agosto de 1794, pocos días después del golpe termidoriano, el brigadier-general Bonaparte fue sometido a arresto domiciliario en la calle Villefranche 1 de Niza, donde residía por entonces, y mandado custodiar por diez gendarmes. Napoleón, en carta a Salicetti, se defendió con su habitual tono de dignidad republicana: «Desde que se descubrió la conspiración de Robespierre, mi conducta ha sido la de un hombre acostumbrado a juzgar de acuerdo con principios, no con personas, nadie puede negarme el título de patriota». Naturalmente, los comisarios, tras analizar la cuenta de gastos del viaje de Napoleón a Génova, no hallaron nada sospechoso. Con todo, seguía considerándosele como amigo de Augustin Robespierre, amén de poseer un apellido sonoramente italiano en un momento en el que la República estaba en guerra con las repúblicas del norte de la península itálica. Aun así, poco después se le concedió la libertad y se le restituyó su grado de general de brigada, aunque las penurias no habían hecho más que empezar.



Estudio para un retrato de Napoleón, fechado en 1797, obra de Jacques-Louis David (1748-1825), el pintor de la Revolución por antonomasia. Este aspecto juvenil y enjuto era el que acompañaba al futuro emperador de Francia en plena campaña de Italia, momento en el que contrajo matrimonio con su amada Josefina.

A finales de abril de 1795 se trató de enviar a Napoleón a Bretaña, pero Bonaparte no estaba dispuesto a seguir luchando contra franceses, así que protestó enérgicamente, suplicando al Ministerio de la Guerra que se le concediese un destino en Italia. François Aubry, el entonces ministro de la Guerra, era conocedor de un informe de la mano de Augustin Robespierre que calificaba al general corso como «un oficial de trascendente mérito», suficiente para considerarlo un problema en aquellas circunstancias. Sin reparar en más consecuencias, Aubry tachó a Napoleón de la lista de oficiales de artillería, élite del ejército, y lo

transfirió a la infantería del Ejército del Oeste. Una evidente forma de degradación, en la esperanza de que el altivo general presentase su renuncia. Paradójicamente, Aubry se había nombrado a sí mismo general… de artillería, sin haber pisado nunca un campo de batalla. Pero Napoleón no renunció, solicitó dos meses de permiso por enfermedad a la espera de poder cambiar las circunstancias. Malvivió en París, con su uniforme raído, sin dinero ni esperanza de obtenerlo en un futuro próximo. El fiel Junot le acompaña en sus melancólicos paseos por el Jardin des Plantes. En cierta ocasión, este le confiesa su amor por Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón. La respuesta del corso resulta tajante: «Usted no tiene nada, ella nada tiene, ¿cuál es la suma? Nada. Sus hijos nacerán en la miseria. Es mejor esperar». Son tiempos de desesperación; en ocasiones, parece que la propia vida ya no le interesa. Así, le escribe a su hermano José:

> Poco apegado a la vida, viéndola sin demasiado interés, y con un estado de alma semejante al de la víspera de una batalla, estoy sinceramente convencido de que es una locura inquietarse, cuando la muerte nos acompaña para acabar con todo. Todo me hace desafiar la suerte y el destino. Y si continúo así, amigo mío, acabaré por no mirar cuando pase un coche. Mi razón siente a veces extrañeza, pero es debido al influjo

que el espectáculo moral de este país y la rutina de los acontecimientos han producido en mí.

Aun así, incapaz de permanecer en la inacción, Bonaparte barajaba alternativas a aquella especie de absurdo ostracismo que un hombre de su valía estaba sufriendo. Mantuvo conversaciones con los rusos a fin de servir en su ejército con el grado de mayor, pero la negociación no fructificó. Luego suplicó se le enviase en misión a Turquía a fin de reorganizar su primitivo cuerpo de artillería. Esta vez se le permitió, pero un nuevo golpe de fortuna hará inútil su viaje de huida hacia la Sublime Puerta.

El general vendimiario

El golpe de Thermidor que conduciría a la instauración del Directorio, tras la promulgación de la Constitución republicana del año III, daría lugar a un régimen de corte burgués y moderado, con cinco directores, entre los que se encontraba el inevitable Paul Barras, y un sistema bicameral «a la griega» –el Consejo de los Quinientos y el Consejo de Ancianos–, que aseguraban sosiego a las atribuladas clases medias francesas. No obstante, el ambiente revolucionario en Francia había cambiado mucho, París estaba plagado de realistas, partidarios de entronizar a

Luis XVIII, que ya lucían sus escarapelas blancas sin empacho alguno. El futuro Directorio, regicidas procedentes de la Convención Nacional al fin y al cabo, estaba en entredicho.

En septiembre de 1794, el conde de Artois, hermano de Luis XVIII, desembarcó de un buque inglés para liderar la reacción monárquica. Paul Barras era muy consciente de que su Directorio podría caer de un día para otro. A pesar de ser de procedencia noble, Barras se había distinguido como oficial del ejército de la Revolución y luego como diputado moderado cercano a Mirabeau. Habiendo votado a favor de la ejecución de Luis XVI, no podía esperar clemencia de los realistas; se trataba de defender el Directorio o caminar hacia el seguro cadalso. Buscó ayuda en sus generales más reconocidos, pero nadie quiso ampararle. Fue entonces cuando Barras reparó en la existencia de un taciturno brigadier con el que se cruzaba a menudo en sus paseos por París. Sabía de su energía y buen hacer en el sitio de Tolón, desconocía si podría ser su hombre, pero tampoco tenía a nadie más a quien suplicar auxilio.

La noche del 12 de vendimiario –4 de octubre de 1795– Napoleón, en medio de un tiempo ventoso y húmedo, fue mandado llamar al cuartel general de Barras. Este le hizo sólo una pregunta: «¿Servirá a mis órdenes? Dispone de tres minutos para decidir». A Bonaparte le sobraron los

tres. Accedió inmediatamente, a la vez que comenzaba a planificar la defensa de la Revolución frente a la reacción realista. La razón aparece muy clara: confiaba en la nueva constitución y no estaba dispuesto a contemplar cómo su país se hundía nuevamente en las profundidades del Antiguo Régimen. Sólo hizo una pregunta a Barras: «¿Dónde están los cañones?». Los necesitaba, tendría a su mando a poco más de ocho mil hombres, entre soldados y milicianos, frente a los treinta mil que conformaban las agrupaciones realistas. Pero los cañones no estaban en París, sino en la llanura de Sablons, a diez kilómetros de la capital. Lo peor era que los rebeldes habían enviado ya una columna para hacerse con ellos, Bonaparte vio claro que sólo una galopada de la caballería fiel al Directorio podía impedirlo. Hicieron llamar a Joaquín Murat. El después mariscal de Napoleón era entonces un fogoso capitán de caballería distinguido en mil combates. La orden de Napoleón es taxativa: debía reunir a sus doscientos jinetes y traer a París los cuarenta cañones costase lo que costase. A las seis de la mañana del día 13, los cañones estaban a disposición de Napoleón, que no perdió el tiempo para emplazarlos en las calles de acceso al palacio de las Tullerías, sede del gobierno y principal objetivo de los rebeldes.



Paul Barras, de nombre completo Paul François Jean Nicolas, vizconde de Barras (30 de junio de 1755-29 de enero de 1829). De origen nobiliario, se convirtió en el hombre más poderoso del Directorio y en valedor principal de Napoleón, tras haber sido él mismo amante de Josefina de Beauharnais.

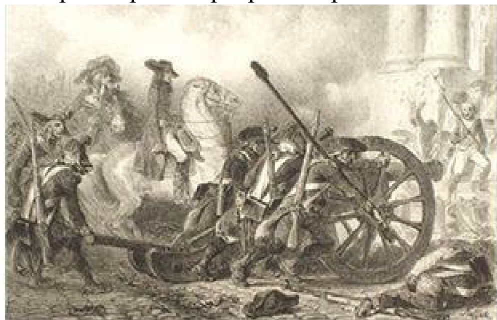
A media mañana, el ataque llegó a través de la rue Neuve Saint-Roch, Bonaparte ordenó disparar metralla contra los atacantes, sin desperdiciar ni una sola andanada. En apenas unos minutos, los rebeldes se dispersaron buscando el cobijo de la plaza Vendôme. La sabiduría del corso en el manejo de la artillería había salvado la Revolución en apenas unos minutos. Napoleón, como quiso subrayar el *partenaire* de Barras, Stanislas Fréron, en su posterior discurso a los republicanos, merecía una reparación

pública:

> Ciudadanos representantes, no olviden que el general Bonaparte... que dispuso sólo de la mañana del día trece para realizar sus arreglos inteligentes y muy eficaces, había sido trasladado de la artillería a la infantería. Fundadores de la República, ¿continuarán demorando la rectificación de los agravios que, en nombre de este cuerpo, se han infligido a muchos de sus defensores?

De este modo, el 26 de octubre de 1795, la Convención celebró su última sesión dando el paso formal al Directorio, con Barras como hombre más destacado de Francia. A la vez, un rehabilitado Napoleón accedió, con veintiséis años, al mando del Ejército del Interior. «Ahora nuestra familia no carecerá de nada», –le dijo a su madre por carta, en un claro ejercicio de pragmatismo, a la vez que le hacía enviar cincuenta mil luises de oro–. El oropel, los abrazos y loores con los que le halagaban a cada paso de los consejeros republicanos seguían molestándole sobremanera. Inaugurando una costumbre que será perenne en él, aprovechando su nueva situación, benefició a su familia en todo lo que pudo: José fue nombrado cónsul de Francia en Italia, Luciano pasó a ser comisionado en el Ejército del Norte, Luis recibió el grado de teniente en el

antiguo regimiento de Napoleón y, poco después, fue nombrado ayudante de campo de su hermano… Nadie podrá asegurar que sus intenciones en este aspecto no fueron siempre muy claras. En carta a su hermano José, el futuro emperador de Francia aseguraba: «Mira, vivo únicamente por el placer que puedo aportar a mi familia».



Acción militar dirigida por Napoleón contra la reacción realista en la rue Neuve Saint-Roch. Su defensa del Directorio supondría su definitivo ascenso a la cúpula del Ejército francés. Litografía de Denis-Auguste Raffet (1804-1860).

Así, mientras en Francia –como último acto legislativo de la Convención– se había abolido la pena de muerte, mientras la parisina plaza de la Revolución pasaba a llamarse plaza de la Concordia y la nueva Constitución prometía «felicidad, tranquilidad y un amplio futuro para Francia», Napoleón Bonaparte, «el general vendimiario» para el pueblo de París, contemplaba el futuro con tanta

esperanza como satisfacción. Era tiempo, tal vez, de enamorarse de nuevo.

Josefina de Beauharnais

Napoleón es el hombre del momento, pocos meses antes era casi un paria hundido en el escalafón de la milicia, hoy todos lo agasajan y buscan su compañía. En una visita al salón de madame de Tallien –llamada por el pueblo *Notre Dame de Termidor,* al ser su encausamiento la inspiración de su esposo, el diputado Jean Lambert Tallien, a la hora de enfrentarse a los Robespierre– conoce a Josefina. Una criolla de tez mate y andares de bailarina que embriaga sus sentidos. «Cuénteme» –le dice ella. Al poco, no hay ninguna otra dama en la sala a ojos de Napoleón.

Josefina pertenecía a la familia Tascher de la Pagerie, nobles franceses establecidos en la isla de la Martinica desde el siglo XVII, dedicados a la producción de caña de azúcar, café y ron. Nacida el 23 de julio de 1763, por tanto seis años mayor que Napoleón, se había casado a los dieciséis años con el creso y sofisticado Alexandre de Beauharnais. Aunque el matrimonio, dadas las frecuentes infidelidades de él, no tardó en separarse, tuvieron dos hijos, Hortense y Eugène, consuelo de su madre tras la ejecución de Alexandre durante el Terror. La misma

Josefina corrió peligro de acompañar a su esposo en la misma suerte, pero tras vivir cuatro meses encarcelada, la caída del régimen de los Robespierre permitió su liberación. Recuperando el dinero confiscado y usando las indemnizaciones concedidas por el gobierno entrante, consiguió adquirir una espléndida casa en la calle Chantereine n.º 6, que con el tiempo también sería el hogar de Bonaparte. Su ascenso en los salones elegantes de la capital vino definitivamente cuando todos supusieron que era la amante, al menos por un tiempo, de Paul Barras.

Menuda de estatura, apenas un metro cincuenta, de figura esbelta y rostro agradable sin ser bello, lo esencial en Josefina de Beauharnais era su buen sentido y su carácter naturalmente amable, rasgos que le permitían competir en pie de igualdad con los dones de las damas más hermosas y cultas de los círculos elegantes de París como madame Tallien y madame Récamier. Su talón de Aquiles era su mala dentadura, razón por la que apenas abría la boca al hablar.

Napoleón se sintió fascinado inmediatamente por su hablar criollo, apenas pronunciaba la erre, y por la dulce conversación de Josefina. No obstante, en primera instancia, las habladurías sobre la relación que esta mantenía con Barras le inclinaron a espaciar sus visitas a la calle Chantereine 6, hasta que una célebre nota remitida por la «viuda de Beauharnais» le confirmó el interés que

aquella singular dama sentía por su persona.

No ha vuelto a visitar a una amiga que lo aprecia. La ha abandonado sin ninguna razón, cuando ella se siente tan tiernamente atraída.

Venga usted mañana a comer conmigo; necesito verlo y discutir con usted sobre sus intereses.

Adiós, amigo mío, un abrazo.

Viuda de Beauharnais El 6 de Brumario



Retrato de Josefina de Beauharnais por Pierre-Paul Prud'hon, 1805, Museo del Louvre, París. Sus facciones agradables y contenidas y, sobre ello, su discurso quedo y elegante, subyugaron a Napoleón desde el primer instante en que la conoció en el salón de madame de Tallien, donde se daba cita el «todo París».

La sofisticación de Josefina, su conocimiento de las cosas del mundo, su «experiencia» de la vida, todo eso subyugaba a Napoleón. Pero había algo más: Josefina se

interesaba por los asuntos de su carrera, prestaba oídos a las reflexiones que Bonaparte le exponía con su parlamento seco, lleno de aquella extraña determinación. Sabido es que nada hay más placentero que tu amante se interese por los asuntos que te ocupan. Y aun suponiendo que para ella el amor que Napoleón parecía profesarle podría representar poco más que un mero entretenimiento, el pequeño corso se enamoró. El rico epistolario cruzado entre los amantes que se conserva describe muy bien la pasión de Bonaparte, en nada distinta a la de un cadete prendado de su dama. En cuestión de amores, Napoleón es mucho menos original que en la guerra o en la política; se muestra como un amante desvelado ante la ausencia de su dama, que todo lo llena. Se afirma que fue en una tarde de enero de 1796 cuando la visitó por vez primera en su lecho. Al día siguiente le envió su primera y encendida carta de amor:

> Siete de la mañana.
>
> Desperté colmado de ti. Tu retrato y el recuerdo de la tarde embriagadora de ayer no han dado reposo a mis sentidos. Tierna e incomparable Josefina, ¡qué extraños efectos provocas en mi corazón! ¿Te sientes disgustada? ¿Acaso triste? ¿Estás preocupada? En ese caso, mi alma se siente dolorida y tu amigo no puede descansar... Pero tampoco puedo descansar cuando me

> entrego al profundo sentimiento que me abruma y recibo de tus labios una llama que me quema. ¡Ah, la última noche! ¡Comprendí claramente que el retrato que tengo de ti es muy distinto de tu verdadero ser! Dentro de tres horas te veré. Hasta entonces, *mio dolce amore,* miles de besos; pero no me beses, porque tus besos me encienden la sangre.

Aparentemente incapaz de hacer algo sin abrigar un fin, Napoleón comenzó a pensar en el matrimonio. Había averiguado que Josefina tenía asignada como pensión anual cincuenta mil libras provenientes de las posesiones de La Pagerie en Martinica. Teóricamente era rica, pero con la ocupación británica de la isla, en realidad no tenía posibles con que mantenerse, ni siquiera la casa de la calle Chantereine era de su propiedad. Por si esto fuera poco, los hijos de Josefina y Alexandre de Beauharnais acudían a colegios caros y Napoleón ya estaba ocupándose de cinco de sus hermanos. Por otra parte, Josefina tenía ya treinta y dos años, seis más que el, algo que no debía olvidarse. Ninguno de estos inconvenientes pareció importarle; amaba a Josefina y eso debería ser suficiente para todos, incluido Paul Barras.

Pero, ¿amaba Josefina a Napoleón? Desde luego sentía interés por aquella especie de gato con botas, corto de

estatura y por entonces flaco, vestido de general. Admiraba su a veces agrio parlamento, su amplio conocimiento de los asuntos del Estado y el ejército, desde luego también su fuerza interior y su determinación. Pero de ahí al amor había un trecho y caben dudas de que la criolla alguna vez recorriese del todo ese camino. De hecho, mientras recibía las encendidas cartas de amor de Napoleón, ella dudaba sobre la fuerza de sus propios sentimientos. Una carta que por entonces remitió a una buena amiga muestra cuán lejos estaba Josefina de amar al pequeño general:

> Me preguntarás: ¿Lo amas? Bien… No. ¿Sientes aversión por él? No. Lo que siento es tibieza: me fastidia, en realidad la gente religiosa lo considera el más tedioso de los estados.

Paralelamente, Napoleón deseaba abandonar el mando del Ejército del Interior para pasar a Italia a luchar contra los enemigos de Francia: Austria y el Piamonte. El problema era que el Departamento del Interior, similar a los actuales ministerios, dependía directamente de Paul Barras y este se encontraba muy satisfecho con la eficacia mostrada por Bonaparte en la defensa del Directorio frente a los enemigos de la Revolución. Napoleón hubo de insistir, indicando de paso que deseaba desposarse con la viuda de Beauharnais, algo que a Barras le pareció muy conveniente. Si accedía, conseguiría el favor de dos aliados

provenientes del mundo nobiliario como él mismo y de paso se alejaría definitivamente de Josefina, ya que el director estaba entregado a otros afanes de alcoba. Como consecuencia, animó a Napoleón a casarse: «Ella pertenece –le dijo–, tanto al Antiguo Régimen como al nuevo. Le dará estabilidad, y tiene el mejor salón de París», añadiendo que el mando del ejército de los Alpes, tan ansiado por el corso, sería su regalo de bodas. De ahí que en los mentideros parisienses se asegurase que «Josefina era la dote de Barras a Napoleón».

Cuando Bonaparte informó a Josefina de la conversación mantenida con Barras, esta le hizo una escena, argumentando que sólo deseaba casarse con ella por razones políticas, y en especial para alcanzar el mando en Italia. Napoleón consideró aquella respuesta una bajeza, no le cabía en la cabeza cómo ella podía imaginar en él un comportamiento tan ruin. Ya de regreso en su casa, decidió escribirle para hacérselo saber:

> Es imposible mostrarse más débil o caer más bajo. ¿Cuál es tu extraño poder, incomparable Josefina?... Te doy tres besos, uno en tu corazón, uno en tu boca y otro en tus ojos.

Pocas excusas le quedaban ya a la cautivadora criolla. Accedió al matrimonio, al fin los casamientos ahora eran sólo civiles y fáciles de anular mediante un rápido divorcio.

Josefina visitó a su notario, un tal Reguideau, en la calle Saint Honoré y juntos pergeñaron un contrato matrimonial sumamente desfavorable para Napoleón: no habría comunidad de bienes, para salvaguardar las posesiones de ultramar de Josefina, y se comprometía al esposo a subvenir a la Beauharnais con la cantidad de mil quinientas libras anuales, con carácter vitalicio. Así, la noche del 9 de marzo de 1796, Napoleón y Josefina contrajeron matrimonio civil en la sala de casamientos del municipio parisino, situada en la calle d'Antin n.º 3. Los testigos eran de calidad: Barras, naturalmente, y también Tallien. Junto a ellos el abogado de Josefina, Jeróme Calmelet y el ayuda de campo del general Bonaparte, Jean Lemarois. Fue una ceremonia tan sencilla que resultó fría y desangelada. Al terminar se dirigieron juntos a la casa de la calle Chantereine 6, su nuevo hogar. Su luna de miel duró dos días y dos noches. Como le prometiera Barras, Napoleón había conseguido finalmente el mando del ejército de Italia y se había llevado de la Biblioteca Nacional a su nueva casa sesudos tratados: las memorias del mariscal de Catinat, las batallas del príncipe Eugène, la topografía de Piamonte y Saboya, *La Guerre des Alpes* de Saint-Simon…, a fin de preparar la campaña en ciernes. Como Josefina protestó al ver a su flamante marido enfrascado en la lectura, este le respondió: «Paciencia, querida. Tendremos tiempo de hacer el amor cuando hayamos ganado la guerra».

Seguramente, en el futuro se iba a arrepentir de sus palabras; desde el principio sospechó que Josefina no le amaba del mismo modo *fou* y entregado que él le profesaba… y tenía razón.

Al atardecer del 11 de marzo de 1796, Napoleón se despide de su amada Josefina en la escalinata de su casa de la calle Chantereine, para tomar un carruaje ligero en compañía de su fiel Junot y de Chauvet, pagador del ejército de Italia, y dirigirse rápidamente hacia el sur, a fin de tomar el mando supremo del ejército expedicionario francés. En un solo mes había logrado cumplir dos de sus sueños más deseados: Josefina ya era suya, el mando del Ejército también; le tocaba el turno a los territorios de la Italia septentrional.



La elegante mansión de la calle Chantereine 6, residencia de Josefina, se convirtió en el primer hogar de los Bonaparte en París. Tras la apresurada y

fría ceremonia de casamiento, Napoleón lo disfrutaría tan sólo dos días; los Alpes aguardaban.

ITALIA: VELOZ COMO EL PENSAMIENTO

El 27 de marzo de 1796, el general Bonaparte llega a Niza con órdenes bien concretas del Directorio: cruzar los Alpes para alcanzar el valle del Po y enfrentarse a las fuerzas coaligadas de Austria y el Piamonte, a fin de hacerse con el Ducado de Milán –ocupado por el Imperio austriaco de Francisco II– y establecer la paz en las tierras del norte de Italia. No encontró un gran recibimiento por parte de los generales allí destacados, todos más antiguos que Napoleón en el mando. Allí estaba el torvo y enjuto André Masséna, antiguo contrabandista, que había ascendido vertiginosamente tras haber sido sargento mayor durante catorce años. Junto a él Charles Augereau, un oficial de gustos aventureros –había vendido relojes en Constantinopla, impartido clases de baile, servido en el ejército ruso– pero eficaz y amante de la disciplina. El tercer general en discordia era Louis Alexandre Berthier, que terminaría por ser amigo íntimo de Napoleón, quien le nombraría mariscal y príncipe de Neuchâtel. Berthier gastaba vitola de héroe de guerra ya desde los tiempos en los que participara en la de la independencia

norteamericana. Era un excelente jefe de estado mayor, con la ventaja de que no poseía grandes ambiciones de mando. Al principio y para todos ellos, Napoleón, demacrado, corto de estatura, con el cabello largo y mal cortado, fue considerado un «mequetrefe venido de París» que además mostraba a todo el mundo el retrato de su esposa que guardaba amorosamente sobre el corazón. Masséna, que era quien más aspiraciones había mostrado por el mando supremo, lo detestaba especialmente…, hasta que Bonaparte comenzó a hablar y a impartir órdenes en el tono severo y tajante que tan bien le había funcionado hasta entonces, en tanto ocupaba a sus fieles Junot y Murat en la transformación de un ejército que aparecía ante sus ojos harapiento y mal alimentado.

A su llegada a Niza se encontró con un contingente de 36.570 infantes, 3.300 jinetes y 1.700 artilleros, zapadores y gendarmes. En total 41.570 hombres mal uniformados, pues pocos vestían las casacas y pantalones azules reglamentarios por entonces, mal calzados e incluso descalzos y, lo peor de todo, famélicos. De inmediato ordenó a su contador que librara los pagos necesarios para las raciones de seis días de pan, carne y brandy. A la vez, despachó a su comisario, nuevamente el interesado Salicetti, para que obtuviese algún préstamo de los banqueros genoveses a fin de abastecer a aquel «ejército de espantapájaros». Salicetti no consiguió aquel dinero, pero

sí comprar el cereal y las castañas necesarias para alimentar a la tropa durante tres meses, amén de dieciocho mil pares de botas, destinadas a surtir a los soldados que no las tenían. Tal era la energía desplegada por Napoleón, también en punto de disciplina, que el trueno de Auguerau, que nunca había mostrado especial temor por nada, hubo de confesarle a Masséna: «No puedo entenderlo, ese pequeño piojo me inspira miedo». De forma más elegante, el genio del realismo literario, Stendhal, excelente biógrafo de Napoleón, como no podría ser de otra manera por su capacidad innata para analizar la psicología de los personajes que trata, señala que la llegada del general Bonaparte al mando del ejército de Italia «supuso una verdadera revolución en sus costumbres».

La capacidad de trabajo de Napoleón, propia de un ser de metabolismo sobrenatural, sorprendió a todos. Podía permanecer concentrado sobre sus mapas y tratados varios días seguidos, entre dieciocho y veinticuatro horas de trabajo continuo, durmiendo apenas nada, media hora de descanso sobre un camastro que le viniese al paso, para volver enseguida a la tarea. A la vez, su capacidad de preguntarlo todo, retenerlo y sintetizarlo al instante, sorprendía a todo el mundo. Los generales que tanto lo habían denostado a su llegada le rendían ahora sincera admiración, ya hablase del abastecimiento del ejército, ya fuese de la topografía de la zona, que había memorizado

hasta la extenuación.

Puestas las cosas en claro, y mal que bien dotado de los imprescindibles suministros el ejército, Napoleón se sintió en la obligación de lanzar la primera de las muchas arengas que dirigiría a sus hombres, como si se tratase de un general romano glosado por sus queridos Plutarco y Tito Livio:

> Soldados, estáis desnudos y mal alimentados. Yo os llevaré a las llanuras más fértiles del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en vuestro poder. Allí encontraréis honor, gloria y riqueza.

¿Tenía Napoleón un plan de ataque? Desde luego sabía lo que no había de hacerse. Durante tres años, los generales que le habían precedido en el mando habían tratado infructuosamente de cruzar los pasos de los Alpes Marítimos. En palabras de Bonaparte «Estuvimos jugando durante años en los Alpes y los Apeninos un juego perpetuo de cambio de prisioneros». Ahora su intención no era transitar nuevamente los pasos de montaña, sino rodear los abruptos macizos y atacar al enemigo desplazándose a través de la costa hasta alcanzar la neutral Génova. Desde allí, tomaría sorpresivamente el ascenso a la montaña para cruzar el paso Cadibona-Carcare y llegar al Piamonte.

Finalmente, el 11 de abril Napoleón entró en acción,

evidenciando una determinación casi suicida, enfrente tenía veintidós mil soldados austriacos y veinticinco mil piamonteses, superiores en número y mucho mejor equipados que sus propios hombres. Llevaba en la cabeza los principios de la evolución en el campo de la infantería prusiana, que el conde de Guibert había trasladado al ejército francés en las ordenanzas de 1776. Fundamentalmente, mostrarse más fuerte que el enemigo en un determinado punto y atacarlo en ese lugar. Claro que Napoleón perfeccionó extraordinariamente el sistema, desarrollando a la vez los ataques sorpresa por los flancos, el manejo de una reserva estratégica y sobre todo la velocidad de movimientos. Un cóctel letal que austriacos y piamonteses nunca llegaron a comprender del todo. Así, un veterano capitán del ejército austriaco que había desertado fue encontrado en el camino por Napoleón, quien le preguntó cómo iban las cosas. Sin reconocerle, el desertor confesó: «Mal, han enviado a un joven loco que ataca a derecha e izquierda, al frente y la retaguardia. Es un modo intolerable de hacer la guerra». Claro que de eso se trataba.

Para asombro de todos, Napoleón va contando sus acciones bélicas por victorias. Enviando al combativo Masséna por el flanco, consigue derrotar el fuerte austriaco de Montenotte. El 14, tras una marcha forzosa endiablada de sus tropas, derrota a los piamonteses en la localidad de Millesimo, capturando a todo un cuerpo de

ejército piamontés. El mismo día, lo que parece casi increíble, derrota a otros seis mil austriacos que permanecían en el área y al día siguiente a otros seis mil más que acudían en ayuda de los piamonteses. En noventa y seis horas frenéticas había conducido a su ejército a través de las empinadas laderas de los Alpes y había derrotado al enemigo en cuatro batallas diferentes, obligando a los austriacos a hacerse fuertes en su base de Pavía, en tanto los piamonteses, reducidos ya a la mitad de sus efectivos, se protegían tras la ribera del río Tanaro.

Naturalmente, Napoleón no se paró ahí, cruzó con sus tropas el Tanaro y el día 21 volvió a derrotar a los piamonteses en Vico. Esa misma jornada tomó la villa de Mondovi y se situó a apenas medio centenar de kilómetros de la capital, Turín. Desde allí, establecido su cuartel general en el palacio del conde Salmatori en Cherasco, se sintió en disposición de proponer sus condiciones de paz al rey Víctor Amadeo del Piamonte. Sus hombres, como él mismo diría, habían corrido «veloces como el pensamiento».

Las condiciones de paz propuestas fueron consideradas en París como demasiado moderadas. El comisario Salicetti, voraz como pocos, había informado muy negativamente de aquello y se quejaba de la blandura de Napoleón. En realidad, Bonaparte sólo había exigido a los piamonteses la rendición absoluta y la entrega a Francia de

la villa de Cuneo, un punto estratégico en la frontera alpina, amén de la cesión de algunas obras de arte, en especial el cuadro *La mujer hidrópica* (1663), del delicadísimo pintor barroco de origen flamenco Gerrit Dou. Pero tenía sus razones, al fin era hijo de la Revolución y alguna vez se había llegado a considerar a sí mismo vagamente jacobino. A su particular entender, más que conquistando el Piamonte, lo estaba liberando de la odiosa dominación austriaca. He ahí una de las muchas paradojas napoleónicas, confirmada por él mismo por la proclama conmemorativa que hizo imprimir:

> ¡Pueblos de Italia! El ejército francés ha venido a quebrar vuestras cadenas… Respetaremos vuestra propiedad, vuestra religión y vuestras costumbres. Hacemos la guerra con el corazón generoso, y combatimos únicamente a los tiranos que intentan esclavizarnos.

Aparentemente, todo es felicidad para el pequeño corso. Ha vencido al Piamonte y se dispone a marchar contra los austriacos con el ejército, ahora sí, bien abastecido por los lugareños de la localidad de Mondovi y convenientemente calzado con las botas que había podido comprar al alcanzar la llanura. Pero en el fondo de su corazón vivía el vía crucis del amor. Mientras él se ocupaba de enviar cartas inflamadas de deseo a Josefina, las respuestas de esta eran

cada vez más tibias y más distantes en el tiempo. Según cuenta anónimamente un autor que se presenta como uno de sus supuestos ayudas de cámara en la *Historia de los amores secretos de Napoleón* (1837), Josefina, en realidad, se hallaba enamorada de un tal Hippolyte Charles, teniente del primer regimiento de húsares, que llegó incluso a acompañarla a Italia cuando esta no pudo postergar más el viaje para encontrarse con su esposo, circunstancia de la cual, increíblemente, Napoleón jamás tuvo noticia, lo que fue una suerte para todos. Por el momento, las cartas de Bonaparte transmiten el sufrimiento de un corazón que se sabe mal correspondido:

> A la ciudadana Bonaparte, en casa de la ciudadana Beauharnais, calle de Chantereine, n.º 6, en París.
>
> Mi querida amiga:
>
> He recibido todas tus cartas, pero ninguna ha causado en mí la impresión que tu última; y ¿piensas tú, mi adorable amiga, seguir escribiéndome en estos términos? ¿Juzgas que no es ya bastante cruel mi estado para que intentes acrecer todavía mis penas y afligir mi alma? ¡Qué estilo! ¡Qué sentimientos pintas! Son de fuego y abrasan mi pobre corazón. Mi única Josefina, lejos de ti el mundo es un desierto

donde vivo aislado y sin gozar el placer de desahogarme en la amistad. Tú me has robado más que el alma; tú eres el único pensamiento de mi vida.

Y unos días después:

En fin, mi incomparable amiguita, voy a descubrirte mi secreto: haz burla de mí, permanece en París, admite amantes, que todo el mundo lo sepa; no me escribas nunca: pues bien, todavía te amaré diez veces más. ¡Sí, esto es en mí una locura, una fiebre, un delirio! ¡Sí, nunca sanaré de él! ¡Oh! Sí; por Dios curaré, pero no me digas que estás enferma, no procures justificarte. ¡Dios mío! Yo te perdono; te amo hasta la extravagancia y nunca mi pobre corazón cesará de adorar a su amiga.

Adiós querida mía, un beso en los labios y otro en el corazón.

Bonaparte



André Masséna (Niza, 6 de mayo de 1758-París, 4 de abril de 1817), por su ímpetu personal, ascendió desde un discreto puesto de suboficial en el ejército a duque de Rivoli, príncipe de Essling y mariscal de Francia. Retrato de Antoine-Jean Gros.

Derrotado el Piamonte, todavía restaba doblegar al ejército austriaco del general Beaulieu, bien resguardado tras sus fortificaciones a orillas del Ticino y en sus reductos de Pavía. Pero Napoleón no estaba dispuesto a repetir los errores cometidos en 1525 por Francisco I de

Francia en aquel mismo lugar, realizando una de las maniobras más caras a su manera de concebir la guerra. Cruzó el río por Piacenza y se dirigió directamente a Milán, dejando a su costado al grueso del ejército austriaco. En Lodi, una localidad cercana a la capital, se encontró con los doce mil hombres que Beaulieu había dejado en la reserva, junto a dieciséis cañones. El ejército austriaco estaba al otro lado del río Adda, separado de los franceses por un puente de madera de unos ciento cincuenta metros de longitud y cuatro de ancho. La empresa parecía imposible, con la artillería austriaca martilleando sin piedad la orilla opuesta del cauce del Adda. Aun así, Napoleón decidió tomar el puente al asalto, eso sí, enviando antes a su caballería en busca de un lugar por donde franquear el río y poder así atacar al enemigo por el flanco, tal como era su estilo. Arengó a su infantería, intencionadamente les dijo que no sabía si serían capaces de llevar a cabo tal empresa, lo que hizo rugir a sus soldados, que se lanzaron al asalto al son de sus canciones patrióticas, «La Marsellesa» y «Los héroes muertos por la libertad». A pesar del ardor guerrero de los soldados y el ímpetu de Masséna y Berthier, el fuego directo austriaco estaba masacrando a los franceses sin que consiguiesen franquear aquel puente infernal; finalmente, la caballería llegó por el flanco y pudo silenciar los cañones, obligando a los austríiacos a retirarse. La batalla de Lodi se había

decidido, dejando trescientos treinta y cinco muertos y heridos austriacos, mil setecientos prisioneros y aproximadamente doscientos franceses muertos.



Louis Alexandre Berthier, príncipe de Neuchâtel (20 de febrero de 1753-1 de junio de 1815), mariscal de Francia. De ascendencia irlandesa, era uno de los oficiales «tranquilos» de la mayor confianza de Napoleón. Sus cualidades como excelente administrador le hacían imprescindible a la hora de poner orden en el territorio tras los episodios bélicos.

Así pudo entrar Napoleón en Milán, aclamado como un libertador por la multitud. Poco después escribió a los miembros del Directorio: «La tricolor flamea sobre Milán, Pavía, Como y todas las ciudades de la Lombardía». Sólo restaba, pues, eliminar los últimos focos de resistencia

austriacos, que se estaban refugiando en los estados amigos de la Toscana y los territorios papales. Sorpresivamente, Napoleón recibió entonces una misiva de los directores por la que se le comunicaba que debía compartir el mando del ejército de los Alpes con el veterano general François Christophe Kellermann, vencedor en Valmy, que por entonces contaba sesenta y un años de edad. Napoleón se negó en redondo a compartir nada, creía en sus métodos y no estaba dispuesto a discutirlos con aquel alsaciano altanero. Amenazó con dimitir: «No puedo dar al país el servicio que él necesita urgentemente si ustedes no depositan en mí confianza total y absoluta. Tengo conciencia de que se necesita mucho coraje para escribirles esta carta; ¡sería tan fácil acusarme de ambición y orgullo!». El Directorio no quiso arriesgarse a perder todo lo obtenido y hubo de plegarse de mala gana a la obstinación de Bonaparte.

Arreglado aquel enojoso asunto, Napoleón marchó nuevamente a combatir a los enemigos de Francia. En seis semanas, cubrió cuatrocientos ochenta kilómetros hostigando a las tropas papales y toscanas. Tomó Florencia y Livorno y se incautó de cuarenta millones de francos en oro para subvenir a las necesidades de su ejército y la República. El 13 de julio de 1796 se encuentra de nuevo en Milán aguardando la llegada del ejército expedicionario austriaco, esta vez bajo el mando del general Dagobert

Sigmund von Wurmser, que ya había cruzado el río Brennero y descendía hacia los franceses al frente de cincuenta mil hombres. Napoleón lo derrota sucesivamente en Castiglione, Roveretto y Bassano. Lo mismo hará, ya en el otoño, con un nuevo ejército austriaco en Arcole, donde el futuro emperador de Francia casi pierde la vida al quedar atrapado con su caballo herido en un pantano, bajo intenso fuego enemigo. Un joven oficial, Auguste Marmont, que sería nombrado con el tiempo duque de Ragusa y mariscal de Francia, se percató a tiempo de la situación apurada que vivía su general y pudo rescatarlo sin que llegase a sufrir daño alguno.



Batalla del puente de Lodi, obra del militar y pintor francés Louis-François, barón de Lejeune (1775-1848), 1804, palacio de Versalles. A la izquierda del

espectador, Napoleón impartiendo órdenes a la tropa que se lanza enardecida contra las baterías austriacas situadas en la orilla opuesta del río.

Napoleón vencía, pero, a pesar de tanta victoria y de los cuarenta millones de francos que había obtenido para el Estado, no convencía al Directorio. Barras y sus codirectores sospechaban del cesarismo de Napoleón, su negativa a compartir el mando con Kellermann, sus continuos desplantes a los codiciosos comisarios Salicetti y Garrau, lo moderado de los tratados que ofrecía al enemigo… Algunas cosas no casaban con lo que se suponía debía ser el comportamiento de un general fiel a la República. Teniendo esto en cuenta, decidieron enviar a Italia al general Henry Clarke, de treinta y un años y ascendencia irlandesa, simplemente para vigilar los pasos de Bonaparte. Clarke mandará al poco un minucioso informe, propio de un hombre honesto y desapasionado, diríase que el instructor ideal:

> En Italia lo temen, lo aman y lo respetan. Creo que es fiel a la República y que carece de ambiciones, salvo la de conservar la reputación que ha ganado. Es un error creer que se trata de un hombre de partido. No pertenece ni a los realistas, que lo calumnian, ni a los anarquistas, que le desagradan. Tiene una sola guía: la Constitución... Pero el general Bonaparte no carece de defectos. No cuida bastante a sus

> hombres... A veces se muestra duro, impaciente, brusco o imperioso. A menudo exige cosas difíciles en un tono demasiado apremiante. No se ha mostrado demasiado respetuoso con los comisionados oficiales. Cuando le reproché su actitud, replicó que no podía tratar de otro modo a hombres que eran despreciados universalmente por su inmoralidad y su incapacidad.

A la vez, describe a Berthier como persona de «elevadas normas morales, sin interés por la política», en tanto que Masséna es para él soldado valeroso, pero indisciplinado y «muy aficionado al dinero». En cuanto al concepto que Napoleón tiene de aquellos saqueadores llamados comisarios de Francia, Clarke no tiene empacho alguno en concederle la razón a Bonaparte: «Salicetti tiene la reputación de ser el sinvergüenza más descarado del ejército, y Garrau es ineficiente. Ninguno de los dos es apropiado para el ejército de Italia». Pronto comprendieron los directores que, por el momento, sus sospechas sobre Napoleón eran bastante infundadas.

Fue un buen momento para recuperar la confianza del Directorio. En los inicios de 1797, los austriacos se estaban agrupando en torno a la defensa de la ciudad de Mantua y contaban ya con cuarenta y cinco mil hombres bajo el mando de Alvinzi, un mariscal eficaz y muy

competente, en tanto Bonaparte no tenía a su disposición más de veinte mil franceses. Pero Alvinzi comete el error de dividir sus fuerzas en cinco cuerpos de ejército, lo que permitirá a Napoleón la oportunidad de ir derrotándolos uno a uno, gracias a sus flanqueos y movimientos envolventes. Masséna tuvo mucho que ver en el éxito obtenido, conduciendo a su división en una extenuante marcha nocturna de treinta y dos kilómetros –«¡Masséna, estoy contento de verle!», le había dicho Napoleón al verle llegar– y haciéndola luchar a continuación durante diez horas seguidas en Rivoli.

Mientras Alvinzi y Wurmser rendían Mantua y entregaban sus banderas, el Directorio parecía no tener nunca suficiente. Deseaba ahora que Bonaparte emprendiese una expedición punitiva contra los Estados Pontificios de Pío VI, «nido de emigrados de la Revolución». Así, el 1 de febrero de 1797 Bonaparte partió para recorrer las ciudades papales: Bolonia, Faenza, Forli, Rímini, Ancona y Macerara, encontrando, como cabía esperar, escasa resistencia. Las tropas del papa no eran, precisamente, ejemplo de ardor guerrero. En cierta ocasión Lannes, que mandaba el cuerpo de avanzada, tropezó con varios centenares de hombres de la caballería papal. Acompañaban a Lannes sólo unos pocos oficiales de Estado Mayor, pero Lannes galopó hacia el enemigo para darles el alto. Les mandó desmontar y, ante su asombro,

obedecieron, así que no tuvo más remedio que hacerlos prisioneros a todos. Con semejante defensa, los estados de Pío VI cayeron prácticamente solos. Algunos miembros del Directorio, como el jorobado La Revellière, pretendían que Napoleón depusiera al papa, pero este no quiso hacerlo pues, en su opinión, supondría dejar el campo abierto para que Nápoles se adueñase de la Italia central. Nápoles, gobernado por María Carolina, hermana de María Antonieta, sería un peor y más peligroso enemigo. Se conformó con pedir al papa, por el Tratado de Tolentino, treinta millones de francos en oro y tres de sus estados (Bolonia, Ferrara y la Romaña).

En el fondo, era obvio que Napoleón no deseaba destruir el papado, es posible que despreciase hasta cierto punto el sentimiento religioso, pero intuía que se podría valer de él en el futuro, como así fue. En este sentido, las palabras escritas por él mismo a Pío VI resultan altamente significativas: «Mi ambición es que se me denomine el salvador, no el destructor de la Santa Sede».

Hecho aquello, Napoleón y su ejército retornaron trescientos kilómetros hacia el norte para infligir el golpe final a Austria. El 10 de marzo de 1797 salió de Bassano al frente de cuatro divisiones y se dirigió directamente al corazón de Austria. El 7 de abril captura Loeben y envía un destacamento a Semmering, que es tanto como decir a las puertas de Viena. Con Junot controlando al ejército del

Tirol, el emperador Francisco II evacua a su familia a Hungría –entre sus hijos, una niña de seis años llamada María Luisa, futura esposa de Bonaparte– y acepta el armisticio propuesto por Francia. En Loeben, el 18 de abril, se firman las condiciones preliminares, en virtud de las cuales Austria renunciaba por fin al Ducado de Milán. La guerra de Italia había terminado, con un balance asombroso para Napoleón. En tan sólo trece meses había vencido en una docena de grandes batallas, capturado ciento setenta banderas, matado, herido o apresado a cuarenta y tres mil austriacos y tomado mil cien cañones. Todo ello con un ejército siempre inferior en número, que había oscilado entre los veinte mil y los cuarenta mil soldados.

Un ejército de ciudadanos

¿Cómo explicar el éxito de Napoleón? Estudio, planificación y genio personal desde luego, pero había mucho más... Obviamente, su principal ventaja residía en liderar ejércitos formados por ciudadanos, herederos de la Revolución, diametralmente distintos a las tropas de mercenarios y forzados de sus oponentes, anclados aún en las honduras ideológicas del Antiguo Régimen. De hecho, Bonaparte contaba para sus fines con un capital humano excelente, con mariscales aguerridos, hijos del pueblo

llenos de ambición personal, y con tropas conscientes de su función exportadora de ideas y, en muchos sentidos, de su superioridad moral sobre sus adversarios al ser parte integrante de aquel «viento de libertad» con que a menudo sus jefes los arengaban antes de cada batalla. Por si esto no fuera suficiente, de todos es conocido que Napoleón, pese a sus exóticos usos políticos, no tenía rival en cuanto a capacidad militar. Sus ideas revolucionarias sobre el arte castrense, curiosamente coincidentes con las expresadas por el prusiano Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz en sus ocho volúmenes del tratado *De la guerra* –el cual, paradójicamente, consagró su vida a luchar contra nuestro protagonista–, asombraron a los estados mayores europeos.

Hasta entonces, la guerra del siglo XVIII había sido una guerra esencialmente estática, de posición o de sitio. Sin embargo, Napoleón mostró ya en sus primeras campañas que el objetivo fundamental de la guerra debía ser neutralizar y derrotar al ejército enemigo allí donde se encontrara, lo que hacía inútil mantener cualquier posición y cualquier plaza fuerte, puesto que una vez derrotado el oponente se podrían ocupar todas. Así obró con la plaza fuerte austriaca de Pavía en la guerra de Italia. Pero además impuso una forma de presentar batalla muy eficaz, al preferir la rapidez de movimientos y la sorpresa antes que cualquier planteamiento teórico, por eficaz que pudiera

parecer. Así, solía obtener la victoria simplemente provocando la concentración de sus fuerzas en un punto fundamental de la línea enemiga, tal como llevaría a cabo en 1805 de forma magistral en Austerlitz, para abrir brecha y romper el equilibrio que los generales oponentes gustaban de mantener, atendiendo erróneamente, y con la idea de envolver al ejército enemigo, a demasiados puntos del combate a la vez. Gustaba también el corso de mover a sus tropas en la oscuridad de la noche a fin de sorprender al enemigo al amanecer. Pero además de estos movimientos arrojados e intuitivos, Napoleón demostró en muchas ocasiones una sesuda planificación de sus iniciativas, tanto en la distribución de sus fuerzas como en las tácticas de ataque empleadas.

Por lo que respecta al primero de estos aspectos, Bonaparte solía dividir a su ejército en campaña en tres partes: el ejército activo, destinado a atacar, el pasivo, cuya misión principal era resistir cualquier contraataque enemigo, y la valiosísima reserva, siempre atenta al refuerzo de cualquiera de los anteriores cuando esto fuese necesario. Para dirigir cada uno de estos cuerpos, seleccionaba a generales distintos en función de sus cualidades personales. Así, para el ataque frontal elegía a mariscales y generales que no dudaban un momento en arrojarse contra el enemigo, como Joaquín Murat o Michel Ney. Sin embargo, a la hora de organizar campañas y

dominar territorios conquistados, confiaba más en hombres menos vehementes, como Louis Davout, Jean de Dieu Soult o el mismo Berthier. En cuanto a las tácticas de combate utilizadas por los ejércitos franceses, Napoleón, frente a la guerra de posiciones imperante, desarrolló maniobras altamente eficaces, como la táctica de líneas envolventes, según la cual disponía el ejército pasivo en un emplazamiento frontal al enemigo para maniobrar con el activo por la noche, cercando al oponente antes del amanecer. En otras ocasiones utilizaba su célebre táctica de líneas interiores, una variante del movimiento de concentración de fuerzas en un punto, usada para neutralizar los intentos envolventes del enemigo. Así, concentraba tropas en un núcleo central desde el que atacaba a la vez diferentes puntos de la línea adversaria, rompiendo de esta manera su línea y sus comunicaciones. En suma, la formidable máquina de guerra que había dispuesto Napoleón era imposible de neutralizar por métodos convencionales, toda Europa sería bien pronto consciente de ello.

TRAS LA VICTORIA

Napoleón era ahora el general triunfante, Italia estaba a sus pies y el Directorio había de tolerar sus decisiones:

tratados laxos con el enemigo, desprecio a los comisarios, tolerancia con el papa… ¿Quién podría resistirse a los designios del conquistador? Sólo una persona, Josefina, cuyas cartas, tibias, escasas y dilatadas en el tiempo, le traían a mal traer. Los reproches del enamorado general a su fría esposa son constantes a lo largo de toda la campaña:

> ¡Usas conmigo el tratamiento de vos! –exclama Napoleón en respuesta a la primera carta de Josefina–. ¡Tú serás «vos»! Ah, perversa, cómo pudiste escribir esa carta. Y además, del 23 al 26 hay cuatro días. ¿Qué estuviste haciendo, puesto que no escribías a tu marido? Ah, querida mía, ese vos y esos cuatro días me inducen a lamentar que ya no posea mi antigua indiferencia. Maldición a quien haya podido ser la causa de esto. ¡Vos! ¡Vos! ¡Qué sucederá dentro de una quincena!.

Naturalmente, en una quincena, el asunto no pareció mejorar; es más, Bonaparte aparentaba diagnosticar muy bien el problema, pero se ablandaba al final. La pasión, como suele ocurrir, no le permitía ver claro en este punto:

> La idea de que mi Josefina podía sentirse incómoda, la idea de que tal vez estaba enferma, y sobre todo, ¡oh cruel!, la terrible idea de que tal vez me ame menos, angustia mi alma, provoca mi

> tristeza y mi depresión, y ni siquiera me aporta el coraje de la furia y la desesperación… No llegan tus cartas. Recibo una sólo cada cuatro días. Si me amases, escribirías dos veces por día. Pero tienes que charlar con los caballeros visitantes a las diez de la mañana, y después escuchar la conversación ociosa y las tonterías de un centenar de petimetres hasta la una de la madrugada. En los países que tienen cierta moral todos están en su casa a las diez de la noche. Pero en esos países la gente escribe a los maridos, piensa en ellos, vive para ellos. Adiós, Josefina, para mí eres un monstruo inexplicable… [claro que] Te amo más cada día que pasa. La ausencia cura las pequeñas pasiones, pero agrava las grandes.

Entre tanto, Josefina dilataba su encuentro con Napoleón en Italia. Simulaba estar enferma, cuando en realidad vivía su amor cortés con el joven teniente de húsares Hippolyte Charles, quien finalmente la acompañaría a Italia a reunirse con su rendido marido, si bien, para compartirlo con el perrillo Fortuné, que la acompañaba hasta en la alcoba, para desesperación de Napoleón, que llegó a confesarle a Arnault, un escritor amigo de Josefina:

> Este señor, lo ve usted bien, es mi rival. Era el

> dueño de su cama cuando me casé con ella. He tratado de hacerlo salir, pero en vano. Me dijeron que debía consentir en compartirla o dormir fuera, lo cual me contrariaba considerablemente, pero no tenía elección. Al fin me he resignado; sin embargo, el favorito ha sido menos condescendiente que yo. En esta pierna tengo la prueba.

Durante su estancia en Génova, Josefina consiguió que Napoleón detuviese la vorágine en la que le gustaba vivir para posar para el joven pintor Antoine-Jean Gros, alumno del célebre pintor revolucionario Jacques-Louis David. Este sólo lo hizo cuando Josefina le propuso posar sentado sobre sus rodillas, algo que Napoleón no podía negarle. Como resultado, Gros, un auténtico petimetre consentido que no quería seguir a Bonaparte al frente, pintó el cuadro más célebre de la campaña de Italia: *Napoleón sobre el puente de Arcole*.

A la vez, Napoleón administraba en Italia los frutos de la victoria, difundiendo, esto no ha de olvidarse, la concepción de los derechos del ciudadano entre los pueblos de aquel lugar. Así, mientras ordenaba plantar en las plazas públicas «árboles de la libertad», mandó abolir diezmos y prebendas y proclamó la libertad de prensa, fomentando el desarrollo de la ciencia y la lucha contra la

superstición. Observando que en la ciudad papal de Ancona se obligaba a los judíos a usar un sombrero amarillo y la estrella de David y a vivir en un gueto que se cerraba por la noche bajo llave, ordenó eliminar inmediatamente todas aquellas prácticas.

Según las órdenes del Directorio, envió a Francia una buena cantidad de obras de arte y objetos de valor histórico tomados en Italia. La selección de estas obras muestra por dónde caminaban sus gustos artísticos e intelectuales: *La alborada* de Correggio, un manuscrito de Galileo sobre fortificaciones, tratados científicos de Leonardo da Vinci, *El concierto campestre* de Giorgione, dibujos preliminarares de Rafael para *La escuela de Atenas*, la *Madonna de la victoria* de Andrea Mantegna y las estatuas de Junio y Marco Bruto, precursores de la República romana.

En lo político, evidenció una década de profunda reflexión sobre el concepto de Estado y el buen gobierno de los hombres. Suya fue la redacción de la Constitución de la República Cisalpina del norte de Italia:

> Con el fin de consolidar la libertad y con el único propósito de promover vuestra felicidad, he ejecutado una tarea que hasta aquí se había realizado sólo por ambición y amor al poder... Divididos y agobiados tanto tiempo por la tiranía, no podríais haber conquistado vuestra propia

> libertad; abandonados a vuestros recursos durante unos pocos años, no habrá poder sobre la tierra que tenga fuerza suficiente para arrebatarla de vuestras manos.

En suma, su afán en este punto fue tratar de imbuir en el territorio que ahora dominaba los valores del republicanismo, a través de los principios y las instituciones tomadas de la propia República francesa.

No obstante, no todos sus contemporáneos atribuían su obra a la de un libertador. Ese mismo año de 1797 Bernadotte capturó en Trieste a un agente realista, Louis Alexandre de Launay, conde de Antraigues, y con él los informes que guardaba en un elegante portafolios rojo. El propio Napoleón accede a aquella documentación, pudiendo leer de primera mano lo que el espía informaba sobre su persona. Con el tiempo, serían legión en Europa quienes opinasen más o menos lo mismo:

> Ese espíritu destructivo, perverso, atroz, malvado, fecundo en recursos, que se encoleriza ante los obstáculos, para quien la existencia no vale nada y la ambición todo, que ansía ser el amo y está resuelto a serlo o a morir, sin freno ante nada, que aprecia los vicios y las virtudes únicamente como medios, con absoluta indiferencia hacia unos u otros, es la estampa del

hombre de Estado. Por naturaleza violento hasta el límite, se refrena por el ejercicio de una reflexiva crueldad que le permite dominar su ira y diferir sus venganzas, con la imposibilidad física y moral de existir un solo momento en reposo... Bonaparte es un hombre de poca estatura, figura menuda, ojos ardientes, algo en la mirada y en la boca que resulta atroz, disimulado, pérfido, parco en palabras, pero que discursea cuando su vanidad está en juego o puede verse contrariada. De mala salud, y en consecuencia de mala sangre, está cubierto de herpes, y esa clase de enfermedades acrecienta su violencia y su actividad.

Ese hombre está siempre entregado a sus proyectos, y sin distracción. Duerme tres horas por noche, no toma medicamentos más que cuando los sufrimientos le resultan insoportables.

Desea dominar a Francia y, a través de Francia, a toda Europa. Todo lo que no sea eso le parece, aunque sean triunfos, tan sólo medios. Roba abiertamente, saquea para su inmenso tesoro personal oro, plata, joyas, pedrería, pero eso sólo

le interesa como útil recurso. El mismo hombre capaz de robar a fondo a una comunidad concederá un millón sin vacilación al hombre que pueda serle provechoso… Con él, una transacción se hace en dos palabras y en dos minutos. Esos son sus medios para seducir.



Uno de los legendarios arranques de ira de Bonaparte, en esta ocasión ante el embajador de Austria Cobenzl, con quien se encontraba negociando en 1797 el Tratado de Campoformio. Grabado de Georges Perrichon.

Firmado el Tratado de Campoformio con Austria el 17 de octubre de 1797, que consolidaba las repúblicas italianas del norte (Cisalpina y Liguria) y la posesión francesa de las islas jónicas que pertenecían a Venecia, Bonaparte y Josefina pudieron abandonar Italia. Llegaron a Francia en olor de multitud. Napoleón, aclamado como un

nuevo César, regala en el acto de entrega del tratado que traía firmado por el emperador de Austria un discurso ante los directores que sorprende por su modernidad. No es el discurso de un general, sino el de un estadista:

> La religión, el sistema feudal y la monarquía han gobernado sucesivamente a Europa durante veinte siglos, pero de la paz que vosotros acabáis de firmar nace la era de los gobiernos representativos. Habéis logrado organizar a esta gran nación, de modo que su territorio está circunscrito por los límites que la Naturaleza misma quiso. Habéis hecho aún más; los dos países más bellos de Europa, otrora tan famosos por las artes, las ciencias y los grandes hombres que nacieron en ellos, contemplan con gozosa expectativa cómo el espíritu de la libertad se eleva de las tumbas de sus antepasados.

Guerra y ciencia en Egipto

Miembro del Instituto de Francia

Napoleón regresa de Italia como un héroe popular. Su querida calle Chantereine es rebautizada como la calle de la Victoria. Apenas puede pasear por París sin detenerse con unos u otros. No obstante, es muy consciente de lo peligrosa que puede resultar su bien ganada popularidad a los ojos del Directorio. Sabedor de que su momento político aún no ha llegado, procura mantenerse alejado de los círculos políticos de París. Ni siquiera viste ya su flamante uniforme de general, adoptando indumentaria de paisano y dedicando buena parte de su tiempo a relacionarse con personalidades de la ciencia, su otra gran pasión, y la alta cultura.

En Italia, Napoleón, había trabado una buena amistad con el matemático francés Gaspard Monge, padre de la geometría descriptiva. También con el insigne químico Claude Louis Berthollet, quien, junto a Antoine-Laurent de Lavoisier, concebiría el método de nomenclatura química, base del sistema moderno de denominación de los compuestos químicos. Ambos científicos habían sido

destacados como comisarios de Francia en la búsqueda de objetos de utilidad para la ciencia y obras de arte en la campaña de Italia. Tanta amistad alcanzaron con Bonaparte, siempre ávido de buenas ideas y de información relevante, que este les encargó trasladar al Directorio el tratado de paz de Campoformio. Ni que decir tiene que serán los primeros integrantes de la lista de científicos que el corso querrá llevar consigo a la campaña de Egipto.



Gaspard Monge (1746-1818), padre de la geometría descriptiva y primer presidente del Instituto de Egipto. Mano derecha de Bonaparte en la misión científica egipcia. Regresó a Francia con Napoleón el 23 de agosto de 1799, año en que publica su famosa obra *Géométrie descriptive*.

Napoleón continuó cultivando esta filia por los hombres

de ciencias en París. Se codeó con todas las personalidades disponibles en la capital, por ejemplo el también matemático Pierre-Simon Laplace, que ya había sido profesor suyo, como se recordará, en la Escuela Militar de París. Tales méritos le condujeron a ser nombrado miembro del Instituto de Francia el 25 de diciembre de 1797, recién llegado de Italia, para cubrir la vacante dejada por Lazare Carnot al ser este expulsado como miembro del Directorio en el golpe de fructidor de 1797, que había reforzado a Barras en el poder. Carnot, tan notable político como excelente matemático, publicaría ese mismo año desde su exilio en Génova *La metafísica del cálculo infinitesimal*. Así eran aquellos hombres de la Revolución, tan incansables como polifacéticos. De hecho, Carnot ha pasado a la historia como el «Organizador de la Victoria», pues fue él el encargado de vertebrar la disciplina y el sistema de levas en los ejércitos revolucionarios franceses en la época de la Convención. Napoleón no lo olvidaría y en 1800 lo nombraría ministro de la Guerra, justo a tiempo para organizar la intendencia de los ejércitos partícipes en la batalla de Marengo, uno de los éxitos más visibles de Napoleón, como veremos.

A decir verdad, los otros dos candidatos a la vacante de Carnot, los ingenieros Dillon y Mombarlet, contaban indudablemente con más méritos que Napoleón, pero el general era el hombre del momento, parecía imposible

negarle nada. Y no obstante, Bonaparte no era precisamente un lego en lo que a la ciencia matemática se refiere. Cuenta el historiador de la ciencia José Manuel Bueno Lidón que en el transcurso de una comida con algunos matemáticos como Laplace y Lagrange, celebrada días antes de su ingreso en el Instituto de Francia, Napoleón les preguntó si conocían el libro que acababa de publicar el matemático Mascheroni y, en concreto, la forma de dividir una circunferencia en cuatro partes iguales, o de determinar el centro de la circunferencia conocidos tres de sus puntos, utilizando en ambos casos sólo el compás, sin la ayuda de una regla. Ambos matemáticos reconocieron que no sabrían cómo hacerlo. Entonces Napoleón solicitó papel, lápiz y un compás, realizando al instante ambas demostraciones. Sorprendido, Laplace tuvo que decir: «General, esperábamos recibir cualquier cosa de usted, excepto lecciones de matemáticas».

Tras los pasos de Alejandro

No cabe duda de que Bonaparte disfrutaba vivamente con sus incursiones en el mundo de la ciencia, pero para mal o para bien seguía siendo un soldado y era muy consciente de que por mucho que uno haga en la vida, la inacción consigue bien pronto que tus contemporáneos se olviden

de ti. Él era el primero en ser consciente de ello: «En París no se conserva el recuerdo de nada; si continúo sin hacer nada, estoy perdido».

Por suerte para él, los primeros en temer las ideas que podía abrigar un Napoleón inactivo y en el dique seco eran los miembros del Directorio, así que enseguida le encomendaron una nueva tarea: la jefatura del ejército contra Inglaterra, único país que por entonces aún se mantenía en guerra con Francia. Se barajaba todavía la vieja idea de organizar una invasión naval, salvando las aguas del canal de la Mancha, pero para muchos, entre ellos el propio Bonaparte, la empresa, habida cuenta del potencial naval inglés, la penuria de barcos que sufría Francia, el reciente fracaso del general Louis Lazare Hoche, antiguo amante de Josefina, en su intento de desembarcar con quince mil hombres en Irlanda y la bisoñez de las tropas acantonadas en el canal, resultaba inabordable. Una visita al noroeste francés en febrero de 1798 acabó de convencerle. «Demasiado arriesgado –le dijo a su secretario Louis Antoine de Bourrienne–, no deseo jugarme la hermosa Francia a una tirada de dados».

Pero había más de una manera de perjudicar a la orgullosa Inglaterra. Por ejemplo, conquistando Egipto. Hacía años que el legendario país de las pirámides había entrado en los planes de Francia como un modo de bloquear el productivo comercio británico con Oriente, y

con él el camino de su propia expansión hacia Siria, Constantinopla y la India. Incluso había obtenido Francia promesas de alianza contra Inglaterra del nabab de Maisur, Tippoo Sahib, en caso de que se decidiera a expulsar de la India a los ingleses, que ya la controlaban comercialmente mediante la poderosa Compañía de las Indias Orientales, punta de lanza de su posterior expansión colonial por Oriente. Esta idea, que gravitaba desde hacía décadas en los sucesivos ministerios de relaciones exteriores franceses, había sido entusiásticamente abrazada por Napoleón, tanto por su evidente valor geopolítico, como por tratarse del país que todo amante del conocimiento deseaba estudiar en profundidad.

Egipto estaba dominado por entonces por el Imperio otomano, aunque su casta gobernante, los mamelucos, gozaba de un alto grado de independencia. Políticamente, se lo consideraba un país débil, que poca resistencia podría ofrecer a los gloriosos ejércitos revolucionarios franceses. De este modo, el 5 de marzo de 1798 los directores dieron vía libre a Napoleón para organizar la flota y el ejército de invasión. A la vez, Bonaparte se ocupó de reclutar su personal tropa de artistas, eruditos y científicos, en la idea de estudiar a fondo un territorio que siempre le había perseguido en sus ensoñaciones. La lista de sabios, a los que invitó sin explicarles exactamente adónde iban para evitar al espionaje inglés («no puedo

decirles adónde vamos, pero sí que es un lugar para conquistar gloria y saber», les había adelantado), se hizo interminable: Nicolas Conté –inventor de aerostatos y del célebre lápiz de plomo–, el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, el mineralogista Gratet de Dolomieu, que daría su nombre a los montes Dolomitas, el joven matemático Jean-Baptiste Fourier, Vivant Denon, dibujante y grabador, Redouté, pintor y naturalista, el poeta Parseval-Grandmaison… Durante las diez semanas de preparación de la expedición reclutó no menos de ciento cincuenta civiles, una buena parte de los jóvenes talentos de la ciencia francesa. Junto a ellos, se estaba aprestando todo un ejército destinado a partir de la base de Tolón en primavera: diecisiete mil hombres, setecientos caballos y mil cañones, bien equipados esta vez y prestos a cruzar el Mediterráneo a bordo de ciento ochenta naves, entre navíos de guerra y de transporte.



Un mameluco de Egipto luciendo su equipación armamentística completa. Litografía de Georg Moritz Ebers, publicada en su *Egipto pintoresco,* vol. II, 1878. Estos cautivos blancos al servicio de los turcos otomanos gobernaban un sultanato en Egipto desde el siglo XIII. Napoleón creó su primer escuadrón de mamelucos en 1801. Muchos de ellos participaron en los sucesos del 2 de mayo de 1808 en Madrid.

En la madrugada del 19 de mayo de 1798, Napoleón, a

bordo del navío insignia de la flota, el *L'Orient,* dio la orden general de zarpar. Paralelamente, saldrían otras fuerzas de puertos italianos, hasta alcanzar la cifra de casi cuatrocientas naves y cincuenta y cinco mil soldados. El primer destino será Malta, titularmente aún guardada por trescientos treinta y dos caballeros de San Juan, con su gran maestre al frente. Para Napoleón, la Orden de Malta no era más que una reliquia de un pasado glorioso y, en efecto, los caballeros entregaron la isla sin luchar. Eran nuevos tiempos y nada podrían hacer contra el ejército de Napoleón, como el mismo Bonaparte aseguró más tarde: «la Orden carecía de propósito; cayó porque tenía que caer». Inmediatamente se dedicó a lo suyo, esto es, a cambiar las leyes vigentes en la isla, para adaptarlas a los nuevos presupuestos de una Europa de ciudadanos: revocó los derechos feudales de los caballeros, declaró abolida la esclavitud, fundó nada menos que quince escuelas de enseñanza primaria y liberó de sus grilletes a dos mil turcos presos en la fortaleza. En medio de tanta andanada legislativa, una curiosidad: decretó que nadie podía tomar los votos eclesiásticos hasta la edad de treinta años, considerada como la entrada en la madurez. Tras el ínterin maltés, con el que sin duda Napoleón disfrutó mucho con su tarea de gobierno, la flota se hizo de nuevo a la mar, cruzándose en una noche de niebla con la armada inglesa, aunque ni unos ni otros repararon en ello. Como

preparación de la tropa ante el país que se iban a encontrar, hace leer el 22 de junio en cada navío una intensa proclama, plagada de espíritu ilustrado, que vendrá a ser el credo de su misión en Oriente:

> Soldados, vais a emprender una conquista cuyos efectos sobre la civilización y el comercio del mundo serán incalculables. Asestaréis a Inglaterra el golpe más seguro y más sensible, en espera de que podáis darle el golpe mortal. Haremos algunas marchas fatigantes. Libraremos múltiples combates. Tendremos éxito en todas nuestras empresas, los destinos son para nosotros […]. Los beys mamelucos que favorecen exclusivamente al comercio inglés, que han cubierto de agravios a nuestros negociantes y que tiranizan a los desdichados habitantes del Nilo algunos días después de nuestra llegada no existirán más.
>
> Los pueblos con los cuales vamos a vivir son mahometanos. Su primer artículo de fe es este: no hay otro dios que Dios y Mahoma es su profeta. No los contradigáis. Comportaos con ellos como nos hemos comportado con los judíos, los italianos. Tened atenciones son sus muftíes y sus imames, como las tuvisteis para

> con los rabinos y los obispos. Tened por las ceremonias que prescribe el Alcorán y por las mezquitas la misma tolerancia que habéis tenido por los conventos, por las sinagogas, por la religión de Moisés y de Jesucristo. Las legiones romanas protegían a todas las religiones. Encontraréis aquí costumbres diferentes a las de Europa. Tenéis que habituaros a ellas. Los pueblos donde vamos tratan a las mujeres diferentemente que nosotros. Pero en todos los países, aquel que viola es un monstruo. El pillaje no enriquece más que a un número pequeño de hombres. Nos deshonra, destruye nuestros recursos y nos hace enemigos de los pueblos que es de nuestro interés tener por amigos. La primera ciudad que encontraremos fue erigida por Alejandro. En ella hallaremos a cada paso recuerdos dignos de excitar la emulación de los franceses.

Finalmente, el 30 de junio avistaron la costa egipcia, eligiendo para el desembarco nocturno la playa de arena de Marabut, situada aproximadamente a trece kilómetros de la inmortal Alejandría. Bonaparte, consciente de seguir los pasos de Alejandro Magno, desembarcó a las tres de la madrugada, dirigiendo a sus tropas directamente contra la

vecina ciudad. La tomaron aquella misma noche entrando por una puerta de la muralla que alguien había olvidado cerrar; sólo doscientos franceses resultaron heridos o muertos en el ataque. La segunda ciudad de Egipto había caído en manos de Napoleón en tan sólo una noche.

El siguiente paso era El Cairo. Para ello el ejército francés habría de cruzar el insalubre desierto, tarea que les llevó toda una quincena, hasta alcanzar la llanura de Guiza, frente a las milenarias pirámides y el ejército turco-egipcio que ya les aguardaba. El núcleo de la fuerza enemiga lo constituían los ocho mil mamelucos, hombres criados para la guerra, de origen circasiano (norte del Cáucaso) y albanés, nunca asiático o africano. Tenían fama de guerreros temibles y ciertamente lo eran, puesto que el combate era su razón de ser y existir, un poco al estilo de los célebres jenízaros otomanos, de parecidos orígenes. Acostumbraban a ir muy bien armados, con trabuco, cimitarra, dos pistolas inglesas que solían llevar al cinto junto a un puñal y una maza de armas o un hacha que llevaban pendiente del arzón de la silla de montar.

Consciente del poder de aquella caballería, Napoleón decidió fiarlo todo al cuadro de infantería, con fondo de seis hombres y cañones de protección en los ángulos. Como era habitual en él, expuso dos divisiones, manteniendo a la tercera en la reserva. Fue entonces cuando pronunció aquella célebre arenga frente a las

impresionantes pirámides:

> Soldados, desde la altura de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan.

Dirigidos por Murad Bey, un alto circasiano, famoso por su fortaleza con la cimitarra, los mamelucos se batieron valerosamente, pero Napoleón dominaba la táctica. Con un movimiento envolvente de su reserva atacó a la infantería egipcia que permanecía en retaguardia, la dispersó sin grandes esfuerzos y atacó a los mamelucos entre dos fuegos. De este modo, la célebre batalla de las Pirámides duró escasamente dos horas, con una pérdida de doscientos soldados, frente a los veinticuatro mil enemigos aniquilados o capturados. La defensa de El Cairo había caído y con ella todo el Bajo Egipto. Más aún, tras asentarse en la capital, Napoleón partió en busca de los mamelucos huidos hasta el desierto del Sinaí y los derrotó definitivamente en la batalla de Salahieh, donde se hizo con el fastuoso tesoro de oro y joyas que aquellos se habían apropiado tras siglos de dominación en Egipto. Un tesoro que Napoleón ordenó repartir entre sus oficiales.

Bournaberdis Bey

A su regreso, recibió las peores noticias de la flota que

había dejado fondeada en la bahía de Abukir. El día primero de agosto, Horatio Nelson había dado con ella finalmente, sorprendiéndola entre dos flancos, enviando al grueso de la flota inglesa por el exterior de la bahía y por el interior cinco navíos de línea que había logrado situar entre la costa y la inerme flota francesa, a pesar del poco calado de la bahía. Como resultado, la flota mandada por el vicealmirante François-Paul Brueys d'Aigalliers perdió catorce de los diecisiete navíos de línea que formaban su fuerza de combate, entre ellos, *L'Orient,* buque insignia que había transportado a Bonaparte, que estalló al incendiarse su santabárbara, puede que por decisión del propio Brueys, que pereció a su vez en aquel acto de guerra. Sólo dos buques de toda la línea francesa, el *Généreux* y el *Guilleaume Tell,* junto con dos fragatas, la *Diana* y la *Justice,* pudieron escapar del desastre. Como un nuevo Cortés, Napoleón se encontró de la noche a la mañana sin barcos en los que regresar, ni manera de obtener refuerzos o suministros para los cincuenta y cinco mil hombres que habían desembarcado con él. Sólo le restaba asentarse en un territorio del que, por el momento, era el único señor.

Lejos de desesperarse ante la noticia, Bonaparte procuró tomárselo con humor. Viendo la felicidad de sus oficiales por el botín que habían obtenido en Salahieh, se dirigió a ellos para decirles: «Parece que este país les agrada. Es

afortunado que piensen así, porque ahora no tenemos una flota que nos lleve de regreso a Europa». Y luego añadió despreocupadamente: «Pero no importa, tenemos todo lo que necesitamos, incluso podemos fabricar pólvora y balas de cañón». Sin embargo sus oficiales comienzan a alarmarse cuando decide ir más allá en sus reflexiones:

> El imperio del mar es de nuestros enemigos. Pero, por grande que sea ese revés, no puede ser atribuido a la inconstancia de la fortuna. No nos ha abandonado todavía, sino que, bien lejos de ello, nos ha beneficiado en esa operación mucho más que nunca [...] Lo que admiro en Alejandro no son sus campañas sino sus medios políticos. Corresponde a un gran político haberse declarado hijo de Amón para reinar sobre Egipto. Mi proyecto es gobernar a los hombres como desea la mayoría. Es la forma, creo yo, de reconocer la soberanía del pueblo. Si gobernara a un pueblo de judíos, restauraría el templo de Salomón…

En realidad, estaba deseoso de comenzar su tarea de gobierno sobre un país que encontraba esquilmado por el gobierno de una casta que se había perpetuado en el poder sin hacer apenas nada por la población. Fuera de las mezquitas y los palacios de los mamelucos, El Cairo era un inmenso villorrio de cañas y adobe, mal surtido y mal

administrado, el panorama ideal para un general empeñado en racionalizar las cosas del gobierno en cada lugar que pisa.



La batalla de Abukir o del Nilo (primero de agosto de 1798), por Thomas Luny (1759-1837). Un éxito táctico de Horatio Nelson, que dirigió el combate desde su buque insignia, el *HMS Vanguard*. La batalla naval se saldó con el desmantelamiento de la flota francesa que mandaba el vicealmirante Brueys. El resultado para los franceses fue de una fragata hundida, tres buques en llamas, nueve más capturados, mil setecientos muertos, seiscientos heridos y tres mil prisioneros. Los ingleses no perdieron ningún navío.

Napoleón se instala en El Cairo el 24 de julio, poco antes del desastre de Abukir, en el palacio de Mohammed el Elfi, situado en la plaza Esbekieh. Su primer acto de gobierno fue la formación de un diván, un consejo compuesto de ulemas –jefes religiosos– de la mezquita de Al Azhar. En cada una de las catorce provincias de Egipto establece divanes similares, asesorados por un comisario

francés, a fin de acostumbrar a los notables locales a las nuevas formas de gobierno asambleario. A efectos de guardar el orden, organiza unidades de policía y servicios sanitarios a partir de las viejas milicias otomanas. Hecho lo esencial, comienza a gobernar a base de decretos y órdenes que se podrían entender dentro del amplio concepto de «policía de los pueblos», esto es, velar por el bienestar de la población y el ornato de la ciudad. Así, establece el primer sistema de alumbrado público de El Cairo y el servicio postal regular, crea una casa de la moneda para acuñar escudos franceses, construye molinos de viento para abastecer a la ciudad de agua y dicta las órdenes precisas para edificar un hospital de beneficencia con trescientas camas.

En el viaje a bordo de *L'Orient* había disfrutado con la lectura del Corán, que había encontrado «sublime» por su propagación de la idea de un Dios «benéfico» asimilable al cristiano, dentro de la concepción deísta propia de la Ilustración, algo que quiso dejar bien claro ante los notables egipcios en la primera oportunidad que tuvo de dirigirse a ellos:

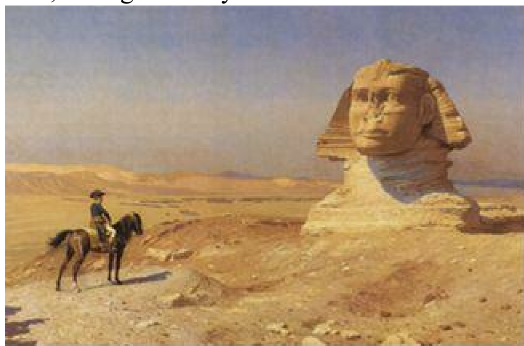
> Cadís, jeques, imames, confío en establecer un régimen basado en los principios del Corán, los únicos verdaderos y capaces de dar la felicidad a los hombres. Decid al pueblo que también nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿Acaso

> no somos los hombres que hemos destruido al papa, que predicaba la guerra eterna contra los musulmanes? ¿No somos los que han destruido a los caballeros de Malta, porque esos locos creían que debían librar una guerra permanente contra vuestra fe?

Lo gracioso del caso es que, llevado por aquella especie de furia religiosa, vemos que llegó a afirmar aquello de que los franceses eran «verdaderos musulmanes», a lo que, naturalmente y según el proceder islámico, los muftíes replicaron que entonces deberían circuncidarse y renunciar al vino. Obviamente el general había querido llegar demasiado lejos y prefirió que se considerase a sus tropas como simples «protectoras del islam», si bien, los muftíes añadieron muy elogiosamente que Napoleón era un mensajero de Dios y amigo del Profeta.

Egipto le sentaba bien a Bonaparte, se sentía a gusto en el desierto, por el que solía cabalgar a menudo, incluso vistiendo ropas orientales, turbante, túnica y daga al cinto. Los mamelucos le habían bautizado como *Bournaberdis Bey,* los egipcios le nominaban sultán El Kebir, considerándolo de este modo por encima del mismísimo sultán turco. Los notables admiraban en él su carácter espartano y el sentido de la justicia que emanaba de sus disposiciones; nunca habían visto hacer nada parecido a los

mamelucos. Napoleón, por su parte, consideraba que había mucho por hacer y de este modo se dirige al Directorio: «Es difícil hallar una tierra más fértil y un pueblo más miserable, más ignorante y más embrutecido».



Napoleón ante la esfinge, óleo de Jean-Léon Gérôme (1824-1904), realizado hacia 1868. Una obra amable, de carácter historicista, pero que seguramente resume como ninguna otra el carácter doble de la misión de Napoleón en Egipto, conquista por un lado y fascinación por el conocimiento, por el otro.

A pesar de tanto entusiasmo guerrero y científico, de tanta disposición por enunciar decretos, de tantas cosas por comprender y conocer, Bonaparte vive sometido a una angustia sobre la cual parece no poder sobreponerse: la infidelidad de Josefina. Una noche, en el palacio de Mohammed el Elfi, hace venir a Junot y le obliga a confesar la verdad; su viejo amigo se resiste pero al final ha de ceder y reconocer que, en efecto, se han constatado

ciertas infidelidades en su esposa. A pesar del bloqueo al que los somete Nelson, algunos barcos franceses lograban alcanzar Alejandría y en uno de ellos había llegado una carta para Junot que hablaba de la evidente relación que mantenía Josefina con Hippolyte Charles. Juntos habían pasado unos días en el balneario de Plombiéres, se les veía a menudo compartiendo palco en el Théâtre des Italiens y, en fin, tampoco era un secreto que el joven oficial frecuentaba la casa de la calle Chanteriene. Napoleón monta en cólera y destroza los objetos decorativos que encuentra a su paso. Tras despedir a un atribulado Junot, despacha con Bourrienne, su secretario particular, que quiere hablarle de la gloria que su patrón está alcanzando en Egipto, a lo que Napoleón responde:

> ¡Mi gloria! ¡No sé qué daría por que cuanto me ha contado Junot no fuera cierto, tanto amo a esa mujer! ¡Si Josefina es culpable, el divorcio debe separarme de ella para siempre! No quiero ser el hazmerreír de todos los inútiles de París. Escribiré a José; ¡él anunciará el divorcio!

Y, en efecto, pocos días después un desolado Napoleón escribe a su querido hermano mayor:

> Puedo volver a Francia en un par de meses, y a ti encomiendo mis intereses. Tengo muchos disgustos domésticos, ya que el velo ha sido

> completamente rasgado. Tú eres el único que me queda en la tierra. Tu amistad me es muy valiosa; para convertirme en un misántropo sólo me falta perderla y ver que me traicionas. Es una triste posición la de concentrar todos los sentimientos hacia una misma persona en un mismo corazón... ¿Me comprendes?
>
> Procura tener dispuesta una casa a mi llegada, ya sea cerca de París, ya en Borgoña. Confío en pasar allí el invierno y encerrarme.
>
> Estoy asqueado de la naturaleza humana. Necesito la soledad y el aislamiento. Las grandezas me deprimen. El sentimiento se me ha resecado, la gloria es desabrida. A los veintinueve años, lo he agotado todo. ¡No me queda más que volverme abiertamente egoísta!
>
> Confío en conservar mi casa. Jamás se la cedería a nadie. ¡No tengo otra cosa de qué vivir! ¡Adiós, mi único amigo, no me he equivocado nunca contigo!

«El velo ha sido completamente rasgado»… Napoleón, él mismo lo afirma, ronda la misantropía a causa del dolor

que le producen las infidelidades de su esposa. Lo peor fue que la carta a José Bonaparte fue esta vez interceptada por Nelson, de forma que apareció publicada en el *Morning Chronicle* de Londres el 24 de noviembre, convirtiendo al conquistador de Egipto en el hazmerreír de Europa. No por casualidad, tras un conato de revuelta popular en El Cairo, había exclamado: «Me he distanciado de Rousseau, el hombre salvaje es un perro».

Tal vez como venganza o por simple apetencia, Napoleón ahogará sus penas viviendo un tórrido romance con la joven Pauline Fourés, esposa de un teniente de infantería destacado en Egipto que se divorció inmediatamente de su marido en cuanto el general mostró interés por ella, sobre todo porque en un gesto clásico en los hombres de poder, Napoleón envió a Fourés a Francia a la primera oportunidad. De este modo –se decía– Napoleón ya había hallado a su Cleopatra en Egipto. Finalmente Bonaparte no se divorciará de Josefina a su regreso de la campaña en Oriente, pero nunca volverá a ser el mismo; no en vano las oscuridades de su carácter se harán cada vez más evidentes. No obstante, y para todo lo demás, Napoleón sigue siendo ejemplo de empuje y resolución. Cuando Bourrienne le pregunta: «¿Cuánto tiempo pasaremos en Egipto?». Su patrón le responde: «Unos meses o seis años… No tenemos más que veintinueve; entonces tendremos treinta y cinco. Si todo va bien, estos seis años me serán suficientes

para llegar a la India». El razonamiento no era tan disparatado, como él mismo había asegurado ante sus oficiales: «Estamos en la obligación de hacer grandes cosas y las haremos. Fundaremos un imperio. Varios mares de los que no somos dueños nos separan de la patria, pero ningún mar nos separa de África ni de Asia».



Retrato de la amante de Napoleón en tierras egipcias, Pauline Bellisle Fourés, esposa de un oficial menor, que llegó a ser conocida como la «Cleopatra de Napoleón» o «nuestra soberana de Oriente». Bonaparte, indignado con la infidelidad de Josefina, llegó a pedirle un hijo, pero no fue posible. Cuando ella, aún ignorante de la apresurada partida de Napoleón de Egipto, le preguntó cuándo se divorciaría, Napoleón respondió: «Mi amante es el poder y mi única pasión, mi única querida, es Francia y ahora voy a acostarme con ella». Poco después Pauline regresó también a París, pero Napoleón rehusó encontrarse nuevamente con ella.

La misión científica

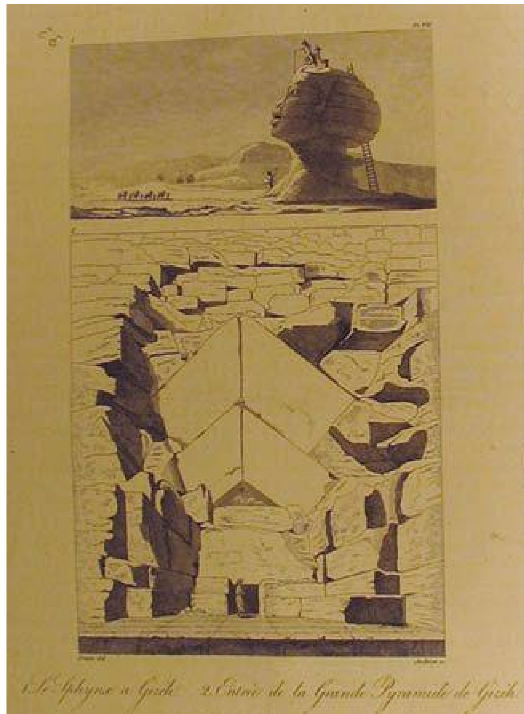
Prueba extraordinaria del empaque con el que Napoleón afrontaba las burlas del destino es el hecho de que al día siguiente del desastre naval de Abukir fundase el Instituto de Egipto, una institución destinada a centralizar los estudios que «sus» sabios habían comenzado de inmediato. En realidad, el propio Bonaparte había confesado más de una vez que, de haber nacido en otras circunstancias, se habría hecho científico. Como ya se ha narrado aquí, dotes no le faltaban. De hecho, cuando asistía a las clases de química que impartía Claude Berthollet, amigo a su vez de Gaspard Monge, la mano derecha del general en la expedición egipcia, alguien comentó que Napoleón había nacido muy tarde, citando la frase de Lagrange: «Nadie puede rivalizar con Newton, pues hay un solo mundo, y él lo descubrió». Ante eso, Napoleón repuso con una frase propia de un visionario de guardia o más bien de un verdadero genio, adelantándose en un siglo a las teorías de la física atómica: «Newton resolvió el problema del movimiento de los planetas. Lo que yo esperaba hacer era descubrir cómo se transmite el movimiento mismo a través de cuerpos infinitesimales».

Bonaparte designó presidente del Instituto de Egipto al propio Monge, reservándose para sí la vicepresidencia. Estatutariamente, el Instituto se reunía cada cinco días y

Napoleón jamás se saltaba una sesión, hecho que molestaba un tanto a sus oficiales, urgidos por la cotidianeidad. No podían comprender el afán del patrón por reunirse con sus «perros pequineses», que era como conocían entre ellos a los científicos de la misión. Entre tanto, estos se dedicaban cada uno a su afán, los cuales eran verdaderamente variados. Así, Claude Berthollet se aplicó al estudio de las técnicas de manufactura del índigo y a indagar las reacciones químicas que se podían apreciar en los lechos de los lagos, en especial la formación de carbonato de sodio por el contacto del sodio con el carbonato cálcico. Norry estudiaba arqueología egipcia y romana, Villoteau investigaba la música árabe, Savigny buscaba nuevas especies sin catalogar, como una variante del nenúfar azul, en tanto su colega Saint-Hilaire realizaba estudios sobre el cocodrilo, el avestruz, un pez del Nilo llamado *Polypterus bichir,* un auténtico fósil viviente, y otras tantas especies exóticas. También estudió animales momificados, como los ibis sagrados, siendo de este modo el primer naturalista en ocuparse de la evolución de una especie a lo largo de varios miles de años, base esencial de las teorías evolucionistas de Lamarck y Darwin.

Por su parte, el propio Napoleón participó en el proyecto científico estudiando las posibilidades de la construcción de un canal que uniese el Mediterráneo con el mar Rojo, un antiguo proyecto faraónico que no había

llegado a realizarse. Para ello se hacía acompañar de un curioso personaje que gastaba una pata de palo, el general de ingenieros Max Caffarelli, capaz de producir en sus talleres lo que se le solicitase, desde balas de cañón hasta bolos de madera para el solaz de las tropas. Hombre volteriano, de ideas, digamos, avanzadas, solía sostener que toda forma de propiedad era un robo. Los informes ideados por ambos resultaron ser la fuente esencial para la construcción del canal de Suez por iniciativa de Ferdinand de Lesseps, finalmente inaugurado en 1869.



Una de las extraordinarias litografías realizadas por Vivant Denon para la monumental obra *Description de L'Egypte*. Publicada entre 1809 y 1822, la creación de esta compilación científica es para muchos, junto al desciframiento de la piedra de Rosetta, el verdadero logro de la extraña misión de Bonaparte en el país de los faraones.

La fascinación que Napoleón sentía por las pirámides y las antigüedades egipcias en general le llevó a encargar a Vivant Denon bocetos de todo lo que se podía ir registrando, como los templos de Edfu y el de Ptolomeo en Dendera. Del mismo modo, ordenó estudiar el mundo hasta entonces oculto de los jeroglíficos. Se copiaron exhaustivamente, hasta el punto de que se agotaron los lápices y, ante la falta de grafito, Conte hubo de ingeniárselas para fabricar otros nuevos con base de plomo, pero nadie conseguía descifrar el enigma que representaban. Un día del tórrido julio de 1799, se informó en una sesión del Instituto de Egipto de que se había hallado una extraña piedra basáltica de doce centímetros de longitud y setenta y dos de ancho en la localidad de Rosetta, en la cual aparecía un texto escrito en tres lenguas distintas: jeroglífico, demótico –el egipcio moderno– y griego. Este último no ofrecía ninguna dificultad para muchos de los presentes y comprobaron que se trataba de un decreto que celebraba el ascenso de Ptolomeo V Epífanes al trono de Egipto, en el año 197 a. C. Aunque algunos científicos identificaron signos jeroglíficos con los sonidos «p», «o» e «i», será Jean François Champollion, un joven profesor de Grenoble experto en lenguas orientales, quien desentrañaría en 1822-1823 los secretos que ocultaba la piedra de Rosetta: la escritura del antiguo Egipto combinaba signos que representaban ideas

con otros que representaban sonidos, de ahí la dificultad que había entrañado desvelarlo. Fue un descubrimiento trascendental y, desde luego, el hecho científico más recordado de aquella singular campaña. En palabras del historiador militar Michel Franceschi:

> Lo que distingue a esta operación militar de toda otra es su dimensión cultural y científica, que pocos historiadores ponen de relieve. En efecto, Napoleón insistió ante el Directorio para que la expedición tuviese también como objeto el «progreso de las Luces y el desarrollo de las Ciencias y de las Artes». Se le miró con sorpresa, pero no se estuvo opuesto al designio. Es sin duda este aspecto particular del asunto lo que hizo escribir a Thiers, no obstante poco tierno para con él: «En toda su prodigiosa carrera, Napoleón no imaginó nada más grande ni más hermoso».

Bonaparte en Tierra Santa

Se recordará que en los planes de conquista de Egipto y de expansión a costa de los británicos que habían trazado Napoleón y el Directorio, desempeñaba un papel

fundamental el logro de un tratado de mutuo entendimiento con el Imperio otomano de los turcos. Tan delicada misión se le había encargado a uno de los personajes centrales de la historia de la Revolución, inigualable a la hora de perpetuarse en el poder: Charles-Maurice de Talleyrand, obispo de Autun, que por entonces, tras ser sucesivamente diputado en los Estados Generales y la Asamblea Nacional, presidente asimismo de la Asamblea Nacional, embajador de Francia ante Reino Unido y exiliado político en Estados Unidos durante el Terror, era ahora ministro de Asuntos Exteriores del Directorio. Muy en su línea de actuación política, siempre sinuosa, Talleyrand le había prometido a Napoleón que viajaría a Constantinopla a fin de obtener un tratado favorable con el sultán otomano, pero simplemente no lo hizo; por el momento no entraba en sus planes promocionar a aquel joven y ambicioso general corso.

Como consecuencia más visible, en el otoño de 1798, con *Bournaberdis Bey* gobernando a sus anchas el viejo Egipto, Turquía, instigada por los ingleses, declaró la guerra a Francia. Napoleón no era de los que aguardan acontecimientos y temiendo un ataque turco a Egipto, decidió anticiparse e invadir Siria, un territorio que entonces se identificaba poco más o menos con la mítica Tierra Santa de los antiguos cruzados. A finales de enero de 1799 reunió un cuerpo expedicionario de trece mil infantes, novecientos soldados de caballería y cuarenta y

nueve cañones, para realizar el siempre difícil tránsito del Sinaí, donde se vieron obligados a comerse sus propios camellos y asnos de transporte, y presentarse ante la ciudad costera de Gaza, que cayó en sus manos el 25 de febrero.

El problema que se le presentó a continuación al ejército francés fue qué hacer con los más de dos mil prisioneros turcos que habían capturado, pues no tenían con qué alimentarlos. La decisión fue liberarlos bajo el compromiso de no volver a luchar contra ellos. De este modo, Napoleón se vio en condiciones de seguir avanzando y capturó Jaffa el 7 de marzo, donde se encontró con el problema de Gaza duplicado, pues esta vez eran cuatro mil los turcos apresados y se encontraban entre ellos varios centenares de los que habían liberado bajo condiciones en Gaza. El dilema era evidente: no podían alimentar a todo aquel gentío y liberarlos supondría nutrir nuevamente las filas turcas. Napoleón prefirió que, esta vez, la decisión a tomar fuese colegiada. Reunió a sus oficiales y, tras dos días de deliberaciones, decidieron fusilarlos a todos. «Es necesario», había afirmado lacónicamente Napoleón. El hecho conocido como «la matanza de Jaffa» ocurrió el 10 de marzo, tres días después del asalto a la ciudad. Una matanza, cruel masacre, exactamente es lo que fue. Se condujo a los presos turcos hacia las dunas de las afueras de la ciudad, junto al mar, y, reunidos en grupos, se procedió a fusilarlos. Cuando las balas se agotaron, los

soldados acabaron el trabajo con la bayoneta, entre el griterío de los moribundos. El agua se tiñó con el rojo de la sangre de los pobres desgraciados que pretendían salvarse nadando. Aquel horror duró varias horas y al final quedaron sobre las arenas de Jaffa más de tres mil cuerpos inertes.

Bonaparte aprovechará aquel golpe de efecto para informar a la población de Palestina, mediante una proclama dictada a Bourrienne, que no podría esperar cuartel si se oponía a su operación de conquista:

> Conviene que sepáis que todos los esfuerzos humanos han sido inútiles contra mí, pues todo cuanto emprendo debe triunfar. Aquellos que se declaran mis amigos prosperan, pero los que se declaran mis enemigos perecen. El ejemplo que acaba de aplicarse en Gaza y en Jaffa debe haceros saber que, si bien soy terrible para mis enemigos, soy bueno para mis amigos, y sobre todo clemente y misericordioso hacia el pobre pueblo.



Bonaparte y su Estado Mayor en Egipto. Jean-Léon Gérôme reproduce al óleo (1863) uno de los momentos de la campaña; en este caso el tránsito del desierto durante la fallida y dolorosa expedición a Siria.

De regreso a Jaffa, donde los soldados se habían dedicado al saqueo, el jefe médico militar de la expedición, René-Nicolas Dufriche, barón de Desgenettes, verdadera eminencia que en otro tiempo había sido médico de María Antonieta, informa a Napoleón de que en el antiguo hospital armenio de la ciudad se encuentran hacinados los enfermos a causa de la peste bubónica que perseguía a las tropas desde el mismo momento de su desembarco en

Alejandría. En un gesto muy suyo, luego inmortalizado por Antoine-Jean Gros, Napoleón los visita y –se dice–, pese a las recomendaciones de los galenos, toca y consuela a sus hombres e incluso ayuda a trasladar a un moribundo, gesto decididamente teatral para demostrar que no les persigue la fatalidad, sino una simple enfermedad. En este sentido Napoleón, al imponer sus manos sobre los bubones reventados en las axilas de sus soldados, emula el carácter supuestamente taumatúrgico que siempre había acompañado a los reyes de Francia, tal vez el primer gesto que evidencia que algún día desearía convertirse en emperador.

Sus próximos pasos le conducirían a Haifa y San Juan de Acre, la vieja e inexpugnable fortaleza cruzada, ahora en manos del gobernador turco Djezzar, no en vano llamado «el Carnicero», famoso por hacer emparedar a cientos de cristianos, dejando su cabeza fuera para mejor disfrutar su tormento. Junto a los turcos, guardaban la fortaleza de San Juan ochocientos marinos ingleses al mando de Sidney Smith, un valeroso oficial que ya había luchado contra Napoleón en Tolón. También se encontraba allí un francés renegado, Phélippeaux, antiguo camarada de Bonaparte en la escuela militar, encargado de utilizar con tino los doscientos cincuenta cañones que defendían la fortaleza.



Napoleón con los apestados de Jaffa el 11 de marzo de 1799, por Antoine-Jean Gros. Óleo sobre lienzo de 1804. Museo del Louvre. Por esta época, Gros dedicó sus esfuerzos a retratar el lado amargo de la victoria y es entonces cuando pintó *Les Pestiférés de Jaffa,* seguido de *La batalla de Abukir,* (1806) en el Palacio de Versalles; y *La batalla de Eylau* (1808) en el Museo del Louvre, tres obras maestras del neoclasicismo pictórico.

San Juan de Acre era la clave para abrir a los franceses las puertas de Damasco y luego Constantinopla. Pero el ejército de Napoleón llegó allí exhausto, enfermo y desabastecido. Pudo salvar a las tropas del general Jean Baptiste Kléber acosadas a los pies del monte Tabor por treinta y cinco mil turcos, pero pese a emprender hasta ocho asaltos a la fortaleza y en alguno de ellos llegar hasta el mismo antepatio de Acre, fueron siempre rechazados. El fiel Murat, furioso, acusó a Napoleón de carnicero: «Es usted el verdugo de sus soldados –le dice–. Tiene que ser muy obstinado y estar muy cegado para no darse cuenta de

que nunca podrá reducir la ciudad de San Juan de Acre».

Y, desde luego, Murat hacía bien censurando los delirios de conquista de su patrón, que se habían vuelto muy poco realistas, a juzgar por las palabras que dirigía en medio de aquel absurdo asedio a Berthier y Bourrienne:

> Si venzo, sublevaré y armaré a toda Siria, indignada por la ferocidad de Djezzar, cuya población han visto ustedes que pedía a Dios su fracaso en cada asalto. Avanzaré después hacia Damasco y Alepo, y aumentaré mi ejército con todos los renegados a medida que me adentre en el país. Anunciaré al pueblo la abolición de la esclavitud y de los tiránicos gobiernos de los pachás. Llegaré a Constantinopla con los ejércitos multitudinarios. Acabaré con el Imperio turco, y fundaré en Oriente un nuevo y gran imperio que establecerá mi lugar para la posteridad. Y probablemente vuelva a París, por Adrianópolis o por Viena, después de haber aniquilado a la casa de Austria.

Finalmente ha de ceder al buen sentido de sus oficiales. En una de sus floridas órdenes del día, Napoleón recurre a la épica para anunciar el regreso de las tropas a Egipto:

> Soldados, habéis atravesado el desierto que separa África de Asia con más rapidez que un

> ejército árabe. Habéis dispersado en los campos del monte Tabor a esa multitud de hombres venidos de todos los lugares de Asia con la esperanza de saquear Egipto... Vamos a volver a Egipto. La conquista del castillo de Acre no merece la pérdida de algunos días. Los valientes que perdería entonces son ahora necesarios para operaciones más importantes. Soldados, tenemos una carrera de fatiga y de peligros que correr... Encontraréis una nueva ocasión de gloria.

Su gran amigo, el excéntrico ingeniero Caffarelli, muere en el sitio a consecuencia de haber perdido un brazo por el impacto de una bala de cañón. Bonaparte, desconsolado, ordena embalsamar su corazón y guardarlo en un relicario que le acompañará en todas sus campañas. Sus científicos, Monge entre ellos, no se libran tampoco de la disentería que sufre casi toda la tropa; la retirada se anuncia muy dura. Napoleón ordena que los hombres sanos cedan sus monturas a enfermos y heridos y él es el primero en caminar. Cuando su ordenanza le ofrece un caballo, exclama: «Todo el mundo a pie, diablos, yo el primero. ¿No ha oído ya la orden?».

Nuevamente en Jaffa, de regreso a Egipto, Napoleón comprueba en persona el estado dantesco del hospital de apestados. Llevar a aquellos moribundos con él no es una

opción. Sugiere a Desgenettes que les administre láudano, una buena dosis de opio que acabe con su sufrimiento. Pero el doctor se niega en rotundo, «¡mi deber es conservarles la vida!». No es el primer enfrentamiento que tienen, ni será el último. Sin embargo Bonaparte siempre le respetará. Le deja hacer, encargando a la retaguardia que administre la eutanasia a quien la reclame; no puede hacer más.

El 17 de junio de 1799, un ejército de desarrapados entra en El Cairo por la puerta de la Victoria. Napoleón, reunido nuevamente con Pauline Fourés, no piensa ya más que en partir.

Con Francia en el ánimo

Sin apoyo naval, con el camino de Siria cortado por la fortaleza de San Juan de Acre, Napoleón sabe que poco más le queda por hacer en Egipto. No obstante, no quiere partir sintiéndose derrotado. Sabe que una flota turca desembarcará de forma inminente cerca de Alejandría, justo lo que necesita para justificar por última vez las razones que le habían llevado a emprender la campaña de Oriente. Le quedan ocho mil hombres en disposición de combatir y el 11 de julio desembarca en la península de Abukir, la misma que había contemplado el desastre naval

francés, un contingente de nueve mil soldados turcos. La mayoría eran jenízaros, la élite del ejército de la Sublime Puerta.

El 25 de julio fue a su encuentro. Los turcos se habían dispuesto en dos largas filas paralelas dando la espalda al mar. Siguiendo su modo de entender la batalla, Napoleón envió a la infantería, al mando de Jean Lannes, directamente contra la primera línea de jenízaros, mientras ordenaba al combativo Murat dirigir su caballería hacia los flancos enemigos. El empuje francés obligó a los turcos a retroceder hacia el monte Vizir, única protección que tenían antes del mar. De nada les valió: el segundo y furioso ataque de Murat, que llegó a arrebatar de un sablazo la pistola que el general turco Mustafá había disparado acertándole en la barbilla –llevándose dos dedos con él–, consiguió arrojarlos al mar. Como resultado, cinco mil turcos perecieron ahogados, quedando los restantes muertos o prisioneros.

Así las cosas, Napoleón bien podría haberse mantenido gobernando Egipto indefinidamente, pero las escasas noticias que llegaban de Europa eran ciertamente preocupantes. Se había ido de Francia conociendo a un solo enemigo, Inglaterra; ahora sabía por lo publicado en la *Gazette Française* de Fráncfort que su país estaba en guerra, además, con otros cuatro: Turquía, Nápoles, Austria y Rusia. Una flota turco-rusa había capturado la isla jónica

de Corfú, el norte de Italia había sido nuevamente invadido por los austriacos, ahora apoyados por Rusia, desmantelando su querida República Cisalpina, con lo que la mayor parte de su esfuerzo en la campaña italiana se había perdido. En el interior, la situación no era mucho mejor, se decía que la bancarrota del Estado estaba propiciando el pronto regreso de Luis XVIII. En suma, Napoleón no daba crédito a lo que estaba leyendo: «¡Pobre Francia! –exclamó–. ¿Qué han hecho con ella estos canallas?».



Retrato del mameluco Rustam Raza. Originario de Tiflis, Georgia, de padres armenios, a los trece años fue secuestrado y vendido como esclavo en El

Cairo, donde los turcos le dieron el nombre de Idzhahia. El jeque de la ciudad lo presentó al general Bonaparte en 1798. Rustam sirvió como guardaespaldas a Napoleón hasta 1814, cuando se casó con Alexandrine Douville en Dourdan, Francia, y se negó a seguir al emperador en su exilio en Elba.

Secretamente, localiza al almirante Ganteaume, que asegura que le puede enviar cuatro pequeñas naves, entre ellas la fragata *Muirán,* bautizada así en honor de su ayudante de campo muerto en la batalla de Arcole. Así, el 23 de agosto de 1799 parte para Francia acompañado de sus más fieles, el secretario Bourrienne, y sus jóvenes generales: Berthier, Murat, Marmont, Andréossy y Bessières. Junto a ellos, el mameluco de origen georgiano Rustam Raza, regalo del sultán El Bekri, que le acompañará siempre, y naturalmente los científicos más allegados: Monge, Berthollet y Vivant Denon, dejando a Kléber al mando del ejército y a sus restantes «perros pequineses» con la encomienda de continuar la misión científica. Han sido catorce meses intensos en un país mítico al que jamás regresará. Ni siquiera un enfurecido Kléber supo de su partida clandestina.

Pocos días antes, el 15 de agosto, Napoleón celebraba su treinta cumpleaños en compañía de una enamorada Pauline Fourés. La joven creía en la posibilidad de que, al igual que ella había hecho, el general se divorciase de Josefina. Pero cuando llegó la hora de partir, Napoleón se limitó a regalarle mil luises y un abrazo.

Durante la peligrosa navegación a través de la costa de Berbería y luego hacia Córcega, siempre a merced de la flota británica, todos se muestran inquietos. Es nuevamente Napoleón, según narra Berthollet, quien los consuela, mostrando su habitual presencia de ánimo y su plena consciencia del lugar que ocupa en el mundo. Dice Napoleón:

> Quien teme por su vida sin duda la perderá. Hay que saber ser osado y calculador al mismo tiempo, y librar lo demás a la fortuna. El futuro es incierto; sólo el presente debe ser considerado.

Y continúa:

> Nada podemos contra la naturaleza de las cosas. Los niños son caprichosos; un gran hombre, no. ¿Qué es una vida humana? La curva de un proyectil.

«Pero, ¿quién carga, quién apunta, quién prende la mecha?» –pregunta Berthollet. Napoleón camina a grandes zancadas por la cubierta de la fragata mientras responde: «Un poder superior me empuja hacia un fin que ignoro; mientras no lo haya alcanzado, seré invulnerable, inquebrantable; en cuanto no sea ya necesario, una mosca bastará para aniquilarme».



Napoleón, acompañado de los sabios, contempla las antigüedades de Egipto. Este grabado de carácter historicista, obra de Maurice Orange (1867-1916), que quiere recrear la figura de Bonaparte rindiendo honores a la momia de un faraón egipcio, refleja extraordinariamente el espíritu de aquella misión que sentó las bases de la egiptología moderna.

Tal como había vaticinado su patrón, Berthollet y sus compañeros de aventura llegan sanos y salvos al puerto de Ajaccio el 1 de octubre. Napoleón tendrá la oportunidad de recordar el olor de su isla y disfrutar de la sentida admiración de sus paisanos. Burlando nuevamente la persecución inglesa, alcanza el continente por Fréjus el 9 de octubre. Tal vez el más notorio balance de tan exótica campaña no fueron las banderas capturadas a los turcos, sino la extraordinaria compilación del trabajo científico allí realizado por el Instituto de Egipto, que con el andar

del tiempo se publicó como *Description de L'Egypte;* veintitrés gruesos volúmenes extraordinariamente ilustrados que descubrían al mundo las maravillas arqueológicas, históricas y científicas de la tierra de los faraones. Muchos de aquellos tesoros fueron trasladados a Francia, puesto que con la marcha de los franceses de Egipto tras la capitulación de Alejandría ante Inglaterra se les permitió que se llevaran gran parte de los objetos coleccionados, pero no todos: la valiosísima piedra de Rosetta se distrajo en el último momento y acabó en manos del coronel Tomkyns Hilgrove Turner, que la trasladó a Inglaterra subida a un armón de artillería y tapada con una manta, razón por la que se encuentra todavía hoy en el Museo Británico de Londres.

El primer cónsul

Conspirando contra el Directorio

Napoleón, tras burlar la persecución naval inglesa y cruzar Francia, llega a su casa de la calle Chantereine, ahora rebautizada como la calle de la Victoria, la madrugada del 16 de octubre de 1799. Es fácil comprender la frustración que pudo sentir al no hallar allí a Josefina: «Los guerreros de Egipto –se le oyó decir– se parecen a los de Troya. Sus esposas han sido igualmente fieles». En aquel momento le pareció que la decisión de divorciarse definitivamente era la única salida honorable que le quedaba. No obstante, Josefina regresó dos días después explicándole que había corrido a su encuentro por el camino de Borgoña, en tanto el general había tomado el de Nevers. Como primera respuesta, Bonaparte decidió encerrarse en su habitación sin atender las explicaciones de su esposa, luego tornadas en lamentos y sollozos tras su puerta durante toda una noche.

Finalmente Napoleón se ablandó y decidió perdonarla, incluso el hiriente episodio del largo romance vivido con Hippolyte Charles. Gracias a ello, Josefina pareció

comprender que, a pesar de todo, deseaba permanecer al lado de su marido, el golpe de autoridad de Bonaparte pareció surtir efecto en este sentido y la relación se volvió mucho más cordial y amigable desde aquel incidente melodramático de los sollozos y los lamentos ante la puerta de la alcoba.

Solucionados sus problemas domésticos con un simple golpe de efecto, Napoleón tenía mucho más de que ocuparse. Los directores le habían ofrecido el mando del ejército que prefiriese, pero al corso le preocupaba la podredumbre que había invadido el gobierno de la República. Barras se había convertido en un gobernante corrupto que vendía favores para poder mantener un estilo de vida execrable, dedicado al juego y a perseguir todas las faldas parisinas que pudiese obtener. En la práctica, el gobierno apenas existía y si no fuese por el valor de Masséna, Francia ya habría sido invadida por sus enemigos. Como consecuencia esencial, en parte, del desgobierno, el país vivía acosado por una inflación galopante; el franco valía ya tan poco que, desgraciadamente, la mayoría de los franceses eran ya «millonarios», en tanto los empleados públicos llevaban meses sin cobrar sus sueldos. En estas circunstancias, el descontento general había propiciado la extensión del bandolerismo en las carreteras, el levantamiento en armas de las provincias tradicionalmente más refractarias (La Vendée y Bretaña) y ya casi todo el

mundo aguardaba la inevitable llegada de un rey Borbón al poder. Todos, excepto, naturalmente, Napoleón, acostumbrado a contemplar el caos como una mera oportunidad. De hecho, comprendió que era el momento de abrazar directamente la política. Algo que, por otra parte, reclamaba ya el pueblo de París ante la misma puerta de su casa: «Viva Bonaparte el salvador de la patria», escuchaba a cada instante desde su propia ventana. Su experiencia de gobierno en Egipto le había convencido de que era muy capaz de afrontar el reto: «Procedí no por amor al poder, sino porque concluí que tenía más educación, que era más perceptivo, más clarividente, y que estaba mejor calificado que otros». La falsa modestia no tenía aquí cabida, francamente, y dadas las circunstancias, estaba en lo cierto. En las inolvidables palabras del historiador Max Gallo, podemos apreciar la síntesis exacta de aquel momento crucial en la biografía de Napoleón: «Siente que la ola que lo arrastra es poderosa, profunda, pero debe guardarse de cualquier exceso y de toda impaciencia. Sabe lo que quiere: llegar al poder. Tiene treinta años y vale mucho más que todos esos hombres que se difaman entre sí. Ha dirigido a decenas de miles de hombres y se ha enfrentado con ellos a la muerte. Ha conseguido vencer y superar todos los obstáculos. Pero la prudencia es necesaria. Los Barras y los Sieyès son hábiles y retorcidos».

Así era, si decidía hacerse con el poder no podría

fracasar o el Directorio se encargaría de su más absoluta defenestración. Reunido con los más fieles, en especial con su hermano José, Bonaparte analiza con detenimiento la situación política. Concluyen que de los cinco directores que ostentan el poder, hay tres con los que no se puede contar: Barras es sinónimo de corrupción, consideran a Louis Gohier, a la sazón presidente del Directorio y compañero de veladas de Josefina, un timorato sin remedio y en cuanto al general Jean-François Moulin, saben que jamás se prestará a un golpe de Estado que no protagonice él mismo. Restaban Emmanuel-Joseph Sieyès y Roger Ducos. El primero era considerado por todos un héroe nacional. Méritos no le faltaban a este clérigo originario de Fréjus, autor del panfleto más celebrado de la Revolución, aquel *¿Qué es el tercer estado?* que comenzaba con la respuesta a la propia pregunta, en aquellas inolvidables palabras: «Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué es lo que desea? Ser algo». Fueron palabras que le convirtieron en el impulsor de la constitución del Tercer Estado en Asamblea Nacional. Eran los turbulentos tiempos de 1789, en los que desempeñó un papel francamente activo, participando en la redacción de los grandes documentos de la Revolución, desde el «Juramento del juego de la pelota» hasta la Constitución de 1791. Sieyès estaba convencido de que el Directorio debía ser depuesto. También contemplaba a Napoleón como el

hombre fuerte del momento, aunque consideraba que el impulsor y líder del proceso debía ser él mismo y no el joven general; «la espada de Bonaparte es muy larga», solía afirmar. No obstante, aquel enjuto caballero de cincuenta y un años que compartía su alcoba de soltero con el busto de cera de su admirado Voltaire, llegó a confesar: «Me propongo acompañar al general Bonaparte, porque de todos los soldados es el que más se parece a un civil». Por su parte, Napoleón confiaba en sus muchas cualidades intelectuales para emprender la ingente tarea de redactar una nueva y duradera Constitución. En cuanto a Roger Ducos, sin filiación partidista clara, al igual que Sieyès, era un político que creía firmemente en la necesidad de que Bonaparte propiciara el cambio que precisaba con urgencia el país.



Emmanuel-Joseph Sieyès, conde de Sieyès (Fréjus, 3 de mayo de 1748-París, 20 de junio de 1836), retratado por Jacques-Louis David. Prócer de la Revolución, Sieyès albergaba en su ser una ambición política similar a la de Napoleón, aunque mucho más silente y contenida. Tenido por uno de los principales intelectuales del período, pocos conocen que uno de sus puntos débiles era el amor por el dinero. Tras el 18 de brumario, Napoleón permitió que él y Ducos se repartiesen el fondo secreto del Directorio, con una advertencia: «Háganlo ahora o mañana será tarde».

El tercer hombre en el que fiaba su confianza Napoleón era otro clérigo, el incombustible Charles-Maurice de Talleyrand, que en junio de 1799 había visto cómo se le obligaba a ceder su puesto en el Directorio, precisamente, a favor de Louis Gohier. A la vez, Bonaparte ha de buscar otras lealtades, señaladamente la del tercer clérigo en danza, Joseph Fouché, tan hábil para aferrarse al poder como su contrapersonaje Talleyrand. Tras haber sido agente partícipe del Terror, fue rehabilitado por Barras tras ayudarle a sofocar la «conspiración de los Iguales» contra el Directorio. Ese mismo año de 1799 había sido nombrado jefe de la policía, un puesto clave que debería de ser controlado por toda conspiración política. Por tanto, Napoleón consideraba esencial su participación, aun cuando, reconociendo su utilidad, nunca se fió del todo de él.

A la vez, Bonaparte realizó las prospecciones necesarias en la milicia, para asegurarse, si no adhesiones, sí la inacción de los generales más relevantes: Moureau, Jourdan y el altivo Bernadotte, ya casado con el antiguo amor de Napoleón, Désirée Clary, también, como se recordará, hermana de la mujer del futuro José I de España. Bernadotte, hasta entonces, se había negado a visitar a su antiguo mentor alegando que este no se había sometido a la cuarentena a pesar de haber convivido con la peste en Jaffa, pero Bonaparte sabía que con todo y con eso, su viejo y

ambicioso camarada siempre estaría con quien obtuviese el poder, mientras no se le ofreciese a él primero. Restaba Lefebvre, que había ascendido de sargento mayor a general por méritos de guerra y ahora era el gobernador militar de París. Tras una breve charla en la casa de Napoleón y luego del gesto de este de regalarle el sable con el que había luchado en la batalla de las Pirámides, el rudo general otorgó con entusiasmo su consentimiento: «Estoy dispuesto a arrojar al río a esos malditos abogados». Por su parte, el astuto Talleyrand había realizado a plena satisfacción el trabajo principal que se le había encomendado: comprar la denuncia de Paul Barras al precio de medio millón de francos.



Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (París, 2 de febrero de 1754-París, 17 de mayo de 1838), grabado de H. Rousseau y E. Thomas para el volumen *Grands hommes et grands faits de la Révolution française (1789-1804),* París, 1889. Hablar del obispo de Autun es hablar de sagacidad, oportunismo, inteligencia y longevidad política. Se mantuvo cercano al poder desde los inicios de la Revolución hasta desempeñar un papel crucial en la Restauración borbónica y en los acuerdos del Congreso de Viena. Al igual que le ocurría con Joseph Fouché, Napoleón lo consideraba tan peligroso como imprescindible.

El 18 de brumario, el «Dios del día» hablando para los mamelucos…

Sieyès, experto, como tantos políticos en todo tiempo, en el arte de cambiar la ley violándola, era partidario al igual que Bonaparte de un golpe civil, pacífico y llevado a cabo con el menor ruido posible. Con ese fin y con los granaderos de Murat guardando las calles, trazaron el plan que habría de seguirse. El 18 de brumario, el Consejo de Ancianos (Senado) sería convocado con urgencia para ser informado de que una conspiración realista trataba de acabar con su cámara y con el Consejo de los Quinientos, a la sazón presidido desde hacía bien poco tiempo por Luciano Bonaparte. De este modo, se trataría de convencer al poder legislativo en su conjunto para que se dejase conducir mansamente al castillo de Saint-Cloud, un antiguo palacio real junto al Sena, situado a unos doce kilómetros de la capital, donde sería convenientemente protegido por Napoleón y sus tropas. Allí, aislados de París y rodeados por la milicia, se les propondría la redacción de una nueva constitución y el nombramiento de una especie de triunvirato de cónsules formado por Sieyès, Ducos y el propio Bonaparte.

Así, Napoleón compareció ante los doscientos cincuenta ancianos allí reunidos el 9 de noviembre (19 de brumario), pronunciando un discurso bastante deslucido y nada

adecuado, pues parecía una arenga dirigida a sus veteranos de guerra y no el parlamento que deseaba escuchar una asamblea legislativa: «Representantes del pueblo –entonó Napoleón dirigiéndose a la cámara–, esta no es una situación normal. Estáis al borde de un volcán. Permitidme hablar con la franqueza de un soldado». Después fue divagando ante los gestos de protesta y la cólera creciente de los ancianos: «Os defenderé de los peligros rodeado por mis camaradas de armas». Y a continuación: «Granaderos, veo vuestros morriones y vuestras bayonetas... Si un orador a sueldo de una potencia extranjera propusiera declararme fuera de la ley, ¡que el rayo de la guerra lo aplaste instantáneamente! ¡Si propusiera ponerme fuera de la ley, los llamaría a ustedes, mis valerosos compañeros de armas! Recordad –exclamó por fin estentóreamente–, que marcho acompañado por el dios de la victoria y el dios de la fortuna». Nadie en la sala, amigo o enemigo, daba crédito a lo que estaba oyendo, Napoleón parecía dirigirse a una escuadra de sus granaderos. Finalmente, su propio y fiel secretario Bourrienne se sintió obligado a susurrarle al oído: «Abandone la sala, general, no sabe lo que está diciendo».

Visto que había fracasado estrepitosamente, Bonaparte decidió dirigirse hacia la sala de la Orangerie, donde su hermano Luciano había hecho congregar al Consejo de los Quinientos, en la esperanza de que la cámara baja se

mostrase más permeable a sus propuestas, pero el resultado fue aún peor, pues Bonaparte se dio de bruces con un verdadero tumulto de empujones y protestas airadas, precisamente el mayor de sus temores. Ante situaciones así y por muy osado que se mostrase en el campo de batalla, sentía un azoramiento insuperable que le situaba al borde del colapso. «¡Cómo se atreve! Salga enseguida. Usted está violando el santuario de la ley. ¡Fuera de la ley el dictador!», bramaban los consejeros en tanto lo zarandeaban y procuraban agarrarle del cuello.

Visto que no había nada que hacer, los granaderos de Murat rescataron a Bonaparte del tumulto, medio desmayado y con el rostro manando sangre, producto de los arañazos y rasguños recibidos. Ya en el exterior a salvo entre sus tropas, tanto Sieyès como Luciano y el propio Napoleón decidieron que era hora de hacer intervenir a la tropa. La asamblea fue desalojada, algunos representantes públicos parecieron querer adoptar una actitud tan heroica como dramática, exclamando: «¡Muramos por la libertad!», pero como nadie quiso matarlos, optaron por saltar por las ventanas de la Orangerie como habían hecho sus compañeros.

Hacia las nueve de la noche, Luciano logra que unos ochenta consejeros afines regresen a la sala y se dirige a ellos con el parlamento que, en realidad, habría correspondido hacer a su hermano:

> ¡Franceses, el presidente del Consejo de los Quinientos os declara que la inmensa mayoría del consejo está, en este momento, bajo el terror de algunos representantes con estoques... Esos odiosos bribones, sin duda a sueldo de Inglaterra, han sugerido dejar fuera de la ley al general responsable de la ejecución del decreto del Consejo de los Ancianos... Ese pequeño número de furibundos ha sido el que se ha puesto fuera de la ley... ¡Los proscriptores no son ya los representantes del pueblo, sino los representantes del puñal…!

Naturalmente, los afines asienten y aclaman las palabras de su presidente. Entonces, Napoleón se siente en la obligación de decir algo y de nuevo vuelve a cometer los mismos errores dialécticos que le habían acompañado durante todo el día, enunciando una especie de arenga cuartelera carente de todo fundamento: «Soldados –grita–, yo os he conducido a la victoria. ¿Puedo contar con vosotros?». Y no contento con ello afirma: «He querido hablarles, pero me han contestado con puñales... Desde hace tiempo, la patria está atormentada, saqueada; sus defensores se han envilecido. En qué estado me encuentro ahora a esos valientes que yo he vestido, pagado y conservado con el precio de nuestras victorias... Tres veces

he abierto las puertas de la República, y tres veces las han cerrado… ¡Seguidme, yo soy el dios del día!».



El general Bonaparte y el Consejo de los Quinientos en Saint-Cloud el 10 de noviembre de 1799, obra de François Bouchot (1840). A pesar de que Napoleón siempre había despreciado su propia vida en el combate, toleraba mal las asonadas populares y los tumultos, que desencadenaban en él verdaderos ataques de pánico que le dejaban en un estado lastimoso, absolutamente inerme para la acción.

«El dios del día»… Luciano no deseaba escuchar más, en un rapto de furia le espeta: «Pero cállate ya. ¿Crees que estás hablando a los mamelucos?».

Con todo, los ochenta afines consienten declarar el fin del Directorio, cediendo el poder a una comisión provisional compuesta por los dos directores afines, Sieyès y Ducos, y, naturalmente, Napoleón Bonaparte, denominados ahora «cónsules de la República». Juntos prestaron juramento de fidelidad a la República francesa, que repitieron a las cuatro de la mañana ante el Consejo de Ancianos sentado por la fuerza de las bayonetas de la soldadesca. El golpe, hay que decirlo, había concluido con éxito y la única sangre derramada había sido la proveniente de las mejillas del rostro atribulado de Napoleón. A muchos efectos, la Revolución como tal había terminado. Lo que ahora habría de venir era desde luego diferente, en la nueva Francia no cabrían ya «ni tacones rojos, ni gorros frigios», ni siquiera en el uniforme de gala de los nuevos cónsules.

LA CONSTITUCIÓN DEL AÑO VIII

El 20 de brumario, día décimo del calendario republicano y por tanto festivo, París amaneció lluvioso y en calma. El tránsito al Consulado había sido bien aceptado por una población que deseaba mayoritariamente paz, recuperación económica y la preservación de las conquistas de la revolución burguesa, es decir, la abolición

de los derechos feudales y la propiedad pública de los bienes nacionales. Napoleón, ya instalado en el palacio de Luxemburgo, vistiendo su célebre levita verde de civil, permanecía ya aplicado a los asuntos de gobierno. Sabía que Ducos no se opondría a nada, sólo Sieyès poseía una idea más o menos clara de lo que habría de hacerse y Bonaparte estaba interesado en escucharle, aunque jamás permitiría las ínfulas de actor principal que parecía abrigar. De hecho, se hizo con la presidencia del Consulado sin apenas consultarles. Sieyès cedió, fiando su futuro ascenso a lo que quedase escrito en la nueva constitución. Antes de afrontar asuntos más gruesos, concluyeron que Talleyrand debería ocuparse de los Asuntos Exteriores y Fouché de la policía. Cosa diferente era el «diseño» del nuevo Estado, en cuyos presupuestos de partida Sieyès y Napoleón se mostraron muy divergentes.

En la concienzuda redacción de la constitución que pretendía ser su obra maestra, Sieyès se estaba mostrando extrañamente reaccionario. Tal vez llevado por la prevención que ahora sentía hacia los cuerpos parlamentarios, maquinaba suprimir las asambleas por la simple artimaña de sustituir las elecciones directas por el establecimiento de «listas de notables» aprobadas por el pueblo. Pero aún había más, pretendía situar en la cima de la pirámide del Estado a un «gran elector permanente» –tal vez él mismo– que viviría nada menos que en el odiado

Versalles, encargado de elegir los cónsules y como único representante del poder ejecutivo nacional. Las medidas subsidiarias eran aún peores: el cuerpo legislativo censatario –elegido de entre los «notables»– votaría las leyes, un Tribunado las discutiría y aprobaría, de modo que un simple veto del «gran elector» bastaría para evitar cualquier ley inconveniente. Napoleón aceptó la idea de crear un senado conservador, pero introduciendo un cambio hacia la sensatez: a pesar de que en las constituciones precedentes, y según la doctrina censataria, el voto estaba reservado a los propietarios, propuso el establecimiento del sufragio universal masculino para todos los franceses mayores de veintiún años. A la vez, sugirió que la nueva constitución fuese aprobada mediante plebiscito articulado según ese nuevo cuerpo electoral universal. En cuanto a la figura del elector gobernando desde Versalles, Napoleón se negó en redondo a aceptar tal cosa. Como él mismo afirmó, si el pueblo se veía gobernado nuevamente desde Versalles, «Francia se hundirá en un lago de sangre». Por otra parte, la misma creación de semejante figura, generosamente pagada con seis millones de francos anuales, le parecía una ofensa a la República misma y así se lo hizo saber al postulante de tamaña idea: «¿Cómo puede imaginar usted, ciudadano Sieyès, que un hombre de honor, que tenga talento y cierta capacidad, aceptará holgazanear en Versalles como un

cerdo cebado?». Rechazada su idea, Sieyès propuso entonces mantener la figura de los tres cónsules iguales. Fue el momento de Napoleón, su contrapropuesta era clara: debía existir un primer cónsul responsable de adoptar las decisiones, mientras los otros dos pasaban a desempeñar el papel de consejeros. Sieyès, muy a su pesar, hubo de plegarse a las directrices de Bonaparte. La cuarta constitución francesa desde 1789 podía al fin redactarse.

La que se denominaría Constitución del año VIII señaló que los tres cónsules serían elegidos cada diez años, con posibilidad de reelección. En principio, el nuevo Senado sería el encargado de su nombramiento, pero en prevención de cualquier contingencia, establecieron que los nombres de ellos tres figurasen ya en la nueva carta magna. Del mismo modo, quedó escrito que Napoleón Bonaparte sería el primer cónsul, con facultades para designar ministros y buena parte de los jueces principales.

El poder legislativo quedó formado por tres asambleas: un Consejo de Estado, designado por el primer cónsul, cuya finalidad sería redactar las leyes; un Tribunado de cien miembros con la evanescente función de «discutir» las leyes; y un Cuerpo Legislativo de trescientos miembros encargado de aprobarlas. Habría además un Senado, con un máximo de ochenta integrantes de más de cuarenta años de edad. La designación de los primeros senadores correspondía directamente al primer cónsul.

En la idea de aplacar las ambiciones de Sieyès, Napoleón permitió que este eligiese libremente el Senado. Sieyès se limitó a proponer una lista de veintinueve hombres que consideraba imprescindibles, permitiendo que entrasen en su composición personalidades de todos los sectores de la opinión política, desde viejos girondinos a antiguos realistas y hasta montañeses, incluyendo, claro está, a algunos científicos de la Academia tan caros a Napoleón como sus amigos Laplace, Monge y Berthollet.

Por su parte, Napoleón eligió como segundo cónsul a Jean Jacques Cambacérès, de cuarenta y seis años, un abogado de Montpellier conocido por su capacidad a la hora de redactar textos legales, y encargó los asuntos económicos a Charles François Lebrun, de procedencia normanda, antiguo servidor en el Ministerio de Finanzas de Luis XV, un auténtico experto en la gestión de la deuda pública, justamente lo que se necesitaba, habida cuenta de la calamitosa situación de las finanzas del país.

Finalmente, la Constitución del año VIII se publicó para someterse a plebiscito el 24 de diciembre de 1799. El resultado fue abrumador: de un cuerpo electoral de 3.011.007 electores, sólo votaron en contra mil quinientos sesenta y dos franceses, con un índice de abstención mucho más bajo de lo habitual. Los votos se contaron a la vez que a la otra orilla del Atlántico fallecía George Washington, cuya figura admiraba vivamente Napoleón,

quien, al conocer su muerte, ordenó al ejército diez días de luto. Con los resultados del plebiscito en la mano, el 17 de febrero de 1800, Napoleón, embutido en su terno de terciopelo rojo de primer cónsul, se estableció en el palacio de las Tullerías. Ocho años antes, la turba parisina había irrumpido en las mismas estancias que ahora ocupaba para obligar a Luis XVI a lucir el gorro frigio. Tal vez recordando aquel episodio, al entrar se dirigió a la ahora muy sumisa Josefina para decirle: «Ven, criollita, duerme en la cama de tus amos». Comenzaba el nuevo siglo y una nueva época para Francia. Bonaparte había cumplido treinta años, a pesar de transmitir la sensación de haber vivido cien vidas desde su época de teniente segundo del ejército. Así era su estilo.



Napoleón Bonaparte vistiendo la levita roja de primer cónsul, obra de Antoine-Jean Gros, pintado hacia el año 1802. La extensa tarea legislativa y de gobierno emprendida por el corso tras el 18 de brumario continúa pareciendo deslumbrante a la historiografía. Concebido como verdadero colofón y punto final de la Revolución, durante el Consulado Napoleón pudo llevar a la práctica muchas de las ideas que poblaban su rica imaginación, además de conseguir superar la bancarrota que sufría el país.

EL PRIMER CÓNSUL, NAPOLEÓN, APLICADO AL GOBIERNO

Como cualquiera podría suponer, Napoleón comenzó su tarea de gobierno al minuto siguiente de ser nombrado. Era mucha la faena que tenía por delante, construir todo un Estado, pero antes de ello debía sanear las cuentas públicas que el Directorio había contribuido a adelgazar hasta reducirlas prácticamente a la nada, o lo que es peor, a una deuda inasumible. Las cifras que se encontró Bonaparte al acceder al consulado eran ciertamente descorazonadoras: el Tesoro público poseía en efectivo tan sólo ciento sesenta y siete mil francos, en tanto debía a los acreedores cuatrocientos setenta y cinco millones. El papel moneda que circulaba por doquier valía menos que nada debido a la inflación que se había generado. Los funcionarios civiles no cobraban desde hacía diez meses. Con el ejército era todavía peor; cuando Napoleón se interesó por el importe de las soldadas preguntando a un oficial del servicio de intendencia militar, la respuesta fue desoladora:

—Pero puede saberlo gracias a las nóminas de pago –afirmó el primer cónsul.

—No pagamos al ejército –respondió el oficial.

—Entonces, mediante las listas de raciones –insistió Napoleón.

—No lo alimentamos –fue la respuesta.

—Gracias a las listas de uniformes, entonces.
—Tampoco lo vestimos.

Lo mismo ocurría en todas las partidas que dependían del dinero público; en los asilos de huérfanos ya morían los niños de hambre, era urgente financiarse como fuese. Sin perder el tiempo, Bonaparte obtuvo un par de millones de francos de banqueros de Génova y otros tres de bancos nacionales; con eso y la creación de un juego de lotería se pudo evitar la quiebra total durante los primeros meses del Consulado, pero no sería suficiente si no se racionalizaba el sistema fiscal y el régimen de exacciones para el Estado. Como primera medida, Napoleón dispuso la creación de un cuerpo de ochocientos cuarenta funcionarios, ocho por departamento, dedicados exclusivamente a recaudar impuestos. Para formar parte del mismo, se les exigió adelantar un 5 % del ingreso anual previsto. Ni que decir tiene que los nuevos inspectores se aplicaron con celo a su tarea, de forma que pronto aseguraron la continuidad del Estado durante diez días más, poco después un mes. Para incentivar la contribución, prometió que pondría el nombre del primer departamento que alcanzase el 100 % de lo exigido a una plaza de París; el resultado del desafío fue la actual plaza des Vosges. El nuevo sistema, que gravaba sobre todo las rentas y la propiedad, se mostró mucho más eficaz que la desbocada hidra impositiva del Antiguo

Régimen, basada en docenas de gabelas exigidas al pueblo. Consiguió obtener una media anual de seiscientos sesenta millones de francos, ciento ochenta y cinco más de lo que solía recaudar el sistema anterior. Con el tiempo, el régimen fiscal se complementó con una serie de impuestos indirectos y rentas estancadas: vino, naipes y carruajes (1805), sal (1806) y tabaco (1811).

A la vez que lograba que el dinero volviese a fluir por las venas del Estado, se propuso reducir todo gasto superfluo, enfrentando a dos ministerios como «enemigos naturales», el de Finanzas y el del Tesoro. Como él mismo afirmaba: «Uno me dice: "Prometí tanto, y se debe tanto"; y el otro: "Se ha recaudado tanto". Al enfrentarlos obtengo seguridad». Mientras murmuraba para sí «estoy rodeado por una pandilla de canallas ¡Todo el mundo se dedica a robar!», el que fuera pequeño cabo consiguió equilibrar el presupuesto, retiró el papel moneda sobrante y redujo la deuda pública a la minúscula cantidad de ochenta millones de francos, cuando el Estado había llegado a deber, como ya hemos dicho, cuatrocientos setenta y cinco millones. Todo ello a costa de revisar, muchas veces en persona, las cuentas públicas. Se asegura que en cierta ocasión encontró un error contable de un franco con cuarenta y cinco céntimos en un presupuesto de varios miles.

Para evitar el carácter usurario de los préstamos bancarios, que debió suscribir al principio a un 16 % de

interés, cuando consideraba que cualquier tipo superior al 6 % era un robo, el 13 de febrero de 1800 creó el Banco de Francia, con un capital inicial de treinta millones de francos, con capacidad de emitir moneda hasta el límite lógico de las reservas reales en oro, limitando el interés de sus préstamos al 6 % establecido. Cualquier ganancia adicional debería integrar sus fondos de reserva. Para mayor seguridad, en 1807 fundó una oficina de Auditoría con la misión de controlar cada céntimo del gasto público. De esta manera, nunca necesitó devaluar la moneda circulante y el costo de la vida se mantuvo estable desde el primer año de su consulado. Para muestra, la evolución del valor de los bonos de la deuda pública, que se cotizaban a doce francos al final del Directorio, a cuarenta y cuatro francos en 1800 y a 94,40 en 1807.

No menos hercúlea resultó la tarea de dotar a Francia de un Código Civil coherente y unificado. Como la mayoría de los estados europeos, Francia, en cuanto al derecho y la justicia, se hallaba sometida a un verdadero marasmo de códigos locales, reglamentos profesionales y particularismos regionales que dificultaban enormemente la marcha de los asuntos legales. Por si esto fuese poco, la Revolución había promulgado más de catorce mil decretos, muchos de ellos contradictorios con otros no derogados, que no habían hecho más que complicar las cosas en la mayoría de los casos. En este sentido, como había

asegurado a Talleyrand, Bonaparte era muy consciente de que el nuevo Estado debía poseer un código legal unificado y válido para todas las esquinas de Francia: «Somos una nación con trescientos códigos legales, pero sin leyes».

Reunió a su alrededor a una cohorte de abogados notables, pero consciente de la lentitud en el proceder tan cara al gremio, les concedió seis meses para presentar el borrador del Código Civil. Los principios, basados en el derecho romano y, acorde con los tiempos, en el natural, eran claros: igualdad de los hombres ante la ley, conservación de la abolición de todo derecho feudal, la inviolabilidad de la propiedad privada, el matrimonio como acto civil y no religioso, la libertad de conciencia y la libertad de elegir el propio trabajo sin la intervención de ningún tipo de corporación gremial. En suma, la consolidación de los principios liberales-burgueses señalados por la propia Revolución. A partir de ahí, Bonaparte procuró imponer opiniones personales, por ejemplo en el derecho de familia, intentando elevar las obligaciones de los padres para con sus hijos o tratando de retrasar la edad del matrimonio a los veinte años para el hombre y a los dieciocho para la mujer, por considerar demasiado precoz la propuesta de los abogados de quince y trece años respectivamente. Su formación en el derecho romano y, tal vez, su propia experiencia con Josefina, le condujeron a defender vehementemente la preeminencia

del marido sobre la esposa: «tiene que entender que al salir de la tutoría de su familia pasa a la de su marido…» y el divorcio civil, que con el andar del tiempo le resultaría muy útil.

En suma, Napoleón, el Consejo de Estado y el grupo de expertos congregado en torno a ellos, redactaron los 2.281 artículos del Código Civil, entre julio y diciembre de 1800, tal como el primer cónsul se había propuesto. Pero la oposición de un sector del Tribunado a aprobar ciertos aspectos de los derechos civiles postergó su publicación hasta el 21 de marzo de 1804. Aquel día salió a la luz, es sabido, un código que fue espejo de muchos otros en Europa y en el mundo, llegando a influir en los códigos respectivos de países tan ajenos como Bolivia o Japón. De redacción tan impecable que el mismo Stendhal confesó leer cada día algún capítulo para mejorar su propio estilo, no es extraño que a partir de 1807 tan magna obra recibiese el nombre de Código Napoleónico por el que se le suele conocer, pues Bonaparte fue su impulsor y el artífice principal de buena parte de su largo articulado.

Con el fin de implantar el Código en cada departamento, Napoleón establece, utilizando nuevamente la terminología clásica romana, la figura del prefecto. Al igual que los intendentes del Antiguo Régimen, con amplias atribuciones fiscales y gubernativas, los prefectos nacieron para ser el brazo ejecutor, los ojos y los oídos del gobierno de París

en las regiones. Los primeros prefectos fuero noventa y ocho, gran parte de ellos seleccionados por el propio Napoleón y su hermano Luciano, a la sazón ya ministro del Interior, aunque pasaban el trámite de nombramiento a través de los electores. Como era de esperar, los prefectos se convirtieron muy pronto en la «gran autoridad» en cada departamento. Sobre ello, Bonaparte afirmaba: «A cien leguas de París, el prefecto tiene más poder que yo». En 1802, con la autoridad de Bonaparte moralmente reforzada, las asambleas lo declararon cónsul vitalicio, decisión ratificada por tres millones y medio de votos contra ocho mil. A continuación, Napoleón fue designado primer magistrado de la República por el resto de su vida.

Paralelamente al establecimiento del Código Napoleónico, se redactó un Código Penal, nombrando a la vez jueces de distrito lo más independientes posible del entorno local, un poco al estilo inglés, como auténticos comisarios de la justicia departamental. Contra el parecer de Napoleón, que confiaba en el «sexto sentido», a saber, la conciencia del pueblo llano, el Consejo de Estado limitó la capacidad del jurado para decidir a quién se encausaba.

Otro aspecto esencial que marcará la «época napoleónica» es, desde luego, el sistema educativo. Como es sabido, en el Antiguo Régimen gran parte del peso de la enseñanza primaria recaía sobre el clero. Con la Revolución, los curas fueron separados de esta función en

su mayor parte, pero nunca hubo dinero suficiente para que el Estado cubriese esta necesidad esencial de formar a la población en los rudimentos mínimos de una educación que mereciese tal nombre. Prácticamente no existían escuelas primarias; sí había «escuelas centrales» de secundaria, de buen nivel, pero muy escasas. Junto a ello, pervivían colegios privados de pago, destinados a formar a los hijos de las élites sociales. Las universidades llevaban años clausuradas… En suma, al acceder Napoleón al consulado no existía en Francia un sistema educativo vertebrado, estatal y eficaz.

Como primera medida, Bonaparte abrió nuevamente las escuelas elementales, permitiendo el regreso de los sacerdotes católicos a ellas. A la vez, fundó más de trescientos colegios de educación secundaria, entre ellos treinta y nueve liceos, *alma mater* de la educación francesa desde entonces. Esencialmente, buscó evitar una excesiva ideologización revolucionaria, fomentando los valores republicanos y patrióticos y, esto es lo esencial, haciendo hincapié en los aspectos fundamentales del currículo, esto es, latín, matemáticas, historia de la ciencia, los clásicos y la filosofía, especialmente en este último caso Locke y sus discípulos Descanes, Malebranche y Condillac. Por su recuerdo de Brienne, confirió a los liceos un cierto aire patriótico y militar.

En cuanto a la enseñanza superior, ordenó reabrir la

Sorbona y las universidades provinciales, si bien con planes de estudio muy conservadores y, extrañamente, dada su filia por el cientifismo, poco decantados hacia las ciencias experimentales, amén de crear otros centros de excelente reputación desde entonces, como la Escuela Normal Superior, con el fin de instruir a los nuevos docentes que se precisaban. No fue un sistema perfecto, pero se puede afirmar sin ambages que Bonaparte afrontó un esfuerzo presupuestario monumental en la mejora del sistema educativo, el más importante dentro de sus partidas anuales y esto en un contexto de guerra permanente. De hecho, el sistema de liceos y la escuela normal perviven todavía hoy.

El rosario de medidas concatenadas que iban jalonando la tarea del primer cónsul exigía una actividad ejecutiva muy fuerte y crítica escasa. De ello se encargó Bonaparte por la directa medida de ejercer un férreo control sobre la prensa, con la excusa de que «los periódicos no deben ser instrumentos en manos de los enemigos de la República». Por tanto advierte a los editores que sus tabloides serán inmediatamente suprimidos si publican «artículos que no respeten el pacto social, la soberanía del pueblo y el honor de las fuerzas armadas». Sobre todo ello, destaca la hegemonía del *Moniteur,* el órgano oficial de la República, que era tanto como decir el de Napoleón. Paralelamente, su acceso al consulado vitalicio no hace más que confirmar la eclosión de una nueva época para Francia, aquel país de los

prefectos, los gendarmes y, muy pronto, de los sacerdotes.

A fin de premiar el honor de los ciudadanos, civiles o militares, en la defensa de la República, la libertad y la igualdad de los franceses, así como la integridad de su territorio, crea en 1802 la Legión de Honor, una condecoración que, al contrario de las existentes hasta entonces, no premiaba a los caballeros, sino a cualquier ciudadano de mérito, fuese cual fuese su extracción social, decisión, naturalmente, muy contestada en ambos extremos del espectro político. En su fuero interno, Napoleón deseaba cohesionar a los ciudadanos franceses ante una empresa común. Los había encontrado profundamente divididos y creía vivamente que se debía alcanzar un sentimiento de «reconciliación nacional». Ese es el mismo sentido que se observa en su declaración del 26 de abril de 1802, por la que otorga un «armisticio» a los franceses exiliados en el exterior, con la única excepción de aquellos que hubiesen prestado servicios a los «enemigos de Francia».

Si unimos a todas estas iniciativas la mejora de la red de canales y viaria de modo racional y práctico, la inversión agraria e industrial, la creación de la Bolsa de París y del Instituto de Estadística y el logro de un presupuesto equilibrado en un país que André Maurois definiría como «increíblemente ahorrador», se concluye que la tarea de gobierno de Napoleón Bonaparte no sólo se mostró

titánica, sino útil, muy visible y nacida para perdurar, como así fue.

En tal contexto de conciliación, muchos de los cercanos al corso comenzaron a barajar la idea que nunca habían abandonado los realistas: el regreso de Luis XVIII, como un modo de garantizar el futuro de todos. Un error clásico: Napoleón estaba muy lejos de compartir esa idea; sabía que, muy al contrario, su imagen en Europa entera era ya la de la Revolución misma. En este contexto de especulaciones, Luis XVIII decide tender la mano al cónsul: «Desaprovecha usted un tiempo precioso: nosotros podemos asegurar la tranquilidad de Francia; digo nosotros porque necesito a Bonaparte para lograrlo, y él no podrá hacerlo sin mí».

Como respuesta, Napoleón dictó a su secretario Bourrienne un 7 de septiembre de 1800 una carta para Luis XVIII. El mensaje era muy claro: no pensaba compartir el poder con nadie.

> Señor, he recibido su carta y le agradezco las sinceras observaciones que me hace.
>
> Sería conveniente que no deseara su regreso a Francia, pues marcharía sobre cien mil cadáveres. Sacrifique su interés por la tranquilidad y la dicha de Francia… La historia sabrá reconocérselo.
>
> No soy insensible a las desgracias de su familia. Contribuiré con mucho placer a la paz y a la

tranquilidad de su retiro.

BONAPARTE Primer cónsul de la República

PÓLVORA CONTRA EL CÓNSUL

Esos presuntos acercamientos a los Borbones encubrían una clara realidad: Londres deseaba acabar como fuese con aquel *Boney* del diablo, apelativo que pretendía ridiculizarlo haciendo un juego de palabras con su apellido –literalmente se puede traducir por 'huesudo' o 'piernas frágiles', que en efecto era una de las características físicas de Napoleón– a fin de restaurar a Luis XVIII en su trono. Las conspiraciones contra el primer cónsul se sucedían. El 17 de diciembre de 1800 tres oficiales del ejército clandestino al servicio de Inglaterra llegaron a París con el mandato de asesinar a Napoleón. Su jefe era François Carbon, un parisino apoyado por un grupo de realistas bretones mandados por Georges Cadoudal. La víspera de Navidad, los conspiradores llenaron un tonel de vino de pólvora y grava, lo cargaron en un carro de mano y lo trasladaron a la calle Saint-Nicaise, cercana al palacio de las Tullerías. Había caído la noche y comenzaba a llover. Detuvieron el carro y movieron el barril, como si quisieran

verificar el contenido. En realidad, estaban insertando una mecha de seis segundos en el barril, completamente lleno de pólvora y piedras rotas. Sabían que tras la cena, Napoleón asistiría a la ópera. En realidad, Bonaparte no deseaba ir, pero Josefina y su hija Hortense insistieron en que las acompañara. Sobre las ocho de la tarde ocupó su lugar en un primer carruaje, en tanto Josefina, que se había demorado en busca de un chal, le siguió en otro acompañada por su hija Hortense y Carolina Bonaparte, hermana del cónsul y esposa de Joaquín Murat.

Los conspiradores tuvieron tiempo de sobra para ver aparecer el coche de Bonaparte enfilando la calle Saint-Nicaise, pero, tal vez por efecto de los nervios acumulados en la espera, tardaron en encender la mecha, de forma que cuando el barril explotó, la onda expansiva sólo consiguió desmontar a algún granadero de la guardia, mientras que Napoleón salió ileso. Lo mismo le ocurrió a Josefina, gracias a que el segundo coche, en vez de seguir al de su marido, se había demorado en partir. Hortense sufrió un corte en la mano, y Carolina, embarazada de nueve meses, tendría un parto difícil poco después. La bomba había sido pensada para causar un efecto destructivo terrible; de hecho la explosión voló casas enteras y mató a nueve transeúntes, dejando veintiséis heridos.

La cólera de Napoleón fue la esperable: «Este crimen atroz merece la venganza del rayo; debe correr sangre;

tenemos que fusilar a tantos culpables como víctimas hubo», dijo a su Consejo de Estado. En realidad, lo único que ocurrió es que Carbon y uno de sus cómplices fueron capturados, juzgados y sentenciados a muerte, pero no se pudo dar con los instigadores principales, ya a salvo en Inglaterra: el conde de Artois, los hermanos Polignac, y sobre todo el bretón Georges Cadoudal, que dirigía un campo de entrenamiento para conspiradores y guerrilleros en Romsey (Inglaterra). Más tarde sería finalmente detenido por la policía en París, mientras trazaba una cuidada conspiración que tendría por fin «traer a un príncipe a Francia».

Para la policía de Napoleón, el príncipe en cuestión no podría ser otro que Louis Antoine Henri de Bourbon-Condé, príncipe de la Casa de Borbón y duque de Enghien, quien por entonces vivía exiliado en la ciudad alemana de Ettelheim. De él se decía que trazaba secretamente planes de insurrección en las provincias del oriente francés, lo que probablemente era cierto.

Contemplando la ola de conspiraciones que se le venía encima, Napoleón, empujado por la impaciencia de Talleyrand, decidió actuar. La noche del 14 de marzo de 1801 ordenó al general Ordener que cruzara el Rin con tres brigadas de gendarmes y trescientos dragones, con las herraduras de los caballos revestidas de lienzo para amortiguar el ruido. Rodearon la residencia del príncipe y

sin mucha dificultad se hicieron con él, llevándose también papeles bastante comprometedores sobre sus actividades conspirativas. Para empeorar las cosas y, seguramente ante el *shock* emocional producido por el secuestro, durante el trayecto los gendarmes afirmaron haber escuchado de su boca que «había jurado odio implacable contra Napoleón Bonaparte así como contra los franceses, y que aprovecharía todas las ocasiones favorables para hacerles la guerra».

Enterado de aquellas circunstancias y tras leer con atención los papeles confiscados a Enghien, probablemente manipulados previamente por Fouché, Napoleón reaccionó con tanta suficiencia como desprecio a las conspiraciones de los Borbones: «Que levanten a Europa entera en armas contra mí, y me defenderé –dijo–. Un ataque así será legítimo. En cambio, tratan de atraparme volando parte de París y matando e hiriendo a cien personas; y ahora han enviado a cuarenta bandidos para asesinarme. Por eso los obligaré a derramar lágrimas de sangre. Les enseñaré a legalizar el asesinato».

Pensó, sobre todo, en sus permanentes gestos de conciliación con los exiliados, para comprobar que no había conseguido conmover ni un ápice a los Borbones. Ni siquiera temía por él, sino más bien por Francia: «Estos fanáticos terminarán matándome y llevando al poder a un grupo de jacobinos irritados. Yo soy quien representa la

Revolución francesa». Ciertamente, así era.

El duque de Enghien fue tratado como un francés conspirador más, sin privilegio alguno, y sometido al juicio de un tribunal militar, ante el que el príncipe reconoció que había estado recibiendo cuatro mil doscientas guineas anuales de Inglaterra «con el fin de combatir, no a Francia, sino a un gobierno al que él se mostraba hostil por su propia cuna. Pregunté a Inglaterra si podía servir en sus ejércitos, pero ese país replicó que era imposible; yo debía esperar a orillas del Rin, donde representaría inmediatamente un papel, y en efecto estaba esperando».

Ante tales pruebas, el duque de Enghien fue condenado a muerte, sentencia que Napoleón ratificó a pesar de los ruegos de clemencia de Talleyrand, que consideraba la ejecución un error político, y de la propia Josefina. En su opinión, no podía permitirse mostrarse débil en semejante circunstancia. De este modo, la mañana del 21 de marzo, en Vincennes, Enghien fue fusilado, un hecho que despertó la cólera de sus opositores por toda Europa y en especial en Inglaterra, permanentemente empeñada en separarle del poder por el medio que fuese. A pesar de la contestación recibida, Napoleón jamás mostró arrepentimiento por este acto, aclarando en sus memorias: «Hice arrestar al duque de Enghien porque era necesaria la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés. Durante ese tiempo el conde de Artois confesó tener a sesenta asesinos en París. En

circunstancias similares, volvería a actuar de la misma forma».



Ejecución del duque de Enghien en el foso del castillo de Vincennes, por Jean-Paul Laurens.

La muerte del joven duque –tenía treinta y dos años–, considerado por muchos inocente, sembró en toda Europa las dudas sobre la conducta de Napoleón. Muchos

sospechaban rivalidad personal antes que protección de la República. Tolstói refleja extraordinariamente este sentir en algunos fragmentos de *Guerra y paz*:

> El grupo reunido en torno a Mortemart comenzó a discutir inmediatamente el asesinato del duque de Enghien. Después del asesinato del duque incluso hasta los más acérrimos admiradores de Bonaparte dejaron de verlo como un héroe. Después de lo acaecido, había un mártir más en el cielo y un héroe menos en la tierra. El vizconde de Mortemart afirmó que la causa de la muerte del duque era su propia magnanimidad, que era el principal motivo de Bonaparte para odiarlo.

Y más adelante:

> Había una anécdota popular en la que se contaba que el duque de Enghien se había escabullido secretamente a París para visitar a *mademoiselle* George, lo que le valió encontrarse con Bonaparte, quien también era admirador de la actriz. En presencia del duque, Napoleón sufrió una de sus crisis de desmayos, quedando a su merced. Enghien lo ayudó a volver en sí y esta magnanimidad fue pagada con la muerte.

«Tendréis vuestros sacerdotes»

Sabemos que Napoleón se consideraba a sí mismo ateo al menos desde la época de Brienne, pero no sentía aversión por el catolicismo, ni mucho menos. Es más, confesaba que le conmovía el sonido de las campanas de las iglesias, ya que, entre otras consideraciones, le recordaban la placidez de la infancia. Al contrario que la mayoría de sus generales y consejeros, volterianos convencidos en general, consideraba útil a la religión, como elemento de cohesión y fundamento de la paz social. Sobre este punto, su opinión se amparaba en el puro pragmatismo. El año de su acceso al primer consulado, confesó ante el Consejo de Estado:

> Mi política consiste en gobernar a los hombres como lo desea la mayoría. Creo que ese es el modo de reconocer la soberanía del pueblo. Fue convirtiéndome en musulmán que hice pie en Egipto, y convirtiéndome en ultramontano que conquisté a los habitantes de Italia. Si estuviera gobernando a los judíos, reconstruiría el templo de Salomón.

Sabía que la gran mayoría del pueblo francés continuaba respetando el domingo y deseaba retornar a sus costumbres ancestrales, miles de informes por él recabados así lo

afirmaban. Parecía claro que el culto debía volver a autorizarse oficialmente, pero el problema no era tan sencillo, pues el clero católico se hallaba dividido en dos facciones irreconciliables, el sector constitucional o «juramentado», que había abrazado por voluntad propia o por la fuerza de las circunstancias la Revolución, y el clero tradicional, que pervivía en la clandestinidad. Como cabía esperar, Bonaparte optó por integrar ambas corrientes bajo el principio de la obediencia al Estado. Como diría al establecer el concordato que normalizaba las relaciones con el papa de Roma: «Una nación debe tener una religión, y esta religión debe hallarse bajo el control del Gobierno».

Precisamente, con este fin normalizador, las conversaciones con el papa Pío VII para la elaboración de un concordato que reconciliase las posturas divergentes en la propia Iglesia y legalizase la existencia de esta en Francia comenzaron muy pronto, en noviembre de 1800 con el cardenal Spina, enviado por el sumo pontífice a París a tal fin. El momento era idóneo, porque Pío VII se mostraba de carácter avanzado y liberal, capaz de expresarse de este modo en una homilía navideña: «Sed buenos cristianos, y seréis buenos demócratas. Los cristianos primitivos estaban colmados por el espíritu de la democracia». O escribiendo al principio de sus cartas dirigidas a Napoleón: «Libertad e igualdad».

A cambio de que el Estado francés mantuviese en su

poder la propiedad eclesiástica nacionalizada y se destituyera a los antiguos obispos para nombrar otros nuevos, Napoleón estaba dispuesto a aceptar que el catolicismo era la religión oficial en Francia. Pero en ese punto intervino la larga mano de Talleyrand, que, deseoso de casarse con su amante, madame Grand, quiso imponer la expresión «el catolicismo es la religión de la mayoría de los franceses». Esta oposición le costó a Bonaparte la redacción de hasta nueve borradores y algún berrinche con el papa: «No necesito al papa. Enrique VIII no tenía ni la vigésima parte de mi poder, y sin embargo consiguió cambiar la religión de su país. Puedo hacer otro tanto...», llegó a espetarle al cardenal Consaivi, sustituto de Spina en las conversaciones. Finalmente, Bonaparte firmó el Concordato en el palacio de las Tullerías el 15 de julio de 1801, aprobándolo bajo la fórmula de que el catolicismo era «la religión de la gran mayoría del pueblo francés», y además, la profesada por los cónsules. Se imponía de este modo un culto libre y, por primera vez en muchos años, público. En cuanto a los obispos, reducidos a titulares de sesenta diócesis, frente a las cien anteriores, serían designados por el primer cónsul, al estilo galicano, y posteriormente consagrados por el papa.

De este modo, en abril de 1802, Napoleón ordenó reabrir las iglesias de toda Francia y las campanas volvieron a tañer por todo el país. Para la población llana, lo que

verdaderamente había ocurrido es que el buen cónsul les había «devuelto el domingo». Y aunque el papa tendría muy pronto desavenencias graves con Napoleón por motivos políticos, con excomunión por medio, siempre reconoció el valor del corso en hacer lo que hizo. En su opinión, el concordato con Francia, modelo de muchos otros y vigente hasta 1905, «fue un acto curativo, cristiano y heroico».

Las glorias de Marengo

En la primavera de 1800, Austria, consciente de que la Francia consular estaba reinventándose a sí misma, volvió a centrar sus miras en la siempre divisa Italia. A pesar de haber actuado hasta entonces como el parapeto francés contra los austriacos, Masséna se vio bloqueado en Génova. Inmediatamente, Napoleón reunió un ejército de circunstancias en las cercanías de Dijon, otorgando el mando nominal a Berthier, ya que como primer cónsul no le estaba constitucionalmente permitido comandar al ejército, y se dirigió sin dilación hacia los Alpes, atravesando el paso del Gran San Bernardo a lomos de una resistente mula, por más que su pintor esencial, David, lo representase montando un brioso caballo tordo, precisamente un caballo árabe llamado *Marengo* en honor a la batalla homónima, en la primera versión del

famosísimo cuadro *El primer cónsul franqueando los Alpes por el paso del Gran San Bernardo,* y un alazán en la definitiva. La historia del caballo *Marengo,* que da nombre a un color, «gris marengo», aunque fue pintado blanco por David a fin de realzar la figura de Napoleón, resulta curiosa de contar. Era uno de los muchos caballos de excelente raza de los que disponía Bonaparte, resistentes y acostumbrados al fragor de los cañones. *Marengo* fue importado desde Egipto en 1800; de escasa alzada, 1,45 metros en la cruz, se mostró increíblemente duro en las largas marchas a las que fue sometido por su amo. También resultó muy longevo, vivió treinta y cinco años. Tras la batalla de Waterloo será capturado por los británicos. Hoy en día su esqueleto se encuentra en el National Army Museum, en Sandhurst (Inglaterra).



El primer cónsul franqueando los Alpes por el paso del Gran San Bernardo, obra célebre de Jacques-Louis David. Cuadro evidentemente propagandístico del que David llegó a realizar hasta cinco versiones para los palacios napoleónicos entre 1801 y 1805, nos presenta a Napoleón como un héroe clásico, siguiendo los pasos del inmortal Aníbal. Una estética muy cara a la Revolución y al estilo neoclásico.

El panorama de nieve, hielo, tormentas y avalanchas en el tránsito de los Alpes ha sido repetido por la historiografía más cara al corso desde entonces. Con tal proeza, al estilo de Aníbal y Carlomagno, el ejército de Napoleón consiguió alcanzar Milán «a la velocidad del rayo». Al llegar a tierra llana, Napoleón, fiel a su estilo, había dividido a su ejército

en tres cuerpos, circunstancia que quiso aprovechar el general austriaco Michael von Melas para atacarle el 14 de junio de 1800 en la población de Marengo, cercana a la ciudad piamontesa de Alessandria. A punto estuvo Napoleón de cosechar allí su primera gran derrota terrestre si no fuese por el éxito en su sistema de comunicaciones, que permitió que el contingente de tropas que mandaba el general Louis Charles Antoine Desaix de Veygoux llegase a tiempo al campo de batalla. El valiente contraataque contra el ala derecha de los austriacos llevado a cabo por Desaix —que perdió la vida en el empeño luego de un breve bombardeo de la arti-llería— y una carga de caballería dirigida por François Etienne de Kellermann consiguieron dar la vuelta a una batalla perdida. Los restos del ejército austriaco, reducido a la mitad, se retiraron a Alessandria.



Arthur George, tercer conde de Onslow, ferviente coleccionista de objetos de la era napoleónica, tras visitar la obra de David en el Louvre en 1848 encargó a Paul Delaroche una versión más realista del modo en que Bonaparte cruzó el paso del Gran San Bernardo, a saber, con buen tiempo y a lomos de una mula. El contraste con el arte «oficial» de Jacques-Louis David resulta más que evidente.

A la mañana siguiente, el general Melas negoció con

Napoleón el abandono austriaco del norte de Italia, comprometiéndose a no regresar. Austria, no obstante, decidió permanecer en guerra con Francia hasta que sus fuerzas en el norte de los Alpes fueron nuevamente derrotadas por el ejército francés al mando del general Jean Victor Marie Moreau en la batalla de Hohenlinden. Napoleón, anunciando tal vez futuras filias, celebró su partida de la Lombardía asistiendo a un solemne *Te Deum* en el Duomo de Milán. De esta manera, el prestigio obtenido por el primer cónsul con sus iniciales medidas en el orden civil se vio reforzado por un triunfo que anunciaba lo que más ansiaban los franceses en este momento, una paz duradera.



La batalla de Marengo (1802, Palacio de Versalles), vista por Louis-François, barón de Lejeune (1775-1848), general, pintor y litógrafo francés, veterano de las guerras napoleónicas. «Seis mil francos han caído en la llanura de

Marengo. Pero la victoria hará volver a su agujero a todos los que en París esperaban mi muerte», le dijo Napoleón a Bourrienne en aquella señalada ocasión, ya embutido en el que sería su característico abrigo gris de campaña. Al preguntarle su secretario si se sentía satisfecho, respondió: «¿Satisfecho? Qué extraña palabra. Desaix ha muerto. Ah, si hubiera podido abrazarlo después de la batalla, qué hermosa jornada hubiera sido. Pero la fortuna, antes de complacerme, se ha mostrado incierta. Sin embargo, estoy satisfecho. Esta victoria es mía. Basta con relatarla tal como hubiera debido ser».

LA GUERRA NO BUSCADA

Con Francia camino de la prosperidad, viviendo una especie de Renacimiento tras las tribulaciones revolucionarias, lo que menos deseaba en ese momento Napoleón era el regreso a la actividad bélica: «Mientras viva, Francia estará en paz. Dos años después de mi muerte estará en guerra con el mundo entero». Pero para la mayor parte de Europa, Napoleón, con la expansión territorial que había otorgado a Francia y el mantenimiento ostensible que hacía de los signos externos de la Revolución, seguía siendo «el usurpador».

A pesar de las cartas conciliadoras que Bonaparte se encargaba de cursar periódicamente a las cortes europeas, nadie parecía apreciar sus gestos en pro de la paz. Jorge III de Inglaterra no quería ni oír hablar del «tirano corso»,

pues en su opinión era «imposible tratar con una nueva aristocracia, impía y autodesignada». Todo ello tras enviarle Bonaparte una de sus misivas más sentidas: «¿Por qué las dos naciones más esclarecidas de Europa tienen que continuar sacrificando su comercio, su prosperidad y su felicidad doméstica en honor de falsas ideas de grandeza?». Todavía más hostil se mostraba su primer ministro, William Pitt, un hombre joven, de cuarenta y un años de edad entonces, pero con la visión política de un senado completo de ancianos ilustrados. Para Pitt, lo que ocurría en Francia era un remedo de la terrible experiencia que su país había sufrido en América y en ningún modo deseaba vivir un nuevo Yorktown. Mientras esto ocurría, la opinión pública inglesa era convenientemente alentada por los periódicos en contra de aquel odioso «Boney» siempre caricaturizado como una especie de pigmeo, narigudo, desproporcionado y sediento de sangre. Por ejemplo, y para muestra un botón, el 1 de febrero de 1803 el *Morning Post* describió al primer cónsul como «un ser inclasificable, mitad africano, mitad europeo, un mulato del Mediterráneo». Esta era la tónica habitual. Las críticas inglesas no hicieron más que arreciar al comprobarse que Bonaparte había decidido vender a Estados Unidos en 1803 el territorio norteamericano de la Luisiana, adquirido a España tan sólo tres años antes por el Tratado de San Ildefonso. Convencido de que no tendría mucho éxito en

los territorios de ultramar tras su reciente fracaso en Haití, Napoleón pensó astutamente que los norteamericanos se encargarían de dar la batalla a Inglaterra por él. El «ser inclasificable» no se equivocaba.



El pudding de ciruelas en peligro, caricatura de 1805, obra del célebre grabador británico James Gillray (1757-1815). Gillray fue uno de los caricaturistas más críticos con el poder en general y con Jorge III y Napoleón en particular. La viñeta refleja fielmente el estado de opinión en Inglaterra en aquellos años de disputas con el francés.

En realidad, a pesar de la imagen que proyectaban de él con bastante éxito los caricaturistas ingleses, Napoleón a sus treinta años era un hombre de rasgos regulares y facciones agradables. Más bien bajo para los parámetros actuales, medía un metro sesenta y seis centímetros, en el fondo tenía la estatura media de un francés de su época. De

piel fina y muy sensible al frío, siempre había sido extremadamente delgado, pero a partir de su época de primer cónsul comenzó a desarrollar su tripa característica, aun cuando conservó las extremidades más bien delicadas. Era ancho de pecho y espaldas, de gran capacidad pulmonar, pero no muy fuerte, en especial en lo que respectaba a sus frágiles piernas que a duras penas le sostenían con firmeza cuando montaba a caballo. Podría decirse que toda su energía procedía de su interior, hecho que le permitía dormir lo justo y trabajar casi permanentemente, utilizando una mente que discurría a mayor velocidad que la de cualquiera de los que le rodeaban.

En el continente, Bonaparte se enfrentaba a las críticas y presiones de todos por haber intervenido nuevamente en el Piamonte, tras la victoria de Marengo. Ante la inacción de su rey, Carlos Emmanuel, que no se decidía a ocupar el trono de su propio reino y considerando el peligro de una más que probable intervención austriaca, decidió anexionárselo, dotando al pequeño país de una constitución al estilo francés. Parecidas acciones había emprendido en Suiza, fundando una República Helvética mediante un «acta de mediación» destinada teóricamente a cohesionar los cantones, en permanentes e inacabables disputas entre sí. De esta manera se aseguraba sin gran esfuerzo la existencia de dos estados satélites, gobernados «a la francesa» en las mismas lindes de la República.

Así las cosas, la Paz de Amiens con Gran Bretaña, que acababa de firmarse el 25 de marzo de 1802, era tan sólo un año después papel mojado. Ya resultaba evidente que los ingleses, indignados con su política expansionista, jamás devolverían la ciudad de Alejandría en Egipto y la isla de Malta como se había pactado en el tratado. Consciente de que las conversaciones que mantenía Talleyrand con la diplomacia de William Pitt no harían mucho más que dilatar un enfrentamiento a vida o muerte, Napoleón dispuso el país en armas en previsión de lo inevitable. Europa se dirigía sin remedio a un período bélico que duraría doce años, realidad que inspiró una de las reflexiones más recordadas de Bonaparte: «Nunca he sido realmente mi propio amo; siempre fui gobernado por las circunstancias». Diríase, bien es verdad, que al menos en este aspecto el pequeño corso era tan vulnerable a las vicisitudes que depara el futuro como cualquier mortal.

La eclosión del Imperio

Emperador de los franceses

La sucesión en el tiempo de atentados y conspiraciones contra Napoleón aumentaba la presión que su ambiciosa familia ejercía sobre él en el sentido de nombrar sucesor, ya que Josefina no parecía capaz de proporcionarle hijos. Pero había más, el sagaz Marie-Joseph Gilbert du Motier, marqués de Lafayette, héroe de la independencia estadounidense y hombre de honestidad contrastada, advirtió muy pronto aquella «tendencia» de Bonaparte a suscribir las formas monárquicas. Con ocasión del nombramiento de Napoleón como primer cónsul, le dijo con la claridad expositiva que le caracterizaba: «esto no tiene más fin que romper la ampolla», refiriéndose, claro es, a los óleos rituales con los que se ungía a los reyes y emperadores cristianos en recuerdo de la unción del rey David por el profeta Samuel. Bonaparte nunca lo negó. Es más, comenzó a desarrollar aquella idea de acceder al imperio desde su fe republicana. Para él, no existía contrasentido alguno entre una cosa y otra si uno releía detenidamente la historia de Roma. De hecho, en los

inicios, quien poseía el *imperium* representaba al pueblo ante las instituciones de la República. ¿No poseían las monedas romanas una cara con la cabeza del emperador y otra con las palabras *res publica*? Desde su punto de vista, sólo la sucesión garantizaría la consolidación de aquella Francia renovada y hegemónica, un asunto que en realidad le atosigaba, contemplando además la familia de hermanos que le había tocado en suerte, tan ambiciosos como grises en el discurrir, aunque a veces le quitaba importancia a todo aquello con una frase recurrente en él: «Puedo dominar el sistema con hijos y sin ellos. César y Federico (el Grande de Prusia) no tuvieron hijos». Napoleón, hay que decirlo, admiraba vivamente el reinado del rey prusiano, sus tácticas militares, la disciplina de su ejército y la buena filosofía volteriana que presidía sus actos de gobierno. Que luciese en campaña un pequeño bicornio negro y un abrigo gris, como acostumbraba a hacer el rey filósofo, no era una casualidad.

Era evidente que José Bonaparte, como primogénito de la familia, ansiaba que se le designase heredero de Napoleón, pero José sólo tenía hijas, lo cual se consideraba como un verdadero inconveniente. Aún más, el corso era muy consciente de la debilidad moral de semejante sucesor. En realidad, lo mismo opinaba de cualquiera de sus hermanos, y razones no le faltaban para ello: «Pero, ¿qué se cree José, que tiene algún derecho

sobre mí? ¿Y por qué habrá de tenerlo? ¿Qué ha hecho mi hermano para pretender eso? ¿Por qué Roederer le reserva tal lugar a José en el informe sobre los resultados del plebiscito que ha preparado para el Senado? ¿Qué quiere mi hermano mayor: dominarme, sustituirme? ¿Cree que el título de gran maestro del Oriente de Francia le da el poder de decidir el futuro? Tengo que saber sus intenciones». El 4 de noviembre de 1804, Napoleón llama a Pierre Louis Roederer, senador y consejero de Estado, a Saint-Cloud. «¿Y bien? –le interpela Napoleón–. Dígame sinceramente, ¿ese informe lo ha escrito por mí o contra mí?». Roederer niega con enérgicos golpes de cabeza. «¿A qué viene que sitúe usted a José en la misma línea que a mí? Mis hermanos sólo son algo gracias a mí. Son grandes porque yo los he hecho grandes». Y añade: «Siempre he sido justo. Es por justicia por lo que no he querido divorciarme… La misma justicia aplico con José. He nacido en la miseria. José y yo hemos nacido en la mediocridad. Yo he subido por mis acciones; él, en cambio, se ha quedado en el punto donde el nacimiento lo había situado. Para reinar en Francia, hay que haber nacido en la grandeza, haber vivido desde la infancia en un palacio con sus guardias, o bien ser un hombre capaz de distinguirse por sí mismo de los demás. ¿José no quiere ser príncipe? ¿Pretende acaso que el Estado le conceda dos millones para pasearse por las calles en frac y sombrero?».

Las reflexiones que añade a continuación son todo un manifiesto de intenciones con una excelente claridad expositiva:

> ¿Qué pretende José, disputarme el poder? Estoy establecido sobre una roca…El poder a mí no me enferma, sino al contrario, me engorda. Me encuentro mejor que nunca... Él es mi amante, y he luchado demasiado por su conquista para dejar que me lo usurpen o tolerar que lo trastornen... Envidian a mi mujer, a Eugène, y a Hortense, a todo cuanto me rodea. Josefina es una buena mujer que no hace daño a nadie. Se contenta con jugar a ser la emperatriz, tener diamantes, hermosos vestidos, en fin, las miserias de su edad... Si la hago emperatriz, es por justicia. Yo soy ante todo un hombre justo. Y es de justicia que participe de mi grandeza... ¡Sí, ella será coronada, aunque me cueste diez mil hombres!.

Y a pesar de todo, Napoleón apreciaba sinceramente a sus hermanos, en especial a José. Creía que podría ser un buen gobernante, como demostró más tarde y bastante cumplidamente en Nápoles y, también de alguna manera, en la propia España.

Siendo José el mayor de sus hermanos, creía que le correspondía por derecho la sucesión, pero todos sabían

que Napoleón hubiese preferido a Luciano, si no fuese porque este había contraído matrimonio con Alexandrine de Bleschamp, viuda del banquero Hippolyte Jouberthon y conocida como «madame Jouberthon», matrimonio nunca aceptado por Napoleón, lo que condujo a Luciano a autoexiliarse en Roma. El siguiente hermano era Luis, casado por la fuerza con Hortense, la hija de Josefina, a la que detestaba. Luis sufría una enfermedad de la sangre que lo tenía prácticamente inválido. No obstante, Napoleón pensó en adoptar al hijo primogénito de este, Napoleón Carlos Bonaparte, pero Luis se opuso frontalmente a la idea. Por tanto, el corso hubo de postergar *sine die* la designación de un hipotético heredero del también hipotético imperio. En cuanto a Jerónimo, Napoleón no tenía entonces buena relación con él al no aprobar su matrimonio con una dama estadounidense, miss Elisabeth Patterson.

Por si estos problemas de familia no fuesen suficientes, también las hermanas de Napoleón, con sus caprichos y ambiciones, planteaban serias dificultades a su hermano. Con motivo de la concesión del título de altezas reales a las esposas de José y Luis, Carolina y Elisa Bonaparte protestaron encolerizadas exigiendo igual trato. Napoleón casi se burlaba de semejante actitud: «Al oírlas, uno creería que acabo de despojarlas de la herencia de nuestro finado padre el rey». Aunque finalmente cedió y les concedió el

mismo título que a sus cuñadas.

Cuando Napoleón se decida finalmente a hacerse proclamar emperador vendrán nuevos problemas, esta vez por la negativa de sus hermanas a la propuesta de llevar la cola del vestido de Josefina en la coronación; les parecía que aquello las «rebajaba». Finalmente, se convenció a las princesas de que «sostuviesen» la cola del vestido. A Julie Clary, esposa de José, aquello le siguió pareciendo excesivo, por ser algo «muy doloroso para una mujer virtuosa». Obviamente, el clan Bonaparte, a excepción del propio Napoleón, no soportaba a los Beauharnais.

Tomada la decisión de hacerse coronar emperador de los franceses, Napoleón recurrió, como cabía esperar, a Fouché, quien redactó un extenso informe para someter la propuesta al Senado: «El gobierno de Francia debe ser confiado a un solo hombre cuya sucesión quede asegurada por un poder hereditario...». Sin más ambages, el Senado acordó «invitar» al primer cónsul «a terminar su obra haciéndola inmortal, como su gloria». Como el mismo Fouché había mostrado alguna reticencia en cuanto a las probables dificultades que la medida podría ocasionar al gobierno, Napoleón, considerándose ya emperador, tuvo uno de sus raptos de furia con él. Eran momentos que el astuto jefe de la policía sabía gestionar con la templanza y el desdén que le caracterizaban: «¡Cómo! –exclamó el corso–. ¿Un veterano de la Revolución como usted es tan

pusilánime? ¡Usted, el hombre que vio a Luis XVI agachar la cabeza bajo el hierro de un verdugo; que vio a la archiduquesa de Austria, reina de Francia, arreglar su vestido y sus zapatos mientras esperaba la guillotina; que es ministro de Francia cuando yo soy emperador de los franceses, un hombre semejante no debería tener jamás la palabra "imposible" en su boca!». Fouché respondió con parsimonia, casi impertinente como era: «En efecto, hubiera debido recordar que su majestad nos ha enseñado que la palabra "imposible" no es francesa». «Cumpla pues mis órdenes» –entonó Napoleón por toda respuesta.

La misma pregunta realizada al Senado fue elevada a «su» Consejo de Estado, dominado por abogados que, como el mismo pueblo francés, conservaban un cierto sentido monárquico, catorce siglos de monarquía tenían su peso y no estaban dispuestos a negarle nada al garante de la patria. Ni que decir tiene que el Consejo aplaudió entusiastamente la propuesta.

Entre los pocos que manifestaron abiertamente su oposición al acceso de Bonaparte al trono imperial estuvo, curiosamente, la propia Josefina, temerosa de que aquel paso les condujese al fin de un sueño: «Nadie entenderá la necesidad del cambio; todos lo atribuirán a ambición u orgullo», le dijo. Napoleón no tuvo en cuenta su opinión, como tampoco la de los que le aconsejaban que se divorciase de su esposa a fin de que no accediese a la

dignidad imperial que deseaba otorgarle y pudiese contraer matrimonio con otra mujer capaz de proporcionarle la descendencia que precisaba. El propio Napoleón explica cómo, por puro honor y dignidad, rechazó aquella propuesta que se le había repetido mil veces:

> Me dije: ¿abandonar a esta buena mujer porque estoy elevándome en el mundo? Si me hubiesen arrojado a la cárcel o exiliado, ella habría compartido mi destino. Y ahora, porque estoy llegando a ser poderoso, ¿debo despedirla? No, eso sobrepasa mi capacidad. Soy hombre, y tengo los sentimientos de un hombre. No fui amamantado por una tigresa.

Paralelamente, una proposición del tribuno Curée fue votada por el Tribunado el 30 de abril de 1804. En ella se proclamaba a «Napoleón Bonaparte emperador, cuyo sucesor será elegido entre los miembros de su familia». «No podemos permitirnos ir más despacio –había asegurado Curée ante el cuerpo representativo–, el tiempo apremia. El siglo de Bonaparte está en su cuarto año. La nación desea que tan ilustre jefe vele por su destino».

Con todas las instituciones, incluido el difícil Tribunado, manifestando su adhesión incondicional, restaba la habitual consulta al pueblo. Esta vez se hizo bajo una fórmula que daba ya la cuestión principal por zanjada, debiendo votar

exclusivamente la población si el título imperial sería o no hereditario. Como resultado, más de tres millones y medio de franceses votaron por el sí, y menos de tres mil en contra.

Son buenos tiempos para Napoleón, ha cambiado su residencia del lóbrego palacio de las Tullerías al castillo de Saint-Cloud, escenario principal del golpe del 18 de brumario. Allí, amén de las tareas de gobierno, dedica algún tiempo, nunca mucho, a sus amantes: la irritable madame de Vaudey y sobre todo la joven Marie-Antoinette Duchâtel, de apenas veinte años, casada con un anciano conde que no puede competir con la luz de Bonaparte. Se han vuelto las tornas, ahora la celosa, la que más sufre, es Josefina. A menudo Napoleón le impide entrar en sus estancias privadas de Saint-Cloud porque se encuentra «ocupado».

Todo emperador debe poseer sus símbolos. Se le propusieron varios. Primero el gallo francés, que rechazó por ser un animal poco impresionante. Luego le hablaron de un león recostado sobre campo azur. Napoleón tacha la palabra «león» sobre el mismo informe y la sustituye por un animal que debía considera «más imperial»: «águila con las alas desplegadas», escribe. Un águila de una sola cabeza, no bicéfala como la austrohúngara. Ese sería su emblema y el de sus ejércitos en adelante. Como distintivo elige la abeja, un viejo símbolo de alguno de los Capetos. Como

corona para la ceremonia, rechaza la cerrada propia de las monarquías europeas y elige una de laurel, a la romana, pero fabricada en oro.

Duda sobre el lugar donde celebrar la ceremonia. Le hablan del Campo de Marte. «En el Campo de Marte –dijo–, envuelto en todas esas vestiduras, pareceré una momia –y agregó–: Los parisienses aficionados a la ópera, acostumbrados a los grandes actores como Laís y Chéron, que representaban el papel de reyes, se reirían al verme». Prefería que fuese bajo techo. Descartada la catedral de Reims por ser el lugar de coronación tradicional en la monarquía francesa, él y su Consejo finalmente eligieron Notre-Dame de París.

Para redondear como convenía el efecto que se deseaba con la coronación, pensó inmediatamente en que fuese el propio papa quien lo hiciese. A este fin, el 15 de septiembre de 1804, hizo llamar a Méneval, uno de sus secretarios y le dictó una carta:

> Muy santo padre:
>
> El feliz efecto que experimentan la moral y el carácter de mi pueblo por el restablecimiento de la religión cristiana me lleva a rogar a su santidad que dé una nueva muestra de su interés en mi destino y en el de esta gran nación, en una de las circunstancias más importantes que ofrecen los

> anales del mundo.
>
> Ruego a su santidad que venga a dar, en su grado más eminente, carácter religioso a la ceremonia de la consagración y la coronación del primer emperador de los franceses. Esta ceremonia adquirirá un nuevo lustre si es su santidad misma quien la celebra...

Pío VII, es comprensible, tardó en decidirse. El 29 de octubre otorgó su conformidad. Napoleón parecía estar convencido de que lo haría: «El papa, después de todo, es un hombre como los demás. Y ha de doblegarse a lo que yo exija dado que ello le interesa». Aún más dilató Pío VII las etapas del viaje a París. Bonaparte, cada vez más impaciente, no hacía otra cosa que urgirle con misivas. Cuando el papa argumenta que le fatigan los itinerarios con etapas largas, el corso responde abruptamente: «Se fatigará mucho menos si concluye de una vez el viaje». Al fin lo hizo, el 26 de noviembre pudieron cenar juntos en el palacio de Fontainebleau, lugar donde se había mudado nuevamente Napoleón, harto de soportar en Saint-Cloud las cuitas de su ambiciosa familia.

El papa ha llegado por fin, pero persisten los inconvenientes. Por vía del cardenal Joseph Fesch, tío carnal de Napoleón, se informa a Bonaparte de que Pío VII

conoce que no está casado sacramentalmente con Josefina y, en tanto no lo haga, no podrá coronarlos en la fecha prevista del 2 de diciembre, pues a ojos de la Iglesia el matrimonio no es válido. Un obstáculo ínfimo para la decisión que acompaña a Napoleón, quien ordena al propio cardenal Fesch que los case en una ceremonia privada que tendrá lugar en el palacio de las Tullerías el 1 de diciembre, víspera de la coronación.

La coronación, inmortalizada por David, debió ser un espectáculo digno de verse: el ingreso en Notre-Dame de un candidato a emperador que nunca dejó de ser del todo aquel «pequeño corso», atrabiliario incapaz en el fondo de saber vestirse correctamente para la ocasión de su propia coronación, donde según Stendhal lucía «un manto perteneciente a la dinastía de los Valois, una corona de laurel, el cetro de Carlomagno y las sandalias de un revolucionario», el aliño indumentario de un provinciano, naturalmente.



Coronación del emperador Napoleón I y coronación de la emperatriz Josefina en Notre-Dame de París, el 2 de diciembre de 1804, por Jacques-Louis David, Museo del Louvre, París. Esta obra de gran formato (629 cm × 979 cm), icono del neoclasicismo, plació especialmente a Napoleón, que consideró que su pintor favorito había plasmado con dignidad y exactitud la escena de su coronación, en la que aparece representada toda su familia, sus camaradas de armas y sus ministros principales. También, en la tribuna, su madre Letizia, aunque en realidad no asistió a la ceremonia en un gesto de protesta por las desavenencias que en este momento mantenía Napoleón con su hermano Luciano.

Ante el disgusto del papa, Napoleón se impuso a sí mismo la corona imperial y a continuación coronó a su propia esposa, antes de verse ambos consagrados por el pontífice. Su juramento fue, al igual que su sincrética vestimenta, un parlamento acrisolado, dividido entre las

grandes palabras y la practicidad de asegurar a su pueblo la promesa un sistema fiscal justo, o el mantenimiento de la Legión de Honor, la nueva orden de un régimen imperial tan original como atípico:

> Juro mantener la integridad del territorio de la República, respetar y hacer respetar las leyes del concordato y la libertad de cultos, respetar y hacer respetar la igualdad de derechos, la libertad política y civil, la irrevocabilidad de las ventas de los bienes nacionales… Juro no aumentar ningún impuesto, no establecer ninguna tasa sino en virtud de la ley; mantener la institución de la Legión de Honor; gobernar velando sólo por el interés, la felicidad y la gloria del pueblo francés.

Napoleón indicó al papa que no deseaba recibir la comunión, él mismo se encargó después de explicar sus razones: «Yo era demasiado creyente para cometer sacrilegio, y muy poco para aceptar un rito vacío». Tenía treinta y cinco años y ya se había situado en la cima del mundo.

«Una plancha de madera forrada de terciopelo»

Eso es lo que significa el trono para Napoleón. Es emperador, pero eso no cambia un ápice de su espíritu republicano y reformador y lo demostrará en la forja de un imperio que, en realidad, existe ya en la práctica, teniendo en cuenta los estados grandes y pequeños que van cayendo a lo largo de pocos años en la órbita hegemónica de Francia. Puede que en alguno de sus momentos de ingenuidad, que los tenía, Bonaparte pensase que iba a ser aceptado como un igual por las testas coronadas europeas; no lo consiguió jamás, para ellos siempre sería un peligroso arribista que hacía reyes a sus hermanos y nobles a sus salvajes mariscales. Para ellos sería por siempre «el tirano Bonaparte», el «Ogro de Ajaccio» o el «Usurpador Universal». Tan sólo el zar Alejandro I de Rusia le mostraría en alguna ocasión, como en el encuentro de Tilsit, cierta cercanía intelectual, pero eso fue todo. Él, en cambio, pensaba en cambiar el mundo exportando un modelo de gobierno liberal y justo, basado en el Código Civil y el aire de libertad que había mantenido en el pueblo francés tras la Revolución. Era un emperador, sí, pero esencialmente diferente a los demás reyes.



Napoleón en su trono imperial, por Jean-Auguste-Dominique Ingres, 1806, Museo del Ejército, París. Investido de una simbología monárquica tan profusa como diversa en su origen, Napoleón muestra al mundo una de sus principales obsesiones: ostentar un imperio que es tan francés como europeo.

Es además un emperador feliz, alterna sus estancias entre la Malmaison, un pequeño castillo a doce kilómetros de París que había adquirido Josefina en estado ruinoso y que había logrado convertir en un lugar extremadamente agradable, y la residencia «más oficial» en Saint-Cloud. Su pasión es el trabajo, nadie le apea de sus veinte horas diarias aplicado junto a sus dóciles secretarios a los mil asuntos de gobierno, con breves interrupciones para dejarse visitar por sus ahora rendidas amantes, que atiende a veces en medio de sus papeles, damas amables y solícitas como Marie-Antoinette Duchâtel o *mademoiselle* Georges, que, en realidad, apenas dejan rastro en su ánimo. Josefina ha de consentir en todo, incluso Napoleón la ha preparado convenientemente para cuando «llegue el momento» del divorcio en busca de un sucesor de su propia sangre.

Pero todavía tiene otros cabos que atar. Sabe que la hostilidad de Inglaterra será siempre su caballo de batalla y sólo terminará con una invasión. Debe aplastar a Inglaterra antes de que Inglaterra le aplaste a él. Para ello ya ha comenzado a tomar medidas, acantonando al ejército en un gran campamento junto al puerto de Boulogne, frente al paso de Calais. Precisa de un plan que exige una alta coordinación, dos mil embarcaciones de transporte que aún no tiene y que la flota francesa comandada por el almirante Pierre-Charles de Villeneuve abandone el cerco de Tolón

y, tras distraer a Nelson, acompañe el desembarco francés.

A la vez, los miembros de la Tercera Coalición contra Francia, creada en 1803 por Rusia, Suecia, Austria y Nápoles, decididos a unirse a Inglaterra en la lucha por obligar a Francia a retroceder hacia sus antiguas fronteras, comenzaban a mostrar signos de hostilidad en el continente. La guerra en el corazón de Europa parecía nuevamente inevitable.

LA CAMPAÑA DE 1805 (I), FRACASO EN EL MAR

¿Tenía Napoleón un verdadero plan expansionista? La historiografía acostumbra a asegurar que no en este momento. Más bien sus movimientos de control del territorio en Italia, en Suiza, en los límites de Austria, le habían convertido en un peligro para sus vecinos. Pero con bastante seguridad, si Inglaterra se hubiese mostrado menos beligerante y, por ejemplo, William Pitt no hubiese influido en el zar Alejandro afirmando que «el Imperio romano germánico se hunde, en adelante el Imperio ruso deberá enfrentarse al Imperio corso», es posible que Bonaparte se dedicase sencillamente a gobernar lo mucho que ya tenía. Stendhal, que fue oficial del ejército napoleónico en la campaña de Italia y luego funcionario imperial en Alemania, Austria y Rusia, y conocía bien a

Napoleón, aseguraba que este «nunca había tenido un plan». Pero las circunstancias eran las que eran.

Lo más acuciante para él era articular la invasión de Inglaterra, para la que había trazado planes muy minuciosos, no sólo en cuanto a las operaciones militares, sino incluso en el modo que habría de gobernar a los «peculiares» habitantes de las islas. Pensaba mantener muchas de sus instituciones, esencialmente la Cámara de los Comunes, aunque introduciendo las conquistas de «su» revolución, por ejemplo imponiendo el sufragio universal masculino. En suma, fiel a su modo de hacer, pretendía adaptarse a las circunstancias específicas del territorio y sus habitantes, como aseguró en un conocido discurso pronunciado ante el Consejo de Estado:

> El francés vive bajo un cielo despejado, bebe un vino fuerte y alegre, y consume alimentos que mantienen sus sentidos en permanente actividad. En cambio, el inglés mora en un suelo húmedo, bajo un sol que apenas calienta, bebe cerveza blanca o negra, y consume gran cantidad de mantequilla y queso. Como cada uno tiene distintos elementos en la sangre, los caracteres por supuesto son diferentes. El francés es vanidoso, vivaz, audaz, y aprecia sobre todo la igualdad... En cambio, el inglés es orgulloso más que vanidoso... Le interesa mucho más defender

> sus propios derechos que avasallar los ajenos... Por lo tanto, es absurdo creer en la posibilidad de dar las mismas instituciones a dos pueblos tan diferentes.

Idea, por otra parte, de honda raigambre ilustrada, pues en parecidos términos se había expresado Montesquieu a la hora de plantearse la redacción de *El espíritu de las leyes*.

El plan para trasladar a la isla de Gran Bretaña al contingente de ciento setenta y siete mil hombres acantonados en Boulogne, pasaba por el hecho de que la flota francesa al mando de Villeneuve burlase el bloqueo inglés de Tolón e iniciase, junto a la flota de la ahora aliada España, una maniobra diversiva, navegando hacia las Indias Occidentales para atacar las posesiones inglesas en el Caribe. Inmediatamente deberían volver popa hacia Europa burlando a la flota inglesa y proteger el desembarco de las tropas de Boulogne. Villeneuve consigue abandonar Tolón sin contratiempos con once navíos de línea el 29 de marzo de 1805. A pesar de la persecución del almirante Nelson, logró alcanzar la isla de la Martinica, patria chica de Josefina, en compañía de los navíos españoles para aguardar infructuosamente la llegada de la flota del almirante Ganteaume, atracada en la base naval de Brest, que finalmente nunca llegó. El 11 de junio, la flota combinada puso proa nuevamente a Europa sin lograr

despegarse de Nelson. El 22 de julio, ahora con veinte navíos de línea y siete fragatas, se enfrentó a la flota inglesa del almirante Robert Calder en la batalla del cabo Finisterre. Calder tenía bajo su mando tan sólo quince navíos de línea, pero logró la rendición de los navíos españoles *Firme* y *San Rafael*. A la mañana siguiente de la batalla, Villeneuve podría haber atacado a los ingleses, pero el escaso viento y la creencia de que la flota de Calder era más potente de lo que aparentaba, le decidieron a refugiarse en el puerto de A Coruña el 1 de agosto. Allí recibió la orden taxativa de Bonaparte de navegar hacia el canal de La Mancha, tal como estaba planeado, pero una vez más, temeroso de la superioridad inglesa, decidió volver popas hacia Cádiz, para caer en la trampa que Nelson le tendería frente al cabo Trafalgar. El exceso de prudencia del «infame Villeneuve», como le conocería Napoleón desde entonces, frustró todo intento de invasión.

El resto de la historia es bien conocida, el almirante francés volvió a desobedecer las órdenes de Napoleón en septiembre de 1805, cuando este le ordenó abandonar Cádiz para limpiar de ingleses las costas napolitanas. Y, en suma, temeroso de la llegada de un sustituto, pues la paciencia de Bonaparte se había terminado, decidió salir de Cádiz en el peor momento, con amenaza de tormenta y Nelson esperándole a la misma salida del puerto. No sirvieron de nada las protestas encendidas de Federico

Gravina, Cosme Damián Churruca y otros altos mandos españoles, el 18 de octubre Villeneuve dictó orden general de partida a la flota combinada, formada por treinta y cuatro grandes navíos de línea de combate. Todos saben cómo terminó aquello tres días después, con una derrota total y definitiva ante la flota de lord Nelson. Ni Francia, ni España volverían a suponer un problema en la mar para la victoriosa Inglaterra.

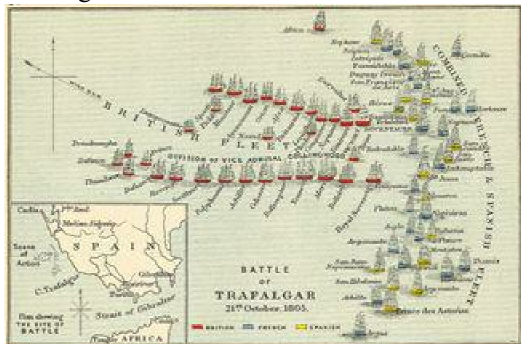


Lámina que recoge el planteamiento de la batalla de Trafalgar, tomada del *Atlas to Alison's History of Europe,* n.º 32, p. 93. por Alexander Keith Johnston (1848). El decidido ataque de la flota inglesa mandada por Horatio Nelson y Cuthbert Collingwood a la línea de la combinada y los errores cometidos por Villeneuve, que parecía decidido a huir desde el primer momento, ordenando virar hacia el noreste para poner rumbo a Cádiz, dejaron a franceses y españoles sin posibilidad de reacción. Churruca, mientras leía las señales con el anteojo, manifestó: «El almirante no sabe lo que hace, la flota está perdida».

Napoleón estaba fuera de sí ante la inoperancia manifiesta del «infame». Era muy consciente de que debía descartar definitivamente sus planes de invasión. Los sustituiría la idea del bloqueo continental contra los productos y mercaderías inglesas, mientras trataba de desarrollar con éxito la guerra en el continente. Así se lo hizo saber a sus hombres acantonados frente al paso de Calais, en aquella orden del día:

> ¡Bravos soldados del campo de Boulogne! Finalmente no vais a ir a Inglaterra. El oro de los ingleses ha seducido al emperador de Austria y acaba de declarar la guerra a Francia. Su ejército ha traspasado la línea que debía respetar, y Baviera ha sido invadida. ¡Soldados; nuevos laureles os esperan más allá del Rin! ¡Corramos a vencer a enemigos que ya habíamos vencido!

La vieja idea de Bonaparte de mantener aislados a los ingleses y provocar su asfixia económica se plasmará en el decreto de 21 de noviembre de 1806, por el que se establecía el bloqueo continental, donde se decía: «Quedan prohibidos todo comercio y toda correspondencia con las islas británicas», añadiendo que «las islas se declaran en estado de bloqueo, dado que Londres se conduce como en las primeras épocas de la barbarie. Los ingleses hallados en Francia y en los países aliados serán prisioneros de guerra

y sus propiedades confiscadas. Todos los productos ingleses podrán ser requisados». De este modo se pretendía que Inglaterra sufriese la asfixia de su comercio, obligándola así a implorar la paz.

LA CAMPAÑA DE 1805 (II), GLORIA EN EL CONTINENTE

Mientras pergeñaba el sueño de la invasión marítima de sus archienemigos, Napoleón no quería descuidar tampoco sus problemas en el este europeo. Sabedor de que los austriacos comenzaban a realizar movimientos hostiles, decide marchar directamente contra Viena al frente de la que ya se conocía como *Grande Armée*. Su idea es «ganar batallas con las piernas», anticipándose a los movimientos del enemigo, y lo consigue muy pronto. En un tránsito de tropas memorable, sitúa a su ejército entre el austriaco mandado por el general Karl Freiherr Mack, que había avanzado hasta la población de Ulm y la capital, Viena. Mack, con sus setenta y siete mil hombres, deseaba aguardar la llegada de los rusos para afrontar juntos un ataque directo a París, pero estos se hallaban todavía en Polonia. Muy pronto, Napoleón consiguió embotellarlo en la población de Ulm sin posibilidades de reacción, aunque el general austriaco trató de cruzar el Danubio en

Günzburg, sólo para darse de bruces con un cuerpo de ejército francés que le obligó a regresar nuevamente a Ulm tras haber perdido dos mil hombres en la batalla de Elchingen. Sin esperar a más, Mack capitula ante la indignación de sus superiores en Viena. Muy pronto corrió por toda Europa un dicho malévolo: «Cuando los generales austriacos estaban en el medio con las tropas de Napoleón a su alrededor, los austriacos decían que estaban rodeados; cuando Napoleón estaba en el medio con los austriacos a su alrededor, decían que estaban envueltos». Napoleón sintetizó entonces el estado de la situación en una breve nota dirigida a la emperatriz Josefina:

> Me he sentido, querida Josefina, más fatigado de lo normal; una semana entera con el agua en el cuerpo y los pies fríos durante todo el día me han perjudicado un poco... He cumplido mi objetivo: he destruido al ejército austriaco a base de simples marchas…
>
> Estoy satisfecho de mi ejército. He perdido únicamente a mil quinientos hombres, dos tercios de los cuales son heridos leves. El príncipe Carlos viene a proteger Viena. Creo que Masséna debe de estar en estos momentos en Verona...

Adiós, Josefina, mil cosas gratas para todos.

NAPOLEÓN

El siguiente movimiento de Napoleón frente a rusos y austriacos, y con la incómoda presencia de los prusianos como atentos espectadores, resultó magistral. Hizo cuanto pudo para convencer a sus enemigos de que, a pesar de la victoria de Ulm, mantenía posiciones muy débiles sobre el territorio y que admitiría de buen grado un armisticio. Tanto Alejandro de Rusia como Francisco José II de Austria mordieron el anzuelo: en vez de proponer la paz, decidieron ir a buscar a aquella *Grande Armée* presuntamente debilitada. El 2 de diciembre de 1805 (11 de frimario del año XIV según el calendario republicano francés), aniversario de la coronación de Napoleón, se planteó la batalla en las cercanías de la población de Austerlitz, situada a unos diez kilómetros al sureste de Brno, en la región de Moravia, hoy República Checa.

La fría mañana de ese 2 de diciembre, el recordado «sol de Austerlitz» disipó la niebla reinante sobre el campo de batalla mientras las tropas de Jean de Dieu Soult, de Davout y de Bernadotte comienzan el asalto a la planicie de Pratzen contra las tropas mandadas por el sagaz general ruso Mijaíl Ilariónovich Kutúzov, el cual constituiría la auténtica pesadilla de Bonaparte en el inverno ruso de

1812, y el príncipe Piotr Ivánovich Bagratión. Napoleón en persona se sitúa al mando de la reserva y observa las operaciones con su catalejo. La numerosa caballería rusa carga repetidamente contra las líneas francesas y a punto está de sobrepasarlas. Napoleón hace entonces intervenir a la caballería de la guardia imperial; finalmente los rusos son contenidos y cae prisionero el coronel de la guardia rusa, el príncipe Repnine, quedando así la planicie de Pratzen en poder de los franceses. El resto fueron largas horas de simple desgaste que convencieron a los austro-rusos de que sólo restaba capitular o morir. La desbandada se hace general, Napoleón observa entonces que muchos rusos tratan de retirarse atravesando las lagunas heladas de Satschan. Ordena a la artillería romper el hielo a cañonazos y de este modo se hunde a poca profundidad la artillería rusa que se trataba de salvar. Muchos de aquellos cañones recuperados y luego fundidos pasaron a formar parte del alma de bronce de la columna de la victoria que se encuentra en la plaza Vendôme de París. Las bajas aliadas se situaron en alrededor de veintisiete mil en un ejército de setenta y tres mil hombres. Los franceses perdieron unos nueve mil de una fuerza de sesenta y siete mil, un 13 %. Los aliados también perdieron ciento ochenta cañones y cincuenta estandartes.



Napoleón en la batalla de Austerlitz, por François Gérard, 1810, Palacio de Versalles. La célebre tabla representa el momento en el que el general Rapp presenta al emperador la bandera del príncipe ruso Repnine, hecho prisionero. El cuadro siempre fue considerado de un extraordinario realismo. Napoleón viste el uniforme de coronel de los cazadores a caballo de la guardia y monta a uno de sus caballos favoritos, llamado Cyrus, al que rebautizó después de la batalla como Austerlitz. A su espalda aparecen representados el mariscal Berthier; Bessières, comandante de la caballería de la guardia, y Junot, ayuda de campo de napoleón, entre otros altos oficiales.

La victoria no sólo fue total, sino que se convertirá en la más visible de las glorias napoleónicas y, de alguna manera, en el símbolo de la eclosión de su imperio. Napoleón está eufórico, tal vez demasiado. Algunos historiadores creen que tal éxito produjo en su personalidad el inicio de un cierto divorcio entre su forma de ver las cosas y la verdadera realidad. Parecía considerarse ya invencible; así se dirige a sus fieles soldados:

Soldados, estoy satisfecho de vosotros. En la

> jornada de Austerlitz habéis justificado toda mi confianza en vuestra intrepidez. Habéis revestido vuestras águilas de una gloria inmortal... Lo que ha escapado a vuestro hierro, se ha ahogado en los lagos... Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial rusa, ciento veinte cañones, veinte generales, más de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada memorable... Soldados, mi pueblo os recibirá con alegría, y os bastará con decir «yo estuve en la batalla de Austerlitz» para que os respondan: «He aquí un valiente».

También escribe a Josefina, escueto como siempre, pero exultante esta vez:

> He firmado un armisticio: antes de ocho días se habrá establecido la paz. Los rusos se van. La batalla de Austerlitz es la más hermosa de todas aquellas en que he combatido; cuarenta y cinco banderas, más de ciento cincuenta cañones, los estandartes de la guardia rusa, veinte generales, treinta mil prisioneros, más de veinte mil muertos. ¡Un espectáculo horrible! El emperador Alejandro I está desesperado y se vuelve a Rusia. Me he entrevistado en mi campamento con el emperador de Alemania durante dos horas;

hemos convenido en firmar la paz cuanto antes. Tengo tres mil heridos y de siete a ocho mil muertos.

Me molestan los ojos; es una afección normal y poca cosa. Adiós, amiga mía, deseo mucho volver a verte. Esta noche voy a dormir en Viena.

NAPOLEÓN

La victoria francesa en Austerlitz obligó a Austria a firmar el Tratado de Presburgo el 26 de diciembre de 1805, que obligaba a los austriacos a ceder tierras a los aliados alemanes de Napoleón: Baviera, Württemberg y Baden, que formarán parte de la Confederación del Rin. Creada en París el 12 de julio de 1806, la Confederación agruparía a dieciséis principados alemanes bajo el manto del Imperio francés, ejerciendo el papel de estado-tampón frente a Prusia. A la vez, se impuso a Austria una indemnización de guerra de cuarenta millones de francos. Sin embargo, como Napoleón deseaba llegar a un entendimiento entre iguales con el zar Alejandro I, permitió a las tropas rusas retirarse a su país en paz y sin condiciones. En estas circunstancias, sólo Prusia podría suscitar alguna preocupación a la ambiciosa política continental de Napoleón. Muy pronto tendrían los

franceses noticias suyas.

Por el momento, París es una fiesta. Francia había estado al borde de la bancarrota pero todo había salido a plena satisfacción. El 30 de diciembre de aquel 1805 el Tribunado se reúne para declarar por unanimidad que desde aquel día debía conocerse al emperador Napoleón como «el Grande».

LA GUERRA PRUSIANA

Tras Austerlitz, Napoleón regresa pletórico a París. Desea mantener una paz duradera, pero es muy consciente de que sus enemigos han firmado los armisticios sin convencimiento alguno, manteniéndose sólo a la espera de que el corso manifieste cualquier signo de debilidad para volver a saltar sobre su duro gaznate.

Por el momento, existen problemas más acuciantes en el interior. El Banco de Francia pasaba por serias dificultades para reembolsar el valor de los bonos públicos a los inversores, se hablaba de movimientos especulativos consentidos e incluso alentados por el ministro de Hacienda, François Barbé-Marbois, que había prestado muchos fondos a intermediarios, poniendo en riesgo incluso las pagas al ejército. La reacción de Napoleón fue taxativa: o los intermediarios devolvían lo que habían

«robado» o los enviaría directamente al castillo de Vincennes, donde podrían suponer lo que les esperaba. Ni que decir tiene que consiguió recuperar los bonos para la banca pública y pagar las soldadas pendientes. Barbé-Marbois, en un gesto teatral, ofrece su propia cabeza al emperador, que le responde lleno de desprecio: «¿Qué queréis que haga yo con ella, grandísimo cabrón?». En cuanto a quienes especulaban con dinero que nunca habían ganado, Napoleón tuvo siempre una pésima imagen de ellos, diciéndole a propósito de aquel asunto a su hermano José: «Estoy contento con mis asuntos; tuve grandes dificultades para arreglarlos y para conseguir que una pandilla de bribones, cuyo jefe era Ouvrad, vomitasen lo que habían tragado. Estaba decidido a fusilarlos sin juicio. Gracias a Dios, devolvieron el dinero, todo este asunto me ha puesto de mal humor. Te digo esto para que veas cuán viles son los hombres».

Resuelto nuevamente el asunto económico por la vía más directa posible, Bonaparte debió ocuparse otra vez de la política exterior. En Inglaterra, la muerte de William Pitt el 23 de enero de 1806 permite el acceso al poder del eterno líder whig (liberal) Charles James Fox, que siempre había visto la Revolución con buenos ojos y era amigo personal de Lafayette, así que cabía esperar una actitud menos beligerante de Inglaterra. De hecho la amenaza era ahora la expectante Prusia. El rey Federico Guillermo III se

decidió a enviar a Napoleón un ultimátum el 8 de octubre de 1806 exigiendo la devolución del estado de Hannover. Ante ello, Bonaparte confesó al mariscal Luis Berthier: «Nos ha dado una cita de honor para el 8 de octubre. Jamás un francés ha dejado de acudir a una cita». Y a fe que acudió, al frente de la *Armée* y a tambor tañido. Estaba convencido de la victoria, tal como le aseguró a Josefina en una de sus numerosísimas cartas: «Las cosas marchan muy bien. Creo que en unos pocos días, con la ayuda de Dios, el pobre rey de Prusia se encontrará en una situación terrible. Lo siento por él, porque es un buen hombre».

No pierde el tiempo, en cuanto pisa territorio hostil, una maniobra de ataque fingido hacia el flanco enemigo le permite cortar sus líneas de comunicación y derrotar a los prusianos en Saalfeld. Poco después, el 14 de octubre, volverá a hacerlo en la memorable batalla de Jena, en la que la caballería de Murat enmendó los errores cometidos por el mariscal Michel Ney, rompiendo las líneas enemigas en repetidas ocasiones hasta provocar la fuga de los que se tenía por los mejores soldados de Europa, descendientes de los disciplinados gigantes instruidos por Federico el Grande.

El viernes 24 de octubre de 1806, Napoleón se dirige al palacio de Sans Souci, en Potsdam, el lugar más querido por su admirado Federico II el Grande. Visita sus apartamentos, como luego lo hará con su tumba en la

misma iglesia de Potsdam, y toma con veneración la espada, el cinturón y el gran cordón del rey difunto. También las banderas de la guardia real de la batalla de Rossbach, para enviarlas al gobernador de Los Inválidos de París.



Jena, por Emile Jean Horace Vernet (1836). Tal vez la batalla más sencillamente ganada por Napoleón, pues terminó en una derrota aplastante para Prusia. Quitando la descabellada carga inicial del mariscal Ney, la táctica napoleónica de fragmentar las líneas enemigas se desarrolló a la perfección. Napoleón encara ya el camino de Berlín sin siquiera aguardar al final del combate.

De este modo, el emperador encontró el camino libre hacia el corazón de Prusia, tomando la ciudad de Erfurt y finalmente la capital, Berlín, donde entró al son de *La*

Marsellesa, hecho que obligó a huir a la familia real prusiana el 25 de noviembre de aquel año. Sin perder un instante, Napoleón parte de Berlín a las tres de la madrugada y se reúne con la *Armée,* que ya se dirige a Varsovia en busca de los ejércitos del zar de Rusia.

El Imperio comienza a redondear su forma definitiva a falta de Portugal, España y Rusia. En torno a Francia se establecen una serie de estados más o menos federados, «avasallados» o como quiera llamárseles, a cuya cabeza va disponiendo en primer lugar a su propia familia y en segunda instancia a sus compañeros de armas. Un modo de actuar que se convirtió desde el principio en argumento principal de las críticas que desde todo el espectro ideológico se vertieron sobre el Napoleón «imperial». Para Bonaparte la justificación a tal proceder era muy clara: necesitaba al frente de los gobiernos del Imperio a personas fieles a él que no supusiesen excesiva contestación a sus muchos designios, algo difícil de cumplir en cualquier otra circunstancia de reparto del poder. Como él mismo llegó a dictar a uno de sus secretarios: «El emperador es el padre de su familia». Dicho de otra manera, la voluntad del emperador era, de facto, la única ley sobre el Imperio.

LA FORJA DEL IMPERIO

Así las cosas, Napoleón fue instalando a sus cercanos al frente de los gobiernos de media Europa. José, tras haber rechazado la corona de hierro de los lombardos, que asumió el propio emperador, aceptó finalmente convertirse en rey de Nápoles. Fiel a su carácter, viajó al «Regno» en la idea de hacerse querer y gobernar como un buen rey ilustrado, pero Nápoles no era Francia y Napoleón hubo de recordárselo en repetidas ocasiones, como luego tendría que hacer nuevamente tras nombrarle rey de España: «Compara usted el apego de los franceses a mi persona con el de los napolitanos hacia la suya. Eso podría resultar satírico. ¿Qué amor quiere que sienta por usted un pueblo por el cual no ha hecho nada, y en el que está usted por derecho de conquista con cuarenta o cincuenta mil extranjeros? Calcule ya que antes o después de quince días tendrá una insurrección. Haga lo que haga, no se sostendrá jamás en una ciudad como Nápoles con la opinión pública. Ponga orden, desarme, sobre todo desarme… Condene a muerte a los jefes de las masas... Todo espía debe ser fusilado; todo jefe rebelde debe ser fusilado; todo *lazzarone* que golpea con el estilete a un soldado debe ser fusilado». Como quiera que el bonancible José no parece mostrarse lo suficientemente despiadado, Napoleón vuelve a escribirle el 5 de julio de 1806 en términos aún más conminativos: «Su gobierno no es bastante enérgico, teme

usted indisponer a la gente». Y unos días después: «Sería afligido inútilmente si le dijera todo lo que pienso. Si en lugar de serme útil, se convierte usted en un rey apático, está arruinándome, pues me priva de mis medios… Un rey debe defenderse y morir en sus estados. Un rey emigrado y vagabundo es un fatuo personaje». Tal como se dirigía a su hermano, resulta hasta cierto punto comprensible que prefiriese a la familia al frente de los «nuevos» reinos imperiales. Difícilmente alguien ajeno a la misma soportaría sin rechistar tales invectivas.

¿Qué sucedió con los restantes hermanos? Elisa fue nombrada princesa de Lucques y Piombino y gran duquesa de la Toscana. Paulina Bonaparte, duquesa de Guastalla, una plaza fuerte en las orillas del Po. Carolina, esposa del combativo Joaquín Murat, será con su marido gran duquesa de Berg y reina de Nápoles cuando Murat sustituya a la cabeza del Regno a José Bonaparte. Jerónimo será a partir de 1807 rey de Westfalia y Luis, casado con su hijastra Hortense de Beauharnais, rey de Holanda. Para Luciano reserva el título papal de príncipe de Canino. En cuanto a su apreciado hijastro Eugène de Beauharnais, en 1804 fue nombrado oficialmente miembro de la familia imperial como Su Alteza Imperial y príncipe de Francia. En 1805 lo hizo virrey de Italia. En 1806 organizó su matrimonio con la princesa Augusta de Baviera (1788-1852), hija de Maximiliano I de Baviera, y en 1807 fue nombrado

príncipe de Venecia. Su suegro le nombró duque de Leuchtenberg en 1807 y Napoleón culminó la carrera de dones haciéndole heredero del Gran Ducado de Fráncfort en 1810.

En cuanto a personalidades cercanas y camaradas de armas, Napoleón se mostró extremadamente generoso en su idea de organizar aquella extraña nobleza imperial, creando una veintena de ducados y principados que entregará como verdaderos feudos a su personal de mayor confianza. Así, Talleyrand será príncipe de Benevento; Fouché, duque de Otranto; el mariscal Bernadotte –marido, como se recordará, de su antigua amada Désirée Clary–, príncipe de Pontecorvo y en 1810 heredero al trono sueco, que ocupará a partir de 1818, tras ser regente con Carlos XIII, con el nombre de Carlos XIV. Prácticamente todos sus mariscales obtuvieron títulos. Así por ejemplo Lefebvre fue duque de Danzig (1807); el imprescindible luchador Masséna, duque de Rivoli (1808) y príncipe de Essling (1809); Ney, duque de Elchinghen (1808) y príncipe de Moscú (1813); Soult, duque de Dalmacia (1808); Kellermann, duque de Valmy (1808); Victor, duque de Belluno (1808); Marmont, duque de Ragusa (1808); Berthier, el verdadero organizador de la estructura militar del Imperio, será príncipe de Neuchâtel (1806), y Murat, su gran paladín de la caballería, como hemos señalado más arriba, gran duque de Berg y posteriormente rey de

Nápoles. Curiosamente, su gran amigo y mano derecha en muchas campañas, Jean-Andoche Junot, no obtuvo nunca la dignidad de mariscal. Napoleón achacaba su carácter cada vez más impetuoso y desequilibrado a una vieja herida de guerra en la cabeza. Aun así, le concedió el ducado de Abrantes por su eficacia en la toma de Lisboa en 1807.

De este modo, Napoleón organiza en torno a sí una tupida red de reyes y nobles que destila el inconfundible aroma del nepotismo. Si algo caracterizaba a aquel singular grupo de privilegiados era la codicia y la ambición; en general, se mostraban mucho más preocupados por su suerte que por la suerte del Imperio. Incluso Letizia Bonaparte, la venerable madre del héroe nacional, ya inmensamente rica, llegó a reclamar una renta sobre el Tesoro público ante un eventual deceso de su hijo, algo bastante poco elegante amén de absolutamente innecesario a efectos de llevar una vida sin privaciones de ninguna clase. Luis, el rey de Holanda, urge a su hermano solicitándole más y más dinero: «No tengo más dinero –le responde Napoleón–. ¡Cuán cómodo es el medio que le proponen de recurrir a Francia! Pero no es tiempo de jeremiadas, hay que demostrar más energía...».

En cuanto a la estructura formal del Imperio, hay que decir que los territorios gobernados por Napoleón se organizaban en tres categorías. En primer lugar estaba la propia Francia, núcleo esencial y razón del Imperio, de la

que formaban parte ahora también Bélgica, Saboya, la orilla izquierda del Rin, Córcega, Piamonte, Génova, Toscana, Roma, Istria y Dalmacia. En total unos ciento veinte departamentos hacia 1808.

En segundo lugar, el reino de Italia, es decir, la antigua República Cisalpina, Venecia y parte de los Estados Pontificios. Como hemos dicho, Bonaparte hubiese querido que José aceptase la cabeza del nuevo reino, pero el hermano mayor, que aún abrigaba la esperanza de convertirse en heredero de Napoleón, declinó, y entonces Napoleón tomó para sí mismo la corona delegando el virreinato en su hijastro.

En tercer lugar se encontraban los estados vasallos, dotados de cierta autonomía sobre el papel, aunque era Napoleón quien regía personalmente su política exterior, su administración, siempre a la francesa, y naturalmente sus finanzas. De este estilo eran los reinos de Holanda, Portugal y Nápoles, amén de varios pequeños principados, tales como Benevento y la Confederación del Rin, tres de cuyos estados, Baviera, Württemberg y Sajonia, habían alcanzado la categoría de reinos. Westfalia también lo era, así que en conjunto Napoleón gobernaba ya sobre siete reyes vasallos e infinidad de duques, electores y príncipes, con una población aproximada de setenta millones de habitantes.

No resulta extraño que se considere a sí mismo sentando

en la cima del mundo, como venía a decir algún párrafo de su entera invención incluido en el Catecismo imperial: «Honrar y servir al emperador es honrar y servir al mismo Dios y desobedecer al emperador es un pecado mortal [pues al emperador se le debe] amor, obediencia, fidelidad, el servicio militar, así como los tributos impuestos para la conservación y la defensa del Imperio y de su trono». Parece que el pequeño cabo ha hallado finalmente su lugar en el mundo; domina el poder terrenal y confía en su alianza con el espiritual, al que parece cada día más cercano: «Yo no veo en la religión el misterio de la encarnación sino el misterio del orden social; atribuye al cielo una idea de igualdad que impide que el rico sea masacrado por el pobre» –confesará a Fouché, para añadir–: «La religión es todavía una suerte de inoculación o de vacuna que nos protege de charlatanes y brujos para satisfacer nuestro amor a lo maravilloso: los curas son más valiosos que los Cagliostro, los Kant y todos los pensadores de Alemania… Hasta el presente, no ha habido en el mundo más que dos poderes, el militar y el eclesiástico...», y él parece controlar los dos sin gran empacho. ¿Por qué no hacerlo? Muchos de sus contemporáneos ilustrados le confieren la razón por sus hechos. El mismo Johann Wolfgang von Goethe, alemán y sin embargo admirador por bastante tiempo de las andanzas de Bonaparte, al que llegó a conocer bien, admiraba la tarea

del corso precisamente por sus hechos: «Sí, sí, mi buen amigo, no es necesario componer poemas y piezas teatrales para ser productivo; hay también una productividad de los hechos, y ella a menudo posee una jerarquía significativamente más elevada». Variante elegante de «obras son amores»…

Tiempos felices. María Walewska y el encuentro de Tilsit

Tras la derrota de Prusia, la *Grande Armée* se adentra en Polonia en busca del ejército ruso del general Leonty Bennigsen, que fiel al estilo que hará célebre a aquel ejército durante las guerras napoleónicas, parecía haberse esfumado a base de continuas retiradas, obligando a los franceses, ya hambrientos, mal calzados y muertos de frío, a perseguir fantasmas. Berthier alerta a Bonaparte del descontento de sus hombres. «Los gruñones combatirán de todos modos» –responde Napoleón, que decepcionado por la desbandada rusa decide dirigirse directamente a Varsovia–. Allí, en tanto combate a grupos aislados de cosacos y prusianos que se habían negado a rendirse, se entera de una noticia que resultará esencial para entender sus pasos en el futuro. Fouché le comunica que ha tenido

un hijo ilegítimo con Louise Catherine Éléonore Denuelle de la Plaigne, que ha recibido el nombre de Carlos León. Bonaparte comprueba así que no es cierto que no pueda tener hijos, como quería convencerle Josefina, hecho que no hace más que abundar en su idea de divorciarse a fin de obtener un heredero legítimo. Es en este contexto en el que conoce a una dama fundamental en su vida: María Walewska.

María Walewska, de veinte años de edad, era hija de un noble polaco que le inculcó un profundo amor a una patria esquilmada por los poderosos reinos que la rodeaban, Rusia y Prusia. La joven veía en Napoleón al hombre capaz de devolver a Polonia su territorio y su dignidad. Lo admiraba profundamente antes incluso de tener la oportunidad de conocerle. Casada por simple necesidad económica con un anciano cuarenta y nueve años mayor que ella, el conde Anastase Walewski, era una mujer soñadora y amante de la música que suspiraba por una vida con mayores alicientes. Valiente como era, y sabiendo que su admirado héroe había llegado finalmente a Varsovia, el día de año nuevo de 1807, tomó un ramo de flores y un traje de simple campesina y fue a saludarlo al pase de su berlina de guerra. Casi subida al pescante pudo decirle: «Bienvenido, *Sire,* mil veces bienvenido a nuestro país... Polonia entera se siente abrumada de sentir vuestro paso sobre su suelo». Napoleón quedó inmediatamente

fascinado: «Esta niña es perfectamente encantadora..., exquisita» –le dijo a uno de sus edecanes.

Volvió a encontrarse con María en un baile celebrado en Varsovia. Se sintió muy interesado por aquella entusiasta joven de bucles rubios y ojos azules. Tanto que enseguida comenzó a desplegar su conocida rutina de encendidas notas amatorias: «Tuve ojos sólo para usted. Sólo a usted admiré. Sólo a usted deseo». O también:

> ¿La he decepcionado, María? Merecía no obstante esperar lo contrario. ¿Me he equivocado? Su ardor decae mientras el mío aumenta. ¡Usted me priva del reposo! ¡Oh! Dé un poco de alegría y de felicidad a un pobre corazón impaciente por admirada. ¿Tan difícil es enviar una respuesta? Me debe ya dos.
>
> N.



María Walewska (1789-1817), tal vez la amante más fiel de Napoleón y la única que le visitó en su destierro de la isla de Elba. A pesar de haberle dado un hijo, Bonaparte nunca se vio en disposición de desposarla, ni siquiera tras su divorcio. Con todo, la gentil condesa polaca siempre se mostró devota de «su» emperador.

A la vez, trata de convencer a Josefina de que no le visite en Polonia:

> He recibido tu carta, amiga mía. Tu dolor me conmueve, pero debemos someternos a la situación. El trayecto desde Maguncia hasta Varsovia es demasiado largo; habrá que esperar a que las circunstancias me permitan acercarme a Berlín para que puedas venir... Pero me quedan aún muchas cosas que solucionar aquí. Más bien creo que debes regresar a París, donde eres imprescindible... Me encuentro bien; pero hace mal tiempo. Te amo de corazón.
>
> NAPOLEÓN

Alentada por los propios dignatarios polacos, a los que no se les escapaban las oportunidades que tal relación podría aportar a su país, María se acercó de nuevo a ver a Napoleón, pero esta vez tras una invitación formal. Comoquiera que se había mostrado prudente, o recatada, o simplemente indecisa, Napoleón, impaciente para todo como era su naturaleza, montó en cólera. Deseaba a María y la deseaba ya, arrojó su reloj al suelo y lo pisoteó con furia, amenazándola con algo que jamás estaría dispuesto a cumplir, pues ya tenía en mente preservar el país de su amada de la avaricia de rusos y prusianos: «Si usted insiste

en negarme su amor, convertiré en polvo a su pueblo, como hago con este reloj bajo mi bota». Y en otra nota: «Su patria me será más querida cuando tenga usted piedad de mi pobre corazón». Ni que decir tiene que María cedió, tanto a la cólera del emperador como seguramente a su propio corazón. A cambio, Napoleón prometió a María, a la que consideraba tan buena patriota como él mismo lo había sido una vez con «su» querida Córcega, la salvaguarda de la vieja Polonia. Cumplió su palabra en julio de 1807, en el marco de los acuerdos de Tilsit, fundando el Gran Ducado de Varsovia.

Napoleón partió de Varsovia con el recuerdo de María perenne en su memoria. Ya en París le escribió: «Tu recuerdo está siempre en mi corazón y tu nombre a menudo acude a mis labios». Posteriormente, tras alguno de sus encuentros esporádicos, María Walewska dio a luz en 1810 un hijo de Napoleón, al que llamarían Alexandre. Llegó a llevarlo a París a conocer a su padre, ante la satisfacción de este. Siempre guardarían cariño el uno por el otro, especialmente en la adversidad, como veremos.

Paralelamente a estos acontecimientos, Napoleón derrota finalmente al ejército ruso en Eyleau, con bastante más trabajo del previsto. De regreso en Varsovia y en brazos de María, aguarda a que el zar Alejandro decida reunirse con él. Desea la paz con Rusia, siempre la había deseado hasta entonces, pues, como se ha dicho, admiraba a

aquel emperador «tan guapo, bueno y joven» –le escribe a Josefina–, al que consideraba «lleno de ideas liberales».

Alejandro cede halagado a que el 25 de junio de 1807 se celebre la entrevista en la localidad de Tilsit, en la ribera del río Niemen, dentro de la lujosa tienda montada sobre la célebre balsa situada en medio del cauce, entre ambas orillas:

> La unión entre Francia y Rusia ha sido constantemente uno de mis deseos y estoy convencido de que sólo ella puede asegurar la felicidad y la tranquilidad al mundo. Un nuevo sistema debe reemplazar al que ha habido hasta ahora, y confío en que nos entendamos fácilmente con el emperador Napoleón si negociamos sin intermediario. Podemos acordar una paz duradera entre nosotros en pocos días...

El encuentro no puede ser más cordial, ambos se elogian mutuamente y muestran su común desprecio por Inglaterra. Al día siguiente, acompañado de la hermosa reina Luisa, se incorpora a las conversaciones Federico Guillermo III de Prusia, al que Napoleón trata como un vencido y no le hace apenas caso, aunque se muestra muy cortés con su esposa, como narra a Josefina:

> Amiga mía:

La reina de Prusia cenó ayer por la noche conmigo. Hube de resistirme a su pretensión de que fuera condescendiente con su marido; pero fui galante y fiel a mi política. Ella es muy agradable. Ya te comentaré detalles que ahora me resultaría imposible darte sin extenderme mucho. Cuando leas esta carta, se habrá firmado la paz con Prusia y Rusia, y Jerónimo habrá sido reconocido con una población de tres millones. Estas noticias son únicamente para ti.

Adiós, amiga mía, te amo y quiero que estés contenta y feliz.

NAPOLEÓN



La Paz de Tilsit se celebró en medio del río Niemen, en aguas neutrales, el 25 y el 26 de junio de 1807. Para el encuentro de los emperadores se construyó una plataforma de madera, sobre la cual se desplegaron dos pabellones, uno marcado con la letra «N» de Napoleón y otro, con la letra «A» de Alejandro. Un escenario eminentemente teatral para un acuerdo que no fue tan decisivo como llegó a parecer en aquel momento.

Y, ciertamente se firmó la paz, muy exigente con Prusia y en extremo conciliadora con Rusia, como el mismo Napoleón había previsto. El mismo Bonaparte se lo confirma al ministro Cambacérès: «Entre el emperador de Rusia y yo se ha establecido una estrecha relación, y confío en que nuestra política progrese a partir de ahora conjuntamente. Puede usted disparar sesenta cañonazos para anunciar la paz».

Son tiempos de verdadera euforia. Cuando en Santa Elena se le pregunte cuál ha sido su período de mayor felicidad sobre la tierra, responderá: «Tal vez el de Tilsit… Me sentía victorioso, dictando leyes, rodeado de una corte de reyes y emperadores». Aunque, seguramente, él mismo sabía que toda aquella dicha no podría durar eternamente.

La estrella se apaga

1808, EL PUNTO DE INFLEXIÓN

«Tomó la corona de Nápoles de la cabeza de José y la colocó en la cabeza de Murat; y este cedió a aquel la corona de España. Bonaparte hundió de un manotazo esos tocados en la frente de los dos nuevos reyes y ellos se fueron cada uno por su lado, como dos conscriptos que han cambiado de chacó por orden del cabo de equipamiento». Esta extraordinaria reflexión del diplomático y escritor francés François-René de Chateaubriand ilustra como ninguna otra cómo en el ánimo de los franceses comenzaba a abrigar la idea de que ya no estaban luchando por mantener vivo el espíritu de 1789 en Europa, sino que se limitaban a sacrificar vidas y haciendas en la defensa de los intereses dinásticos de un individuo que se había convertido en su amo y señor incontestable, rodeado de una pléyade de arribistas que ahora componían aquel constructo llamado «nobleza del imperio». Obviamente, algo había cambiado hacia 1808 en el ánimo del pueblo. Los fracasos que sufrirá Bonaparte primero en España y más tarde en Rusia no harán más que corroborarlo y precipitar el fin de un sueño que había sido demasiado ambicioso desde su

misma concepción. Para muchos de sus compatriotas, Bonaparte se había inmiscuido en el avispero español no en defensa de los intereses franceses, como había ocurrido con el bloqueo continental al comercio inglés, sino en pos de la corona de un Borbón. La cuestión era muy distinta.

EL LABERINTO IBÉRICO

Como es sabido, el reino de España estaba entonces gobernado por Carlos IV, un monarca pusilánime y de luces muy justas que por influencia de su esposa, la reina María Luisa de Parma, había entregado el poder a Manuel Godoy, un guardia de corps sin más mérito que su palmito personal y la pasión que despertaba en la reina. Fue Godoy quien tuvo que afrontar la inevitable primera guerra con la Francia revolucionaria al coaligarse España con las monarquías europeas. El signo de la guerra, iniciada en marzo de 1793, fue en principio favorable al ocupar el general Ricardos una franja de la Cataluña francesa, pero pronto cambiaron las cosas con el fuerte contraataque llevado a cabo por el ejército ciudadano francés sobre Figueras, Rosas y las provincias vascas. De esta manera, Godoy se vio obligado a entablar negociaciones con los franceses en Suiza y firmó en julio de 1793 la Paz de Basilea, por la que, entre otros acuerdos menores, España cedía a Francia la isla de Santo

Domingo. Por negociar este acuerdo Godoy fue ostentosamente nombrado príncipe de la Paz, alcanzando su estrella el momento culminante del favor regio. Poco después, mediante el primer Tratado de San Ildefonso, firmado en mayo de 1796, se acordó con el Directorio francés un pacto de no-agresión a cambio de conservar España su sistema colonial en América. Los ingleses interpretaron inmediatamente el pacto como una alianza formal de la monarquía de Carlos IV con Francia y aprovecharon la ocasión para declarar la guerra a España, creando una gran inestabilidad en el tráfico comercial con las Indias y en el sistema colonial mismo. Se inició así un período de incertidumbres que habría de culminar con la invasión francesa de la península.

Básicamente, los hitos de este conflicto fueron la cesión de la Luisiana a Francia por el segundo Tratado de San Ildefonso, firmado en octubre de 1800, con Bonaparte ya instalado cómodamente en el poder, la breve «guerra de las Naranjas» con Portugal (1801) y la reanudación de las hostilidades con Inglaterra en diciembre de 1804. Paralelamente, y como ya hemos relatado, los deseos de Napoleón de desembarcar en la isla de Gran Bretaña empujaron por la fuerza a España a una guerra naval que no podía ganar. El fracaso anunciado de la flota aliada en Trafalgar evidenció que España había caído en la órbita de Bonaparte sin que, aparentemente, aquello tuviese vuelta a

atrás posible. Así, la monarquía española sufrió un proceso irreversible de pérdida de soberanía que fue entregando paulatinamente en manos de Napoleón. Y no ocurrió, desde luego, porque este no mostrase sus intenciones a través de su peculiar modo de conducir la política exterior; de hecho, como hemos señalado más arriba, no había mostrado empacho alguno en desalojar a la dinastía borbónica de Italia, haciendo rey de Nápoles a su propio hermano José.

En otoño de 1807 (27 de octubre) consiguió Bonaparte de Godoy la firma del Tratado de Fontainebleau por el que se efectuaba un hipotético reparto de Portugal –firme aliado de Inglaterra en todo tiempo– entre Francia y España, en el que se incluían los territorios de la «Lusitania septentrional» para compensar a la reina regente de Etruria, hija de Carlos IV, despojada por Napoleón de su reino en la Toscana, y «el principado de los Algarves», que fue otorgado al propio Godoy y a sus descendientes en pago de sus servicios. En realidad los propósitos de Napoleón se mostraron bien distintos. Tomada Lisboa en noviembre de 1807 por las tropas de Andoche Junot, el mariscal Murat irrumpió en Madrid al año siguiente para sentar las bases de la ocupación de España.



Joaquín Murat, rey de Nápoles. Grabado de Henry Wolf (1895) a partir de una obra de François Gérard. Murat (1767-1815) era cuñado de Napoleón tras casarse con su hermana Carolina Bonaparte, mariscal del Imperio y el más señalado jefe de caballería que tuvo el emperador. Su biografía está plagada de excesos, tanto en su arrojo como militar, como en su largo historial de traiciones a su patrón. Temeroso de perder la corona de Nápoles con la caída de Bonaparte intrigó varias veces contra él. Al final, tratando de salvar su reino tras los cien días, perdió la vida ante el pelotón de fusilamiento. Sus últimas palabras están a la altura del personaje; impidió que le vendasen los ojos diciendo: «He desafiado a la muerte en demasiadas ocasiones como para tenerle miedo». Luego besó el retrato de su esposa que portaba y les dijo: «Respetad mi rostro, apuntad al corazón... ¡Fuego!».

Esta serie de hechos concatenados condujeron al enfrentamiento abierto de Fernando, hijo de Carlos IV, y de sus partidarios, en su mayoría nobles enemigos del favor real otorgado a Godoy, contra este mismo y por extensión contra la propia pareja real. De este modo, el 17 de marzo de 1808 el motín promovido por el príncipe heredero en Aranjuez, cuyo desencadenante fue la noticia del propósito de los reyes de embarcar hacia América por consejo de Godoy, tuvo como consecuencia la abdicación de Carlos IV en la persona de su hijo Fernando y la deposición fulminante del príncipe de la Paz. Poco después, el dos de mayo, se producía en Madrid el levantamiento popular contra el ejército de Murat. A la vista de los acontecimientos, Napoleón Bonaparte, verdadero árbitro de la situación, procedió a liquidar literalmente la monarquía española para establecer en su lugar uno más de sus regímenes satélites. Para ello reunió a la cautiva familia real en Bayona, obligando el 5 de mayo de 1808 a Fernando VII a devolver la corona a su agraviado padre, tras sufrir el príncipe de Asturias una larga serie de presiones y después de ofrecer la dinastía española un lamentable espectáculo de enfrentamientos e insultos entre padres e hijo, para, a continuación, hacer que Carlos IV le cediese a él mismo todos sus derechos al trono, al frente del cual colocó el 7 de junio a su hermano José.

Mientras Carlos IV y su profusa corte se encaminaban

hacia su exilio de Compiègne, Fernando VII, en compañía de su hermano Carlos y su excéntrico tío, el infante Antonio de Borbón, fueron enviados al castillo de Valençay, situado en el valle del Loira, donde los aguardaba su propietario, el incombustible Talleyrand. El castillo de Valençay había sido adquirido por el propio Talleyrand con los dineros que le había enviado Godoy para comprar su apoyo. No se sabe si por homenaje a España, Talleyrand lo había poblado con quinientas ovejas merinas procedentes de la península ibérica, con venados de El Escorial y hasta con conejos procedentes de Aranjuez, de forma que la comitiva regia podía hallarse como en casa. Era Valençay un sitio hermoso y agradable, del cual la escritora George Sand escribiría años después: «este lugar es uno de los más bellos de la Tierra y ningún rey podría tener un jardín más pintoresco». Talleyrand cuenta con bastante detalle en sus memorias sus impresiones sobre la estancia real en el exilio. Como no podía ser de otra manera, consideraba a Fernando y a su hermano Carlos unos príncipes muy religiosos, un tanto rudos y poco instruidos. A Fernando lo describió como «aquel príncipe desgraciado, pío e ignorante» que apenas visitaba su nutrida biblioteca. Y llegó a escribir: «todo lo que uno podía decir de ellos a lo largo de aquellos cinco años es que vivían». Y también: «había tratado yo de hacerles pasar algunas horas en la biblioteca; pero no conseguí grandes éxitos, aunque el bibliotecario,

Feroc, y yo probásemos todos los medios que se nos ocurrieran para retenerlos allí […]. No me atrevo a decir hasta qué punto fue todo inútil». En honor a la verdad, hay que decir que su excéntrico tío Antonio, amante de la costura y los bordados, detestaba los «peligrosos libros» de Talleyrand. Siempre que podía, se deslizaba en la biblioteca para arrancar textos y estampas que consideraba «pecaminosas», haciendo lo imposible para que sus sobrinos se mantuviesen alejados de los libros, dedicados a sus clases de baile y a la caza.

De esta manera, con la monarquía española secuestrada, consiguió Napoleón cumplir su deseo de no permitir el reinado de un Borbón en la frontera de Francia, tal como él mismo había asegurado a su séquito en Bayona: «Bien sé que bajo cierto punto de vista lo que estoy haciendo está mal hecho; pero la política exige que no deje a mis espaldas, tan cerca de París, una dinastía enemiga de mi familia». Tal usurpación propició que se extendiese por todo el territorio peninsular una guerra cruenta y devastadora que habría de prolongarse hasta el final de 1813. Al terminar esta, nada sería lo mismo, ni el viejo orden político y social de España ni su periclitado dominio colonial.

LA CUESTIÓN PORTUGUESA

Aparentemente y tal como hemos visto, la causa primera de la intervención francesa en la península ibérica fue la ocupación de Portugal. Sin embargo, por obra de los ingleses, las operaciones del combativo y colérico Junot no se desarrollaron tal como el emperador había previsto. Con todo, los augurios eran más que favorables para Francia, puesto que tras cruzar España con rapidez, los treinta mil hombres de su ejército entraron en Lisboa el 30 de noviembre de 1807 haciéndose dueños del país en tanto los miembros de la casa de Braganza huían precipitadamente a Brasil a bordo de transportes ingleses. Mientras Junot establecía con toda comodidad su cuartel general en Lisboa, comportándose como un verdadero virrey, la revolución antifrancesa en España sugirió al gobierno británico la posibilidad de plantar cara a Napoleón en la península ibérica, comenzando por una acción expedicionaria en Portugal. Para ello contaban los británicos con fuerzas muy escasas, en nada comparables a los más de cien mil hombres que Napoleón había destacado en la península. Según el historiador inglés del período napoleónico Christopher Hibbert, las tropas disponibles para una intervención en Portugal constaban de poco más de veintisiete mil hombres, muy dispersos además: nueve mil permanecían en Cork (Irlanda) bajo el mando del teniente general *sir* Arthur Wellesley, el futuro duque de

Wellington, como parte del contingente que se había pensado enviar a Venezuela en apoyo del general Miranda con el propósito de iniciar allí una revolución contra España; cinco mil permanecían a bordo de transportes en Gibraltar, de regreso de la fallida campaña de Whitelocke contra el Río de la Plata; tres mil más se encontraban al mando del mayor general William Carr Beresford en la isla de Madeira, como fuerza de ocupación para evitar la invasión francesa de este territorio portugués, y, por fin, se contaba con los diez mil hombres destacados con el general escocés *sir* John Moore en Suecia.

Pese a ser consciente el ministro del Exterior inglés George Canning de que no podría mantener el dominio por tierra en el continente, pero animado por el entusiasta levantamiento del pueblo español contra Napoleón el 2 de mayo de 1808, del que fueron convenientemente informados en Londres por dos enviados de la joven Junta de Asturias, el vizconde de Matarrosa, luego conde de Toreno, de papel significado en las Cortes de Cádiz, y el profesor de la Universidad de Oviedo Andrés de la Vega Infanzón, decidieron enviar tropas contra Junot a Portugal como movimiento diversivo que permitiese el progreso de la revuelta española. Paradójicamente, el elegido para comandar el ejército expedicionario fue Arthur Wellesley, quien hasta hacía poco debía conducir a sus hombres contra las posesiones españolas en América. Wellesley pudo

contar con sus nueve mil hombres acuartelados en Cork más los cuatro mil que, sin destino definido, permanecían en Gibraltar a las órdenes del general Spencer; en total unos trece mil hombres. El convoy conduciendo las tropas de Wellesley zarpó de Irlanda el 12 de julio de 1808 con rumbo a las costas portuguesas. A fin de conocer de primera mano la situación en la península, Wellesley se destacó de la flota, dirigiéndose hacia A Coruña a bordo de la fragata ligera *Crocodile,* ciudad a la que arribó el 20 de julio, y se entrevistó con los representantes de la recién creada Junta Superior de Galicia (5 de junio de 1808), que había asumido el poder soberano en ausencia del cautivo Fernando VII. Según el historiador decimonónico español José Gómez de Arteche, los miembros de la Junta le «suplicaron» a Wellesley que desembarcase sus tropas allí mismo para protegerles de los franceses, cosa que al parecer no fue cierta, y que además Wellesley ni quería ni podía hacer, pues portaba órdenes concretas de acudir a Portugal. Más aún, en un despacho fechado en A Coruña remitido por *sir* Arthur Wellesley a lord Castlereagh, publicado por el historiador español Pablo de Azcárate, aparece reflejada con toda claridad una imagen bien distinta de la serie de entrevistas mantenidas por el general inglés con los representantes de la Junta:

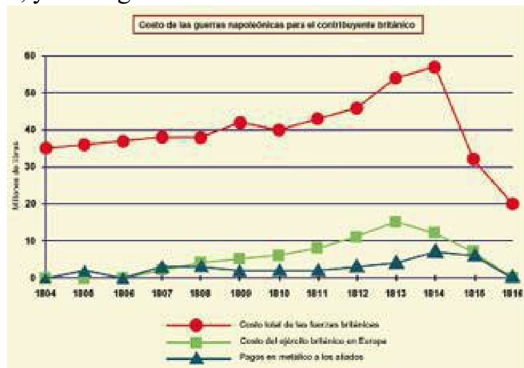
> No obstante la reciente derrota del ejército de Galicia (batalla de Medina de Rioseco), la Junta

> no ha expresado el menor deseo de recibir el auxilio de tropas británicas; y esta misma mañana me ha repetido que si se les provee de armas y dinero, pueden movilizar el número de hombres que se necesite; en mi opinión, esta resistencia a recibir el auxilio de tropas británicas responde, en gran parte, a la repugnancia que les causaría poner las suyas bajo el mando de los oficiales británicos.

Por si cupiera alguna duda, es bien sabido que esta actitud de recelo respecto a la cooperación con los ingleses por parte de las recién nacidas juntas provinciales era muy común. No en vano España e Inglaterra habían sido enemigas declaradas hasta hacía bien poco. Por ello, la general oposición al desembarco de tropas británicas en puertos españoles fue una constante en la guerra de la Independencia.

Continuando su travesía hacia Portugal, las tropas de Wellesley alcanzaron la desembocadura del Mondego, cerca de la población costera de Figueira da Foz, el 1 de agosto, desembarcando los casi nueve mil hombres de su cuerpo expedicionario entre grandes dificultades debido al fuerte oleaje. Cuatro días más tarde se les incorporaron los cuatro mil hombres del general Spencer procedentes de Gibraltar. Una vez reunidos, ambos contingentes iniciaron

la marcha el 10 de agosto por la carretera de Leiria hacia el sur, en busca de las tropas francesas. Antes Wellesley había hecho publicar una solemne proclama dirigida al pueblo portugués, en la que se anunciaba su propósito de luchar por la liberación del país de la opresión gala. Sin embargo, justo el día después de su desembarco en Mondego, recibió un despacho urgente del departamento de Guerra que supuso un verdadero mazazo a sus expectativas, pues el mando había dispuesto que tendría como sus superiores en la expedición a nada menos que tres generales más veteranos: *sir* Hew Dalrymple, un viejo general que desempeñaba entonces el cargo de gobernador de Gibraltar, *sir* Harry Burrand, un veterano de la Horse Guard que actuaría como segundo de Dalrymple, y por último *sir* John Moore, ya de regreso del fiasco sueco.



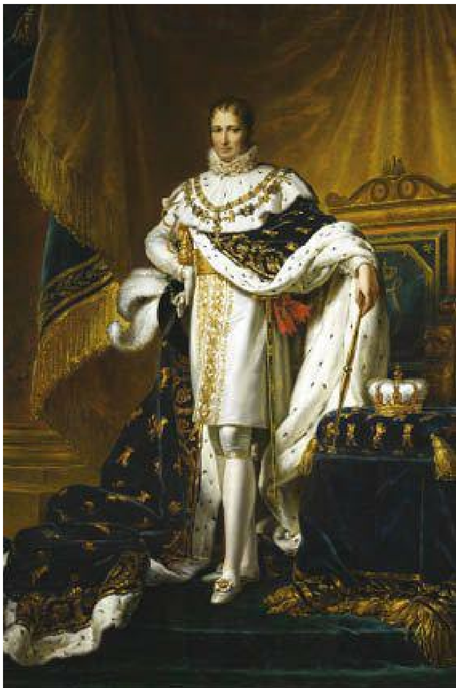
Fuente: Trevor Cairns (1991).

Aunque la primera intervención inglesa en la península comenzó con el éxito de las batallas de Roliça y Vimiero, forzando la capitulación de Junot en Sintra y su regreso por vía marítima a Francia, las operaciones de guerra continuaron en Portugal con suerte diversa para los contendientes, hasta el definitivo fracaso del mariscal André Masséna en Torres Vedras en octubre de 1810. La gran aportación a la guerra de la apertura del frente portugués fue forzar la presencia de las tropas inglesas en la península, lo que a la postre resultaría decisivo para la suerte de la guerra de la Independencia.

José I Bonaparte, rey de España

La revuelta del 2 de mayo de 1808 fomentó en España la creación de una serie de juntas provinciales con la finalidad de dar respuesta al vacío de poder provocado por la obligada renuncia de Fernando VII al trono. En realidad, la guerra supuso ser la primera etapa de la revolución española, solapando varios y contradictorios procesos. Así, fue una guerra nacional y popular, pero también hecha en nombre de la monarquía y de la religión; fue una guerra de independencia, pero también escenario singular de un conflicto internacional en el que los británicos

desempeñaron un papel capital. Aquí no finalizan las contradicciones si tenemos en cuenta las características del régimen reformista e ilustrado que quiso imponer José I, al estilo de lo que también había intentado aplicar en su etapa napolitana, pues al fin y al cabo era hijo de la Revolución. En su etapa española, José asistía a misa y a los toros, procuraba comer paella, plato que detestaba, y, en fin, trataba de comportarse como un buen rey, aunque nada de eso le sirvió de mucho a la hora de ganarse el afecto de los españoles, para quienes no pasaba de ser un usurpador y un borrachín –al que llamaban «Pepe Botella»–, aunque ni siquiera le gustaban las bebidas alcohólicas. Los más bonancibles le llamaban «el rey plazuelas» por sus intentos de establecer un proyecto urbanístico racional en Madrid. Fruto de este interés fue la creación de la plaza de Oriente, frente al palacio real de la capital.



José I Bonaparte, rey de España, por François Gérard, 1808. Hermano mayor de Napoleón (1768-1844), José vivió siempre a la sombra del emperador. De carácter mucho más pausado y cauteloso, tanto en Nápoles como en España trató de gobernar con sentido común y espíritu ilustrado. Con todo, nunca logró hacerse perdonar el hecho de que su único mérito para ser rey era el haberlo dispuesto así su hermano.

A través del Estatuto o Carta Otorgada elaborada por un grupo de notables en Bayona en julio de 1808, que nunca llegó a entrar en vigor, José Bonaparte propuso al pueblo español una carta pseudoconstitucional que por primera vez, dada su inspiración jacobina, se planteaba la eliminación de los privilegios territoriales en España. Así por ejemplo establecía:

> Art. 117. El sistema de contribuciones será igual en todo el reino.
>
> Art. 118. Todos los privilegios que actualmente existen concedidos a cuerpos o a particulares quedan suprimidos.

Lo que no era más que trasladar al papel un viejo anhelo de la ideología revolucionaria. Así, la nunca aplicada Constitución jacobina de 1793 contemplaba, significativamente, en su artículo VII: «La población y extensión de la República obligan al pueblo francés a dividirse en secciones para ejercer su soberanía; pero sus derechos no son ni menos reales, ni menos sagrados que si deliberasen en conjunto…». Era una consecuencia bien lógica de su artículo IV: «La República francesa es una e indivisible». Cuatro años después, los tradicionales distingos territoriales de origen foral aparecerían tácitamente contemplados por los redactores de la Constitución española de 1812. Otras cuestiones

resultaron entonces como hoy igual de llamativas: mientras el Estatuto de Bayona proclamaba la libertad de culto, la Constitución de 1812 reconocería como única religión de España la católica romana.

Entre tanto, la crisis dinástica y el levantamiento popular provocaron en España el colapso de la autoridad y una gran confusión de poderes. En la zona aún no controlada por los franceses, la pasividad de las autoridades provinciales (capitanes generales, audiencias y chancillerías), de los que no podría esperarse que se pusieran a la cabeza de una revuelta sin esperanza contra las guarniciones francesas desobedeciendo las órdenes explícitas de Fernando, produjo, como ya hemos señalado, la formación espontánea de estos nuevos poderes territoriales, las juntas provinciales, que parecían asumir la soberanía perdida por los Borbones. Esta actitud en extremo cautelosa de los poderes tradicionales resulta perfectamente comprensible si tenemos en cuenta que, ciñéndose a los hechos, los Borbones españoles les habían ordenado explícitamente que manifestasen su lealtad a los franceses.

A pesar de la evidente confusión entre los poderes que representaban la soberanía secuestrada, el levantamiento contra el francés no había comenzado mal, sino todo lo contrario. La capitulación de Dupont ante Castaños en Bailén el 19 de julio de 1808 fue la primera derrota en batalla campal de un ejército napoleónico, pues la de

Roliça, en el vecino Portugal, que tendría lugar el 17 de agosto, supuso el abandono de Madrid por el rey José I y su resguardo junto al ejército francés, retirado tras la línea del Ebro. Sin embargo, el posterior fracaso de Junot en tierras lusas obligó a un indignado Napoleón a intervenir en la península con el ímpetu formidable con el que anunció su marcha a España a la vanguardia de sus tropas el 11 de septiembre de 1808 en la conocida proclama de Saint-Cloud:

> ¡Soldados!: Después de haber triunfado en las orillas del Danubio y del Vístula, habéis atravesado Alemania a marchas forzadas. Hoy os hago atravesar Francia sin daros un momento de reposo. ¡Soldados!: Necesito de vosotros. La presencia odiosa del leopardo –Inglaterra– mancha los continentes de España y Portugal. Que a vuestra presencia huya espantado. Llevemos nuestras águilas triunfantes hasta las columnas de Hércules […]. Un verdadero francés no puede, no debe descansar mientras los mares no estén abiertos y libres. ¡Soldados!: todo cuanto habéis hecho, todo cuanto aún haréis para la felicidad del pueblo francés, por mi gloria y por la vuestra, quedará eternamente en mi corazón.

Así, Bonaparte protagonizará una segunda invasión francesa que tuvo su inicio con el encuentro en Vitoria con su cariacontecido hermano José el 7 noviembre de 1808. Muy pronto demostró el emperador su determinación de recuperar la península ibérica. Al mando de seis cuerpos de ejército, la guardia y una reserva, en total unos doscientos cuarenta mil hombres, y acompañado por lo más granado de sus mariscales, como Ney, Soult, Mortier, Victor o Lefebvre, presentó rápidamente batalla a los ejércitos españoles, sacando a estos de su dramático error al suponer que el éxito de Bailén era repetible ante la élite del ejército napoleónico. De este modo, el 10 de noviembre derrota Bonaparte en Espinosa de los Monteros al llamado «ejército de la izquierda», que integraba las fuerzas de Galicia, mandado por el general español de origen irlandés Joaquín Blake y Joyes. Lo mismo hizo con los ejércitos del centro mandados por el conde de Belveder (Burgos), de la derecha (Cataluña) y con la reserva situada en Aragón, obteniendo triunfos decisivos en Tudela, Gamonal y Somosierra. Sin más oponentes que derrotar, entró vencedor el 2 de diciembre en Madrid, provocando la huida de la Junta Central. Aparentemente, había triunfado sobre «aquel país de curas» al que parecía tener en tan poca consideración, si bien muy pronto los acontecimientos le harían mudar la visión simplificada que poseía de un país que nunca aceptaría las libertades que le ofrecían si estas

eran impuestas por un ejército extranjero, aunque fuesen muchas y obviamente necesarias, tal como anunció en el decreto que apresuradamente comenzó a dictar la primera noche que durmió en Madrid:

> Madrid se ha rendido y ha sido ocupada al mediodía.
>
> A partir de la publicación del presente decreto, quedan abolidos los derechos feudales en España. El tribunal de la Inquisición queda abolido, por atentar contra la soberanía y la autoridad civiles. A partir del próximo 1 de enero, se suprimen las barreras entre provincias, y las aduanas serán trasladadas y establecidas en las fronteras.



La rendición de Bailén, por José Casado del Alisal (1864), Museo del Prado, Madrid. El 19 de julio de 1808, una fecha significativa en la era napoleónica al suponer la primera derrota en línea de batalla de un ejército francés. El calor, la disentería y la falta de agua jugaron en contra de las tropas mandadas por Dupont, si bien estas, a pesar de tener en sus filas algunas unidades de la Guardia Imperial, no eran precisamente la *Grande Armée,* que por entonces se hallaba acantonada en Alemania.

Conocedor de la apresurada retirada de las tropas de *sir* John Moore hacia Galicia, lo persigue hasta Astorga, pero ha de regresar a París. Allí, el trío de eternos intrigantes, Talleyrand, Fouché y su propio cuñado Murat, preparan una eventual sucesión del emperador. Napoleón regresa sin más dilación a París, haciendo muchas de aquellas leguas a uña de caballo, apenas acompañado por media docena de guardias y Rustam, su fiel mameluco. Al llegar se

entrevista por separado con Fouché y Talleyrand. Este último es muy consciente de su felonía, aunque parezca no inmutarse ante los insultos y acusaciones que le dedicó el emperador:

> ¡Es usted un ladrón! ¡Un rastrero, un hombre sin fe! ¡Usted no cree en Dios! ¡Toda su vida ha faltado a sus deberes, engañando y traicionando a todo el mundo! ¡No hay nada sagrado para usted! ¡Vendería a su propio padre! Yo lo he colmado de bienes y usted, en cambio, es capaz de cualquier cosa contra mí. Por eso, después de diez meses, tiene la osadía de decir… porque supone que mis asuntos en España van mal… que era contrario a mi campaña en ese reino, cuando fue usted quien me sugirió la idea y me animó a ello con perseverancia.

Sin embargo, se limita a destituirlo de su cargo de gran chambelán. A Fouché le insta, simplemente, a que se dedique a su cargo en la policía, sin inmiscuirse en las cuestiones políticas: «¡Un hombre al que hago ministro sólo puede ir a mear al cabo de cuatro años!». No puede hacer más, los necesita. Talleyrand es su único nexo con los poderosos provenientes del Antiguo Régimen, el zar Alejandro entre ellos. En cuanto a Fouché, ¿cómo sustituir al hombre mejor informado de Francia?

Entrevista en Erfurt y nueva guerra con Austria

Previamente a su marcha a la guerra española, Napoleón desea que su amigo el zar Alejandro le garantice que mantendrá controlada a Austria en su ausencia. Para ello, el 27 de septiembre de 1808 se reúne con gran boato con él en Erfurt, un pequeño enclave francés en la Turingia alemana. Muy pronto repara en que su amigo de Tilsit ha cambiado; rehúsa pronunciarse con claridad sobre la cuestión austriaca. No obstante, llegan a un vago acuerdo de socorro mutuo. Como precio de la alianza, Napoleón ofreció a Alejandro las antiguas provincias turcas de Valaquia y Moldavia; una conquista territorial muy considerable. Alejandro se sintió impresionado por tal generosidad: «Nadie comprende el carácter de este hombre –confió a Talleyrand–. Nadie comprende cuán bueno es».



Napoleón en Erfurt, por el grabador Raffet, 1840. En septiembre de 1808 Napoleón todavía confiaba en la posibilidad de mantener sus acuerdos con Alejandro I de Rusia. No obstante, este, que lo había admirado sinceramente, tornó su opinión personal sobre él radicalmente tras la ejecución del duque de Enghien. En aquella ocasión la corte rusa guardó luto y a Alejandro se le oyó decir: «Bonaparte no es un verdadero patriota, sino sólo el más famoso tirano que el mundo ha producido».

Por su parte, el astuto Talleyrand, el «pálido príncipe» como le llamaba Napoleón, hacía la política que le parecía, preparándose para una eventual caída de su amo. De hecho, si Bonaparte hubiese llegado a conocer los términos en los que se dirigía al zar de Rusia, lo hubiese destituido al instante. En opinión del incombustible político, Bonaparte había llegado demasiado lejos en su ambición: «*Sire* –le dijo a Alejandro–, ¿qué venís a hacer aquí? A vos os corresponde salvar a Europa y sólo lo conseguiréis

plantándole cara a Napoleón. El pueblo francés es civilizado, su soberano no lo es. Corresponde por tanto al soberano de Rusia ser el aliado del pueblo francés». Y en otra ocasión durante aquellos días: «El Rin, los Alpes y los Pirineos son una conquista de Francia; el resto es conquista del emperador, a Francia no le interesa». A la vez, Talleyrand trataba de limar las asperezas que siempre había mantenido con Fouché, a fin de preservarse en el poder y estar preparado para la eventualidad de la caída de un Napoleón al que ya consideraba más un déspota que un salvador de la patria.

Bonaparte no salió satisfecho de la conferencia mantenida en Erfurt. Percibía que la complicidad que sentía con el zar se había esfumado; en otras palabras, no se fiaba ya de él y no le faltaban razones. De hecho, cuando Austria declaró nuevamente la guerra a Francia en abril de 1809, el zar no mostró el menor deseo de colaborar con Napoleón. Las tropas rusas que presuntamente debían atacar la provincia austriaca de Galitzia no aparecieron. Napoleón tampoco las necesitó: el 6 de julio de 1809 derrota a los austriacos en la batalla de Wagram y les obliga nuevamente a firmar una paz ventajosa. La batalla ha sido dura e incierta, la bravura de Masséna, «el hijo querido de la victoria», y una enorme batería de cien cañones le han salvado esta vez, pero el emperador está cada vez más cansado, el estómago se le resiente ya con frecuencia, encuentra que está

rodeado de inútiles sin honor. Así se lo hace saber a su propio hermano Jerónimo:

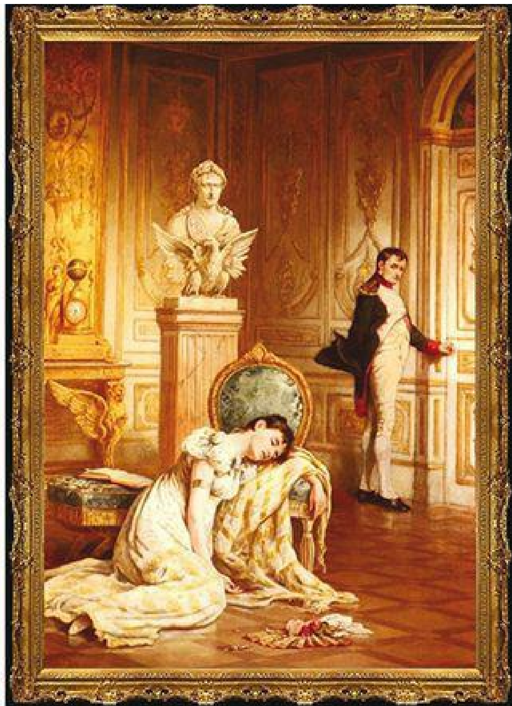
> Primero hay que ser soldado, luego soldado, y más tarde seguir siendo soldado; hay que vivaquear con la vanguardia, estar sobre el caballo día y noche, avanzar con la vanguardia para saber las noticias de última hora, en lugar de permanecer en el harén. Hermano, usted hace la guerra como un sátrapa.

Por otra parte, Napoleón considerará desde entonces a Alejandro I un «conspirador bizantino», aunque en realidad el monarca ruso se debatía entre su sentido del honor y las presiones de su entorno para que deshiciese los pactos que mantenía con «el tirano» Napoleón.

EN BUSCA DE UN HEREDERO

El divorcio de Josefina, más bien la necesidad de hacerlo a fin de dotar al Imperio de un sucesor de su sangre, obsesionaba cada vez más a Napoleón. Aun a pesar de sus defectos y extravagancias –en 1809 había adquirido quinientos veinticuatro pares de zapatos y gastado tres mil quinientos noventa y nueve francos en colorete, destinado a avivar sus mejillas descoloridas–, amaba a su esposa a su

manera. A menudo conversa con Cambacérès sobre sus intimidades con la emperatriz: «He amado mucho a Josefina –dice Napoleón–. Pero no le guardo mucho aprecio: es demasiado mentirosa. Tiene algo que atrae –continúa–. Es una auténtica mujer –y añade sonriendo–: Tiene el culito más encantador que uno pueda imaginarse». Pero, como ya hemos explicado, aquella no era la cuestión; era preciso casarse nuevamente con una joven capaz de proporcionarle un heredero.



Recreación historicista del adiós de Napoleón a Josefina, por John Pott. El que había escrito a su amada: «No pido amor ni fidelidad eternos, únicamente... la verdad, una franqueza ilimitada. El día que me digas "te amo menos" será el último día de mi amor o el último de mi vida», se vio obligado a tomar la decisión de divorciarse. La sucesión del Imperio así lo

demandaba.

En octubre de 1809 Napoleón decidió que aquella decisión no podía posponerse más. El 30 de noviembre de 1809, en las Tullerías, el emperador se lo confesó a su esposa: «Todavía te amo –dijo–, pero en política el corazón no existe, sólo importa la cabeza». Se cuenta que Josefina sufrió un desmayo por la emoción, luego lloró y rogó que no lo hiciese, pero la decisión estaba tomada. Como paso previo, la diócesis de París declaró nulo el apresurado matrimonio canónico que habían contraído la víspera de la coronación. Salvado este escollo, el 15 de diciembre de 1809 el Senado declara legalmente divorciados a Napoleón y Josefina tras catorce años de vida en común. Josefina tendrá derecho a seguir ostentando el título de emperatriz, se la indemniza con dos millones de francos y se le permite mantener a su nombre la residencia de la Malmaison. Napoleón no puede ser más claro en el texto de su autoría que envía a la consideración del Senado:

> La política de mi monarquía, el interés y el deseo de mis pueblos, que han guiado continuamente mis acciones, quieren que, a mi muerte, deje el trono en donde la Providencia me ha instalado a hijos herederos de mi amor por mis pueblos. Sin embargo, hace ya varios años que he perdido la esperanza de tener hijos de mi matrimonio con mi amada esposa, la emperatriz Josefina. Ello me obliga a sacrificar los más dulces sentimientos

> de mi corazón, a no atender más que al bien del Estado, y a decidir la disolución de nuestra unión.
>
> Llegado ya a la edad de cuarenta años, abrigo la esperanza de vivir lo suficiente para educar en mis valores y mis ideas a los hijos que la Providencia me conceda. Dios sabe lo que le ha costado a mi corazón tal resolución, pero no existe sacrificio que esté por encima de mi valor si ha de ser por el bien de Francia. No debo sino felicitarme de la fidelidad y la ternura de mi amada esposa… y de que me considere en adelante su amigo mejor y más querido.

A pesar de sentirse bastante triste por haber despedido a su amada, Bonaparte no perdió el tiempo y comenzó a buscar candidatas para el lecho imperial. Primero Anna, hermana del zar Alejandro. Su antiguo amigo pareció estar de acuerdo con la unión, pero no así la reina madre ni la corte rusa, conque desde San Petersburgo no llegaron más que largas a un indignado Napoleón, que dirigió entonces su mirada hacia Austria. En aquella corte se hallaba María Luisa, hija del emperador Francisco, que contaba entonces con dieciocho años. Aquí hubo más suerte, el emperador de Austria contaba con que las onerosas condiciones que había tenido que firmar tras perder la última guerra con Francia

se verían suavizadas si emparentaba con Napoleón. De modo que enseguida acordaron que la joven princesa llegaría a París el 27 de marzo de 1810.

Contrajeron matrimonio por poderes el 11 de marzo de 1810. Napoleón, ansioso por disfrutar de su nueva esposa, dejó apresuradamente las Tullerías para ir a esperarla al castillo de Compiègne, donde Luis XVI recibiera años ha a otra princesa austriaca, María Antonieta. María Luisa era una mujer guapa y vital que enseguida comenzó a disfrutar con los favores de su esposo, veintidós años mayor que ella, ya rechoncho y con poco pelo. Se cuenta que la noche de bodas, complacida por la técnica amatoria de Napoleón, lo invitó a «hacerlo de nuevo». No obstante, existía una enorme distancia entre el valor y la fuerza mental de Josefina y el carácter temeroso y poco brillante de la nueva emperatriz. Muy pronto Bonaparte comprendería la diferencia.

La real pareja contrajo matrimonio religioso el 2 de abril de 1810 en una capilla habilitada para la ocasión en las Tullerías. Esta vez les casó el cardenal Fesch en una sencilla ceremonia, y es que el papa había excomulgado a Bonaparte por invadir los Estados Pontificios y no se le esperaba en París.



La emperatriz María Luisa, por François Gérard (1810). No fue solamente la «esposa adecuada» para otorgar al emperador el hijo que anhelaba, también fue una amante entregada y muy pasional, la alegría de Napoleón en tanto corrían buenos días. Tras la derrota de Leipzig María Luisa lo abandonó, llevándose consigo para siempre a su hijo el rey de Roma, al que el emperador no volvería a ver jamás.

María Luisa colmó rápidamente las expectativas del emperador: en julio de ese mismo año se anunció que estaba embarazada. Nueve meses después se preveía un parto difícil. Napoleón aclaró a los médicos que si las

cosas iban mal salvaran antes a su mujer, gesto que María Luisa apreció toda su vida. El 20 de marzo de 1811 sucedió sin contratiempos el feliz parto. Si hubiese sido niña, los parisinos habrían oído veinte cañonazos, pero fue niño y retumbaron ciento una salvas; al fin el emperador tenía un heredero. Exultante, Napoleón escribe a Josefina: «Tengo un hijo robusto y sano. Tiene mi pecho, mi boca y mis ojos, confío en que cumpla su destino».

Napoleón tenía razones para sentirse tan feliz, pues de alguna manera había emparentado con los Habsburgo, el abolengo más rancio de Europa. Su hijo, Napoleón Francisco José Carlos Bonaparte, que lució desde su nacimiento el título de rey de Roma, llevaba en sus venas sangre francesa y sangre germánica. Era el heredero ideal para un imperio esencialmente europeo.

Pero por el momento, las cosas no marchan tan bien como debieran. De nuevo hay una profunda crisis económica en Francia, Bernadotte gobierna Suecia como si ya fuese su rey, viviendo en connivencia con el tráfico marítimo inglés. En España sus mariscales se muestran incapaces de frenar a los españoles y a las tropas de *sir* Arthur Wellesley, que sería nombrado duque de Wellington en 1814 por sus méritos en la guerra de la Independencia española. En Nápoles Murat parece cada día menos francés y más desafecto a la causa, y Napoleón está indignado con su viejo camarada de armas: «Todos los ciudadanos del

reino de las Dos Sicilias son ciudadanos franceses. Usted se ha rodeado de hombres que odian a Francia y desean perderlo [...]. Pero, por su modo de actuar, comprobaré si es aún francés». Por si algo faltase, Alejandro de Rusia ya no se esconde, le comunica que desea comerciar libremente sin imposiciones francesas: aquello era, técnicamente, un ultimátum que Napoleón no podía aceptar.

LA RATONERA RUSA

La actitud de Alejandro de Rusia respecto a Napoleón había cambiado diametralmente. Parecía querer recuperar la política expansionista de Catalina la Grande, exigiendo en abril de 1812 la evacuación de las tropas francesas de Prusia y del Gran Ducado de Varsovia, como paso previo a una eventual reestructuración de las fronteras europeas. A la vez, había trazado alianzas con la Suecia de Carlos XIII, gobernada de facto por Bernadotte, que se había convertido en enemigo declarado de Bonaparte. No cabía sino la guerra.

Napoleón era consciente de que si abandonaba a los polacos a su suerte, Rusia no tardaría en anexionarlos. Por otra parte, veía ventajas en hacer la guerra a Alejandro. Soñaba, como otro Alejandro, con el hecho de que dominar

Rusia significaría abrir las puertas de la India, que era decir lo mismo que estrangular el comercio de una Inglaterra también exhausta por el bloqueo, como decía de ellos Napoleón: «están atiborrados de pimienta, pero no tienen pan». Finalmente, decidió que invadir el Imperio ruso era el mal menor de las difíciles opciones que se desplegaban sobre su mesa de trabajo.

De este modo, la *Grande Armée* cruzó el Niemen el 24 de junio de 1812. Era un ejército más europeo que francés; había italianos, que lucían uniformes bordados con la leyenda «Gli uomini liberi sono fratelli», todo un símbolo de aquella contradictoria era. Había también, naturalmente, muchos polacos, y portugueses, bávaros, croatas, dálmatas, daneses, holandeses, napolitanos, alemanes del norte, sajones y suizos. Un total de veinte naciones diferentes que conformaban un ejército gigantesco formado por quinientos treinta mil hombres, treinta mil coches y carros y ciento cincuenta mil caballos. Llevados por la épica del momento, muchos de ellos estaban convencidos de que atravesando aquella estepa, tórrida, llana y polvorienta llegarían a los confines de la India.

Mientras el ejército napoleónico avanzaba en largas y agotadoras jornadas de marcha, con Napoleón siempre al frente, bien montado a lomos de su caballo Marengo, bien a bordo de su berlina verde tirada por cuatro caballos de Limousin que usaba también para dormir en plena marcha,

el ejército ruso, ciento veinte mil hombres al mando del general de origen escocés Barclay de Tolly, se retiraba evitando cualquier confrontación directa. A pesar de la persecución a la que le sometía Bonaparte, Barclay logró conectar a orillas del Dniéper con las tropas del príncipe Bagratión. El 17 de agosto, cerca de Smolensk, Bonaparte estuvo a punto de dar con el contingente ruso, pero estos sacrificaron la ciudad, incendiándola, para levantar entre ellos y los franceses una barrera de fuego, iniciando la célebre táctica rusa de la «tierra quemada» cuyo fin último era impedir abastecerse al enemigo. La escena se repitió durante siete eternas semanas de marchas forzadas; cada aldea, cada pueblo aparecía ante sus ojos humeante y las cosechas enterradas o quemadas. De este modo, la inmensa columna se iba adelgazando a base de dejar guarniciones en cada etapa a fin de garantizar el paso de los costosos suministros. De hecho, la falta de forraje obligaba ya a sacrificar muchos caballos. Pero todo aquello parecía rejuvenecer a Bonaparte; así entendía su función al frente de sus hombres: «Gobernar el Imperio es una tarea interesante. Podría estar en París, pasándolo bien y holgazaneando... En cambio, estoy aquí con ustedes, acampando; y en la acción podría alcanzarme una bala, como a cualquiera... Estoy tratando de superarme. Todos, cada uno en su puesto, deben hacer lo mismo. Esto es la grandeza».

Napoleón debía elegir entre atacar la cabeza, los pies o el mismo corazón de Rusia. La cabeza era San Petersburgo, allí moraban el zar y la Administración, los pies los representaba Kiev, la gran ciudad meridional, pero el corazón de la inmensa Rusia seguía siendo Moscú, centro de todas las rutas que atravesaban tan dilatado territorio.

El zar Alejandro, presionado por sus ministros y la opinión pública, comprendió que su ejército no podía huir más. Debía defender Moscú a cualquier precio. A tal fin, sustituyó al templado Barclay por el general Kutúzov, de sesenta y ocho años, al que Napoleón, que ya lo había derrotado en Austerlitz, llamaba «la matrona» debido a su obesidad. De hecho, el viejo y tuerto general no podía montar a caballo y debía mandar las tropas subido a un carro, el tradicional *droshky* ruso.

Kutúzov decidió desplegar a su ejército al sur de la aldea de Borodino, situada junto al río Kolotchaun, tributario del Moskova. Allí aguardó la llegada de Napoleón, que se produjo el 6 de septiembre. El emperador venía muy debilitado por la larga marcha, sufría disuria, que le producía fuertes dolores al orinar, y amén de ello, los dolores de cabeza le atormentaban desde hacía semanas. Sólo la llegada de un cuadro, obra de François Gérard, representando a su hijo, pareció animarle un poco aquellas jornadas.

El campo de batalla elegido por Kutúzov no seducía en

nada a Napoleón, pues era demasiado arbolado para los progresos de flanqueo de la caballería. Además la artillería había adoptado una posición muy fuerte, sobre las colinas que dominaban el escenario. En Borodino habían confluido tres ejércitos rusos, mandados respectivamente por Barclay, con setenta y cinco mil hombres, el príncipe Bagratión con treinta mil y Tuchkov con otros veinte mil, con Kutúzov ostentando el mando general de las operaciones; en total ciento veinte mil hombres y seiscientos cuarenta cañones, frente a los ciento treinta y tres mil hombres y quinientos setenta y ocho cañones que Napoleón había logrado arrastrar hasta allí a través de la inclemente estepa. En su arenga, el hábil Kutúzov calificó a Napoleón de anticristo, el enemigo de Dios y amigo del sanedrín hebreo, puesto que allá por donde iba liberaba a los judíos de sus guetos, algo impensable en la tradicional Rusia.



Napoleón Francisco José Carlos Bonaparte, rey de Roma, obra de François Gérard, 1812, Petit Trianon, Versalles. En medio de las penalidades de la campaña de Rusia, la llegada de este pequeño retrato de su hijo (60 × 49 cm) iluminó las horas de Napoleón, que al contemplarlo lo consideró «extraordinario», y presidió desde ese mismo momento su escueta tienda de campaña.

El fuego de cañón comenzó a las cinco de la mañana, en tanto el príncipe Eugène de Beauharnais comenzó un ataque de distracción sobre la misma aldea de Borodino. A continuación, Davout y Ney percutieron ferozmente contra las defensas rusas, pero nada era suficiente frente a la

resistencia de los rusos, que preferían morir en sus posiciones antes de rendirse. La caballería de Murat corrió en ayuda de Ney. Por su parte, el príncipe Eugène había tomado Borodino, mientras el polaco Poniatowski topaba con una feroz resistencia rusa pese a que el general Tuchkov había muerto y el príncipe Bagratión agonizaba a causa de sus heridas

Cuando parecía que un último ataque de la guardia del emperador acabaría por decidir la batalla, el astuto Kutúzov lanzó contra los franceses a su caballería cosaca de reserva, hecho que aconsejó a Napoleón mantener la guardia a cubierto hasta ver en qué paraba el ataque principal de Ney, apoyado por la artillería.

La batalla era tan cruenta en el reducto ruso que, a ojos de un testigo, «los caminos de acceso, las zanjas y el interior desaparecían bajo una montaña de muertos y moribundos, un promedio de seis a ocho hombres apilados unos sobre otros». El campo se llenó de heridos. En el bando francés se lavaban las heridas con una cocción de malvavisco y se las vendaban con compresas de vino. En caso de las heridas profundas en extremidades, había que amputar para evitar la gangrena. Sólo Larrey, el cirujano principal del ejército napoleónico, amputó doscientos miembros en aquella jornada, con un trago de brandy y un paño para morder como única asistencia al dolor del herido.



La batalla de Borodino, 1812, por Louis F. Lejeune, 1822. Louis François Lejeune (1775-1848) era, además de un pintor de batallas excepcional, un soldado que recreaba lo que había contemplado en combate.Por ello sus obras son muy admiradas por los historiadores del período napoleónico. Fue, sucesivamente, lugarteniente-adjunto a Napoleón en 1794, ayudante de campo del mariscal Berthier de 1800 a 1812 y general de brigada durante la terrible campaña de Rusia.

Cuando la luz solar comenzaba ya a agostarse, los ataques combinados de Eugène de Beauharnais, Ney y Murat, lograron finalmente tomar el reducto ruso y decantar la victoria para Francia. Kutúzov ordenó una retirada ordenada hacia Moscú, y dejó tras de sí cuarenta y cuatro mil bajas entre muertos y heridos. Napoleón perdió

a treinta y tres mil hombres, entre ellos cuarenta y tres generales, dato que habla bien a las claras del fragor terrible de aquella lucha. De hecho, Borodino fue una victoria, pero no desde luego de aquellas recordadas por los veteranos de Bonaparte, los cuales habían vivido allí una auténtica carnicería que, en cierto modo, permitía a los rusos mantener las espadas en alto. Las sensaciones de aquella épica batalla las reprodujo seguramente mejor que nadie León Tolstói en *Guerra y paz;* había sido un encuentro ciertamente terrible y también ciertamente igualado, la única diferencia es que de necesitarse un último esfuerzo, este hubiese sido francés sin duda alguna, al mantener Napoleón incólume la guardia imperial:

> Cualquiera que hubiese visto las últimas filas del ejército ruso hubiera dicho que los franceses no tenían que hacer más que un ligero esfuerzo para aniquilarlo. Cualquiera que viera la retaguardia francesa hubiese dicho que los rusos no tenían que hacer más que un pequeño esfuerzo para destruir a los franceses. Pero ni los franceses ni los rusos hicieron este esfuerzo y el fuego de la batalla se extinguió lentamente.

Por fin, el 13 de septiembre de 1812, casi tres meses después de haber cruzado el Niemen, el cuerpo principal de la *Grande Armée* llegó a los suburbios de Moscú y los

expedicionarios observaron fascinados aquel espectáculo de palacios e iglesias de doradas cúpulas. «¡Aquí está, al fin! Ya era hora», exclamó un agotado Napoleón. Pero repara en que nadie se acerca a entregar la ciudad, algo muy extraño; ni en El Cairo le había sucedido tal cosa. Por ello, la entrada en Moscú fue muy triste. Pronto se hizo evidente que la mayoría de los moscovitas habían cumplido el mandato de evacuación dictado por el gobernador Teodor Rostopchin. Al día siguiente los franceses pudieron comprobar que las órdenes del gobernador no habían quedado ahí. Moscú comenzó a arder por los cuatro costados por obra de un millar de convictos liberados con el encargo de incendiar la ciudad. Muy pronto el fuego amenazó el mismo Kremlin, en uno de cuyos palacios se había instalado Napoleón. El incendio duró ocho días con sus noches y al finalizar el aire era irrespirable y la ciudad ya no existía como tal. Napoleón está furioso: «¡Así es como los rusos hacen la guerra! –dice–. El progreso de San Petersburgo nos ha engañado: ¡siguen siendo unos escitas!».

UNA RETIRADA INFERNAL

Bonaparte confiaba en que Alejandro aceptaría la paz ahora que había conquistado Moscú, pero no recibió

ninguna respuesta del zar. Pensó entonces en marchar sobre San Petersburgo, pero los generales de su Consejo de Guerra, fundamentalmente los más influyentes, como Davout, Murat y Berthier, argumentaron el peligro que suponía efectuar una marcha hacia el norte con el invierno en ciernes, sobre todo teniendo en cuenta que Kutúzov podría cortar sus líneas de suministro por donde quisiese. Así las cosas, decidieron retirarse por Smolensk en busca de un lugar seguro de invernada en Polonia o en Lituania. Descartaron de este modo el camino más meridional y bonancible del sur, a través de Kiev, por miedo a las enormes crecidas del Dniéper, que, curiosamente, no se desbordó en 1812. Tal vez aguardando aún la respuesta de Alejandro, Napoleón no dio orden de partir hasta el 19 de octubre, cuando en Moscú ya nevaba a razón de ocho centímetros de nieve por noche, mientras un sangriento ataque de Kutúzov a la desapercibida caballería de Murat había supuesto la pérdida de dos mil quinientos hombres. Obviamente, habían aguardado demasiado tiempo; caminar ahora hacia el este era hacerlo hacia un infierno de nieve, barro y frío mortal.

Partieron de Moscú noventa mil infantes, quince mil soldados de caballería, quinientos sesenta y nueve cañones y diez mil carros con bastimentos para no más de veinte días. Pero ese no era el problema, mucho peor era el asunto del forraje para los animales: con el que podían

transportar no había ni para una semana y no era de esperar que encontrasen otra cosa que desolación en el camino que los aguardaba.

Y además de desolación, encontraron a los cosacos, que los hostigaban a cada paso, poniendo la vida de Napoleón en peligro en alguna ocasión. Kutúzov hacía su parte del trabajo, empujando a la columna hacia el norte, precisamente a través de la ruta de pueblos quemados que habían seguido en su marcha hacia Borodino. Muy pronto los caballos no tuvieron qué comer y sólo podían mordisquear las cortezas de los pinos; se debilitaron y hubo que ir abandonando cañones a lo largo del camino.

El 6 de noviembre el termómetro marcaba ya 22° bajo cero. Muchos soldados destripaban a los caballos muertos para poder dormir al abrigo de sus panzas; si pedían cobijo en alguna aldea, lo normal es que no despertasen a la mañana siguiente porque eran degollados a la menor oportunidad.



Retirada de Napoleón de Moscú, por Adolf Northern (1828-1876). La frase más repetida por el emperador en aquellos días de sufrimiento y penalidades sin cuento fue: «Entre lo sublime y lo ridículo sólo hay un paso». Siempre lamentaría haber dilatado de tal modo su partida de Moscú que cuando al final decidió dar orden general de marcha, el «general invierno» estaba ya esperándoles, rodeado de cosacos, además. El desastre ruso lo fue sin paliativos de ninguna clase.

Con todo, la *Armée* alcanzó Smolensk el 14 de noviembre, para comprobar que dos cuerpos de ejército ruso se dirigían hacia ellos formando una tenaza, el del príncipe Ludwig Adolf Wittgenstein por el norte y las tropas del almirante Tchitchagov desde el sur. Bonaparte comprende que si quiere salvar a su ejército, ha de cruzar con urgencia el río Beresina, al que llega la tarde del día 25 de noviembre. Esperaba encontrarlo helado, pero no fue así, tenía delante de él un caudaloso torrente de doscientos

veinte metros de ancho y a su espalda los rusos pisándole los talones. Hasta Murat pensó que aquella alocada carrera había terminado, pero no Napoleón, que enseguida pensó en cómo cruzarlo, construyendo pontones a toda prisa sobre un vado poco conocido, cerca de la aldea de Studienka, a unos quince kilómetros río arriba, mientras engañaba al enemigo haciéndole creer que estaban derribando árboles para cruzar río abajo. Increíblemente, el plan surtió efecto y el día 27 pudieron comenzar a cruzar el río sin ser molestados por los rusos, que no repararon en el ardid hasta el día siguiente, cuando atacaron furiosamente la cabeza de puente, que fue magistralmente defendida por Ney en uno de los más valerosos episodios de la campaña.

Como resultado, en la mañana del día 29, Napoleón comprobó que había conseguido pasar al otro lado al grueso de su sacrificado ejército, perdiendo ocho mil de sus hombres que habían quedado rezagados o cautivos cuando se ordenó destruir los pontones. Cuarenta mil hombres se salvaron, así como prácticamente toda la artillería que aún les quedaba. Parecía que, al menos, ahora tendrían alguna oportunidad de alcanzar Polonia y ponerse a resguardo de los rusos y sobre todo de aquel invierno absolutamente infernal.

De hecho, Napoleón planeaba desde hacía días abandonar sus tropas, dejándolas al mando de Murat, esencialmente porque había sido informado de que en París su viejo

enemigo el general Claude François de Malet se había levantado en armas haciendo correr la especie de que el emperador había muerto en Moscú. Confiaba en Murat cuando estaba cerca de él; sabía que en Nápoles su ánimo era de quien le halagaba y a menudo deseaba volar solo cuanto antes, pero en aquellas circunstancias Murat sería el de siempre. Sin pensarlo mucho más, tomó un trineo con su fiel Rustam y el no menos fiel embajador en Rusia, Armand de Caulaincourt, y la guardia imprescindible y tomó el camino de Polonia. La retirada del ejército, ahora al mando de Murat, a 36° bajo cero y sin vituallas, supuso un golpe de gracia al honor francés. El 16 de diciembre tan sólo dieciocho mil hombres habían logrado cruzar el Niemen y pocos más pudieron llegar en pequeños grupos en días sucesivos. Entre muertos, prisioneros o desertores, la *Armée* había perdido trescientos ochenta mil soldados. Napoleón había dejado tras de sí uno de los mayores desastres militares de la historia.

Entre tanto, el 9 de diciembre Bonaparte había llegado a Varsovia. En su fuero interno era muy consciente de que había cometido un par de errores gruesos en la campaña: el primero, no haber aguardado en el Niemen una posible propuesta de paz de Alejandro; el segundo, el haber decidido alargar su partida de Moscú en espera de la misma propuesta, dejándose atacar por el «general invierno». Pero en Varsovia se dedicó a ser el que era, explicando a su

manera la campaña a los numerosos interlocutores que le interpelaban a cada paso:

> ¡Peligros! En realidad, ninguno. Cuando me sacuden, prospero; cuantas más preocupaciones tengo, mejor estoy de salud. Los reyes perezosos engordan en los palacios, pero yo engordo montando a caballo y bajo la tienda. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. En Marengo estaba derrotado hasta las seis de la tarde; al día siguiente era el dueño de Italia. En Essiing no pude impedir que el Danubio creciera cinco metros en una noche. De no haber sido por eso, la monarquía austriaca hubiera estado acabada; pero el cielo decidió que yo me casaría con una archiduquesa. Lo mismo en Rusia. No pude impedir el frío. Todas las mañanas venían a decirme que durante la noche había perdido diez mil caballos; ¡ah, bien!, un viaje agradable.

Pero al llegar a París, hizo publicar en el *Moniteur* el vigésimo noveno boletín, que decía lo que decía y con notoria claridad. Habían fracasado:

> El ejército había comenzado a moverse sin problema, pero el frío recrudeció súbitamente; los caminos se cubrieron de hielo, y más de treinta mil caballos perecieron en unos días.

> Había que marchar para no afrontar una batalla que la escasez de municiones aconsejaba evitar. El enemigo, al comprobar por los caminos las huellas de esa lamentable calamidad que azotaba al ejército, trató de sacar provecho. Rodeó todas las columnas con la despreciable caballería de cosacos, quienes se llevaban –como hacían los árabes en el desierto– los carros y los coches rezagados. Hombres a quienes la naturaleza no ha dotado suficientemente para estar por encima de las eventualidades de la suerte y de la fortuna se desmoronaron, perdieron su alegría y su buen humor y no pensaron más que en las desgracias y catástrofes. El ejército necesita restablecer su disciplina, rehacerse, recuperar su caballería. El emperador ha marchado siempre entre su guardia. Hemos reunido a los oficiales que disponían aún de caballo para formar un escuadrón cerrado, al mando del general Grouchy y a las órdenes del rey de Nápoles, para que no perdiera de vista ninguno de los movimientos del emperador.

Fracaso, en suma y no sólo en Rusia, también en España, donde las cosas marchaban cada día peor. El 21 de junio de 1813 *sir* Arthur Wellesley gana la batalla de Vitoria y el mariscal Ney se ve obligado a retirarse hacia territorio

francés. Bonaparte parece anhelar una paz duradera que le permita dedicarse al fomento de la industria y el comercio, a la construcción de canales… Parecía harto de batallar: «No soy un Quijote deseoso de aventuras. Soy un ser razonable que sólo hace lo que cree útil». Es demasiado tarde para eso; en Europa ha acumulado tantas cuentas pendientes que sus enemigos no encontrarán satisfacción con sentir la liberación del peso de su yugo. Lo que desean es expulsarle de Francia para siempre. Los lobos habían aventado la debilidad de la presa, el derrumbe del castillo de naipes había comenzado.

Años de derrota y exilio

«Sólo el general Bonaparte puede salvar ahora al emperador Bonaparte»

Napoleón había regresado de Rusia con la esperanza de que sus enemigos, aún temerosos de una *Armée* que seguía siendo formidable, se olvidasen de él y le permitiesen restañar heridas y administrar su imperio según sus maneras burguesas y republicanas. Al fin, mantenía razones para la esperanza en su pueblo, no estaba gobernando sino para ellos. Como le confesó a su ahora inseparable embajador, pronto ministro de Asuntos Exteriores, Caulaincourt:

> Me gusta el poder, se dice. Vaya, ¿alguien en los departamentos tiene motivos para quejarse? Nunca las cárceles han reunido muchos prisioneros. ¿Se quejan de un prefecto sin obtener justicia? Primer cónsul, emperador, he sido el rey del pueblo; he gobernado para él, en su interés, sin dejarme desviar por los clamores o los intereses de alguna gente. Digo el pueblo, es decir la nación, porque nunca favorecí a los

> grandes señores, porque si las pocas luces y la miseria de unos hacen que estén siempre dispuestos al desorden, las pretensiones de los otros los vuelven igualmente peligrosos para la autoridad.

Permitirle gobernar en paz, nada más lejos del ánimo de sus vecinos de testa coronada. El zar Alejandro comenzaba a creer que el mismo Dios le había destinado el empleo de «libertador de Europa», los prusianos mostraban la mayor de las disposiciones a seguirle en su cruzada, Inglaterra dominaba los mares y triunfaba en España, Bernadotte desde Suecia y Murat desde Nápoles olvidaban todo lo que debían a su patrón para pasarse al enemigo y Austria, unida al emperador por lazos familiares, no terminaba de mostrar sus verdaderas intenciones. Uno por uno, incluso de dos en dos, Napoleón podría derrotarlos; todos a la vez resultaría imposible. Por las venas de los ejércitos aliados fluían los reemplazos de soldados sin aparente fin; en Francia había ya que reclutar adolescentes para mantener lo esencial del ejército.

El 17 de marzo de 1813 sucedió lo previsible: Prusia declaró la guerra a Francia y se unió al avance de los rusos que ya habían cruzado el Niemen tras los pasos del ejército francés. «Es mejor un enemigo manifiesto que un aliado dudoso», dijo entonces Napoleón. Reunió como pudo un

ejército de doscientos veintiséis mil hombres, incluyendo en la recluta a los mozos de dieciocho años. De aquella desafección con un pueblo que le había dado ya demasiado, nació la leyenda del «ogro». Según el testimonio de Stanislas de Girardin, prefecto del Sena Interior, las cajas de reclutamiento ofrecían imágenes realmente dantescas:

> Se presentaban jóvenes que se habían arrancado todos los dientes para librarse del servicio, otros llegaron a cariarlos casi todos empleando ácidos o mascando incienso. Algunos se hicieron llagas en los brazos y en las piernas mediante aplicación de vesicatorios y, para hacer que estas llagas se volvieran por decirlo así incurables, las vendaban con agua impregnada en arsénico. Muchos se hincharon para producirse hernias de hiato, otros se aplicaron en las partes genitales cáusticos violentos.

Con todo, Napoleón continúa contando los enfrentamientos en batalla por victorias. El 2 de mayo de 1813 derrota en Lützen, cerca de Leipzig, a un ejército ruso-prusiano de setenta y tres mil hombres, al mando del impulsivo general teutón Gebhard Leberecht von Blücher, enemigo acérrimo de Bonaparte, que sólo pensaba en capturarlo y ahorcarlo cuanto antes. Napoleón persiguió al enemigo más allá del Elba, volviendo a derrotarlo en

Bautzen, pero faltó caballería para perseguir nuevamente a rusos y prusianos e impedir su reorganización. Fueron batallas muy cruentas, en las que los prusianos se batieron con auténtico denuedo, lo que llevó a exclamar al emperador: «Esos animales han aprendido algo».

Así las cosas, se hacía imperativa la colaboración con Austria. Pero su suegro Francisco I mostró nula disposición a entrevistarse con él, depositando la responsabilidad de las negociaciones en su ministro de Relaciones Exteriores, el conde Klemens von Metternich, un noble de la región de Coblenza a quien el ejército francés había confiscado tierras, señaladamente el famoso viñedo de Johannisberg, y liberado a seis mil campesinos de su propiedad, aún sujetos a la gleba. En el ánimo profundamente conservador y contrarrevolucionario de Metternich, Napoleón era poco más que un peligroso jacobino.



Klemens von Metternich (1773-1859). Artífice del Congreso de Viena y valedor principal de la ola de conservadurismo que recorrió Europa tras la caída del Imperio napoleónico. Su principal afán fue la lucha por el regreso al absolutismo en el Viejo Continente, con la Santa Alianza como brazo ejecutor de sus anhelos y los de su patrón, Francisco I de Austria.

Las negociaciones, celebradas el 26 de junio en la galería del palacio Marcolini, sobre la orilla del Elba, demostraron que el refinado canciller austriaco estaba dispuesto a imponer unas condiciones que Bonaparte jamás podría aceptar. Esencialmente, pretendía que Francia se retirase a sus fronteras históricas, abandonando la tutela de

los estados-tampón que Napoleón había creado como garantía del Imperio francés. Se pedía la restitución de Prusia, que venía de perder dos batallas, y la desaparición de la Confederación del Rin. En palabras redactadas luego por el propio Metternich, Napoleón montó en cólera ante lo que consideraba un verdadero ultraje:

> ¿Qué es pues lo que se quiere de mí? –me dijo bruscamente Napoleón– ¿Que me deshonre? ¡Jamás! Podría morir, pero no cederé un palmo de territorio. Vuestros soberanos, nacidos en el trono, pueden dejarse vencer veinte veces y regresar siempre a sus capitales: yo no puedo, porque soy un soldado advenedizo. Mi dominación no sobrevivirá a partir del día en que haya dejado de ser fuerte y, por consiguiente, de ser temido.

¿Cuáles eran pues las verdaderas ambiciones de Napoleón? Algunos textos aclaran muy significativamente la cuestión. Señaladamente, pueden leerse las confesiones en torno a él mismo y su familia realizadas a un viejo camarada en mil frentes, el comisario del Imperio Pierre Louis Roederer en marzo de 1804:

> José rehúsa todo lo que sea responsabilidad; Luciano se casa, Luis es un hombre excelente. Aprovechará la primera oportunidad que se le

> ofrezca de morir en acción. Con respecto a mí, carezco de ambición, o si la tengo, es a tal extremo parte de mi carácter, un factor tan innato que es como la sangre que corre por mis venas, como el aire que respiro. […] Nunca necesito luchar para excitar la ambición o para frenarla; jamás me acicatea; se desplaza al compás de las circunstancias y del conjunto de mis ideas. […] ¿Yo ambicioso? ¿Un hombre ambicioso tiene un vientre como este?

Pudiera ser que Bonaparte se sintiese empujado por las circunstancias una y otra vez, pero no caben dudas de que sí era muy ambicioso respecto a un solo asunto: Francia.

El mismo 27 de junio, tras la pantomima de entrevista que había pergeñado ante Bonaparte, Metternich ajustó un tratado secreto de alianza con Prusia y Rusia, con la clara anuencia de Inglaterra. La sentencia contra Napoleón había sido dictada mucho antes de que rematasen las negociaciones. De este modo, el 12 de agosto de 1813 Austria declara la guerra a Francia, pasando a formar parte de la nutrida coalición de aliados dispuesta a terminar de una vez por todas con el imperio ilusorio del *petit caporal* Bonaparte.

Casi inmediatamente, los aliados pusieron en marcha a tres ejércitos diferentes: doscientos treinta mil austriacos

mandados por el príncipe Carlos Felipe de Schwarzenberg, en Bohemia; cien mil rusos y prusianos encabezados por Blücher, en Silesia, y cien mil suecos y rusos bajo el mando de Bernadotte, en Berlín. Por entonces, Bonaparte había logrado reunir un ejército de trescientos mil hombres, de forma que los coaligados contaban con una ventaja de algo más de cien mil soldados. La táctica del emperador resultó casi previsible: atacar a los ejércitos enemigos por separado. Nuevamente alcanzó el éxito, obligando a Blücher a retroceder hacia el río Katzbach. Desde aquel lugar y sin perder un instante, se volvió contra Schwarzenberg, derrotándolo el 26 de agosto en Dresde.

Bonaparte triunfaba, pero no así sus generales, que estaban perdiendo batallas: Oudinot fue derrotado en Gros-Beeren, Macdonald por Blücher a orillas del Katzbach, Vandamme en Kulm. Sólo el emperador parecía capaz de intimidar al enemigo. Persiguió nuevamente a Blücher, pero este no quiso saber nada de un enfrentamiento directo frente al «Dios de la guerra», que le dijo a Caulaincourt en aquella ocasión: «Cuando el enemigo supo que yo estaba con el ejército, huyó con la mayor prisa posible en todas direcciones. No hubo modo de encontrarlo; apenas disparé uno o dos cañonazos».

Se hacía evidente que Napoleón no había perdido ni un ápice de su genio guerrero. «Sólo el general Bonaparte puede salvar ahora al emperador Bonaparte», dijo por

entonces, pero ello no impedía que las desafecciones de sus antiguos aliados se sucediesen una tras otra. Era evidente que pocos creían ya en su proyecto hegemónico para Europa, demasiados países estaban dispuestos a luchar contra aquella preeminencia conquistada a cañonazos. No valieron ni códigos civiles, ni reformas liberadoras, ni diez años de presencia militar, y el despertar de un patriotismo que, paradójicamente, en no poca medida les habían inculcado los franceses invasores, convenció a casi todos en el viejo continente de que un mal gobierno propio es siempre mejor que otro bueno extranjero. Ahí residía la razón principal para el inexorable derrumbe del castillo de naipes napoleónico. En Francia, Talleyrand, que ya se había puesto convenientemente a sueldo de Metternich, comentaba a todo el que quería escucharle que Napoleón estaba acabado. Este no tenía ya con qué luchar.

La guerra en casa

Napoleón regresó a Saint-Cloud la noche del 9 al 10 de noviembre de 1813, con los ejércitos aliados convergiendo nuevamente hacia las fronteras francesas. El sacrosanto territorio nacional iba a verse invadido por primera vez desde 1792. Bonaparte solicita un último esfuerzo en las levas al Senado y al Cuerpo legislativo, repite en todas

partes sus intenciones defensivas y de búsqueda de la paz: «Anunciad a nuestros departamentos que voy a firmar la paz, que les pido únicamente los medios para expulsar al enemigo fuera del territorio, que llamo a los franceses en auxilio de los franceses». Una vez más, se le concedió lo que pedía, pero todos presienten el derrumbe. Le escribe a la emperatriz: «No te entristezcas así; ten confianza en mí. ¿Acaso ya no conozco mi trabajo?». Un afán tranquilizador que él mismo estaba muy lejos de suscribir en su fuero interno. Su secretario privado, también ministro de Exteriores antes de Caulaincourt, Hugues-Bernard Maret, cuenta cómo el emperador le pedía en aquellos días que le leyese pasajes de las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos* de Montesquieu. Al llegar al párrafo que aquí reproducimos –«No conozco nada más magnánimo que la resolución que adoptó un monarca de enterrarse bajo los restos del trono antes que aceptar proposiciones indignas a un rey. Su alma era demasiado orgullosa para descender más abajo que sus desgracias: y sabía que el valor puede fortalecer una corona, mientras que la infamia no podría lograrlo jamás»–, Bonaparte afirmó en voz queda: «Eso es lo que piensa Montesquieu, y lo que yo pienso». Parecía más que dispuesto a llegar hasta el final, aunque le costase la muerte.

Como todos habían previsto, el primer día del año 1814,

el ejército de Blücher cruzó el Rin helado, un gesto simbólico sin duda, que recordaba el cruce del *limes* del Imperio romano por suevos, vándalos, alamanes y alanos, la noche del 31 de diciembre del 406. Los aliados prepararon el terreno con una densa operación de propaganda destinada a limitar la resistencia del pueblo francés: «Las potencias aliadas no hacen en absoluto la guerra a Francia, sino a esta preponderancia que, para desdicha de Europa y de Francia, el emperador Napoleón ha ejercido durante mucho tiempo fuera de los límites de nuestro imperio». Se avecinaba el peor de los panoramas para Bonaparte. Esta vez disponía tan sólo de cincuenta mil hombres, muchos bisoños, los llamados «María Luisas» en alusión a la juventud de la emperatriz; los aliados, no menos de doscientos veinte mil.

Mientras los ejércitos aliados penetran desde diferentes puntos en territorio francés, Bonaparte percibe que muchos de sus generales han perdido la fe en la victoria; se preparan para sobrevivir a Napoleón. La peor noticia le llegó en un despacho el 7 de febrero, Murat, camarada de veinte años de campamentos militares y batallas, su cuñado, al que había hecho mariscal y rey de Nápoles, le había traicionado firmando un tratado con sus enemigos y declarándole la guerra. Napoleón confesó su frustración a Fouché: «¡Pero mientras mis soldados triunfan, Murat me declara la guerra! ¡Es un loco y un ingrato! La conducta del rey de Nápoles es infame y la de la reina, mi hermana

Carolina, no tiene nombre. Confío en vivir lo suficiente para vengarme a mí y a Francia de un ultraje semejante y de una ingratitud tan atroz».

Aun así, y al contrario que sus mariscales, Napoleón continúa sumando victorias, algunas realmente difíciles de creer habida cuenta de lo mermado y famélico que se hallaba su ejército. Contento en la adversidad, va relatando a la emperatriz la evolución de la campaña de Francia: «Mi muy querida Luisa: ¡Victoria! He destruido doce regimientos rusos, tomé seis mil prisioneros, cuarenta cañones, doscientos carros de municiones, capturé al comandante en jefe y a todos sus generales, así como a varios coroneles; mis pérdidas no llegan a doscientos hombres. Ordena que se dispare una salva en Los Inválidos, y que se publique la noticia en todos los lugares de diversiones. Voy en busca de Sacken, que está en La Ferté-sous-Jouarre. Espero llegar a Montmirail a medianoche, pisándole los talones».

Y en efecto, al día siguiente vence en Montmirail y poco después en Vauchamps a los prusianos y en Montereau a los austriacos. Gana en conjunto seis batallas en nueve días. Años más tarde, ya en su cruel exilio de Santa Elena, Napoleón reflexionará sobre el hecho de que las batallas las ganaba esencialmente él con su presencia, no sus mariscales: «Mi presencia era indispensable allí donde quería vencer, esa era mi debilidad. Ni uno solo de mis

generales tenía el vigor suficiente para ser una gran autoridad. No fue el ejército romano el que sometió a la Galia, sino César; no fue el ejército cartaginés el que hizo temblar a la República en las puertas de Roma, sino Aníbal».

Con todo, no puede evitar que el zar Alejandro alcance París antes que él pueda defenderlo. Es el final. El general Marmont inicia sin permiso las conversaciones para acordar el armisticio por orden de José Bonaparte, que ordena evacuar las tropas de París como paso previo a la rendición. Napoleón, furioso, exclama al llegar finalmente a Fontainebleau: «Todos han perdido la cabeza». Contaba todavía con sesenta mil hombres; hubiese podido marchar sobre París, pero sus fieles mariscales, Ney, Berthier, Lefebvre…, los que siempre le habían seguido a dondequiera que fuese sin un titubeo, terminaron por convencerle de que con ello no haría más que alargar la agonía de su patria. Al final, cedió, diciéndoles: «Muy bien, caballeros, puesto que así debe ser, abdicaré. He tratado de llevar la felicidad a Francia, y no lo he conseguido. No deseo agravar nuestros sufrimientos».



Napoleón en Fontainebleau, por Paul Delaroche (1845). Aunque pintado mucho después del hecho que relata −la abdicación de Bonaparte en el palacio de Fontainebleau−, el lienzo de Delaroche refleja como ningún otro la desolación vivida por Bonaparte en aquellos días, tras haberlo perdido todo, sin que se le permitiese abdicar en la persona de su amado hijo.

La abdicación

Con la anuencia de José Bonaparte, los aliados entraron en París el 31 de marzo de 1813. Encabezaban las tropas el zar Alejandro, el rey Federico Guillermo de Prusia y el príncipe Schwarzenberg en representación del emperador Francisco I de Austria. Significativamente, Alejandro había sido invitado a alojarse en la casa de Talleyrand, erigido, cómo no, en portavoz de Francia. De hecho, Napoleón hubiese querido abdicar a favor de su amado hijo el rey de Roma, pero Talleyrand frustró toda tentativa de Bonaparte y sus mariscales en aquel sentido. En primera instancia el zar Alejandro pareció tolerar la idea de la abdicación tal como Napoleón la había redactado:

> Dado que las potencias aliadas han afirmado que el emperador Napoleón es el único obstáculo que se opone al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel a su juramento, afirma que está dispuesto a renunciar al trono, a salir de Francia e incluso a dar la vida por el bien del país, que es inseparable de los derechos de su hijo, de los derechos de la Regencia de la emperatriz y del mantenimiento de las leyes del Imperio.



Luis XVIII de Francia, con su vestimenta de coronación, por François Gérard. Hermano menor de Luis XVI, Luis XVIII fue el protagonista de la Restauración borbónica en Francia (1814-1824), excepto en el breve período de retorno de Napoleón, conocido como «los cien días». Napoleón hubiese querido abdicar en su hijo el rey de Roma, pero al final hubo de contemplar cómo le sucedía un Borbón en el trono de Francia.

Pero para Talleyrand y los restantes aliados, sólo un atildado caballero residente en Hatfield, en las cercanías de Londres, llamado Louis Stanislas Xavier de Borbón, hermano menor del decapitado Luis XVI, merecía ocupar con legitimidad el trono de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. Como aseguró el propio Talleyrand al Senado: «Necesitamos un principio, y sólo veo uno: Luis XVIII, nuestro legítimo rey». Naturalmente, el Senado votó a favor de la deposición del emperador Bonaparte el primero de abril. Talleyrand finalmente mostraba sus cartas, pero sólo después de haberse asegurado la baza ganadora, una actitud que no causaba otra cosa que desprecio en el ánimo de Napoleón: «Disimula la vergüenza de haberme traicionado con las recompensas recibidas de aquellos a quienes destronó veinte años antes... Talleyrand es como un gato; siempre puede arreglárselas para caer de pie. De todos modos, la historia dará el veredicto apropiado». No obstante, parecía permanecer tranquilo; su futuro le inquietaba ya relativamente poco: «Puedo vivir con cien luises al año –dice a Caulaincourt –. He dispuesto de todos los tesoros del mundo, pero jamás he guardado un escudo para mí; todo era ostensible y quedaba en el tesoro». Además, ¿quién podía predecir el futuro? Napoleón conocía bien la naturaleza humana y a veces aventuraba pensamientos que llegarían a ser premonitorios: «Ah, –continúa–, los traidores están en los puestos más elevados

de la sociedad. ¡Aquellos a quienes más he ascendido son los primeros en abandonarme! Los oficiales y los soldados morirían aún todos por mí con las armas en la mano. Pero, antes de un año, se arrepentirán de haberse rendido a los Borbones y a los rusos en lugar de haber combatido. Todos volverán a mi lado».

Fue Alejandro de Rusia quien convenció a Napoleón de la conveniencia de elegir la pequeña isla de Elba como lugar para su exilio. Al fin, estaba en su querido Mediterráneo y en ella se hablaba el italiano. Tampoco deseaba luchar mucho más para sí y su futuro, le preocupaba mucho más el de la emperatriz María Luisa, para la que reclamó a Metternich la posesión de la Toscana, aunque finalmente recibiría solamente Parma y Piacenza. En realidad, lo que deseaban los austriacos era el regreso de María Luisa a Viena, para educar al rey de Roma como un príncipe austriaco, alejándola de Elba y de su marido. Naturalmente, lo consiguieron, aunque ella pareció, al menos al principio, manifestarle su rendida devoción y su deseo de acompañarle en el infortunio. Pero Metternich efectuó uno de sus rápidos movimientos, cambiando sobre la marcha el destino de la emperatriz y alejándola, guardia cosaca por medio, para siempre de Napoleón. Ella así se lo hizo saber:

> Te envío unas pocas líneas con un oficial polaco que acaba de traerme tu nota a Angerville; a estas

> horas ya sabrás que me obligaron a salir de Orleans, y que se impartieron órdenes con el fin de impedir que me reúna contigo, y que si es necesario, están dispuestos a apelar a la fuerza. Cuídate, querido, nos están engañando; siento muchísima ansiedad por ti, pero adoptaré una posición firme con mi padre. Por favor, querido, no te enojes conmigo, realmente no puedo evitarlo, te amo tanto que se me parte en dos el corazón; temo que puedas creer que es una conspiración entre mi padre y yo contra ti...
>
> Ansío compartir tu infortunio, ansío cuidarte, confortarte, serte útil, y ahuyentar tus preocupaciones. Tu hijo es la única persona feliz aquí, no tiene idea de la gravedad de sus infortunios, pobrecito; sólo tú y él conseguís que la vida me parezca soportable.

Sea como fuere, el caso es que la emperatriz jamás regresó a su lado y Napoleón nunca volvería a ver en persona a su amado hijo. Napoleón Francisco, el rey de Roma, fue educado como un príncipe austriaco, conocido en la corte de Viena como *Franz*. Nombrado por su abuelo duque de Reichstadt en 1818, moriría prematuramente y sin descendencia en 1832, aquejado de tuberculosis. En

cuanto a la emperatriz, dejó a su hijo en Viena y marchó a Parma con su amante, el conde Neipperg, al que dio varios hijos y con el cual casó tras la muerte de Napoleón, en 1821. Al enviudar nuevamente en 1829, volvería a contraer matrimonio con Charles-René, conde de Bombelles, un funcionario enviado por Viena a sus estados personales de Parma. Napoleón siempre había sospechado que a su joven esposa se le haría muy difícil acompañarle permanentemente en el destierro de Elba. Él mismo lo había supuesto así: «La emperatriz no querrá pasar todo el año en la isla de Elba. La vida se me hace insoportable. Lo he intentado todo para morir en Arcis –así había sido, exponiéndose a pecho descubierto ante el fuego enemigo–, pero las balas me han evitado. He cumplido mi tarea».

Parecía, sí, no sentir ganas de vivir. En este contexto, Caulaincourt y otros narran el célebre episodio de su intento de suicidio la noche del 12 de abril de 1814, que algunos historiadores de la medicina, como Pierre Hillemand en su *Patología de Napoleón,* niegan, achacando los sufrimientos de Bonaparte a una ingesta accidental de opio, destinado a mitigar sus frecuentes dolores abdominales. En todo caso, la versión más extendida indica que tras la abdicación de Fontainebleau, Napoleón se dirigió a sus aposentos en busca de un sobre blanco que contenía una mezcla letal de opio, belladona y eléboro blanco, que él mismo había encargado a su cirujano

Yvan durante la retirada de la campaña de Rusia a fin de ingerirlo en caso de necesidad para no ser capturado vivo. La mezcla era muy poderosa, pues Bonaparte, que quería estar seguro de morir, había solicitado una dosis «más que suficiente para matar a dos hombres».

Tomó el sobre con el veneno, lo volcó sobre un vaso de agua y bebió el brebaje antes de acostarse. Según cuenta Caulaincourt, Bonaparte le llamó a su lado y confesó lo que había hecho, pero impidió cualquier intento de ser asistido por médicos. No obstante, algo salió mal, la dosis era tan fuerte que su estómago no la toleró y el mismo vómito le salvó la vida. Al día siguiente, afirma Caulaincourt, estaba casi completamente restablecido, sin más futuro en el horizonte que asumir el exilio en la isla de Elba. Así se lo hace saber a Talleyrand, no sin antes aclararle lo que piensa de él y de sus muchas deslealtades:

> Monsieur Talleyrand, vd. me traiciona desde hace tiempo. Ha entregado Francia a los Borbones, a la intriga de una camarilla. Yo, en cambio, acabé con el desafío de las revoluciones y perdoné incluso a sus asesinos. Se asombrarán de mi resignación y de la tranquilidad en la que pienso vivir a partir de ahora. La ambición que usted mismo me atribuye no tendrá otro objetivo que la gloria de esta querida Francia. Dado que estoy condenado a vivir, escribiré la historia. Rendiré

> justicia a los gloriosos héroes, a los hombres de honor que han servido a Francia, e inmortalizaré sus nombres; es para mí una deuda y la cumpliré.

Su esposa, por voluntad propia o por fuerza, le había abandonado, pero no así la gentil condesa María Walewska, que se presentó con el hijo de ambos con el ofrecimiento de acompañarle al exilio. Bonaparte, tal vez temeroso de que esa circunstancia impidiese que algún día María Luisa decidiese acompañarle, los rechazó sin verles, por escrito, pero con cierta elegancia:

> María, los sentimientos que la animan me conmueven profundamente. Son dignos de su bella alma y de la bondad de su corazón. Si después de arreglar sus asuntos va a las aguas de Luca o de Pisa, la veré con mucho gusto, así como a su hijo, por quien mis sentimientos serán siempre invariables. Cuídese mucho, no se preocupe, piense en mí con agrado y no dude nunca de mí.

También se despide de su esposa, mostrando cierta esperanza en el reencuentro:

> Mi buena Luisa: Espero con impaciencia mi partida. Dicen que la isla de Elba tiene muy buen clima. Estoy tan desengañado de los hombres que

> no quiero hacer depender mi felicidad de ellos. Sólo tú puedes conseguir algo en ese sentido. Adiós, amiga mía. Un beso al pequeño rey, recuerdos a tu padre, y ruégale que se porte bien con nosotros. Todo tuyo.
>
> NAP.

Y, no podría ser de otra manera, tiene dulces palabras de despedida para la inolvidable Josefina:

> Me complace mi situación. Mi espíritu y mi cabeza se han desembarazado de un peso enorme; mi desgracia es grande pero, según me dicen, al menos es útil.
>
> En mi retiro, voy a sustituir la espada por la pluma. La historia de mi reinado sorprenderá. Hasta el presente, sólo han visto mi silueta; ahora me mostraré por entero. Cuántas cosas puedo revelar. ¡De cuántos hombres se tiene una falsa opinión! ¡He colmado de bienes a miles de miserables! ¿Y qué es lo que ellos han hecho por mí últimamente? Traicionarme, todos.
>
> Exceptúo de ese número al noble Eugène, digno de usted y de mí. ¡Ojalá pueda ser feliz bajo un

> rey que aprecie los sentimientos de la naturaleza y del honor!
>
> Adiós, mi querida Josefina, resígnese como yo lo hago y no pierda nunca el recuerdo de quien no la ha olvidado y no la olvidará jamás.
>
> NAPOLEÓN
>
> P. S.: Espero noticias suyas en la isla de Elba. No me encuentro muy bien.

No restaba otra cosa que la partida hacia el gobierno de su particular «ínsula Barataria». Muchos fieles quisieron acompañarle; al final, los comisionados del tratado de abdicación permitieron la partida de seiscientos, que luego fueron mil. El último acto público lo destinó a despedirse de sus amados veteranos el 20 de abril de 1814 en el patio de armas de su última residencia, entonando los famosos «adioses de Fontainebleau»:

> Soldados de mi Vieja Guardia, ahora me despido. Durante veinte años os he encontrado siempre en el camino del honor y la gloria. Últimamente, no menos que cuando las cosas salían bien. Vosotros habéis sido constantemente modelos de coraje y lealtad. Con hombres como vosotros

nuestra causa no estaba perdida; pero no era posible continuar la guerra; habría sido una guerra civil, y eso habría acarreado aún más infortunio a Francia. Por eso he sacrificado nuestros intereses a los intereses de la patria, os dejo; vosotros, amigos míos, continuaréis sirviendo a Francia. ¡Quiero escribir acerca de las grandes cosas que hicimos juntos!... ¡Adiós, hijos míos! Desearía estrecharos a todos contra mi corazón; ¡por lo menos besaré vuestra bandera!



El 20 de abril de 1814 Napoleón, camino ya del exilio en Elba, se despide de su fiel guardia en el patio de la Herradura del castillo de Fontainebleau, tal como refleja esta obra de Antoine Monfort (Museo de Versalles). Muchos de aquellos aguerridos soldados no pudieron contener las lágrimas en

aquella jornada, recordando cómo habían peleado junto a su emperador, siempre triunfantes, a lo largo de las tierras de Europa, desde Marengo a Ulm, Jena o Austerlitz.

El «imperio» de Elba

El 4 de mayo de 1814, Napoleón, desembarcado de su transporte, la fragata inglesa *Undaunted,* toma posesión como el nuevo príncipe soberano de la isla de Elba, pues así se le consideraba titularmente en el tratado de abdicación. En realidad, era un lugar dejado de la mano de Dios, enclave español hasta el siglo XVIII, luego permanentemente disputado entre franceses e italianos, situado entre Córcega y la costa italiana de la provincia de Livorno. Con una extensión de apenas doscientos veinticinco kilómetros cuadrados, resueltos en unos treinta kilómetros de largo por veinte en la parte más ancha. Árida y agreste, la principal riqueza de la isla eran las minas de hierro y plomo y la vocación por el comercio marítimo que desplegaban sus aproximadamente doce mil habitantes.

Napoleón, que había anunciado que se retiraba para escribir sobre las muchas experiencias que había acumulado a lo largo de sus cuarenta y cinco años de vida, no hizo nada de eso. Se entregó a su nuevo y diminuto «imperio», al que había dotado de bandera –una diagonal

roja sobre fondo plata y sus tres abejas características–, ejército uniformado y corte, con su energía característica. Convencido de que se necesita la misma determinación para ocuparse de lo menudo que para planificar una batalla, se empeñó en mejorar la débil agricultura, fomentando las plantaciones de patatas, lechugas y cebollas. Mejoró el rendimiento de las vides, realizó plantíos de castaños para paliar la erosión de los montes y, satisfecho con lo que iba logrando, comenzó a dedicarse a buscar la salubridad y el ornato público de «su» capital, Portoferraio, a la que libró de su miseria acumulada y de las moscas que la asediaban en verano por la vía de establecer un eficaz sistema de recogida de basuras.



Napoleón desembarcando en Elba. Viñeta satírica tomada de la publicación *Life of Napoleon, A Hudibrastic Poem in Fifteen Cantos*, con ilustraciones de George Cruikshank, fechada en Edimburgo en 1815. Se quiere representar a un Bonaparte ya caduco, tomando posesión de un reino misérrimo, poblado por harapientos campesinos. En realidad, no le fue tan mal en Elba,

una isla a la que confirió cierta prosperidad.

Eligió para vivir una casona llamada *I Mulini* (‘Los Molinos’), que amplió y dotó de un huerto «experimental» de grandes proporciones. Para el verano se había reservado otra villa en las montañas, situada en la pequeña población de San Martino. Desde luego no le faltaba ocupación; durante aquellos primeros meses se dedicó a fatigar a todo el mundo a fin de adecentar su pequeño reino soberano y lo consiguió a plena satisfacción de todos, incluso del comisionado inglés encargado de vigilarlo de cerca, llamado Neil Campbell, con el que se llevaba estupendamente, y al que le hacía de vez en cuando alguna confidencia sobre las razones de la caída de su imperio, que en ocasiones achacaba al cansancio vital de sus mariscales: «Hubiera debido licenciar a mis mariscales –dijo–, pues estaban cansados de la guerra, para reemplazarlos por hombres más jóvenes, incluso por coroneles».

Pero, naturalmente, y a pesar de disfrutar con sus experiencias fisiócratas, Napoleón no era un hombre feliz. Sentía una profunda melancolía por verse privado de la presencia de María Luisa y su hijo Napoleón Francisco, el rey de Roma, para quienes había preparado habitaciones con todo el detalle y la minuciosidad de los que era capaz. Su esposa, no obstante, parecía llevar muy bien el alejamiento; Metternich la había enviado a tomar las aguas a Aix-en-Provence en compañía de un experimentado galán,

el conde Neipperg, encargado de disuadirla de la idea de viajar a Elba junto a su esposo. Al poco tiempo eran ya amantes, como sabemos. Con el nuevo año de 1815, María Luisa enviaría una fría felicitación a Napoleón:

> Confío en que este año sea más dichoso para ti. Por lo menos, estarás tranquilo en tu isla y vivirás feliz, para alegría de todos los que te quieren y están unidos a ti, como yo. Tu hijo te abraza y me encarga que te desee un feliz año y te diga que te quiere con todo su corazón.

Sería la última vez que Bonaparte recibiría noticias directas de María Luisa. Al final, comprenderá lo que había estado ocurriendo durante todo aquel tiempo: «Mi mujer ya no me escribe. Han raptado a mi hijo como antiguamente se hacía con los hijos de los vencidos para enriquecer el triunfo de los vencedores. No cabe citar en los actuales tiempos el ejemplo de una barbarie similar».

Muy al contrario, María Walewska, recientemente enviudada, se ofreció a visitarle en repetidas ocasiones, hasta que Napoleón aceptó, siempre que el encuentro fuese secreto. La visita de su joven amante (todavía tenía veintisiete años) y de Alexandre, su hijo común, se produjo el 1 de septiembre de 1814. María se ofreció a acompañarle discretamente en el exilio, pero Bonaparte la despidió dos días después; no deseaba dar que hablar a sus

nuevos súbditos de Elba y, desde luego, por entonces todavía confiaba en la llegada de María Luisa.

A la vez, Napoleón mantenía la excelente relación epistolar de siempre con Josefina, que todavía conservaba todo dispuesto en la Malmaison por si algún día el caprichoso destino los volvía a unir. No obstante, tres semanas después de la llegada de Bonaparte a la isla de Elba, Josefina enfermó de difteria y murió sin volver a verle el 29 de mayo de 1814, acompañada por sus amados hijos Hortense y Eugène. Al enterarse del fallecimiento de su primera esposa, Napoleón, que aún utilizaba un mechón trenzado de Josefina como cadena de su reloj, dijo entre suspiros: «Pobre Josefina. Ahora es feliz. En definitiva, ella me hizo feliz y demostró constantemente ser mi amiga más tierna. Yo le guardo también mis recuerdos más dulces y el mayor reconocimiento. Era una mujer sumisa, leal, complaciente, y ponía sus cualidades al servicio de la habilidad política propia de su sexo». Sabía que había sido débil y plegadiza al poder en el último año, tratando de acercar a sus hijos al zar Alejandro y confraternizando en la Malmaison con las potencias vencedoras, pero seguía siendo «su» Josefina, a la que siempre había amado, primero con pasión y luego con sinceridad. ¿Cómo olvidar aquellas palabras que una vez le había dedicado?: «No pido amor ni fidelidad eternos, únicamente... la verdad, una franqueza ilimitada. El día que me digas "te amo menos"

será el último día de mi amor o el último de mi vida».

Tal vez, la mejor compañía con la que pudo contar Napoleón en Elba fue la de su madre Letizia, que entonces tenía unos espléndidos sesenta y cuatro años, y su hermana la bella e inestable Paulina. Con ellas acostumbraba a cenar por las noches y a jugar largas partidas de cartas a continuación, en las que, invariablemente, Napoleón hacía trampas, pues no soportaba perder. Entre todos pergeñaron la idea de construir un teatro en Portoferraio, aprovechando el edificio de San Francesco, una antigua iglesia secularizada. Elba se parecía cada vez más a un lugar habitable.

Entre tanto, en el continente Luis XVIII, grueso y gotoso, parecía querer gobernar como si la Revolución nunca hubiese existido. Como el mismo Napoleón observó desde Elba: «En Francia la cola es buena, pero la cabeza no. En Inglaterra, por el contrario, la cabeza es buena y la cola mediocre. Inglaterra ocupa actualmente un puesto fundamental, pero llegará su turno, y caerá como todos los grandes imperios».

París se llenó de petimetres con peluca empolvada y, en las provincias, aquellos que habían adquirido bienes nacionales temían que estos revirtieran en sus antiguos patronos. No les faltaban razones; el rey Borbón parecía deseoso de conducir a su pueblo a las honduras del Antiguo Régimen, la bandera blanca parecía querer hacer olvidar a la

tricolor lo antes posible. En palabras del viejo ministro de Napoleón Lazare Carnot:

> Si deseáis presentaros en la Corte con distinción, cuidaos de decir que sois uno de esos veinticinco millones de ciudadanos que defendieron su patria con algún coraje contra la invasión de sus enemigos, porque os contestarán que esos pretendidos ciudadanos son todos unos revoltosos, y que esos pretendidos enemigos siempre fueron amigos.

Con una constitución, la carta otorgada de 1814, que ya no merecía tal nombre, no resulta extraño que muchos ciudadanos comenzasen a soñar nuevamente con el retorno de Bonaparte. A pesar de habérsele ridiculizado hasta el extremo, como nuevo soberano de un reino de opereta, a pesar de que habían hecho correr la absurda especie de que vivía amores incestuosos con su hermana Paulina, muchos todavía le añoraban y otros tantos, como Talleyrand, ahora ministro de Exteriores de Luis XVIII, aún le temían. Esa era tal vez la razón por la que el eterno superviviente había dejado caer en el Congreso de Viena que Napoleón debería ser enviado bajo fuerte custodia a las Azores, «a quinientas leguas de cualquier tierra civilizada» o a la misma Santa Elena, antes de que pudiese organizar su regreso. Tal vez por esos miedos, el gobierno francés estaba obviando el

pago anual a Napoleón de dos millones de francos que se había estipulado en una cláusula del tratado de Fontainebleau. Jamás llegó a percibir la menor suma, de forma que sus cuentas, a pesar de la explotación de las minas, que le proporcionaba unos trescientos mil francos anuales, llevaban meses sin cuadrar, conduciéndole a la ruina. Su madre Letizia hubo de vender sus joyas, pero no fue suficiente; pronto Napoleón se vería obligado a reducir el número de soldados que podía mantener en Elba, justamente lo que Talleyrand deseaba.

Aquella prevención no le sirvió de mucho al eterno ministro. En París era habitual que las damas se vistiesen de violeta y los caballeros lucieran cadenas de reloj de ese color, símbolo de la primavera y del deseo del regreso del emperador. Puesto en aquella tesitura, Napoleón se encontró nuevamente con su destino: «Me empujan hacia el abismo. Y, si quieren secuestrarme, ¿cuánto tiempo podría resistir con un puñado de hombres mal armados?». No había podido encontrar en la historia universal ningún retorno exitoso, pero la inquietud que le causaba suponer que antes o después sería enviado a una isla prisión y la visita, el 15 de febrero de 1815, del antiguo subprefecto de Reims, llamado Fleury de Chaboulon, con noticias alentadoras de Maret, su antiguo ministro de Exteriores, terminaron por convencerle de que Francia nuevamente le reclamaba.

De este modo, el 26 de febrero de 1815, Napoleón abandona Elba al mando de una minúscula flotilla encabezada por el bergantín *Inconstant*. Lleva con él a seiscientos cincuenta hombres de su vieja guardia y a ciento ocho lanceros polacos sin montura. Era todo lo que tenía para enfrentarse a Europa entera.

Los cien días

El miércoles 1 de marzo de 1815, Napoleón desembarca en la ensenada del golfo de Juan, cerca de Cannes, para principiar el episodio tal vez más extraordinario de su larga y sorprendente carrera. En veinte días llegará a París para hacerse nuevamente con el poder, habiendo alcanzado el continente con menos de un millar de hombres útiles para el combate. Su magnetismo personal fue lo único que consiguió devolverle lo que le había sido arrebatado. Luis XVIII había destacado al antes mariscal de Francia Soult para frenar aquella extraña aventura que nadie en la corte hubiese llegado a creer. Fue inútil, Bonaparte no luchaba contra los batallones que se encontraba, se limitaba a preguntar a sus mandos: «¿Piensa vd. disparar contra nosotros?», en tanto ordenaba tocar con fuerza «La Marsellesa» a su entusiasta banda militar. Aquel himno, que en palabras de Bonaparte era «el general más grande de la

Revolución», junto a la tricolor desplegada, despertó el sentido del honor de los franceses y desbarató la resistencia realista con la facilidad de quien sopla una vela.

A menudo departía directamente con los soldados que se le acercaban gritando vivas al emperador. Sabía muy bien lo que debía decirles, recordarles que no habían luchado durante quince años por nada: «Los Borbones –les decía– carecen de derecho legal a ocupar el trono, porque no les fue otorgado por toda la nación. ¿No es cierto que ustedes han sido amenazados con diezmos, con privilegios, con los derechos feudales y todos los restantes abusos de los que se libraron gracias a la guerra?». «Sí, *Sire,* nos han amenazado con todo eso y los curas han estado construyendo graneros –respondía la tropa».



El regreso de Napoleón de Elba, por Charles Auguste Guillaume Steuben,

1818. Imagen significativa de cómo se desarrolló la marcha de Napoleón sobre el París de Luis XVIII, una sucesión de adhesiones de los cuerpos de ejército que eran enviados a capturarle.

En un último intento, Luis XVIII envió a Ney con cuatro mil hombres contra «el ogro corso»; el antiguo mariscal del Imperio había prometido traérselo preso en una jaula de hierro. Pero el antiguo mariscal de Bonaparte, que estaba harto de contemplar cómo los realistas despreciaban a su esposa por ser una antigua camarera, decidió que ya estaba bien de genuflexiones, besamanos y petimetres y se unió a Bonaparte en Auxerre. Viéndose perdido, sin dar razón de ello a casi nadie, Luis XVIII dejó París la noche del 19 de marzo para exiliarse en Gante. En el camino hacia la frontera sufrió el robo de una de sus maletas. Sus quejas al general Macdonald, que le acompañaba, fueron casi un resumen general del «modo de ser Borbón»: «Lo que lamento más –confió el rey a Macdonald–, es la pérdida de mis pantuflas. Habían adquirido la forma de mis pies».

Napoleón entró en París a las nueve de la noche del día 20 en olor de multitud, saludó a su querida hijastra Hortense, agradeció los vivas y salutaciones e inmediatamente se puso a trabajar. Precisaba dinero para reconstruir el país y revisar enteramente el sistema de gobierno que Luis XVIII había retrotraído a 1792. Para muchos liberales franceses, influidos por el sistema político inglés, la Constitución del Imperio de Napoleón no colmaba ya el interés de los ciudadanos, como no lo

había colmado la restrictiva carta otorgada de Luis XVIII. Desde los periódicos, la voz más audible era la de Benjamin Constant, que hablaba valientemente en contra del emperador restaurado en el trono: «Ha reaparecido –escribió–, ¡ese hombre teñido con nuestra sangre! Es otro Atila, otro Gengis Kan, pero más terrible y odioso porque dispone de los recursos de la civilización. […] No soy un traidor. No me arrastraré de un gobierno al siguiente, envuelto en el vergonzoso manto del sofisma, ni balbucearé palabras impías para salvar una vida manchada por el deshonor». Sabido era que Bonaparte apreciaba a los enemigos que se le presentaban de frente, así que lo hizo llamar a las Tullerías y le encargó una nueva constitución que fuese del agrado de la mayoría del pueblo francés. Constant aceptó sin dudarlo. El resultado fue la ampliación del cuerpo electoral, elecciones libres, libertad de prensa y mayores cortapisas parlamentarias al gobierno del emperador. A Napoleón no le gustó especialmente, pues dificultaría sus vertiginosas decisiones, pero la aceptó y con él el electorado francés por aplastante mayoría, aunque esta vez la abstención fue enorme. Se había apoyado en el pueblo para regresar, pero no era un jacobino; él mismo quiso dejarlo bien claro desde el momento en que regresó a las Tullerías:

> ¿Qué otra cosa puedo hacer, sino apoyarme en los que me rodean? No quiero ser el rey de una

> sublevación popular. No deseo el desencadenamiento de la Revolución. Todo se lo debo al pueblo y al ejército, pero no puedo ceder a sus pasiones. ¿Qué sistema construiría con ellos? ¿Rehacer el Comité de Salud Pública y poner sobre mi cabeza la peluca empolvada de Robespierre? ¿Y levantar la guillotina en la plaza del Carrousel? Me niego. No obstante, no puedo gobernar como antes. Debo permitir la libertad de expresión, abolir la censura e instituir nuevas reglas de gobierno.

Puede juzgarse como un proceder bastante ingenuo, pero lo cierto es que Napoleón aún confiaba en que María Luisa y el rey de Roma podrían reunirse con él y escribió a su esposa en cuanto pudo: «Mi buena Luisa, todo lo que ahora falta es tu presencia y la de mi hijo. De modo que ven a reunirte conmigo inmediatamente viajando por Estrasburgo». Huelga decir que no recibió respuesta; su todavía esposa se hallaba rendidamente entregada al conde Neipperg y por ende a Metternich, jamás se le había pasado por la cabeza regresar junto a Napoleón. Así las cosas, tras haber preparado nuevamente habitaciones para su familia en las Tullerías, Bonaparte abandonó aquel triste palacio y se alojó en otro mucho más reducido: el Elíseo.

Al tiempo, en Europa cundió la inquietud. Para algunos,

señaladamente buena parte de los parlamentarios ingleses, no se podía ir contra la evidente voluntad del pueblo francés. Uno de ellos aclaró la cuestión durante una sesión de la cámara baja: «Bonaparte ha sido acogido en Francia como libertador. Los Borbones han perdido el trono a causa de sus propios errores. Sería monstruoso declarar la guerra a un pueblo para imponer un gobierno que él no desea». A la vez, el diario liberal *Morning Chronicle* se preguntaba: ¿las potencias actúan contra Bonaparte o contra el espíritu de la democracia?

Pero en Viena, donde las testas coronadas celebraban su congreso, ansiaban la restauración del Antiguo Régimen y nadie resultaba más molesto para sus planes que Bonaparte. Durante una fiesta que ofrecía Metternich, a la que asistían entre otros Wellington, el zar Alejandro y, naturalmente, el omnipresente Talleyrand, llegó la noticia del desembarco de Napoleón. Fue de nuevo Talleyrand el que se mostró más beligerante, imponiendo la redacción de una declaración conjunta de los aliados en la que se negaban a mantener cualquier tipo de negociación con aquel hombre, que «había cometido un acto sin precedentes en los anales de la ambición» y se había convertido en un proscrito que había perpetrado «una ofensa criminal al orden social» al mostrarse como «enemigo y perturbador de la paz del mundo». Así, y en virtud de la declaración inspirada por Talleyrand, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se

comprometieron a proporcionar cada una ciento cincuenta mil hombres, y a mantenerlos en pie de guerra «hasta que Bonaparte sea absolutamente incapaz de provocar nuevas dificultades». De nada sirvió a Napoleón el envío de emisarios asegurando que estaba en su ánimo respetar las fronteras convenidas en 1814. Nadie quiso escucharle y Talleyrand menos que nadie. Como alguien dijo entonces, apenas recuperado el trono, se vio rodeado de cañones.

Con todo, ha logrado reorganizar la *Armée,* pero esta ya no es la misma. El genial Berthier se ha arrojado por una ventana al ser detenido por los austriacos en Bamberg, Murat le ha traicionado y no se le acepta su ofrecimiento de regresar junto a su emperador. Bonaparte sabe que ya no contará en adelante con los mejores:

> Berthier, el hombre de todas mis campañas, el jefe de Estado Mayor que me entendía antes incluso de que hubiera acabado de exponer mis planes. Berthier, que sólo me traicionó en Fontainebleau, que huyó con Luis XVIII y que, sin duda, quiso unirse de nuevo a mí, ha tenido remordimientos y ha elegido la muerte. Berthier faltará ahora en mi ejército. Mis suboficiales y mis soldados quieren batirse, pero ¿dónde están mis generales, dónde están Lannes, Duroc, Bessières, Berthier? Ney está casi loco. Soult me ha traicionado, y no es un buen jefe de Estado

Mayor. ¿Qué vale Grouchy? Davout, el mejor, debe quedarse en París. ¿A quién dejo si no detrás de mí? ¡Y he de combatir contra toda Europa, más de un millón de hombres y todo el dinero de Inglaterra!

WATERLOO

A principios de junio de aquel año 1815, las fuerzas coaligadas comenzaron a converger en torno a Bélgica, el más clásico de los caminos de invasión de Francia. El duque de Wellington se situó en Bruselas con noventa mil ingleses, hannoverianos, belgas y holandeses. Entre tanto, el sanguíneo Blücher se colocó en Namur con ciento veinte mil prusianos. Austriacos y rusos venían también de camino. Bonaparte pensó que su única posibilidad era tomar la iniciativa y atacar al enemigo antes de que lograse agruparse. Sin más dilación, penetró en territorio belga con ciento veinticinco mil hombres repartidos entre la Guardia, la caballería y cinco cuerpos de ejército, con el mariscal Soult haciendo las veces de Berthier y Ney en el ala izquierda de la fuerza. No confía en Soult, pero no hay nadie más que pueda hacer ese papel. Se lamenta: «Pero ¿quién si no me puede ayudar? Ney tiene la mirada y las

ideas de un loco. Grouchy es sólo un ejecutor mediocre. ¿Dónde están Berthier, Lannes, Bessières, Duroc? ¡Muertos!».

Napoleón ordenó a sus tropas atravesar el Sambre el 15 de junio en Charleroi, con la intención de lanzarse en cuña entre los ejércitos de Wellington y Blücher. La maniobra inicial surtió el efecto deseado. Ney con su ala izquierda consiguió la retirada de los ingleses en Ligny, en tanto el recientemente nombrado mariscal Grouchy y el propio Napoleón obligaban a Blücher a retirarse hacia Lieja. No obstante, y esta será finalmente la clave de la derrota en Waterloo, no pudieron vencer de forma clara a los prusianos, lo que permitió que estos se reagrupasen para el golpe definitivo.

Bonaparte, que sufría una de sus dolorosas crisis de hemorroides y ya tenía su delicado estómago muy afectado a causa del nerviosismo de aquellos días, decidió entonces perseguir a Wellington. Lo encontró la noche del 17 de junio al sur del pueblo de Waterloo, en la meseta del Mont-Saint-Jean, con los célebres cuadros de infantería formados en prevención de los furiosos ataques de la caballería francesa. El frente así dispuesto era terriblemente fangoso y muy estrecho, apenas cuatro kilómetros de extensión, frente a los diez de Austerlitz, una verdadera trampa para las maniobras de la caballería, obligada a cargar en filas muy apretadas, no más de

quinientos metros, a los cuadros y expuesta al fuego de cañón del enemigo. La fatiga del ejército francés, que había sido sometido a las clásicas marchas y contramarchas tan caras a su patrón, obligó a aplazar el ataque definitivo al mediodía del día 18. Esa fue su perdición, pues se concedió el tiempo suficiente para que la vanguardia de Blücher se incorporase a la batalla. De no ser así, los franceses hubiesen conservado cierta ventaja, pues Napoleón tenía setenta y dos mil hombres y doscientos cuarenta y seis cañones, mientras Wellington contaba solamente con sesenta y ocho mil hombres y ciento cincuenta y seis cañones.



La batalla de Waterloo, por Jan Willem Pieneman, 1824. Cuadro de grandes dimensiones, donde el autor introdujo hasta sesenta y nueve retratos reconocibles de la oficialidad del duque de Wellington. El momento elegido fue las ocho de la tarde del 18 de junio, cuando el teniente coronel inglés Freemantle, a la izquierda, a caballo y con el bicornio en la mano, anuncia la llegada al campo de batalla del grueso del ejército prusiano.

Las cargas de la caballería al mando de Milhaud y

Kellermann a punto estuvieron de causar la zozobra de los cuadros ingleses. Más tarde Ney volvió a intentarlo, lanzando un «mar de acero» contra la infantería de Wellington, pero, incapaces de maniobrar con holgura en aquel estrecho lodazal, los jinetes se arremolinaron en torno a los cuadros sin lograr destruirlos. Entonces, hacia las siete de la tarde, Napoleón lanzó a la élite de su ejército, cinco batallones de granaderos y cazadores de su Guardia, contra los infernales cuadros de Wellington, que resistían impasibles. Fue inútil. A la vez, desde la una y media de la tarde, se habían ido incorporando al campo de batalla diferentes cuerpos de ejército prusianos, primero Von Bülow, luego Zielten. Todo se había perdido, los ingleses, ahora enardecidos, persiguieron al ejército francés en retirada hasta la frontera. Sólo la Vieja Guardia se mantuvo impasible cubriendo el movimiento retrógrado de sus camaradas hasta Charleroi. Bonaparte había perdido veinticinco mil hombres, muertos o heridos, además de dieciséis mil prisioneros; Wellington había sufrido cerca de quince mil bajas, y los prusianos siete mil.

La abdicación como única salida

A pesar de la derrota, Napoleón está dispuesto a seguir luchando, a resistir hasta el final; al fin, podía haber

vencido en Waterloo, y tal vez aún estaba a tiempo de derrotar a los aliados. Pero intuye que los políticos de París puedan estar pensando ya en la rendición. Así se lo confiesa a su hermano José el lunes 19 de junio, tras su llegada con el rostro ceroso y un terrible dolor de estómago a Philippeville:

> No está todo perdido. Reagrupando todas mis fuerzas, calculo que me quedarán unos ciento cincuenta mil hombres. Los federados y los guardias nacionales con valor suman otros cien mil hombres, y los batallones de la reserva cincuenta mil más. Tendré, pues, trescientos mil soldados que oponer al enemigo. Reforzaré la artillería con caballos de lujo y dispondré la leva de cien mil reclutas. Los armaré con los fusiles de los realistas y los guardias nacionales renegados, y organizaré un levantamiento masivo en las regiones del Delfinado, Lyonesado, Borgoña, Lorena y Champaña. Aniquilaré al enemigo. Pero necesito que me ayuden y no me entorpezcan. Me dirijo a Laon; allí encontraré sin duda a mucha gente. No he oído hablar de Grouchy; si no lo han hecho prisionero, como me temo, puede tener en tres días cincuenta mil hombres.

> Escríbame el efecto que esta horrible escaramuza ha producido en la Cámara.
>
> Confío en que los diputados se convenzan de que su deber en semejante circunstancia es unirse a mí para salvar a Francia. Prepárelos para secundarme dignamente.
>
> Sobre todo, valor y firmeza.

Pero cuando llegó a París, mientras el pueblo lo aclamaba como nunca por las calles, la Cámara de Diputados ya había tomado una decisión. Los aliados jamás firmarían la paz en tanto Napoleón se mantuviese en el poder; era necesario obligarle a retirarse. Fouché, nada que resulte extraño, como presidente del gobierno provisional, será el encargado de liderar el movimiento a favor de la abdicación del emperador. Tal vez, Bonaparte hubiese podido responder con cierta facilidad al desafío, planteando un nuevo 18 de brumario, pero no lo hizo. Comprendió que eran otros tiempos y otras circunstancias, prefirió retirarse sin derramar sangre y abdicar en su hijo. Benjamin Constant narra cómo mientras en los Campos Elíseos el pueblo gritaba «mueras» a los Borbones y vivas a Napoleón, este le confesó que había abandonado toda esperanza:

> Ya lo ve –dice Bonaparte–, no es precisamente a ellos a quienes he colmado de honores y de riquezas. ¿Qué me deben? Los encontré pobres y pobres los he dejado. Pero el instinto de nacionalidad los inspira, la voz del país habla por su boca y, si yo quisiera, si lo permitiera, en una hora la Cámara rebelde dejaría de existir. No obstante, la vida de un hombre no vale ese precio; no he vuelto de la isla de Elba para inundar de sangre París.

Abdicar en su hijo fue un gesto meramente formal, pues bien sabía que los aliados jamás permitirían que el rey de Roma gobernase Francia. Con todo, el 22 de junio de 1815, dicta el decreto de abdicación a su hermano Luciano:

> Franceses, cuando comencé la guerra con el fin de defender la independencia de nuestro país, conté con que habría un esfuerzo unificado, una voluntad unida, y la ayuda de todos los que ejercen poder. [...] A mi juicio, las circunstancias han cambiado. Estoy sacrificándome al odio de los enemigos de Francia [...]. Mi vida política ha concluido y proclamo a mi hijo Napoleón II emperador de los franceses.

Tres días después, empujado por la presión de Fouché y

Davout, que no lo querían en París, Bonaparte partió hacia la Malmaison. A la vez, se preparó la capitulación de la capital como paso previo al retorno de Luis XVIII. Talleyrand llegó justo a tiempo para presentar a Fouché al rey restaurado; sería, ¿qué otra cosa si no?, el nuevo ministro de la Policía. Nadie como Chateaubriand para describir la entrada de aquellos dos sinuosos maestros de la pervivencia en la cámara del rey:

> De pronto se abrió una puerta y entró silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crimen, el señor de Talleyrand caminando sostenido por el señor Fouché. La visión infernal pasó lentamente por delante de mí, penetró en el gabinete del rey y desapareció. Fouché venía a jurar fe y homenaje a su señor: el leal regicida, de rodillas, puso las manos que habían hecho rodar la cabeza de Luis XVI entre las manos del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caución del juramento.

El 8 de julio, Luis XVIII realizaba su entrada en triunfo en París. Napoleón, rechazado por los políticos y no queriendo apoyarse en la simple adhesión de su pueblo, afrontaba en soledad el fin de su vida pública y el inicio de un exilio árido y áspero como pocos. Un destierro al que María Walewska, solícita hasta el final, estaba dispuesta a

acompañarle. «Veremos», respondió Bonaparte despidiéndola. En la Malmaison le visita el banquero Lafitte, administrador del Banco de Francia, a quien confiesa no sólo su visión del mundo, sino los deseos de vivir que abriga todavía inalterables:

> Las potencias no me hacen la guerra a mí, sino a la Revolución. Siempre han visto en mí al representante de la Revolución. Ignoro lo que me depara el destino. Disfruto aún de buena salud y dispongo de quince años por delante. Duermo y me despierto cuando quiero, puedo montar a caballo cuatro horas seguidas y trabajar diez horas al día. Mi alimentación no es cara. Con un luis diario puedo vivir muy bien en cualquier parte.

Napoleón se preguntaba a dónde iría, sabía que Blücher había jurado fusilarlo en cuanto le echase la vista encima y no era el único que deseaba su desaparición de la faz de la tierra. Pensó en exiliarse en los Estados Unidos de América, donde contaba con muchos partidarios. Con ese fin, la tarde del 29 de junio, tras despedirse de Hortense y de su madre, tomó el camino de Poitiers con la idea de alcanzar el golfo de Vizcaya y allí las embarcaciones que había solicitado al gobierno, las fragatas *Saale* y *Méduse,* que debían trasladarle a América. Alcanzó Rochefort el 3

de julio, para encontrarse el puerto bloqueado por el navío inglés de sesenta y cuatro cañones *Bellerophon* y otras dos naves de menor porte, que impedían a las fragatas cualquier intento de salida de la rada. Pasó largos días dilucidando qué hacer. Podría ocultarse y esperar la ocasión de tomar un buque comercial que se dirigiese a América, pero aquello le pareció una huida poco honrosa para él y para las personas de su casa, que no eran menos de sesenta. Finalmente, cuando el gobierno francés lo había declarado oficialmente un exiliado, decidió entregarse al capitán del *Bellerophon,* confiando en que los ingleses resultarían más justos y hospitalarios que los prusianos. De nuevo pensó en sus lecturas de Plutarco; recordó cuando el héroe de Atenas, Temístocles, se entregó confiado a su enemigo, el rey de los persas. Todos sabían que Inglaterra se mostraba tradicionalmente amable con los exiliados de otras naciones y, en esa confianza, ordenó a sus oficiales que se comunicaran con el capitán Frederick Lewis Maitland, del *Bellerophon*. El 13 de julio escribió una sentida nota destinada al príncipe regente:

> Alteza real:
>
> Expuesto a las facciones que dividen mi país y a la enemistad de la mayoría de las potencias de Europa, he terminado mi carrera política y vengo, como Temístocles, a resguardarme entre el

pueblo británico.

Reclamo de su alteza real la protección de sus leyes, pues reconozco en él al más poderoso, al más constante y al más generoso de mis enemigos.

NAPOLEÓN

Y en efecto, cuando alcanzó la cubierta del *Bellerophon,* vestido con su uniforme de cazadores de la guardia, de color verde con pasamanería roja, su querida levita gris y tocado con el bicornio con la enseña tricolor, fue tratado con respeto y hasta con cordialidad, pero el gobierno inglés ya había decidido que tenían en su poder un prisionero de Estado que jamás debería poner el pie sobre la isla de Gran Bretaña. Debía ser deportado al lugar más remoto que se pudiese encontrar en las cartas náuticas del Almirantazgo.

SANTA ELENA, EL ÚLTIMO ACTO

Al llegar a Plymouth a bordo del *Bellerophon,* Napoleón fue transferido a otro navío, el *Northumberland,* y sin más ambages se le hizo partir el 9 de agosto de 1815 con

destino a Santa Elena, una áspera isla volcánica de negro basalto de apenas ciento veintidós kilómetros cuadrados, situada en el profundo Atlántico Sur, en medio de ninguna parte. La tierra más cercana, a la sazón la costa occidental de África, se hallaba a mil setecientos kilómetros. Su población, unos dos mil civiles de muy diversa condición y origen étnico y mil trescientos ochenta soldados ingleses de guarnición. Era el lugar ideal para custodiar al más codiciado de los prisioneros. Al tratarse de una escala habitual en la ruta de Ciudad del Cabo, su puerto era bastante activo, comúnmente visitado por los navíos mercantes de la Compañía de las Indias Orientales a fin de efectuar la aguada de sus convoyes. Cuando Napoleón contempló por primera vez desde la cubierta del *Northumberland* el aspecto de aquel peñasco insalubre y húmedo, barrido por todos los vientos, dijo, dirigiéndose a su séquito: «Es una isla vergonzosa. Es una cárcel ¡Habría sido mejor quedarse en Egipto!». No le faltarían razones para afirmarlo.

¿Quiénes formaban el grupo de esforzados que seguían a su patrón al exilio? Esencialmente una serie de generales que tenían poco que ganar en la Francia posterior al Congreso de Viena: Henri-Gatien Bertrand, edecán del emperador desde 1807; Charles Tristan, marqués de Montholon, diplomático durante el Imperio, al que acompañaba su esposa Albine; el irascible barón Gaspard

Gourgaud, general en las campañas napoleónicas, y algunos civiles, como Emmanuel-Auguste-Dieudonné, conde de Las Cases, chambelán y relator en el Consejo de Estado, que acompañó a Napoleón junto a su hijo Emmanuel, dedicándose por completo a la redacción de las últimas confesiones dictadas por Bonaparte tras su expulsión de la isla por el irascible gobernador Hudson Lowe, dando a la imprenta el célebre e imprescindible, aunque marcadamente propagandístico, *Mémorial de Sainte-Hélène,* que vería la luz en 1823. Junto a ellos, el servicio de Bonaparte era atendido por su *valet* de cámara, Louis-Joseph-Narcisse Marchand, el mameluco Ali Saint-Denis y Cipriani, el mayordomo, al servicio de los Bonaparte desde la primera infancia de Napoleón, entre otros. La mayoría de ellos legaron memorias, no siempre coincidentes, sobre la vida de Napoleón en Santa Elena. De entre ellas, destacan por su evidente honestidad intelectual los *Cahiers* del general Bertrand.



Napoleón en la cubierta del HMS Bellerophon, por Charles Lock Eastlake, 1815. El autor tuvo el acierto de representar a un Bonaparte todavía confiado en la hospitalidad inglesa con los exiliados, imaginando probablemente una plácida vida de retiro en algún lugar idílico de la campiña inglesa. La realidad se mostraría bien distinta.

Napoleón fue alojado durante dos meses en el hogar de unos burgueses locales, los Balcombe, en las cercanías de la capital, Jamestown, antes de ocupar su morada definitiva, la villa de Longwood, una casa de madera, situada a quinientos metros de altura, sobre una meseta a merced del viento y las inclemencias de un clima realmente insalubre. La casa, plagada de ratas pardas que se veían por todas partes, reunía en sí lo imprescindible: un estudio, un salón, un oscuro comedor, una antecámara con una mesa de billar, un cuarto de baño y un dormitorio, donde se había instalado el catre de campaña del emperador. Al principio, Napoleón, con cuarenta y seis años y todavía buena salud, pareció adaptarse bastante bien a las nuevas rutinas: desayuno, breve paseo, dictado de memorias a Las Cases durante al menos tres horas, tertulia con este y sus generales tras el almuerzo y paseo vespertino. A menudo, por la noche se leía teatro a los presentes, a fin de hacer llevaderas las veladas en aquel picacho dejado de la mano de Dios. No obstante, la intensa vigilancia a la que le sometían los ingleses, ciento veinticinco centinelas de día y setenta y dos de noche –luego muchos más–, la incomunicación con el paisanaje local a la que se le relegaba y lo poco que, en suma, allí se podía hacer acabaron por minar la moral de Napoleón, en absoluto acostumbrado a semejante inacción. De este modo comenzó el inevitable declive de su ánimo y de su salud. Pero había algo más: no podía soportar verse

privado de su verdadera familia: «De todas mis privaciones –afirmó Napoleón–, la más dolorosa, aquella a la cual nunca me acostumbraré, es verme separado de mi esposa y mi hijo».

La cuestión se agravó cuando el oficial superior inglés al mando, el almirante Cockburn, con el que Bonaparte mantenía una razonable cordialidad, fue sustituido por Hudson Lowe, su guardián definitivo, un custodio de alma pusilánime y temerosa, un esclavo del reglamento, carcomido por el pesar de una responsabilidad que le venía ciertamente grande.

Hudson Lowe, comandante durante bastantes años de los Royal Rangers corsos, un cuerpo formado por naturales de Córcega que todavía se oponían al dominio francés, y veterano de la campaña de Egipto, poseía un historial militar, si no brillante, al menos presentable y llegaba a la isla con todos los informes favorables como el hombre idóneo para custodiar a Napoleón. Tenía la misma edad que Bonaparte, pero era muy diferente a él en lo físico, muy delgado, pelirrojo, de rostro enjuto y ademán de permanente preocupación. Naturalmente, Bonaparte contempló con prevención su entrada en escena: «Es repugnante, tiene una cara siniestra y una figura semejante a la de una hiena», confesó a Las Cases nada más echarle la vista encima. Lo cierto es que jamás mejoró su opinión sobre él. Difícil hacerlo, pues Lowe comenzó a manifestar

sus miedos e inseguridades en forma de todo tipo de restricciones y prohibiciones aplicadas a la hacienda, las compañías y la libertad de movimientos de su prisionero. Así, se quejaba con amargura Napoleón de semejante actitud, tras decidir hurtar su presencia a sus carceleros, ocultándose tras las persianas de Longwood:

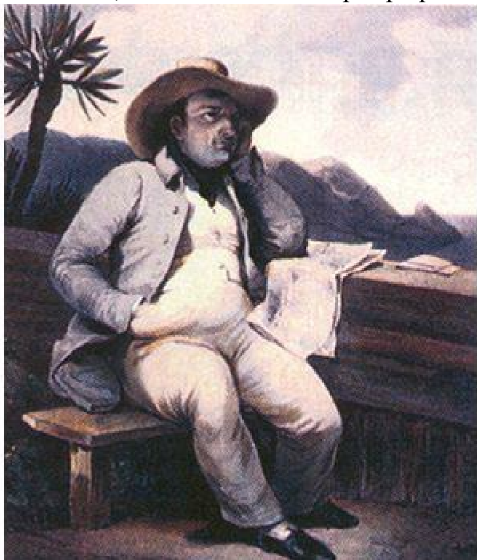
> ¿Qué puede ser un hombre que pretende reducir el espacio por donde paseo, que me hace espiar, que no transmite ninguna carta, que me exige reducir el gasto de mi casa y expulsar a cuatro personas, que quiere restringir mis alimentos? ¡Es un verdugo! ¡Un hombre que únicamente ha mandado a desertores corsos, calabreses, napolitanos y sicilianos! No conseguirá verme. No cederé ante él.

En realidad, uno de los pocos pasatiempos que Napoleón se podía permitir en su exilio era mortificar al que llamaba su verdugo, ideando mil ardides para incomodarle. Por ejemplo, ya que los centinelas debían situarse en torno al jardín, de unos doce metros de largo, Napoleón desplegó toda su energía para ampliarlo a veinticuatro, alejando así a sus custodios de su presencia. A menudo se ocultaba de sus guardianes en el interior de la casa, a fin de que nadie pudiese estar seguro de que aún permanecía en Longwood. Hudson Lowe, que no poseía el menor sentido del humor,

se exasperaba con aquella actitud, haciendo aún más difícil la vida de su custodiado. Fue un juego cruel y seguramente innecesario, pero era tanto el miedo que sentía ante una posible fuga de quien él había ordenado llamar «general Bonaparte» a secas, que nunca se permitió levantar siquiera mínimamente el peso de su tacón sobre los habitantes de Longwood. Ejemplo del proceder del gobernador de la isla es el mentado episodio del secuestro del busto del rey de Roma. Conocedora de la melancolía que sentía Bonaparte por la privación de la compañía de su hijo, la firma italiana Beaggini decidió enviarle a Santa Elena un busto en mármol del joven príncipe. Lowe, temeroso de que encubriese un mensaje en su interior, decidió confiscarlo y tentado estuvo de romperlo, aunque siendo de mármol era obvio que no podía esconder mensaje alguno en su ánima. Finalmente, lo entregó a Napoleón, pero no pudo mitigar con ello la cólera que le habían causado al emperador semejantes prevenciones, producto sin duda de una inseguridad rayana en lo enfermizo.

La red de custodia se fue haciendo cada vez más tupida. Bonaparte terminó siendo vigilado por una guarnición de dos mil doscientos ochenta soldados y oficiales, mientras la costa era defendida por quinientos cañones y las aguas circundantes patrulladas día y noche por dos bergantines. Todo lo coordinaba atento como un mochuelo Hudson Lowe desde su residencia de Plantation House. En opinión

de un observador ruso destacado en la isla, Lowe vivía bajo la obsesión de la huida de su prisionero: «sus responsabilidades lo ahogan, le provocan temblor, se atemoriza de todo, se devana los sesos por pequeñeces».



Napoleón en Santa Elena, por Paul Delaroche. Durante su último exilio Napoleón había engordado ostensiblemente, en parte debido a la falta de ejercicio que Hudson Lowe, con su férrea custodia, le había impuesto. No obstante, fue un período muy fértil en lo historiográfico, pues Bonaparte tuvo la oportunidad de legar a la posteridad sus largas reflexiones sobre sus campañas y su concepción de la política mundial.

Entre tanto y mientras su salud se iba manteniendo, Napoleón dictaba sus memorias y exhibía su enorme capacidad para reflexionar en torno a lo que fuese, bien la guerra –«He librado sesenta batallas, y le aseguro que en ninguna de ellas he aprendido nada que no supiera en la primera»–, bien la política internacional, donde preveía una entonces impensable unificación de los reinos italianos, lo mismo que los alemanes, o el derrumbe del sistema colonial, la pervivencia de su Código Civil y sus aportaciones de gobierno –«Yo era la voz de los nuevos tiempos»– o, curiosamente, la futura hegemonía de Rusia. También reflexionaba sobre la naturaleza del amor; consideraba, por ejemplo, la monogamia una mera convención social, mostrándose muy lejos de sostener la falta de pasión en el sexo femenino. Las mujeres, en su opinión, no eran las mojigatas que pintaban las novelas galantes, lo sabía por experiencia. Un día confesó a Bertrand el número de sus amantes, exactamente siete, ni más ni menos.

Tampoco eludía sus opiniones sobre la religión y la existencia de la vida después de la vida. En ocasiones provocaba a sus acompañantes católicos con una visión rotundamente materialista de la realidad: «Diga lo que quiera –observó Napoleón a un joven oficial–, todo es materia, más o menos organizada. ¿El alma? Una especie de fuerza eléctrica o magnética. Si considerase necesario

tener una religión, veneraría al Sol, la fuente de toda vida, el auténtico Dios de la tierra». Y añadía: «Si Cristo fuese Dios, el hecho sería evidente, como el sol en el cielo». Y con todo, no era un ateo al uso, amén de declararse católico en su propio testamento dictado a Marchand, era partidario de morir en la fe, «por si acaso»: «Sólo un loco puede declarar que morirá sin confesor. Hay tanto que uno no sabe, que uno no puede explicar».

A pesar de mantener tan intensa actividad intelectual, su confinamiento, que le impedía practicar sus anheladas cabalgadas, y el clima húmedo y ventoso de la isla comenzaron a deteriorar su salud, bastante aceptable hasta 1819, año en el que comenzó a sufrir dolencias hepáticas, diagnosticadas por el cirujano naval John Stoke. Aun así, Napoleón permaneció ocho meses más sin la asistencia de un verdadero médico, hasta que le fue enviado por su propia familia un tal François Carlo Antommarchi, considerado por Bonaparte un estudiantillo guasón y no un verdadero galeno. En julio de 1820 comenzaron los dolores en el costado, que él calificaba como «golpes asestados con un cortaplumas», posibles síntomas del cáncer de estómago evidenciado en su autopsia, enfermedad que, por cierto, ya había llevado a la tumba a su padre, Carlo. Antommarchi continuó diagnosticando alegremente hepatitis, para la que recomendaba mucho ejercicio y un alto número de enemas. Naturalmente, Bonaparte no hizo sino empeorar,

comenzando a adelgazar ostensiblemente. En enero de 1821 los vómitos se habían hecho habituales y el dolor era ahora comparable «al producido por una navaja». En febrero casi no soportaba ningún alimento que no fuese líquido, viéndose obligado a alimentarse de sopas y jaleas. El 17 de marzo realizó su último paseo en carruaje, al regreso sufrió una nueva crisis de vómito, en tanto Antommarchi se limitaba a afirmar ante un consternado Montholon que «su pulso era normal». Poco después, el 22 de marzo, el médico corso concluyó que el empeoramiento del paciente se debía a una gastritis aguda, prescribiéndole dos dosis de emético tartárico que dieron con Napoleón por los suelos retorcido de dolor. A partir de ese momento, Bonaparte no permitió que Antommarchi le tratase más. Enterado de que ni siquiera estaba dispuesto a hacer guardia junto a su lecho como los demás, Napoleón prorrumpió en cólera: «Estoy redactando mi testamento, y todo lo que le legaré será la suma de veinte francos. Con eso puede comprarse una cuerda y ahorcarse». En sustitución del indolente matasanos que cobraba nueve mil francos anuales por no hacer nada, Hudson Lowe envió al doctor Arnott, cirujano del 20.º regimiento de Escocia. Tras examinarle, Arnott concluyó lo que Hudson Lowe quería oír: tuviese lo que tuviese el paciente, «no era grave».

Por el contrario, Napoleón era muy consciente de que

sufría un mal terrible, situaba entre lo más probable el tipo de cáncer de estómago que había acabado con su padre y presentía la muerte, sin temor, pero con ciertas prevenciones sobre el futuro que le esperaba a su cadáver, pues deseaba ser enterrado junto al Sena: «No temo morir –dijo a Bertrand–, lo único que temo es que los ingleses se apoderarán de mi cuerpo y lo depositarán en la abadía de Westminster». El 9 de abril el mismo Arnott hubo de rendirse a la evidencia de la afección gástrica del prisionero, pero por entonces poco había ya que hacer. De hecho, el 13 de abril comenzó la tarea de dictar su testamento a Montholon. Son célebres algunas de las frases allí depositadas: «Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su verdugo a sueldo: la nación inglesa no tardará en vengarme». Se acordó generosamente de todos sus amigos y sobre todo de su hijo y de Francia: «Que mi hijo desprecie a los partidos y no atienda sino a la masa. Francia es un país donde los jefes tienen muy poca influencia. Apoyarse en ellos es construir sobre arena. En Francia sólo pueden hacerse grandes cosas apoyándose en las masas. La nación francesa es la más sencilla de gobernar cuando no se la contraría». A la vez, arregló el asunto de recibir la extremaunción y la comunión, tal como había anunciado que haría. Dispuso también que, tras la autopsia, su corazón fuese conservado y enviado a María Luisa como prueba de su amor eterno; si bien aquello

nunca llegó a hacerse, muchos opinaban que la ex emperatriz no lo merecía.

El 27 de abril las crisis se reavivaron en forma de constantes vómitos y fuertes dolores. Ocho veces llegó a devolver dos días después, expulsando por su boca un líquido oscuro que recordaba a «los posos de café». Ya sólo restaba una agonía ciertamente cruel, la noche del 4 al 5 de mayo hablaba entre delirios, pronunciando palabras sueltas, pero cargadas de contenido para él: «Francia ejército-vanguardia del ejército-Josefina». Enseguida vinieron fuertes espasmos que obligaron a Montholon a sujetarlo fuertemente. Al alba, pareció serenarse, respirando débil y lentamente, hasta que su ánima se fue agostando en paz, en la ilusión de reunirse en los Campos Elíseos con los héroes de todo tiempo que le habían precedido: Aníbal, Escipión, César, Federico el Grande. «Cómo disfrutaremos» –decía.

Napoleón Bonaparte moría, según el cronómetro de Antommarchi, a las cinco y cuarenta y nueve minutos de la tarde del sábado 5 de mayo de 1821; aún no había cumplido los cincuenta y dos años. Sería un tópico afirmar que desaparecía el hombre y nacía la leyenda, pero, al fin, él mismo siempre había sido consciente de que sus obras en el mundo perdurarían. Así lo quiso expresar a sus acompañantes durante sus últimos días en Santa Elena: «En los próximos quinientos años, los franceses sólo pensarán

en mí. No hablarán más que de la gloria de mis brillantes campañas. El que hable mal de mí será un desgraciado. Yo mismo me emociono al leer las campañas. Todos los franceses deben sentirse héroes al leer esto. Sólo la República devolvería hoy a Francia alguna energía y libertad».

Napoleón había indicado taxativamente a Antommarchi que deseaba que se le practicase la autopsia por manos no inglesas. Su cuerpo fue depositado sobre la mesa de billar de Longwood y Antommarchi comenzó un trabajo de disección para el que estaba mucho mejor dotado que para el que se le había contratado. En el transcurso de la autopsia descubrió «una úlcera cancerosa muy extendida, que ocupaba sobre todo la parte superior de la superficie interna del estómago, y se extendía desde el orificio de los cardias hasta casi dos centímetros y medio del píloro». Cáncer de estómago, por tanto, tal como el mismo emperador había supuesto. Este ha sido desde entonces el diagnóstico más o menos oficial sobre la causa de la muerte de Napoleón. No obstante, siempre han proliferado las tesis que suponen un envenenamiento programado, destinado a acabar prematuramente con su vida. Desde que Sven Forshufvud hablase en su *Napoleón a-t-il été empoisonné?* de 1961 de un posible envenenamiento por arsénico tramado por Montholon, al que señala como un «agente realista» a pesar de haber sido la persona más

beneficiada por Napoleón en su testamento (dos millones de francos), la teoría del asesinato ha contado con firmes defensores como Hapgood (*Qui a tué Napoléon?,* 1982) y más recientemente Ben Weider, presidente de la Sociedad Napoleónica Internacional y autor de numerosas obras sobre el asunto. Para otros, la composición del papel pintado que cubría las paredes de Longwood explicaría la presencia de arsénico en los cabellos de Napoleón: Jones y Ledingham, en *Arsenic in Napoleon's Wallpaper* (1982). Hay también quien defiende la muerte por hepatitis y hasta por causa de una rara enfermedad hormonal, el síndrome de Zollinger-Ellison, que lo transformaba poco a poco en una mujer… En todo caso, la historiografía más académica prefiere seguir admitiendo el cáncer de estómago, producto del empeoramiento de una antigua úlcera, como la causa más plausible de la muerte de Napoleón; así, P. Ganière (1971) o Vincent Cronin (2003), que nos dice: «en 1819, de acuerdo con la versión de Bertrand, desapareció completamente el gusto de Napoleón por el rapé, aunque antes había consumido grandes cantidades diarias. El súbito rechazo del tabaco a menudo es un signo temprano de cáncer de estómago». De la misma opinión es Jean Tulard, el más reciente de los biógrafos del emperador (2012).

Napoleón bien habría querido que sus restos fuesen depositados junto al Sena, pero Hudson Lowe tenía órdenes

de que el cadáver de Bonaparte no abandonase la isla. Sus allegados recordaron entonces un paraje del gusto del emperador, la fuente de Torbett, de la que se hacía traer agua para rebajar su vino. El 9 de mayo de 1821, su ataúd de caoba fue enterrado en aquel paraje bajo la sombra de los sauces, recibiendo respetuosos honores militares. La lápida quedó sin grabar; Bertrand quería que figurase como única leyenda la palabra «Napoleón», Hudson Lowe exigía añadir «Bonaparte» y, como cabía esperar, ninguno cedió.



El sencillo sarcófago de Napoleón Bonaparte bajo la cúpula de Los Inválidos de París. En su mausoleo le acompañan también los restos de su hijo el rey de Roma, una concesión de Adolf Hitler a la Francia de Vichy, y los de su hermano José, además de los de algunos mariscales, considerados héroes de la nación como Lyautey, Foch y Leclerc.

Como es sabido, el gobierno de Luis Felipe I de Francia

logró la repatriación de los restos de Napoleón, que fueron trasladados en 1840 desde Santa Elena a bordo de la fragata *Belle-Poule* para ocupar su actual lugar de reposo en Los Inválidos de París. Allí descansa pues el más célebre de los generales, peligroso y contradictorio como todos los «salvadores de patrias», aunque conquistase, al fin, bajo el patrocinio de tres hermosas palabras, «Libertad, Igualdad y Fraternidad», que son las más de las veces anhelos enunciados por corazones generosos, antes que verdaderas conquistas del siempre paradójico género humano. A André Maurois le gustaba decir, y nosotros lo suscribimos, que «si su tumba en la cripta de Los Inválidos se ha convertido en un lugar de constante peregrinación para el pueblo francés, no se debe al recuerdo de Arcole, Austerlitz y Montmirail, sino a que la Francia moderna sabe que fue modelada por la mano de Napoleón». Añádase Europa en lugar de la mera Francia y nadie irá excesivamente desencaminado.

Bibliografía

Arenas Roca, Manuel Santiago. El testamento y el misterio de la muerte de Napoleón Bonaparte. La Coruña: Arenas, 2007.

Aubry, Octave. Vida privada de Napoleón. Madrid: Anaya, 1994.

Browlee, Walter. La armada que venció a Napoleón. Madrid: Akal, 2001.

Burleigh, Nina. Mirage: Napoleon's scientists and the unveiling of Egypt. Nueva York: Harper Collins, 2007.

Cases, Conde de las. Memorial de Napoleón en Santa Elena. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003. (Primera edición en francés: 1823).

Castelot, André, *Napoleón Bonaparte*. Buenos Aires: Ateneo, 2004

Chardingi, Louis. Napoleón el hombre: una radioscopia de su vida. Madrid: Edaf, 1989.

Chevallier, Bernard. Josefina, la emperatriz de Napoleón. Buenos Aires: Ateneo, 2003.

Criscuolo, Vittorio. Napoleón. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Cronin, Vincent. Napoleón Bonaparte: una biografía íntima. Barcelona: Ediciones B, 2003.

Chandler, David. Las campañas de Napoleón: un emperador en el campo de batalla de Tolon a Waterloo (1796-1815). Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.

Dwyer, Philip. Napoleón: el camino hacia el poder 1769-1799. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008.

Dumas, Alejandro (padre). Napoleón Bonaparte o treinta años de historia francesa (drama en seis actos). Londres: Lightning Source, 2012, edición en español. (Primera edición en francés: 1811).

Ellis, Geoffrey. Napoleón. Barcelona: Ediciones B, 2002.

Esdaile, Charles. Las guerras de Napoleón: una historia internacional, 1803-1815. Barcelona: Crítica, 2009.

Gallo, Max. Napoleón. Barcelona: Planeta, 2004.

Granados Loureda, Juan Antonio. «El parti pris de sir John Moore, apuntes para el estudio de la Guerra de Independencia en Galicia (1808-1809)». En: *Nalgures, Revista de la Asociación de Estudios Históricos de Galicia,* 2007; n.º 2. A Coruña.

Granados Loureda, Juan Antonio. «Cambios y per-manencias en la España preconstitucional, 1808-1812». En: *Nalgures, revista de la Asociación de Estudios Históricos de Galicia,* 2009; n.º 5. A Coruña.

Hibbert, Christopher. Napoleón, sus esposas y sus amantes. Buenos Aires: Ateneo, 2005.

Hollander, Valentín. Napoleón. Barcelona: Planeta, 2008.

Holmes, Richard. Napoleón. Barcelona: Llibreria Universitària de Barcelona, 2008.

Horne, Alistair. El tiempo de Napoleón. Madrid: Debate, 2005.

Junot, Laura: *Memorias sobre la vida de Napoleón*, Barcelona: Crítica, 2008.

Ludwig, Emil. Napoleón. Barcelona: Juventud, 2008.

Manfred, Albert. Napoleón Bonaparte. Madrid: Globus, 1995.

Maurois, André. Napoleón. Barcelona: Salvat, 1987.

Moiret, Joseph-Marie. Memoirs Napoleon's Egyptian Expedition 1798-1801. Londres: Greenhill Books, 2001.

Ruiz Morales, Mario. La expedición a Egipto de los sabios franceses (1798-1801): investigaciones astronómicas, geodésicas y cartográficas. Granada: Universidad de Granada,

2010.

Talleyrand, M. de. *Memorias*. Madrid: Sarpe, 1985. (Primera edición en francés: 1892, basada en los manuscritos recopilados por el señor de Bacourt).

Tulard, Jean. Napoleón. Barcelona: Crítica, 2012.

Sole, Robert. La expedición Bonaparte. *El nacimiento de la egiptología*. Barcelona: Edhasa, 2001.

Stendhal. Vida de Napoleón. Barcelona: Belacqva, 2006. (Primera edición en francés: 1818).

Walter, Jacob. Diario de un soldado de Napoleón. Edhasa: Barcelona, 2004.

Cronología

15 de agosto de 1769	Napoleón Bonaparte nace en Ajaccio, Córcega.
1 de enero de 1779	José y Napoleón ingresan en el colegio de Autun.
15 de mayo de 1779	Napoleón ingresa en el colegio militar de Brienne.
17-30 de octubre de 1784	Ingresa en la Escuela Militar de París.
28 de octubre de 1785	Se licencia en la Escuela Militar con el número cuarenta y dos de los cincuenta y ocho de su promoción.
18 de febrero de 1793	Fracasa en la expedición a Cerdeña al frente de los voluntarios corsos.

13 de junio de 1793	Huye de Córcega y llega a Tolón con su familia tras verse perseguido por los partidarios de Paoli.
22 de diciembre de 1793	Asciende a general de brigada.
21 de abril de 1795	Génova, romance con Désirée Clary.
15 de octubre de 1795	Conoce a Josefina de Beauharnais.
16 de octubre de 1795	Asciende a general de división.
26 de octubre de 1795	General en jefe del Ejército del Interior.
9 de marzo	

de 1796	Matrimonio con Josefina.
11 de marzo de 1796	Mando del Ejército de Italia.
10 de mayo de 1796	Victoria de Lodi sobre los austriacos.
17 de noviembre de 1796	Victoria de Arcole, hecho de armas donde casi pierde la vida y es rescatado a tiempo por Auguste Marmont.
17 de octubre de 1797	Paz de Campoformio.
25 de diciembre de 1797	Miembro del Instituto de Francia.
19 de mayo de 1798	Parte con el ejército expedicionario de Egipto.

11 de junio de 1798	Toma de Malta.
21 de julio de 1798	Victoria de las Pirámides en la llanura de Giza, frente al ejército turco-egipcio.
24 de julio de 1798	Entrada en El Cairo.
1 de agosto de 1798	Derrota de Aboukir por la flota de Nelson.
19 de diciembre de 1798	Relación con Pauline Fourés.
7 de marzo de 1799	Toma de Jaffa frente al ejército turco.
19 de marzo de 1799	Sitio de San Juan de Acre.

19 de julio de 1799	Descubrimiento de la piedra de Rosetta.
25 de julio de 1799	Victoria de Aboukir.
23 de agosto de 1799	Napoleón parte de Egipto.
9 de noviembre de 1799	Golpe del 18-19 de Brumario. Napoleón es nombrado cónsul junto a Sieyès y Roger Ducos.
15 de diciembre de 1799	Proclamación de la Constitución del año VIII.
17 de febrero de 1800	Napoleón se establece en el palacio de las Tullerías como primer cónsul.

20 de mayo de 1800	Napoleón atraviesa el paso del Gran San Bernardo en pos de los austriacos.
14 de junio de de 1800	Victoria de Marengo, Austria se ve obligada a abandonar Italia.
4 de agosto de 1802	Constitución del año X.
21 de marzo de 1804	Ejecución del duque de Enghien, muy contestada en Europa.
18 de mayo de 1804	Emperador de los franceses.
2 de diciembre de 1804	Coronación de Napoleón.
19 de	Victoria de Ulm sobre el general austriaco

octubre de 1805	Karl Freiherr Mack.
21 de octubre de 1805	Derrota de la flota combinada en Trafalgar ante Nelson.
2 de diciembre de 1805	Victoria de Austerlitz sobre el ejército coaligado ruso-austriaco, la más visible de las glorias napoleónicas.
14 de octubre de 1806	Victoria de Jena frente al ejército prusiano.
1 de enero de 1807	Encuentro con María Walewska.
7 de julio de 1807	Paz de Tilsit, severa con Prusia y muy liviana con Rusia, dada la amistad que mantiene con el zar Alejandro I.
2 de mayo de 1808	Levantamiento de Madrid.

22 de junio de 1808	Dupont capitula en Bailén.
27 de septiembre de 1808	Entrevista de Erfurt con el zar ruso Alejandro I, distanciamiento entre ambos emperadores.
6 de julio de 1809	El ímpetu de Masséna decide la victoria en Wagram.
2 de abril de 1810	Matrimonio de Napoleón con la princesa austriaca María Luisa, con la que busca el asentamiento de su dinastía a través de un heredero legítimo.
20 de marzo de 1811	Nacimiento del futuro Napoleón II, rey de Roma. Hijo de María Luisa y Napoleón.
7 de septiembre de 1812	Victoria de Borodino sobre los rusos.
14 de septiembre	Napoleón entra en Moscú.

de 1812	
5 de diciembre de 1812	Napoleón abandona al Ejército de Rusia en retirada.
21 de junio de 1813	Victoria de *sir* Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, en Vitoria.
11 de febrero de 1814	Victoria de Montmirail. Napoleón vence seis batallas en nueve días, pero no puede evitar las derrotas que sufren sus generales.
30 de marzo de 1814	Caída de París.
6 de abril de 1814	Primera abdicación de Napoleón.
20 de abril de 1814	Entona «los adioses de Fontainebleau» a sus fieles.
4 de mayo	

de 1814	Napoleón desembarca en la isla de Elba.
26 de febrero de 1815	Napoleón abandona la isla de Elba.
20 de marzo de 1815	Entrada triunfal en París.
18 de junio de 1815	Derrota en Waterloo.
22 de junio de 1815	Segunda abdicación de Napoleón.
16 de octubre de 1815	Napoleón arriba a Santa Elena.
25 de noviembre de 1816	Las Cases es expulsado de Santa Elena.

5 de mayo de 1821	Muerte de Napoleón.
15 de diciembre de 1841	Ceremonia del retorno de las cenizas a París.

- Breve historia de los samuráis, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- Breve historia de los vikingos, Manuel Velasco
- Breve historia de la Antigua Grecia, Dionisio Mínguez Fernández
- Breve historia del Antiguo Egipto, Juan Jesús Vallejo
- Breve historia de los celtas, Manuel Velasco
- Breve historia de la brujería, Jesús Callejo
- Breve historia de la Revolución rusa, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de la Segunda Guerra Mundial, Jesús Hernández
- Breve historia de la Guerra de Independencia española, Carlos Canales
- Breve historia de los íberos, Jesús Bermejo Tirado
- Breve historia de los incas, Patricia Temoche
- Breve historia de Francisco Pizarro,

Roberto Barletta

- Breve historia del fascismo, Íñigo Bolinaga
- Breve historia del Che Guevara, Gabriel Glasman
- Breve historia de los aztecas, Marco Cervera
- Breve historia de Roma I. *Monarquía y República,* Bárbara Pastor
- Breve historia de Roma II. *El Imperio,* Bárbara Pastor
- Breve historia de la mitología griega, Fernando López Trujillo
- Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la conquista del Oeste, Gregorio Doval
- Breve historia del salvaje oeste. *Pistoleros y forajidos.* Gregorio Doval
- Breve historia de la Guerra Civil Española, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de los cowboys. Gregorio Doval
- Breve historia de los indios norteamericanos, Gregorio Doval
- Breve historia de Jesús de Nazaret,

Francisco José Gómez

- Breve historia de los piratas, Silvia Miguens
- Breve historia del Imperio bizantino, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de la guerra moderna, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de los Austrias, David Alonso García
- Breve historia de Fidel Castro, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la carrera espacial, Alberto Martos
- Breve historia de Hispania, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de las ciudades del mundo antiguo, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del Homo Sapiens, Fernando Diez Martín
- Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol, Borja Pelegero Alcaide
- Breve historia del Kung-Fu, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos, Ana Martos Rubio
- Breve historia del Socialismo y el

Comunismo, Javier Paniagua

- Breve historia de las cruzadas, Juan Ignacio Cuesta
- Breve historia del Siglo de Oro, Miguel Zorita Bayón
- Breve historia del rey Arturo, Christopher Hibbert
- Breve historia de los gladiadores, Daniel P. Manix
- Breve historia de Alejandro Magno, Charles Mercer
- Breve historia de las ciudades del mundo clásico, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia de España I, las raíces, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la alquimia, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de las leyendas medievales, David González Ruiz
- Breve historia de los Borbones españoles, Juan Granados
- Breve historia de la Segunda República española, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la Guerra del 98, Carlos

Canales y Miguel del Rey

- Breve historia de la guerra antigua y medieval, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la China milenaria, Gregorio Doval
- Breve historia de Atila y los hunos, Ana Martos
- Breve historia de los persas, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de los judíos, Juan Pedro Cavero Coll
- Breve historia de Julio César, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de la medicina, Pedro Gargantilla
- Breve historia de los mayas, Carlos Pallán
- Breve historia de Tartessos, Raquel Carrillo
- Breve historia de las Guerras carlistas, Josep Carles Clemente
- Breve historia de las ciudades del mundo medieval, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del mundo, Luis E. Íñigo

Fernández

- Breve historia de la música, Javier María López Rodríguez
- Breve historia del Holocausto, Ramon Espanyol Vall
- Breve historia de los neandertales, Fernando Díez Martín
- Breve historia de Simón Bolívar, Roberto Barletta
- Breve historia de la Primera Guerra Mundial, Álvaro Lozano
- Breve historia de Roma, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de los cátaros, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de Hitler, Jesús Hernández
- Breve historia de Babilonia, Juan Luis Montero Fenollós
- Breve historia de la Corona de Aragón, David González Ruiz
- Breve historia del espionaje, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- Breve historia de los vikingos (reedición), Manuel Velasco
- Breve historia de Cristóbal Colón, Juan Ramón Gómez Gómez

- Breve historia del anarquismo, Javier Paniagua
- Breve historia de Winston Churchill, José Vidal Pelaz López
- Breve historia de la Revolución Industrial, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de los sumerios, Ana Martos Rubio
- Breve historia de Cleopatra, Miguel Ángel Novillo

PRÓXIMAMENTE...

- Breve historia de al-Ándalus, Ana Martos Rubio
- Breve historia de Fernando el Católico, José María Manuel García Osuna
- Breve historia del islam, Ernest Y. Bendriss
- Breve historia de la astronomía, Ángel Rodríguez Cardona
- Breve historia de la literatura española, Jesús Hurtado Bodelón

Table of Contents